



NO. BARCENA

POESIAS

PC7297

.R7

P6

©



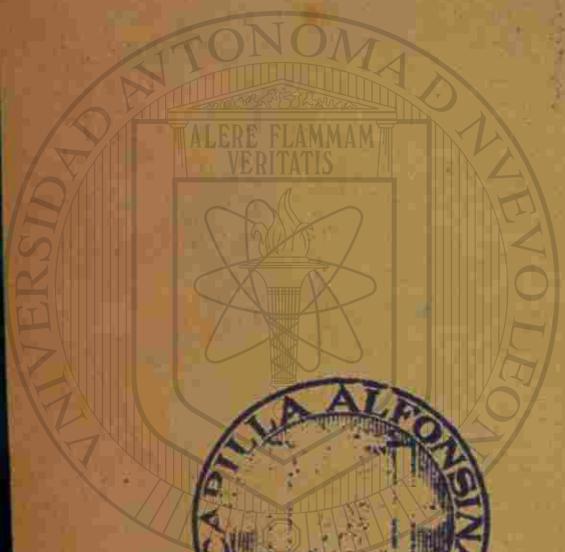
1020028373

#150<sup>ds</sup>

POESIAS LIRICAS

DE

D. J. M. ROA BARCENA



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

EDICION DE "LA SOCIEDAD"



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO:

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadena núm. 13

1859

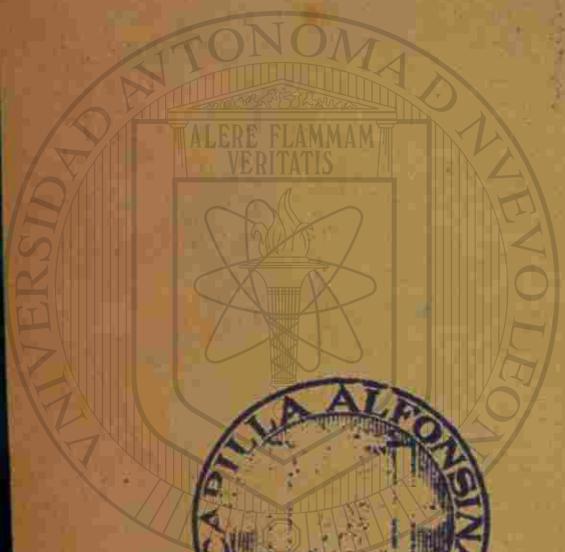
31737

#150<sup>ds</sup>

POESIAS LIRICAS

DE

D. J. M. ROA BARCENA



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

EDICION DE "LA SOCIEDAD"



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO:

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadena núm. 13

1859

31737

M 861  
B.

PA 7297

R7

P6



**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

80718

### EL AUTOR AL LECTOR.

Estas composiciones poéticas no pueden ser ofrecidas al público sino en calidad de ensayos, y contando con su genial benevolencia. Escritas en diversas épocas y en momentos robados á ocupaciones de otro género, deben resentirse del desaliño y los defectos inherentes á obras poco meditadas y pulidas, y no pueden alegar en su abono otra cosa que la falta de pretensiones con que son hoy reunidas en un tomo despues de haber aparecido la mayor parte de ellas en diversos periódicos, de 1848 á la fecha.

No puedo lisonjearme con la presuncion de que la crítica se apodere de mis versos, cuando valen poco de suyo, y cuando las ideas é inclinaciones dominantes y el tristísimo estado excepcional del pais no dejan lugar en los espíritus al exámen y al gusto de las obras de imaginacion ó sentimiento. El trovador en nuestro siglo no es llamado como en la edad media á los festines y á las grandes solemnidades públicas; ni hay ya

castillos que le abran sus puertas para darle pan y hospitalidad en pago de sus coplas. El silencio y la indiferencia acogen sus cantos, semilla verdaderamente depositada en la arena; y en cuanto á las ventajas materiales que le producen, Goethe lo ha dicho: entretenido el poeta en soñar y cantar, llegó tarde al repartimiento de los bienes de la tierra hecho por los dioses, y se quedó pobre y desheredado. Así, pues, si la crítica suele por acaso ocuparse de versos, toma en cuenta la falta de estímulo, y hallando al autor bajo el mandil del artesano, tras el mostrador de un almacén, ó entregado á trabajos agrícolas, tiene que mostrársele indulgente y benigna. Por lo que hace á la sociedad; ¡feliz ella si los cantares de sus bardos mueren ahogados siquiera por el estruendo del vapor y el movimiento comercial, y no ya por los gritos de los combatientes y el estallido del cañon, como sucede en nuestra desdichada República!

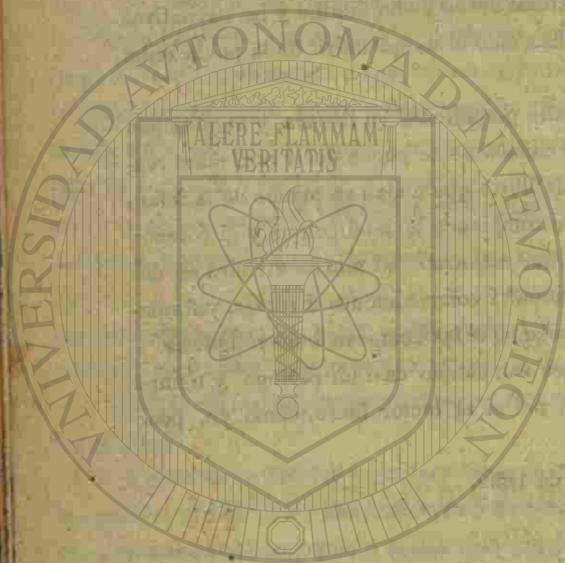
Si el nombre de México ha de ser borrado del catálogo de los pueblos libres, como todo conspira á hacérselo temer en estos momentos de angustia; y si una raza estraña ha de sustituirse á la nuestra de origen castellano, el habla de Cervantes, Rioja y Gallego habrá dejado aquí monumentos imperecederos de sí misma y del estado de nuestra civilización, en los escritos de poetas y prosadores que incontestablemente marchan á la vanguardia de la inteligencia en el Nuevo Mundo, y cuyo nombre respetará el olvido, cualquiera que sea nuestra suerte. No trataré, pues, de hacer creer que un espíritu de nacionalidad y la esperanza de hacer llegar á nuestros pósteros, probablemente mas desdichados que sus abuelos, una muestra del adelanto social de México en los dias tal vez últimos de su existencia política, me han impulsado á compaginar este libro,

cuando á tal objeto darán lleno cumplidamente las obras de nuestros escritores esclarecidos, y no pudiera la mia ser al lado de ellas sino piedrecilla microscópica al pié de las pirámides egipcias.—El natural deseo de mi familia y las escitativas de algunos amigos, han sido el único móvil de la publicacion de mis versos.

Por lo demas, á nadie perjudicará su lectura, y algo tienen ya de bueno con ello cuando no se puede decir otro tanto respecto de centenares de libros que andan en manos de la infancia y el bello sexo, corrompiendo la inteligencia y el corazon en castigo de la boga que alcanzan. El mio se dividirá en dos partes: la primera contendrá composiciones diversas, y formarán la segunda exclusivamente las composiciones religiosas.

Pero estos renglones van siendo casi un prólogo, y tiempo es ya de darles punto, por si el lector fuere, como yo, poco amigo de prólogos.

México, Agosto 20 de 1859.



PRIMERA PARTE.

**COMPOSICIONES DIVERSAS.**

**EL CONDE DE HAPSBOURGO.**

(SCHILLER.)

En Aix-la-Chapelle y en gótica sala,  
En medio á los nobles vestidos de gala,  
Está el rey Rodolfo, nuevo emperador.  
Se cubre la mesa de ricos manjares:  
De largo interregno tras guerras y azares,  
La paz, la justicia, renacen desde hoy.  
Varon respetable del Rhin palatino  
Los platos le sirve y escancia al rey vino  
Un príncipe eslavo en copa gentil.

Rindiendo al monarca respetos y honores,  
Están á sus lados los siete electores,  
Y el pueblo en los patios se agolpa feliz.

Se mezcla á los gritos de inmenso contento  
Que lleva á la sala confusos el viento,  
El son de la ronca trompeta marcial.  
Cesó ya el imperio feroz de la espada;  
Respira la tierra; se ve rescatada  
Del yugo ominoso de fuerza brutal.

La aurífera copa tomando en su mano,  
Al pueblo y los nobles miró el soberano,  
Y, afable el semblante, así les habló:  
"Espléndida fiesta mi trono inaugura,  
Y en ella de dicha insólita y pura  
Se siente inundado mi real corazón.

"Mas no entre nosotros el bardo aparece  
Que con sus cantares el júbilo acrece  
Al par que lecciones severas nos dá,  
Del gusto de oírle, que á todos prefiero  
Desde simple conde, privarme no quiero  
Agora que ciño diadema imperial."

Y hé aquí que hasta el centro del coro brillante  
De nobles y reyes, gentil el talante,  
La lira consigo, llegó el trovador.  
Envuelve sus formas un manto profuso;  
La edad el cabello cual nieve le puso;  
La luz del ingenio su frente guardó.

—Encierra en sus senos del bardo la lira  
La voz del contento, la voz que suspira,  
Que enciende en amores, que exalta el valor,

Y á esferas remotas sublima las almas:  
Tú tienes virtudes y glorias y palmas.  
¿Cuál canto es el digno de tí, emperador?

Rodolfo responde:—No quiero dar leyes  
Al bardo á quien oyen y acatan los reyes,  
É inspiran tan solo la luz, la verdad.  
Es libre, espontáneo, del bardo el acento:  
Cual trino del ave, cual nota del viento:  
Cantad, buen anciano; tenéis libertad.

Hiere el poeta las cuerdas  
De su lira y esto canta:  
"Iba persiguiendo al ciervo  
Un noble por la montaña.

"Palafren de largas crines  
Blanco y erguido montaba:  
Paje que venablos lleva  
Le sigue á corta distancia.

"Al encaminarse al valle,  
La nota argentina y clara  
Oyó de una campanilla  
Que al lejos suena con pausa.

"Venerable sacerdote  
Revestido de su alba,  
Lleva el Viático á un enfermo  
Infeliz de la comarca.

"Se quita el sombrero el conde  
Y del caballo se baja,  
Y se arrodilla devoto  
Adorando la Hostia santa.

“Corria al traves del valle,  
Entre los juncos y zarzas  
Que sus márgenes coronan,  
Arroyo de turbias aguas.

“El sacerdote en la orilla  
Detiene un punto su marcha;  
Recoge el talar vestido  
Y sus piés luego descalza.

—“¿Qué vais á hacer?”—dijo el conde  
No sin sorpresa mezclada  
De respeto—A un moribundo  
Llevo el manjar de las almas.

“La recia avenida el puente  
Destruyó en la madrugada;  
Voy á atravesar el río  
Por esta parte mas baja.

“Su caballo el conde acerca  
Y hace con dignas palabras  
Que lo acepte el sacerdote  
Y parta en él sin tardanza.

“Mientras, el noble piadoso  
Con agilidad estraña,  
El potro del paje monta  
Y en pos de fieras se lanza.

“Llama el cura á su castillo  
A la siguiente mañana;  
El corcel consigo lleva;  
Las riendas de seda y plata

“Pone en las manos del noble conde  
Y agradecido le habla;  
Mas éste dice al instante:  
—No quiera Dios que en la caza

“Vuelva á usar irreverente,  
O en el campo de batalla  
Palafren que ha conducido  
Tan alta y divina carga.

“Si guardarlo no quereis  
Para vos en vuestra cuadra,  
Empleadlo en el servicio  
Del culto en estas comarcas.

“Yo á mi Criador lo ofrezco  
Por quien tengo dichas altas,  
Salud, riquezas, honores,  
Cuerpo, aliento, vida y alma.

“—El Ser Supremo que escucha  
Del mendigo la plegaria,  
En esta y en la otra vida,  
Os dé merecida paga.

“Sois un señor poderoso  
Conocido en las montañas  
Por vuestra bondad; seis hijas  
Tipo de belleza y gracia,

“El cielo os dió. ¡Puedan ellas  
Traer un día á vuestra casa  
Seis coronas cuyo brillo  
Dure en épocas lejanas!”

El cántico escucha Rodolfo; su frente  
Se inclina hácia el pecho; pensó vagamente  
En cosas y días de un tiempo que fué.  
Con ojos atentos al bardo examina,  
La luz del recuerdo su mente ilumina,  
Y en él al ministro católico vé.

Conmuévase entonces hallando el sentido  
De aquesas palabras que ya se han cumplido,  
Y lágrimas dulces inundan su faz;  
Y miran los nobles en este monarca  
Que cetros, coronas y dichas abarca,  
Premiada del conde la antigua piedad.

1859.

**MENSAJERA.**

—¿De dónde vienes, ave peregrina?  
—En pos del sol, desde lejana sierra.  
—¡Feliz quien puede recorrer la tierra  
Como tú la recorres, golondrina!

—De tu paterno hogar sobre la encina  
Del ábrego evité la cruda guerra;  
Y de la alcoba que tu cuna encierra  
Mi nido tuve en la elevada esquina.

—¿Y á mis hermanos y á mis padres viste?  
—Pronunciaban tu nombre á todas horas  
Con tierno amor y con semblante triste.

—Vuelve hácia allá tus alas voladoras.....  
—Sí; les diré que su memoria existe  
Viva en tu pecho, y que su ausencia lloras.

1854.



**SONÁMBULA.**

“.....C'est une fée  
Qui lui parle et qu'on ne voit pas.”

VICTOR HUGO.

—La vista inclinada al suelo  
Y callada y pensativa,  
Medio alejada del mundo  
Esta caprichosa niña,  
Nuestras palabras no escucha,  
Ni tiene en sus labios risa:  
Si canta es triste su canto,  
Si ve una flor se extasia,  
Si oye música lejana  
Atenta el oído fija,  
Y luego sobre la diestra  
Pone su faz peregrina;  
Y hasta cuando alegres todos  
Ella también participa,  
Por el amor que nos tiene,  
De la comun alegría,  
Se desprende de sus párpados  
Una lágrima furtiva,

Vos, que descubierto habeis  
Los secretos de la vida,  
Si allá vuestra ciencia alcanza,  
Decid: ¿qué tiene esta niña?  
—Su alma, reflejo del cielo,  
Es de las vuestras distinta,  
Y por la eterna belleza  
Y el bien inmortal suspira.

1856.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

## LA PARTIDA Y LA VUELTA.

A mis amigos D. A. de la Portilla y D. A. A. Franco.

"Me hallaba en la primavera de la vida cuando emprendí mi camino dejando los juegos encantadores de la juventud en la casa paterna. Me impelían una esperanza poderosa, un sentimiento de fe profunda, una voz que me decía—Marcha; el camino está abierto; llega hasta el fin....."

"Mas ¡ay! en medio del camino todas estas imágenes infieles me volvieron la espalda y huyeron una tras otra."

SCHILLER.

"Bendígate el cielo—su padre decía  
Al joven Adolfo que deja el hogar.—  
Mi amor te acompaña: del mundo en la vía  
Tú marcha de modo que puedas un día  
Mis canas honrar."

"Bendígate el cielo" su madre le dijo,  
Y un ósculo puro llorando le dió;  
Y dióle consejos, llamóle su hijo,  
Y Adolfo se aleja, y en breve el cortijo  
De vista perdió.

Enjuga Adolfo una lágrima  
Que acaso por vez primera  
Derramó en su vida: él parte,  
Y padres y hermanos deja,  
Y el techo que abrigo dió  
Al sueño de su inocencia.  
No importa: dentro del alma  
Háblale una voz secreta  
Que á entrar al mundo le escita,  
Y en lontananza contempla  
Imágenes seductoras,  
Mil apariciones bellas.  
El amor de las mujeres,  
Palmas y glorias le esperan,  
Y la magia del poder  
Y el brillo de las riquezas.  
El corazon en el pecho  
De Adolfo late con fuerza:  
"Mías serán" exclamó,  
Y sus pasos acelera;  
Mas lo hermoso del paisaje  
Que en su derredor se ostenta,  
Hirió su vista y mantuvo  
Su alma entusiasta suspensa.

Era en los primeros días  
De Abril: su pompa despliega  
Naturaleza, adornándose  
Con su vestido de fiesta.  
Brilla en azulado cielo  
El sol, y su luz reflejan  
La nieve de las montañas,  
Las flores de la pradera.

Bajo el arbolado espeso  
 Toro bramador sèstea,  
 Cantan las risueñas aves,  
 Suspira el viento en las selvas.  
 Del lejano caserío  
 En espirales se eleva  
 El humo: al lejos el mar  
 Se extiende en llanura inmensa  
 Que con los rayos del sol  
 Espejo claro semeja,  
 Y en él á trechos se mira  
 Cómo un botecillo deja  
 Cauda de chispas brillantes  
 Al ir marcando su estela.—  
 Juventud que tu aureola  
 Das á la naturaleza  
 Y haces que del hombre aprisa  
 Corra la sangre en las venas,  
 Y haces que su sueño arrullen  
 Mil esperanzas quiméricas;  
 Primavera de la vida,  
 Juventud, bendita seas!

De su distraccion á Adolfo

Sacó un anciano que llega.  
 El bordon de peregrino  
 Trae en la trémula diestra:  
 Cano es su cabello, blanca  
 Su barba crecida, espesa;  
 Apacible su semblante  
 Que la tristeza sombrea.  
 Cuando al jóven acereóse,  
 Estas espresiones truecan:

*El peregrino.*— ¡Adónde ¡oh jóven! marchais?

*Adolfo.*— El mundo, señor, me espera.

Atrás queda mi cabaña,

Padres y hermanos en ella:

Necesito espacio inmenso

Para vivir.

*El pereg.*— Mas ¿qué intentas

Hacer en el mundo?

*Adol.*— Abrigo

Juventud, inteligencia,

Amor al trabajo: acaso

Logre el amor de una bella;

Mas tarde... acaso la gloria

Y el poder y las riquezas!

Adios, anciano.

*El pereg.*— Un momento

Escúchame: cual tú era

Jóven un día, y salí

De la cabaña paterna

Lleno cual tú de ilusiones,

De juventud y de fuerza.

Entré al mundo: en su oceano

Desplegó mi inteligencia

Sus velas.

*Adol.*— ¿Y conseguisteis...?

*El pereg.*— Ya no recuerdo! Si, espera:

Fuí amado... ¡por unos días!

Obtuve gloria, riqueza.

Ley era mi voluntad

Que obedecian sin réplica;

Pero hay una sombra, es cierto,

Que alcanzar todos desean,

Y que vemos mas lejana

- Cuanto mas vamos tras ella:  
 La felicidad!
- Adol.— Pues ¿cómo!  
 ¿Amor y gloria y riqueza  
 No son la felicidad?
- El pereg.— Son humo, polvo y miseria.
- Adol.— ¿Qué decís?
- El pereg.— Digo que el hombre  
 Cuando abre á la luz primera  
 Sus ojos, lleva consigo  
 De los pesares la herencia.  
 Corre tras sueños de dicha,  
 Y si los realiza encuentra  
 Que es vanidad, aire, sombra  
 Lo que en sus brazos estrecha.
- Adol.— ¡No hay realidad?
- El pereg.— El dolor.
- Adol.— ¡Oh Dios mio! ¡Suerte adversa  
 La del hombre! Mas decid:  
 De lo pasado ¿qué os queda,  
 Anciano?
- El pereg.— Solo el recuerdo  
 De algunas acciones buenas!  
 Vuelve á tu cabaña ¡oh jóven!
- Adol.— ¡Imposible! Voz interna  
 Me escita á entrar en el mundo:  
 Tal vez la dicha me espera.
- El pereg.— Ella no existe.
- Adol.— Veamos.
- El pereg.— Al menos, contigo lleva  
 Este báculo que es  
 Símbolo de la esperiencia.

Adolfo prosigue su marcha: el anciano,  
 De pié contra un árbol, perderse le vió:  
 "Bendígate el cielo" murmura, y su mano  
 Llamaba á la choza paterna, y en vano,  
 Pues nadie le abrió.

Habian ya muerto los suyos: al lado  
 Sepulcro vacío creyó divisar....  
 Miró luego al cielo, pensó en lo pasado,  
 Y al pié de una palma sentóse callado  
 La noche á esperar.

1853.

U A N I L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## A FRANS COENEN Y ERNESTO LUBECK.

Los que de allende el férvido oceano  
Venís á hacer oír vuestra armonía  
A los hijos del suelo que no en vano  
Colon el genoves en sueños via;  
Los que, bien como el Júpiter pagano  
En su diestra los rayos contenia,  
Encerrais en el mágico instrumento  
La semilla de todo sentimiento;

Salud, salud! Vuestro poder alcanza  
A esparcir la tristeza en nuestra frente,  
Y si el idioma hablais de la esperanza  
Luego palpita el corazon ardiente.  
De vuestra nota en pos rauda se lanza  
El alma á otra region resplandeciente;  
Toca sus lindes y sus alas pliega  
Y en mar de dicha sin igual se aniega.

¡Quién cual vosotros ha imitado el blando  
Rumor del viento en la floresta amena,  
Y el que forma el arroyo resbalando,  
Y la voz de la triste filomena;

Y la voz tierna de la vírgen cuando  
Lucha con el amor que la enajena;  
Y el suspiro de amor correspondido,  
Y el llanto amargo del amor perdido?

¡Qué relacion existe misteriosa  
Entre el alma y las cuerdas del piano  
Que ella subir hasta los cielos osa  
Cuando en estas, Lubeck, pones tu mano?  
¡Coenen! tu dulce nota melodiosa  
Que así conmueve el corazon humano  
Oíste en los conciertos celestiales?  
Decid, nobles artistas: ¿sois mortales?

El eco espira y entusiasta ofrenda  
De aplausos coronó vuestra victoria:  
Vais á seguir la comenzada senda  
Que os ilumina el astro de la gloria.  
¡Que vuestra fama artística se estienda!  
¡Adios, y haced de México memoria!  
Decid que se interesa en vuestra fama:  
¡Decid, decid que á los artistas ama!

**MEMORIAS DEL BIEN.**

Casta azucena que la frente inclinas  
Enriqueciendo el curso de ese río  
Con la copia de perlas que el rocío  
Te dió en las dulces horas matutinas,

¿Adónde tus recuerdos encaminas  
Desde aqueste apartado valle umbrío?  
—Adonde fuese el viento del estío  
Que acarició mis galas peregrinas.

—¿Dónde está el viento?—Se alejó inconstante  
Cuando, al sentirle en mi primer aurora,  
De mi aroma el tesoro dile amante:

Mis lágrimas por eso vierto ahora....  
—Si ellas alivian tu dolor punzante,  
Pobre azucena inmaculada, llora!

1854.

## FRAGMENTOS DE UN POEMA INTITULADO

**“MEMORIAS DE UN PEREGRINO.”**

I.

Ultimos dias del invierno.—Llegada de las aves,

Consérvase la nieve en las montañas,  
Permanecen los árboles sin hojas;  
Por el rayo solar herida aquella,  
Cruge, rueda, en torrentes se transforma,  
Desciende al valle convertida en río  
Y fertiliza la comarca toda.  
Céfiro allí sus invisibles alas  
Cuando discurre en sus cristales moja,  
Y á esparcir va despues su aliento helado  
En la ciudad, en las humildes chozas.  
Todavía la niebla se levanta  
De la llanura en transparentes blondas,  
Y en mi ventana el viento de la noche  
A veces melancólico solloza.  
¿Dura el invierno aún? ¿Cómo así el duelo  
De la naturaleza se prolonga?  
¿No tornará mañana, cual solía,  
De los placeres la estacion hermosa?

**MEMORIAS DEL BIEN.**

Casta azucena que la frente inclinas  
Enriqueciendo el curso de ese río  
Con la copia de perlas que el rocío  
Te dió en las dulces horas matutinas,

¿Adónde tus recuerdos encaminas  
Desde aqueste apartado valle umbrío?  
—Adonde fuese el viento del estío  
Que acarició mis galas peregrinas.

—¿Dónde está el viento?—Se alejó inconstante  
Cuando, al sentirle en mi primer aurora,  
De mi aroma el tesoro dile amante:

Mis lágrimas por eso vierto ahora....  
—Si ellas alivian tu dolor punzante,  
Pobre azucena inmaculada, llora!

1854.

## FRAGMENTOS DE UN POEMA INTITULADO

**“MEMORIAS DE UN PEREGRINO.”**

I.

Ultimos dias del invierno.—Llegada de las aves,

Consérvase la nieve en las montañas,  
Permanecen los árboles sin hojas;  
Por el rayo solar herida aquella,  
Cruge, rueda, en torrentes se transforma,  
Desciende al valle convertida en río  
Y fertiliza la comarca toda.  
Céfiro allí sus invisibles alas  
Cuando discurre en sus cristales moja,  
Y á esparcir va despues su aliento helado  
En la ciudad, en las humildes chozas.  
Todavía la niebla se levanta  
De la llanura en transparentes blondas,  
Y en mi ventana el viento de la noche  
A veces melancólico solloza.  
¿Dura el invierno aún? ¿Cómo así el duelo  
De la naturaleza se prolonga?  
¿No tornará mañana, cual solía,  
De los placeres la estacion hermosa?

Hendiendo el vasto cielo nebuloso  
Viene la golondrina voladora  
Desde climas lejanos: bajo el techo  
De mi humilde mansion vaga afanosa;  
Pide hospitalidad con trinos breves  
Y se congrega la familia toda  
A admirar al alado peregrino.  
Ave amiga del hombre, en buena hora  
Llegues á mis umbrales: tu presencia  
Anuncia al corazón la vuelta próxima  
De los serenos días. ¡Desde dónde  
Vienes buscando al sol? ¡Cuál es la zona  
Donde á la luz tus párpados abriste?  
¡Cómo dejaste ayer la cara esposa?  
¡Cuándo tornas á ver los patrios campos  
Que el invierno á dejar te obliga ahora?  
¡Y un asilo en tus cánticos me pides!  
Duerme bajo mi techo sin zozobra,  
Que acaso traiga á la estación que anhelas  
La roja luz de la vecina aurora.

## II.

## La Primavera.

Siempre te amé, florida primavera,  
Siempre fuiste á mi alma melancólica  
Lo que la vista del vecino puerto  
Al náufrago que lucha con las ondas:  
En cada flor me diste una esperanza,  
Me ofreciste un placer en cada hora,

Y, al contemplar el alfombrado campo,  
Tu ardiente sol, tu trasparente atmósfera,  
Quise que en tu regazo el sueño eterno  
Me obligase á dormir muerte dichosa.

## III.

## El cántico del ruiseñor.—Amores de las aves.

Mas ¡qué dulce cantiga á turbar viene  
La calma de los bosques á esta hora?  
Te reconozco, ruiseñor amante,  
Son tus reclamos á la esquiva esposa.  
Ese sol que fecunda las montañas  
Prende en tu seno llama abrasadora:  
Pero ¡qué digo, si de amor el fuego  
Se enseñorea de las aves todas?  
Desde el alcion que vuela sobre el río  
Imitando el murmurio de las ondas  
En sus cantares tristes, hasta el águila  
Que el mundo deja y las estrellas toca;  
Desde el buho misántropo que el nido  
En lo interior del campanario forma,  
Hasta la garza cándida que busca  
Asilo en las lagunas pantancosas,  
Al ave compañera todas llaman  
Con voz alegre ó triste, dulce ó ronca;  
Todas pueblan el aire con sus cantos,  
Todas en su embriaguez viven dichosas.—  
Tardan aún las roncas tempestades:  
Las nieves del invierno están remotas.

## IV.

**Olvido que sigue á la muerte.**

¿Viste morir al entusiasta jóven  
 Que el orgullo formó de su familia;  
 Amado de las ciencias y las artes,  
 Y en cuyo pecho el patriotismo ardía?  
 Viste morir la prometida esposa  
 De dar su mano ante el altar en visperas?  
 ¡Qué de esperanzas ¡ay! mueren con ellos!  
 Pues acércate aquí: sus tumbas mira:  
 Brotan en rededor silvestres flores,  
 Aman las aves y dichosas trinan:  
 Sobre la tierra el aire, como siempre,  
 Cuelga desde el zenit su azul cortina:  
 Nada falta en el mundo: hasta sus nombres  
 El caro amigo pronunciar evita:  
 Un año mas y con su injusta suerte  
 La familia enlutada se resigna!

## V.

**La Lluvia.--La Cosecha.**

Mas ¡qué sordo rumor al lejos suena  
 Que retumbando, en la montaña espira?  
 Son los truenos de Julio: al escucharlos  
 El labrador se inunda de alegría.  
 Anuncian ellos bienhechora lluvia

Que el abrasado campo fertiliza.  
 Desgárrase la nube: por el rayo  
 Del sol que muere en Occidente heridas,  
 Del Sud al Aquilon iris inmenso  
 Forman las gotas de agua cristalinas:  
 Por sus multiplicadas partiduras  
 Bebe la tierra este licor de vida;  
 Las agostadas plantas se enderezan,  
 Como la jóven que á morir ya iba  
 Cuando acertada en sus entrañas vierte  
 Bálsamo de salud la medicina.  
 Surcan arroyos la llanura estensa  
 Y adquiere el bosque verdinegras tintas,  
 Los pájaros sacuden su plumaje,  
 Y del toro la piel mojada brilla.  
 ¡Como al peso de frutas diferentes  
 Las ramas de los árboles se inclinan!  
 Su mano alarga el labrador y encierra  
 En los graneros la cosecha rica,  
 Pensando alegre en que durante un año  
 La suerte aseguró de su familia;  
 Mas si las siembras el granizo tala  
 Y en la miseria despertó, confía  
 En el Dios que benéfico departe  
 Sustento al ave y del insecto cuida.

## VI.

**La Caza.--La Tempestad.**

Cuando sus nubes el otoño esparce  
 Vistiendo el piso con las hojas secas  
 Que al árbol quita, en amorosa llama

Del noble ciervo el corazón se quema.  
 Abandona los montes: hacia el valle  
 Ora desoyendo en rápida carrera,  
 Arrójase á los ríos y en las ondas  
 Sobrenada la añosa cornamenta:  
 Busca en las quiebras de la opuesta orilla  
 Su compañera tímida y esbelta,  
 La disputa á los ciervos sus hermanos,  
 El amor en sus ojos centellea:  
 Su frenético afán, su atrevimiento  
 Al mirar, espantada huye la hembra:  
 La persigue tenaz, al fin la alcanza  
 Y hacia la gruta amiga va con ella.

Rumor lejano se percibe á poco:  
 El ciervo salta erguiendo la cabeza,  
 Fija atento el oído y á la fuga  
 Su salvación el mísero encomienda,  
 Que la impresión del acerado casco  
 Fué para el cazador segura señal.  
 ¡No oís voces humanas que conduce  
 A intervalos el viento? Ya se acercan  
 Los cazadores; llegan; las salidas  
 Toman del valle y los alanos sueltan  
 Que rastreando por do quier discurren  
 Y se internan al fin allá en la selva.  
 Reina en aquel instante hondo silencio:  
 ¡Suena leve rumor? Es que se queja  
 El viento entre las ramas: ni las aves  
 Cantan, la escena contemplando atentas.  
 Un trémulo ladrido lastimero  
 Se oye salir del bosque: el arma apresta  
 Cada cual, recorriendo con la vista

El valle estenso y la arboleda espesa,  
 Ya los sagaces perros descubrieron  
 De la infelice víctima las huellas;  
 Redoblan sus ladridos y, entretanto,  
 El corazón de quien matarla espera,  
 De entusiasmo y temor lleno, palpita,  
 Arden sus sienes y su mano tiembla.  
 Se acerca huyendo el ciervo y á su impulso  
 Cruge la zarza que á sus piés se enreda;  
 La rompe al fin y rápido se lanza  
 Y varios tiros á la vez resuenan,  
 Cuya explosión repiten los collados.  
 Ya no se ve su forma en humo envuelta.  
 ¡Se salvó? ¡Se salvó?... Miradle ahora,  
 Plomo fatal hirióle: cae en tierra,  
 Le rodean los perros y se agita  
 De la agonía en las congojas fieras.  
 Al verle así rendido y espirante  
 Grito de gozo universal se eleva.

A veces interrumpe esta alegría  
 La tempestad. Se aduermen las florestas;  
 Hoja ninguna se estremece: el cielo  
 Vélese en nubes lóbregas y espesas:  
 Luego sus ondas oscurece el río  
 Y el viento dobla las encinas recias  
 Con bramido espantoso. Retumbando  
 Recorre el trueno la escarpada sierra:  
 El polvo escarba el toro audaz inquieto;  
 Busca el ave marina la ribera  
 Y en las aguas arrójase; la garza  
 El ala estiende y sus lagunas deja.  
 ¡Como el pastor que sus rebaños cuida

Busca en el monte la trillada senda  
 Que á su albergue conducé! Deslumbrando,  
 El airado relámpago serpea,  
 Y de pavor el llano se estremece  
 Y en sus cimientos las montañas tiemblan.  
 Si reina breve espacio de silencio,  
 Oyese la campana de la aldea  
 Que al Dios del trueno apaciguar procura  
 Y asilo ofrece en medio la tormenta  
 Al peregrino. Su preñado seno  
 Rasga la nube, empápase la tierra  
 Con la abundante lluvia del otoño;  
 Luego desaparecen las veredas,  
 El río bramador desdeña el cauce  
 Y la comarca en derredor aniega.  
 Alguna vez bajo la altiva copa  
 De un árbol guarecido, el alma llena  
 De aquella admiracion que siempre infunde  
 Si conmovida está naturaleza,  
 Largas horas pasé y helado el viento  
 Mi cuerpo entumecia: al fin su fuerza  
 La borrasca amainó; pasan las nubes  
 Y limpio el azulado cielo dejan.

## VII.

**La caída de las hojas.--La muerte en la infancia.**

¡Cuán grabados quedaron esos días  
 Que entre placeres rústicos huyeran,  
 Aquí en el corazón! Dirijo á veces  
 Todavía mi planta á las praderas

Cuando sus flores Mayo las prodiga  
 O las nubes de otoño las sombrean.  
 Nunca al mirar la desprendida hoja  
 Con que los vientos encontrados juegan,  
 La pobre hojilla que en el suelo muere  
 Despues de breves días de existencia,  
 De visitar dejaron á mi alma  
 Solemnes, melancólicas ideas.  
 De nuestra suerte aquí la incertidumbre,  
 De destruccion esa inmutable, eterna  
 Ley que al olvido aterrador destina  
 Cuanto natura á producir acierta,  
 Del mendigo infeliz al potentado,  
 Desde la flor que primavera engendra  
 Hasta los monumentos que á su orgullo  
 Levantaron allá Ménfis y Tebas,  
 Todo, todo su fin advierte al hombre,  
 Conjunto de inconstancia y de miseria!

Pero ¡porqué la hoja ayer nacida  
 Arrebatada entre las hojas secas  
 Va por el aire, sin vivir el plazo  
 Que á las demas la muerte concediera?  
 En flor á veces se malogra el fruto:  
 La mariposa que en la flor se alberga  
 Deja el capullo, y cuando va sureando  
 Por la primera vez la azul esfera,  
 Incita al ave que despliega el ala,  
 Audaz la sigue y sin piedad la apresa.  
 También la frente cándida del niño  
 Hierne la muerte y con su soplo hiela,  
 Y la esperanza de sus tiernos padres  
 Para siempre jamas guarda en la huesa.

¡Hermanos míos inocentes! ¡Cómo  
 Los años ¡ay! en su carrera lenta  
 No han borrado en mi alma vuestra imagen!  
 Siempre que la familia se congrega  
 En sus pesares ó alegrías, nota  
 Que de los suyos dos faltan en ella.  
 Encanto de sus padres venturosos,  
 Dicha y amor de sus hermanos eran:  
 Cuando vino la peste asoladora  
 Y les hirió; cuando tocamos yertas  
 Sus pálidas facciones que animaba  
 Brillo de prematura inteligencia,  
 ¡Cuántas amargas lágrimas vertimos!  
 Resonaba el hogar con nuestras quejas.

## VIII.

## Los astros.--Vanidad de la ciencia.

Está la noche silenciosa: brillan  
 En la celeste bóveda los astros,  
 Acompañando con su luz hermosa  
 En sus instantes últimos al año.  
 Acaso Dios, en el espacio aéreo  
 Con poderosa mano al derramarlos;  
 Al trazarles sus órbitas eternas  
 De las que separarse nunca osaron;  
 Al reflejar en sus opacas formas  
 De su mirada el esplendente rayo,  
 Quiso que en las tinieblas de la vida  
 Ellos sirviesen al mortal de faro.

Cumpliendo todos van con su destino:  
 Cuando Orion del cielo en lo mas alto  
 Aparece y las Pléyades, subyuga  
 De su fulgor el misterioso encanto:  
 Cercana al polo boreal la Osa  
 Dirige al caminante extraviado;  
 Venus en el Oriente anuncia el alba,  
 Y cuando brilla próxima al Ocaso  
 Trae consigo la callada noche  
 Que los tiernos amantes desearon.  
 Suele de tarde en tarde, peregrino  
 Por las regiones del azul espacio,  
 Un cometa estender su cauda bella  
 De Poniente á Levante.—Llegó el sabio  
 De los planetas á medir la altura,  
 A conocer su movimiento vario  
 Distinguiendo en su disco las montañas  
 De los abismos cóncavos y opacos;  
 Mas cuando quiso en alas de la ciencia  
 Adonde mora Dios subir osado  
 Y ante su trono con altiva frente  
 Pedirle la razon de sus arcanos,  
 La misma voz que al aquilon acalla  
 Y al mar contiene en su profundo álveo,  
 Truena á su oído y al humilde polvo  
 De nuevo descendió, torpe gusano!

## IX.

## El dolor.

“¡Oh Dios mio, Dios mio! Si piadoso  
 Eres como te invocan los humanos;

Si tu diestra sublima omnipotente  
 Las criaturas que formó del barro;  
 Si, como á débil planta que se acoge  
 A la sombra benéfica de un árbol,  
 En tu misericordia las encubres  
 Con la bendita sombra de tu manto,  
 ¿Porqué mi corazón del pecho arrancas?  
 ¿Porqué hieres mi frente con tu brazo?  
 ¿Qué me sucede ¡ay! que ya mis ojos  
 Abrasadoras lágrimas cegaron?  
 ¿Fué tu divina voluntad que el hombre  
 Con el dolor envejeciera? ¡Acaso  
 El legado le hiciste de la vida,  
 Flor que dura en la tierra pocos años,  
 Para trocar en humo sus deseos?  
 Mis días un tormento prolongado  
 Son, y las noches lóbregas ahogan  
 Mis sollozos.... Tal vez sueño liviano  
 De mi perdido bien la imagen bella  
 A mis ojos ofrece: alborozado  
 Corro á echarme á sus piés y se evapora,  
 "Adios, adios," sus labios murmurando.—  
 Si tal era en la tierra mi destino  
 ¿Porqué no permitiste, cielo santo,  
 Que, malgrado en el materno seno,  
 Jamas se abrieran á la luz mis párpados?"

X.  
 DIRECCIÓN GENERAL DE PROTECCIÓN DE PATENTES

La tumba.--La muerte.

En la mitad de la llanura inmensa  
 Veo un camino estrecho y erizado,

A cuya orilla, si una flor asoma  
 Sécase luego entre espinosos cardos.  
 Al fin de este camino hay honda sima  
 Que el hombre cava con sus propias manos,  
 Con el sudor de su abrasada frente,  
 Para gozar allí largo descanso.  
 Pero ¡quién aparece, el débil cuerpo  
 Llevando hácia la sima con trabajo,  
 Inclinata la frente y sosteniéndose  
 Con el auxilio de nudoso báculo?  
 Es ¡ay! la SENECTUD: en su cabeza  
 Los inviernos sus nieves han dejado;  
 No tiene brillo su mirada incierta,  
 No tiene savia de su vida el árbol.  
 Imágen fiel de la vejez helada  
 Son estos montes cuando espira el año;  
 Mas ¡ay! la primavera torna á ellos  
 Su animacion y su esplendor pasado,  
 Y el hombre muere para siempre. A veces,  
 Cual minado de sordido gusano  
 Languidece un arbusto, herido el jóven  
 De la desdicha fiera por el dardo,  
 Encanece temprano su cabello,  
 Encórvase su cuerpo fatigado;  
 Solicita su tumba y no la encuentra,  
 Semejante á quien cava suelo ingrato  
 En busca de un tesoro; que la muerte,  
 De la felicidad en el regazo,  
 Al hombre asalta que su fin olvida,  
 Pero la llama el infeliz en vano.

## XI.

## La inmortalidad.

"Pero ¡qué digo! El ángel que del mundo  
 Huyó ligero al espirar el plazo  
 De su destierro, y en su antigua patria  
 Mora entre los querubes sus hermanos,  
 ¿Podrá gustar del cáliz de amargura  
 Que á su dicha inmortal está vedado?  
 Si miras tú con ojos compasivos  
 La odiosa agitacion del mundo bajo,  
 Desde el eterno monte en cuyo cielo  
 El verdadero sol no tiene ocaso,  
 Ruega al Señor, á quien de cerca adoras,  
 Que me perdone mis errores vanos:  
 Que siempre en esta vida la esperanza  
 A mi debilidad sirva de amparo:  
 Que cuando ya mi deleznable cuerpo  
 Esté durmiendo el sueño funerario  
 En el jardin ameno do viviste  
 Y de la cruz bajo el abrigo santo,  
 Dé á gozar á mi alma el bien supremo  
 De la inmortalidad allí á tu lado."

## XII.

## Últimas palabras del peregrino.

"Idolatraða flor de un solo dia  
 De bella forma y de perfume casto,

Tu memoria acompaña al caminante:  
 Entristece tu ausencia el suelo patrio.  
 Mi lloro estos renglones riega: en ellos  
 Tu nombre falta, á mis oídos caro:  
 Bien lo recuerda el corazon, mas nunca  
 Pudo mi mano en el papel trazarlo.

-----  
 ¡Ay! ya no tengo porvenir. El prisma  
 Rompióse y veo que el desierto es árido:  
 Yo me siento á esperar aquí la noche  
 Bajo la palma de un recuerdo amado."

1850.

**LA PRIMAVERA.**

Aspirase el perfume  
 Del mirto y de la rosa:  
 La primavera hermosa  
 Torna á brillar al fin.  
 Bajo azulado cielo  
 Y en la enramada verde,  
 Dibuja sus estrellas ó tímido se pierde  
 Entre sus mismas hojas, el cándido jazmin.

Bella es el alba pura;  
 Templado el medio día;  
 Grata la tarde umbria;  
 Breves las noches son.  
 Plumas y voz el ave,  
 Césped y flor el prado

Recobran, y las aguas del lago sosegado  
 Se agitan bajo el ala del fugitivo alcion.

Dios que de lana viste  
 Al corderillo tierno,  
 Y tras el crudo invierno  
 Hojas al árbol dá,  
 Sobre mis males echa  
 El velo del olvido:

De nuevas esperanzas mi espíritu asistido,  
 Al porvenir risueño sus alas tiende ya.

1851.

**MORIR DE AMOR.**

(SCHILLER.)

Rompe el lazo de amor y á Palestina  
 Vuela un guerrero, y dicen á su amada:  
 "Ha muerto al filo de la infiel espada  
 Tu prometido esposo." Al suelo inclina

Su frente: en palidez la purpurina  
 Rosa de sus mejillas fué trocada,  
 Y á Dios en la monástica morada  
 De su existencia el resto ella destina.

Torna el guerrero, y con sus propias manos,  
 Frente á la celda en que la virgen llora,  
 Labra una choza en medio del desierto:

Allí se entrega á pensamientos vanos,  
 Hasta que un día al asomar la aurora,  
 Vuelto el rostro á la celda, hallóle muerto.

1854.

®

## EL TRAJE DE BODA.

A las señoritas Pesado, en señal de aprecio.

Cándido y rico es el traje;  
De azahares la corona.  
¡El traje será sudario  
Del cadáver de la novia!

“Despierta á mi acento, Ismenia,  
Que el alba en Oriente asoma,  
Y el amor que aguarda premio  
Quiere acelerar las horas,  
Antes que el pájaro esquive  
Del sol el rayo en la sombra  
De la cercana arboleda,  
Te habré de llamar mi esposa.”  
A estos versos que acompañan  
Del dulce laúd las notas,  
Ismenia salta del lecho,  
Llena de júbilo toda;  
Con blanca mano desata  
Las copiosas trenzas blondas;  
Al tocador se dirige  
Y á sus doncellas convoca,

Porque este día feliz  
Es el día de su boda.

Cándido y rico es el traje;  
De azahares la corona.  
¡El traje será sudario  
Del cadáver de la novia!

Ciñe el azahar su frente,  
Ciñe ya el traje sus formas,  
Y en el espejo se mira  
Ismenia gentil y hermosa  
Cual la luz de la esperanza  
Que sus pensamientos dora.  
Aguárdala su familia,  
Y de impaciencia amorosa  
Movido el novio, á llamarla  
Viene hasta su misma alcoba.  
Pero al abrirse la puerta,  
Ráfaga de viento sopla  
Y en la chimenea rica  
Llama imperceptible brota.  
Vuélvese Ismenia al oír  
De Alberto la voz sonora,  
Y al par que tierna le mira,  
Presa el fuego hace en su ropa.  
Al advertirlo, asustada  
Corre de una pieza á otra,  
Y á impulso del movimiento  
Vigor el incendio cobra,  
Y en manto horrible de llamas  
Envuelve su altiva forma.  
Las desoladas doncellas

En vano gritan y lloran;  
 Y Alberto se abraza en vano  
 Con resolucion heroica  
 Al cuerpo gentil de Ismenia,  
 Que sobre un lecho se arroja  
 Y, sin querer, nuevo pábulo  
 Presta á las llamas indómitas.

Cándido y rico era el traje;  
 De azahares la corona.  
 ¡El traje será sudario  
 Del cadáver de la novia!

Alrededor de su lecho  
 La familia está llorosa  
 Y Alberto, no sin trabajo,  
 Sollozos fuertes ahoga.  
 Clava Ismenia en él su vista  
 De la muerte en las congojas;  
 Busca su mano y la estrecha  
 Y en ella sus labios posa,  
 Y el alma deja su cárcel  
 Y á los cielos se remonta,  
 Y en tristes ayes se truecan  
 Del laúd las dulces notas;  
 Y para el alma de Alberto  
 En noche infeliz y lóbrega  
 El alba de su esperanza  
 En el día de su boda.

Cándido y rico era el traje;  
 De azahares la corona.  
 ¡Hoy es el traje sudario  
 Del cadáver de la novia!

En el estrecho ataud  
 Que adornan caladas blondas,  
 Do brillan con oro y seda  
 Flecos y cintas y borlas,  
 Yace el cuerpo inanimado  
 En noble actitud piadosa;  
 Las manos enclavijadas,  
 Como quien al cielo implora;  
 Pálido el rostro y en él  
 De la eternidad las sombras;  
 Deshojado el azahar  
 De la virginal corona,  
 Y ennegrecidos del humo  
 Cual palma del rayo rota,  
 Los mal conservados restos  
 De su vestido de boda.

Cándido y rico era el traje;  
 De azahares la corona.  
 ¡El traje ha sido sudario  
 Del cadáver de la novia!

## MI ÁNGEL BUENO.

En los rayos del sol, en la montaña,  
Sobre las ondas del sonante río,  
En la cándida perla de rocío,  
De tus ojos la luz do quier me baña.

Tu forma idolatrada me acompaña  
Fija en el hondo pensamiento mío:  
Cubierto con tus alas, desafío  
Del porvenir aterrador la saña.

Pues que mi senda allanas y tu diestra  
Me ayuda en ella y bendecido faro  
Es en mi noche tu fulgor sereno,

Siempre á mis ojos lánguidos te muestra:  
No me dejes en triste desamparo:  
No me abandones nunca ¡oh mi ángel bueno!

1854.

## LA NEVADA.

A mi amigo el Sr. D. Manuel Perez Salazar.

Se oscurece el claro cielo:  
Desencadenado Bóreas  
Brama en las torres altivas,  
En los árboles y rocas.  
Hiérenos intenso frío  
Y luego en menudas borras  
Baja la nieve, tendiendo  
Espesa y cándida alfombra.  
¡Ay de las naves alígeras  
Que con intrépida prora  
Se acercan, de nuestro golfo  
Cortando las bravas olas!  
¡Ay del pastor infelice  
Cuya vacilante choza  
Le es débil resguardo al viento  
Que en valle y montaña sopla!  
Mas ¡porqué así en nuestro clima  
Donde primavera hermosa  
Su aliento fecundo vierte  
Del año en todas las horas,

Vemos los tristes paisajes  
 Que la Siberia decoran?  
 ¡Dónde está el azul del cielo?  
 ¡Qué es del canto de la alondra  
 Y de las brisas cargadas  
 De balsámicos aromas?  
 Aparece á la tristísima  
 Luz de un día sin aurora,  
 Blanco sudario de nieve  
 Cubriendo las bellas formas  
 De la ciudad de los lagos,  
 Con su grandeza orgullosa  
 Al pié de escelsos volcanes  
 Que el ancho valle coronan.  
 ¡Cambió natura sus leyes  
 Y nos condena en su cólera  
 A un invierno perdurable  
 Sin sol, sin aves ni auroras?  
 ¡Vuelvan el sereno cielo  
 Y las regaladas notas  
 De los pájaros, y el brillo  
 De las flores deliciosas,  
 Que ardiente el sol vivifica  
 Y que el céfiro enamora!  
 Vuelvan, sí, porque mi alma,  
 Ante la vista monótona  
 Que campo y ciudad ofrecen,  
 Siente secarse las hojas  
 De la flor de la esperanza  
 Que en su jardín atesora!

Diciembre 21 de 1856.

## EL CIERVO HERIDO.

Del valle y la montaña soberano  
 Gozó de libertad; burló atrevido  
 Al cazador que al indefenso nido  
 Del pájaro infeliz tiende la mano.

Sintió el amor y debatióse en vano  
 Contra su fuego, y, á la fin rendido,  
 Su dulce libertad puso en olvido  
 Cabe la amante compañera ufano.

Allí le sorprendió la noche parda:  
 Traidora flecha, al asomar el día,  
 Su corazón enamorado hiere:

Va hácia la antigua fuente; se acobarda;  
 Mira á la amada cierva en su agonía,  
 Vierte brillantes lágrimas y muere.

1854.

## EL GUANTE.

(SCHILLER.)

A mi amigo el Sr. D. Felipe Escalante.

Frente á la arena do los leones  
A trabar lucha terrible van,  
Bajo la sombra de sus pendones  
Entre los nobles está el rey Franz.  
Y en elevados palcos brillantes,  
A los dos lados del rey se ven  
Mujeres bellas muy elegantes,  
Ceñida en rosas la blanca sien.

El rey su cetro de oro levanta:  
Puerta de hierro cruge y se abrió,  
Y asoma impávido y se adelanta  
Del circo al centro grave leon.  
Mira á la gente de espanto llena,  
Abre la armada boca, y despues  
Sacude altivo su gran melena  
Y se echa en tierra con languidez.

De Franz el cetro de nuevo brilla:  
Cruge otra puerta con duro son:  
Tigre de oscura piel y amarilla  
Súbito salta frente al leon.  
Con furia horrible brama y atruena  
El gran palenque do va á luchar:  
La cola agita y en el arena,  
Cual la otra fiera se llega á echar.

Hace el monarca señal tercera,  
Y dos leopardos con rapidez  
Salen del fondo de la leónera  
Y sobre el tigre dan á la vez.  
La lucha dura solo momentos:  
El tigre presto los llega á asir,  
Y los leopardos corren sangrientos  
A refugiarse lejos de allí.

En aquel trance, de linda mano  
Pequeño guante se desprendió:  
Del palco quieren asirlo en vano,  
Que entre las fieras al fin cayó.  
La dama altiva dijo á su amante:  
"Si tan heroico vuestro amor es,  
Bajad al circo, mi blanco guante  
De entre las fieras á recoger."

El caballero con faz serena,  
Tranquilo paso, firme ademan,  
Desciende y huella la roja arena  
Donde las fieras rugiendo están.

De terror llena, la gente calla;  
 Mas ve al apuesto jóven gentil  
 Alzar el guante, ganar la valla,  
 Y en ronco aplauso prorumpe al fin.

Viendo en el jóven tal osadía,  
 En dulce llama de eterno amor  
 La noble dama sintió que ardía:  
 Con rostro afable le recibió;  
 Mas él al rostro la arroja el guante,  
 Y al alejarse, con altivez  
 "Busca—la dijo—busca otro amante  
 Que necio quiera tu esclavo ser."

1859.

## EL PRISIONERO

## DE SANTA ELENA.

A mi amigo D. Pedro de Landero.

Te he visto retratado de jóven todavía:  
 Al resplandor del fuego  
 Tu mano aparecía  
 Mostrándó al artillero los muros de Tolon.  
 Te he contemplado luego  
 Bajando el Apenino,  
 Cuando al pueblo latino  
 Del sueño del sepulcro llamaba tu cañon.

Al pié de las Pirámides te contemplé tranquilo:  
 Tu forma retrataba  
 Lleno de asombro el Nilo;  
 De cien ilustres sombras hollabas el país.  
 Mas tarde reflejaba  
 Sobre tu escelsa frente  
 Su rayo indeficiente  
 El sol de las jornadas de Jena y Austerlitz.

De terror llena, la gente calla;  
Mas ve al apuesto jóven gentil  
Alzar el guante, ganar la valla,  
Y en ronco aplauso prorumpe al fin.

Viendo en el jóven tal osadía,  
En dulce llama de eterno amor  
La noble dama sintió que ardía:  
Con rostro afable le recibió;  
Mas él al rostro la arroja el guante,  
Y al alejarse, con altivez  
"Busca—la dijo—busca otro amante  
Que necio quiera tu esclavo ser."

1859.

## EL PRISIONERO

## DE SANTA ELENA.

A mi amigo D. Pedro de Landero.

Te he visto retratado de jóven todavía:  
Al resplandor del fuego  
Tu mano aparecía  
Mostrandó al artillero los muros de Tolon.  
Te he contemplado luego  
Bajando el Apenino,  
Cuando al pueblo latino  
Del sueño del sepulcro llamaba tu cañon.

Al pié de las Pirámides te contemplé tranquilo:  
Tu forma retrataba  
Lleno de asombro el Nilo;  
De cien ilustres sombras hollabas el país.  
Mas tarde reflejaba  
Sobre tu escelsa frente  
Su rayo indeficiente  
El sol de las jornadas de Jena y Austerlitz.

Pero tan grande nunca jamas me pareciste  
 Como al mirarte aislado  
 En Santa Elena, triste  
 Durmiéndose á tus plantas el águila imperial:  
 Del mundo abandonado  
 Tú, meditando á solas  
 Mientras las turbias olas  
 Del mar en torno tuyo se vienen á estrellar.

Esos cansados brazos que cruzas sobre el pecho,  
 El mundo sujetaron  
 Un día en lazo estrecho,  
 Porque luché contigo y tú pudiste mas!  
 Aquesos piés hollaron  
 El manto de cien reyes,  
 A quienes diste leyes  
 Como al esclavo impone las suyas el sultan.

El brillo de tus ojos fué signo de victoria:  
 Marchaban tus soldados  
 Al campo de la gloria  
 Si al frente de ellos ibas, de un mártir con la fe.  
 Países dilatados  
 Sin tregua recorrias  
 Y ahora no podrías  
 El trecho que recorre un niño recorrer.

Antes, el eco grato de bética diana  
 Te interrumpia el sueño  
 Viniendo la mañana;  
 Hoy á la puerta misma del triste pabellon

Clama el inglés tu dueño,  
 Toda la noche "alerta,"  
 Y su clamor despierta  
 Al noble prisionero de activo corazon.

¿Cómo caiste? dime: la hormiga pequenuela  
 El árbol eminente  
 Royendo con cautela  
 Cómo derriba al cabo? ¿Qué brazo te venció?  
 ¡Ninguno, ciertamente!  
 Fuiste leon temido  
 Que pisa inadvertido  
 El césped que la fosa del cazador cubrió.

Juzgaste por el tuyo de un corazon villano;  
 Sin vacilar tendiste  
 La destrozada mano  
 A tu enemigo eterno, llegastes á su hogar.  
 ¡Ah! ¡pobre águila triste!  
 Eras aún muy fuerte  
 Y, en su poder al verte,  
 Tus garras le espantaron; te las mandó cortar.

¿Qué grande me pareces de pié sobre la roca  
 Pensando en tu destino  
 Mientras con furia loca  
 La espuma de su orgullo la mar arroja allí!  
 Si hallaras tú camino  
 Sobre sus ondas bravas,  
 Fueran de nuevo esclavas  
 Cuantas naciones antes bajo tu yugo ví.

Me dicen que de sangre tu pedestal teñido

Está, noble guerrero:

Jamas verlo he podido,

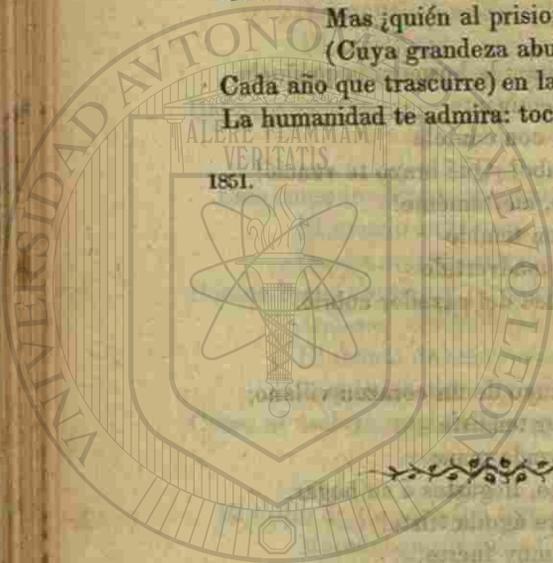
Que el brillo de tu frente mi vista deslumbró.

Mas ¡quién al prisionero

(Cuya grandeza abulta

Cada año que trascurre) en la desgracia insulta?

La humanidad te admira: toca el juzgarte á Dios!



## PENSAMIENTOS DE SCHILLER.

A mis amadas hermanas.

I.

El Labrador.

Lleno tu corazón de la esperanza,  
Al hondo sulco la semilla fias  
Que habrá de producir frutos opimos  
Cuando aparezca la estación propicia.  
Mas, dime: ¿esparces con el mismo anhelo  
En los sulcos del tiempo la semilla  
De las buenas acciones, cuyo fruto  
Hemos de recoger en la otra vida?

II.

La Esperanza.

A porvenir mejor el hombre aspira  
Y siempre corre tras lejano objeto;  
Muere el invierno; primavera asoma  
Y espera él siempre. Un mágico reflejo

Vierte de la esperanza el alba estrella  
Sobre la alegre faz del niño tierno,  
La faz del entusiasta adolescente,  
Del hombre audaz y el abatido viejo;  
Y cuando éste, tras marcha fatigosa,  
Duerme en los brazos del eterno sueño,  
La luz de la esperanza todavía  
Brilla sobre su tumba allá en el cielo.

Ilusion engañosa la esperanza  
Nutrida en los errores del cerebro,  
No puede ser! El corazón nos dice  
Que para otra existencia fuimos hechos,  
Y esta secreta voz nunca me engaña:  
Mortal, espera: alcanzarás tu objeto!

1853.

## A VERACRUZ,

DURANTE EL BOMBARDEO DE LOS NORTE-AMERICANOS.

Ya va á espirar el día: manso el viento  
Se aduerme entre las flores,  
Y no elevan cual suelen su lamento  
Dulce los ruiñeñores.  
Un ave que otra por el ancho cielo  
Sus alas va agitando,  
Y aislada palma al ver, amaina el vuelo  
Sobre ella descansando.  
Vélase el mundo en sombra de tristeza  
Indefinible y vaga,  
Cual la mujer que oculta su belleza  
Si nuestro amor no paga.  
Si llevamos los ojos al Oriente,  
El alma sin sosiego,  
Vemos con avidez distintamente  
Relámpagos de fuego.  
Y si en el alta noche Bóreas frío  
Su cólera refrena,  
Rumor como el de truenos del estío  
En el espacio suena.  
¡Ay! cada vez que inquietos escuchamos  
Esos débiles truenos,  
El corazón nos dice que contamos  
Un compatriota menos!

¡Veracruz! ¡Veracruz! Tal vez ahora,  
 Tus guerreros sin vida,  
 Te contempla la hueste asoladora  
 Suya, mas no rendida.  
 Nos dicen que tus hijos son dechado  
 De valor y constancia;  
 Que, sangrienta y destruida, has imitado  
 Las glorias de Numancia;  
 Que de tu fuego el invasor seguro  
 De tu ardor á despecho,  
 Tan solo fué para sus bombas muro  
 De tus hijos el pecho.  
 Ya la historia dirá cómo, olvidada  
 De la nacion entera,  
 Páras al invasor, teniendo en nada  
 Su enojo de pantera.  
 No esperamos que triunfes: numeroso  
 El enemigo bando  
 Está con proyectiles alevoso  
 El tuyo minorando.  
 Tú, si cubrió el oprobio nuestra frente,  
 Borrás mancha tan fea:  
 Tambien es vencedor el que valiente  
 Sucumbe en la pelea.  
 Vale un laurel sobre la frente fría  
 Del cadáver de un bravo,  
 Mil veces mas que ver la luz del día  
 Con la marca de esclavo.—  
 ¡Sean tus ruinas el padron severo  
 Que incite eternamente  
 A combatir y sucumbir primero  
 Que doblengar la frente!

Jalapa—1847.

EL 27 DE SETIEMBRE DE 1821.

**HIMNO PATRIOTICO.**

¡Gloria á Iturbide, que al leon hispano  
 En recia y buena lid supo vencer!  
 La libertad del pueblo mexicano  
 Rastro glorioso de su vida fué.

I.

Vienen á la memoria aquellos dias  
 En que, arrojó inspirando y decision,  
 Al eco de guerreras melodías  
 Desplegóse la enseña tricolor;  
 Y el anciano y el niño y el adulto  
 A prosternarse fueron á su pié,  
 Para rendir á sus colores culto  
 Jurando allí triunfar ó perecer.

II.

“Ve,” le dice al esposo tierna esposa  
 Y la espada flamígera le da:  
 Dice al amante la doncella hermosa:  
 “Amor no puede haber sin libertad.

Al habitar privilegiado suelo,  
Do esparce brillo indeficiente el sol,  
Ser libre sea tu primer anhelo:  
Ve á conseguirlo y obtendrás mi amor."

## III.

¡Tronó el cañon! Los dignos descendientes  
Del fiel Guzman y el indomable Cid,  
Despues de combatir como valientes  
Nos dan la diestra con lealtad al fin.—  
De nuestra vida hasta la hora estrema  
Nuestro mas noble orgullo formarás,  
Tricolor pabellon, porque es tu lema  
"LA RELIGION, LA UNION, LA LIBERTAD."

Gloria á Iturbide &c.

1853.

## RECUERDOS

## DE LA INVASION NORTE-AMERICANA.

## ALCALDE Y GARCIA.

"Muertos sí—dijo—pero esclavos no."  
ARRIAZA.—Elegía al 2 de Mayo.

Ya va á tender la noche sus crespones  
Para envolver al mundo en su tristeza:  
Sus galas va á esconder naturaleza

Al ojo del mortal.

Mas ¡ay! que apareció desde la aurora  
Casi velada en nieblas funerales,  
La intensidad tal vez de nuestros males

Así por aumentar.

Hieren cánticos fúnebres el viento;  
Marcha con paso grave el sacerdote;  
Retratado en los rostros su tormento,  
El pueblo va tambien.

Lágrimas nublan los turbados ojos,  
Sollozos lanzan los rasgados pechos,  
Y en sollozos y en lágrimas deshechos  
Unos á otros se ven.—

Allí dos ataúdes que en sus hombros  
Conduce reverente el ciudadano,  
Las víctimas contienen que el tirano  
Feroz sacrificó.  
Ya dejaron el templo do sus preces  
Por los que fueron el mortal levanta:  
Guía la muchedumbre ya su planta  
Al yerto panteon.

¡Sombras ilustres! Alzaos  
De vuestro fúnebre lecho;  
Mostrad el sangriento pecho  
A la oprimida nacion;  
Que en pago os enseñaremos  
Cuantos tras vosotros vamos,  
Cómo, á nuestra vez, llevamos  
Desgarrado el corazon.

Ya se agotó la copa de amargura;  
De la muerte en el seno ya reposan:  
Van á entrar en la yerta sepultura  
Para no mas salir.  
Al trístisimo *requiem* acompaña  
Vago el clamor de los airados vientos:  
La lluvia desatándose con saña,  
Viene á verlos partir.—

Recibe tú, Dios mio,  
El alma desprendida  
Del barro que en la vida  
Aprisionóla impío,  
Y bondadoso acógela  
Del trono santo al pié.

Ella vagó en el mundo  
Cual hoja que, arrancada  
Al árbol, desolada  
Va sobre cieno inmundo,  
Siempre marchita y prófuga  
Del viento á la merced.

Mas, de la tumba á orillas,  
Tiende hácia tí sus manos:  
Baja, Señor, á asillas,  
No sean sus ruegos vanos!  
De eternidad condúcela  
Por el ignoto mar.

Que en la tumba los restos  
Del cuerpo en que vivia,  
Por la piedad hoy puestos  
Que en tus promesas fia,  
En su recinto lóbrego  
Al fin duerman en paz!

Verted llanto, vertedlo, ciudadanos,  
En derredor del túmulo sangriento:  
El invasor con depravado intento  
A ellos la palma del martirio dió,  
A nosotros las lágrimas nos quedan;  
A ellos les queda en galardón su gloria;  
A nosotros impresa en la memoria  
La sangre que el patíbulo regó!

Dormid en paz vuestro sueño  
Mientras seguimos luchando,  
De ir nuestro honor restaurando  
Llevados por el empeño.

Fuera muerte gloriosa  
Para vosotros, guerreros,  
Morir con vuestros aceros  
Derramando sangre odiosa.

Mas, viles os desarmaron  
Por cebar su rabia fiera  
En una águila altanera  
A quien las garras cortaron.

Es un triunfo vuestra muerte;  
Su cobardía pregona:  
Puso en vos noble corona  
Aunque fúnebre, la suerte.

Y á fe que al morir llorados,  
Sed de venganza dejais,  
Que en la memoria quedais  
De todo un pueblo grabados.

Y seguirá vuestra huella  
Anhelando la victoria,  
Y será libre con gloria  
O sucumbirá con ella.

Que hoy vuestro sueño envidiamos  
Porque descansar os vemos,  
Y morir cual vos queremos  
Si, cual vos, gloria alcanzamos,

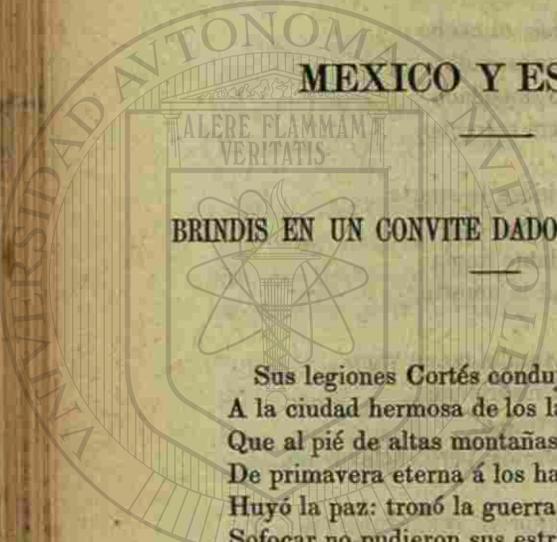
Y con duelo inmenso en tanto  
Vendremos día por día  
Vuestra sepultura fría  
A regar con nuestro llanto.

Al recordaros, el pecho  
Palpitará entusiasmado  
Y á su intento denodado  
El porvenir será estrecho.

Mas si nos hiere la suerte  
¡Ay! y si en aciago día  
Nos dá esa falanje impía  
Con la libertad la muerte,

De nuestra tumba no en vano  
Podrá decir la inscripcion  
Al implacable tirano:  
"Muertos ya somos; pero esclavos no."

Jalapa—1847.



MEXICO Y ESPAÑA.

## BRINDIS EN UN CONVITE DADO AL POETA ZORRILLA.

Sus legiones Cortés condujo un día  
A la ciudad hermosa de los lagos,  
Que al pie de altas montañas se estendia  
De primavera eterna á los halagos.  
Huyó la paz: tronó la guerra impía;  
Sofocar no pudieron sus estragos  
De Guatimoc el valeroso instinto;  
Pero triunfó el pendon de Cárlos Quinto.

Leyes, costumbres, religion, idioma,  
Trajo el conquistador á nuestra tierra,  
Y luego á los altiyou pueblos doma  
Tras incesante afan y cruda guerra.  
Mas ya la luz de libertad asoma:  
La gloria al ver que el porvenir encierra,  
América exclamó: "Ser libre quiero,"  
Lidia, vence y quebranta el yugo ibero.

Quebranta el yugo; pero nunca olvida  
Que es el pueblo español el pueblo mismo  
Que trajo á esta region desconocida  
La civilizacion y el cristianismo.  
Que el Atlántico inmenso nos divida  
No importa, no; cegado ya el abismo  
Que entre uno y otro pueblo abrió la saña,  
Llámanse hermanos México y España.

1855.

## ADIOS AL ESTÍO.

Mueren las flores postreras  
Del prado en la mustia alfombra,  
Do van tendiendo su sombra  
Las tempestades primeras.

Por última vez el cielo  
Brilla transparente y raso  
Si el sol descende al ocaso  
O rasga el nocturno velo.

Con el rumor de los vientos  
Mezclan su canto las aves,  
Las fieras rugidos graves,  
La tempestad sus acentos.

Adios ¡oh estío! tus flores  
Cuanto bellas son fugaces;  
Tú nacer no bien las haces  
Y las quitas sus colores.

Mas vivirían en vano  
Las otras cuando su frente  
Dobló la mas inocente  
De las que engendra el verano.

¡Alma mia, niña hermosa,  
Que en el sepulcro te escondes  
Y á mis quejas no respondes  
Allá en el cielo dichosa!

¡Qué se hizo ya tu aroma?  
Nos halagó pasajero:  
Moriste como el lucero  
Cuando la mañana asoma.

Henchidos de lluvia y cieno  
Su cauce ensanchan los ríos:  
De nubarrones sombríos  
Está el firmamento lleno.

Presto el árbol corpulento  
Perderá sus verdes galas:  
Plegando un ave sus alas,  
En él desafía al viento.

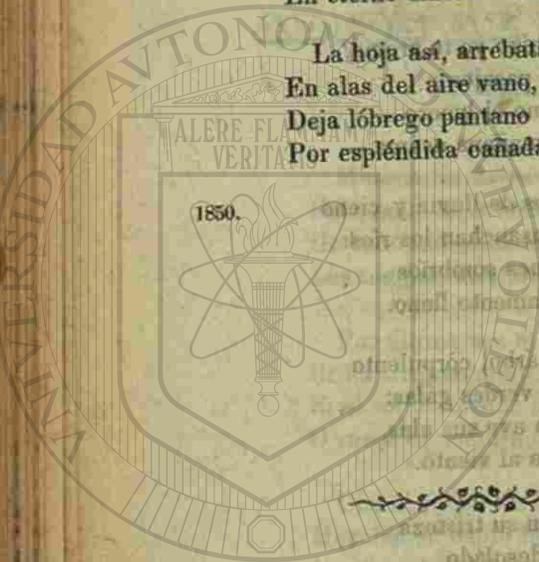
Es símil en su tristeza  
De espíritu desolado  
El panorama enlutado  
Que ofrece naturaleza.

Si para aquel no se apaga  
De la religion la estrella,  
Puesta su confianza en ella  
Triste y resignado vaga;

Porque Dios que el prado viste  
De musgo en la primavera,  
Abre la tumba severa  
Para el corazón del triste.

Angel caído, le llama  
 A su mansion primitiva,  
 Donde con lumbré mas viva  
 En eterno amor le inflama.

La hoja así, arrebatada  
 En alas del aire vano,  
 Deja lóbrego pantano  
 Por espléndida cañada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IDILIO.

Yo canto la frescura  
 De los nativos campos:  
 Yo canto la hermosura  
 De una modesta flor,  
 Y el hondo desconsuelo  
 Que siente el peregrino  
 Si torna al patrio suelo  
 Y en vano la buscó.

Praderas esmaltadas  
 Y montes eminentes  
 Cuyas nevadas frentes  
 Tocan el cielo azul,  
 En sus espacios guardan  
 Arroyos cristalinos  
 Y los sonoros pinos  
 De añeja senectud.  
 En unas vese el lago  
 De fértiles riberas  
 Do vuelan placenteras  
 Las aves en tropel:

Brilla de trecho en trecho  
Entre la turbia espuma  
Del ánade la pluma  
De extrema candidez.

En otros, donde Enero  
Sus nieves amontona,  
La nítida corona  
Prenda de majestad,  
Que los solares rayos  
Al recibir, se hiende  
Y cruge y se desprende  
Rodando sin cesar.

¡Oh! Si ganais la cumbre  
De tan escelso monte,  
Veréis el horizonte  
Su círculo ensanchar:  
Preñado el seno de agua,  
A vuestros piés la nube  
Donde sus rayos fragua  
La negra tempestad.

¡Oh! Si gozais la sombra  
Que dan las arboledas,  
De verdes alamedas  
Tendido en el tapiz,  
Escucharéis la música  
Del céfiro en los ramos,  
El vuelo y los reclamos  
Del pájaro feliz.

Camina el ancho arroyo  
Gimiendo sordamente,  
Y en su cristal luciente  
Contéplase el alcion:  
El agua con sus alas  
En azotar se empeña,  
O sobre parda peña  
Canta con triste voz.

Temible la culebra  
Se arrastra entre las hojas:  
Brillan sus manchas rojas  
La luz al recibir;  
Y su cabeza chata  
Eleva rectamente,  
La mano que la mata  
Como queriendo herir.

A veces el silbato  
Del cazador oyendo  
Con que él está queriendo  
Las ciervas engañar,  
Ella buscando viene  
Los tiernos cervatillos;  
Con miedo sus anillos  
He visto relumbrar.

Cubre verdoso mûsigo  
Del olmo el grueso tronco:  
Resuena el canto ronco  
Del viejo leñador,

Y un golpe y otro golpe  
 Del hacha cortadora,  
 La queja atronadora  
 Del árbol que cedió.

Cuando el otoño llega  
 Se nubla el claro cielo,  
 De hojas se viste el suelo  
 Y el árbol de aridez:  
 Si callan los sonidos  
 Del viento quejumbroso,  
 Torrentes acrecidos  
 Oigo bramar tal vez.

Y acaba el luto amargo  
 De la naturaleza  
 Cuando á brillar empieza  
 La luz primaveral:  
 Entonces, sí, recobran  
 Con alegría suma,  
 Los pájaros su pluma,  
 Las fuentes su cristal.

Entonces sí que el cielo  
 De bello azul se adorna,  
 Y tibio el aire torna  
 Las flores á mecer:  
 Múltiples los ecos  
 Repiten más cantares:  
 Las aves á millares  
 Vuelven la patria á ver.

## II.

¿Qué extrañas tú que en medio  
 De flores y de plantas,  
 En donde se abren tantas,  
 Naciera tierna flor?  
 Que, hiriéndola del alba  
 Las ráfagas más bellas,  
 Ésta entre todas ellas  
 Naciera la mejor?

¿Qué extrañas que, en la fuente  
 Al verse más cercana,  
 Se columpiara ufana  
 De la colina al pié;  
 Y, remedando el eco  
 De música armoniosa,  
 Quisiera el chupa-rosa  
 Su néctar absorber?

¿Qué extrañas que en la tarde  
 Benéfico el sereno  
 Fuera á bañar su seno  
 Marchito por el sol;  
 Que su nombre en los valles,  
 O por los altos pinos,  
 Sonara con los trinos  
 Del pájaro cantor?

¡Que de su hogar saliendo  
 Un jóven peregrino,  
 La viera en su camino  
 Y detuviera el pié;  
 Y que, en el musgo echado  
 De la campestre alfombra,  
 Ella le diera sombra,  
 Su amor la diera él?

Del alba con las tintas  
 Brillantes se arrebola:  
 Ufana su corola  
 Levanta al cielo azul;  
 Y siente el que á su lado  
 Está sus formas viendo,  
 El corazon latiendo  
 De gloria y juventud.

Impregna su perfume  
 La gemidora brisa;  
 Columpiáse indecisa  
 Con desigual vaiven,  
 Y fórmanle concierto  
 La fuente que se queja  
 Y el ave que se aleja  
 De la engañosa red.

No sé cuáles memorias  
 De la sencilla infancia  
 Sintiendo su fragancia  
 El jóven evocó;

Ni qué dorados sueños,  
 Mirando tal belleza,  
 Ruedan por su cabeza,  
 Turban su corazon.

Al despedirse imprime  
 Un ósculo en su frente,  
 Mientras que dulcemente  
 La dice: "Tierna flor,  
 A mi pesar me lleva  
 Ingrato mi destino  
 Por áspero camino,  
 Muy lejos de tu amor.

"Mas cuando á pisar vuelva,  
 Tornando á mi cabaña,  
 La solitaria selva  
 Donde viviendo estás,  
 Te llevaré á qué mores  
 Bajo el paterno techo,  
 Porque en mi humilde pecho  
 Te levanté un altar.

"Encantarás mis dias  
 Con tu perfume blando,  
 De mi alma desterrando  
 El tedio y el pesar;  
 Te cuidaré yo mismo  
 Con amoroso empeño;  
 Siempre seré tu dueño,  
 Siempre mi flor serás."

## III.

Brillando el sol de Marzo  
 Como imperial diadema,  
 Las tiernas hojas quema  
 De la modesta flor.  
 Cuando en ocaso arde  
 Llueve sutil sereno;  
 Mas ¡ay de mí! qué tarde  
 Para la flor bajó!

Como el amargo lloro  
 Que amante infeliz vierte  
 Sobre el despojo inerte  
 De angelical mujer,  
 Deslizase el sereno  
 Por sus dobladas hojas  
 Sin reanimar su seno,  
 Sin refrescar su tez.

Cayó cuando la brisa  
 Dentro del bosque zumba,  
 Y halla una humilde tumba  
 Que el césped alfombró;  
 Y la hojarasca parda  
 Que al árbol quita el viento,  
 Allí se agrupa y guarda  
 Los restos de la flor.

Se aspira su perfume  
 Postrero todavía:  
 Recuerda su ambrosía  
 El chupa-rosa fiel,  
 Y en sus cantares tristes  
 Por la floresta amena,  
 Dice la filomena:  
 "Breve su vida fué."

Cubierto su semblante  
 Del polvo del camino,  
 Se acerca el caminante  
 Que della se ausentó.  
 La vista ansiosa tiende  
 Por la comarca.... duda....  
 Su rostro se demuda,  
 Porque á la flor no halló.

En su desierta rama  
 Posada un ave triste,  
 Parece que le llama  
 Con tímido cantar,  
 Y que le dice "En vano,  
 Buscas tu flor querida,  
 Porque murió temprano,  
 Ya nunca la verás."

Siéntase solitario  
 Al pié de la colina,  
 Y su cabeza inclina  
 Que la desdicha hirió.

Cubre con mano trémula  
 Sus ojos, sollozando,  
 Y al lloro curso dando,  
 En alta voz gimió.

“¿Porqué la primavera  
 Su perfumado aliento  
 Presta al templado viento,  
 Su juventud al sol;

Y la celeste bóveda  
 A despejar acierta  
 Cuando á mi flor ya muerta  
 Sirve de pabellón?

“A mi destino injusto  
 Quizá por ironía  
 Brilla radiante el día  
 Bajo su manto azul:  
 Del sol ardiente el rayo  
 Alegre se derrama  
 Sobre la humilde cama  
 Donde reposas tú!

“¿Porqué morir tan presto,  
 Mi bella flor amada?  
 Lustre de la cañada  
 En que naciste ayer,  
 A tu desdicha acaso  
 Mi amor abrió el camino,  
 Que siempre fué mi sino  
 Perder lo que adoré.

“La suerte mas piadosa  
 Hoy muéstrase contigo,  
 Porque te presta abrigo  
 La tierra maternal,  
 Mientras en fuego inútil  
 Mi pecho se consume  
 Porque de tu perfume  
 No tornaré á gozar.

“¿Qué quieres que yo diga  
 A mi familia amada  
 Si á ver llega surcada  
 De lágrimas mi faz?  
 Conmigo entre vosotros  
 Modesta flor traía;  
 Pero en la tumba fría  
 Goza de eterna paz.

“¿Quién sabe si á mi lado  
 Un porvenir sombrío  
 Te estaba reservado,  
 Y lo evitaste así!  
 Si al ver de la tormenta  
 Las cenicientas alas,  
 Desnuda de tus galas  
 Quisiste ya dormir!

“El ala un ave pliega  
 Y su cabeza esconde  
 Cuando la noche llega,  
 Présaga de quietud.

¿Porqué en la sepultura  
De recogerte acabas  
Si de tu vida estabas  
En la mañana aún?

"Conmigo tu memoria  
Irá perpetuamente:  
Siempre en el dulce ambiente  
Tu aroma aspiraré.

¡Ayl que al dejarte presa  
De muerte prematura,  
Mi acerba desventura,  
Mis lágrimas no ves."—

En su baston nudoso  
Se apoya el peregrino:  
Prosigue su camino  
De su cabaña en pos;  
Pero al dejar la selva  
Torna la faz sombría,  
Diciendo todavía:  
"Adios, eterno adios!"

1850.

## ULTIMO DIA DEL AÑO.

¿Porqué sin verdor el suelo  
En las campiñas se ostenta,  
Y la ciudad cenicienta  
Y envuelto en nubes el cielo?

¿Porqué el ábrego que corre  
Hierde el cuerpo, asusta el alma  
Si, tras aparente calma,  
Brama en solitaria torre?

¿Dónde está el ave canora  
Por el cielo peregrina,  
Que alzó su voz argentina  
En la tarde y á la aurora?

Árido aparece el seto,  
La montaña, el ancho prado;  
Del árbol antes copado  
Solo queda el esqueleto.

De frio el pastor temblando  
Tras su rebaño camina,  
Que vaga por la colina  
En vano yerba buscando.

¿Porqué en la sepultura  
De recogerte acabas  
Si de tu vida estabas  
En la mañana aún?

"Conmigo tu memoria  
Irá perpetuamente:  
Siempre en el dulce ambiente  
Tu aroma aspiraré.  
¡Ay! que al dejarte presa  
De muerte prematura,  
Mi acerba desventura,  
Mis lágrimas no ves."

En su baston nudoso  
Se apoya el peregrino:  
Prosigue su camino  
De su cabaña en pos;  
Pero al dejar la selva  
Torna la faz sombría,  
Diciendo todavía:  
"Adios, eterno adios!"

1850.

## ULTIMO DIA DEL AÑO.

¿Porqué sin verdor el suelo  
En las campiñas se ostenta,  
Y la ciudad cenicienta  
Y envuelto en nubes el cielo?

¿Porqué el ábrego que corre  
Hierde el cuerpo, asusta el alma  
Si, tras aparente calma,  
Brama en solitaria torre?

¿Dónde está el ave canora  
Por el cielo peregrina,  
Que alzó su voz argentina  
En la tarde y á la aurora?

Árido aparece el seto,  
La montaña, el ancho prado;  
Del árbol antes copado  
Solo queda el esqueleto.

De frio el pastor temblando  
Tras su rebaño camina,  
Que vaga por la colina  
En vano yerba buscando.

En la mas profunda quiebra,  
De una roca en el cimientó,  
Reposa sin movimiento  
La venenosa culebra.

Buscad mas allá del monte  
Del mar la azulada tinta;  
Ya no le veréis cual cinta  
Que adornaba el horizonte;

Porque con tristeza suma,  
Acotando las miradas,  
Llano y cumbres elevadas  
Vela densísima bruma.

El sol apenas traspone  
El meridiano, ocultando  
Su faz entre nubes, cuando  
En Occidente se pone.

Si de la niebla triunfante  
Que la circunda, una estrella  
Pálido fulgor destella,  
Se eclipsa en el mismo instante;

Y apenas brilla en la cumbre  
De una escarpada montaña,  
De la mísera cabaña  
La mal escondida lumbré.

A su calor dulce en tanto,  
Dando á su trabajo cima,  
Anciano pastor se arrima  
Y entona sencillo canto,

¿Porqué sin verdor el suelo  
En las campiñas se ostenta,  
Y la ciudad cenicienta,  
Y envuelto en nubes el cielo?

El año presente en breve  
Sorbe eternidad avara,  
Y á su cadáver prepara  
Blanco sudario la nieve.

El pueblo todo está junto  
Del vasto templo en las naves,  
Y suenan murmullos graves  
Si calla el órgano un punto.

Triste la tarde pardea,  
Y la lluvia fugitiva  
De cada ventana ojiva  
En los cristales gotea.

Y olvidamos con empeño  
El día ya trascurrido;  
Pero el año, también ido,  
¿Es otra cosa que un sueño?

¡Oh tú que llevas exacta cuenta  
De aquestos años que van pasando;  
Tú cuyo soplo, que nos alienta,  
En honda sima los va arrojando!  
Vuelve tu rostro de gloria lleno  
A la criatura que de vil cieno  
Formó tu diestra. ¡Piedad, Señor!  
Si hartos han sido nuestros dolores,  
Para tus hijos años mejores  
Desde hoy trascurren en tu reloj.

Pasó muy presto la edad dichosa  
 Que de inocencia guarda el perfume,  
 Y mi alma triste, que el duelo acosa,  
 Cual flor sin riego su Abril consume.  
 A los altares donde hoy te alaba  
 Desde su infancia tierna llegaba  
 A demandarte gloria y virtud:  
 Creyó que bajo tu augusto manto  
 Tranquila siempre, sin hiel ni llanto  
 La sorprendiera la senectud.

De lo vedado por el sendero  
 (Hoy te lo dice bien mi sonrojo)  
 Por muchos días con pié ligero  
 Vagué, escitando, Señor, tu enojo;  
 Y aunque muy presto me arrepentía,  
 Y á tí clamando, gozar quería  
 De mi existencia la antigua paz,  
 Rota la venda de la inocencia,  
 Ya disipada su casta esencia,  
 Llaméla en vano; tornó jamas.

De la desdicha miré en el seno  
 A muchos seres que amaba el alma;  
 Se marchitaban con su veneno  
 Cual de aire falta la altiva palma.  
 Aborreciendo la vida inquieta,  
 Te demandaban con voz secreta  
 La tumba helada, puerto comun;  
 Y tú les oyes, y tú les nombras,  
 Y ellos pasaron cual leves sombras,  
 Y ellos no existen; yo existo aún!

Pero ¿qué miras, mortal suspenso,  
 Al rayo claro de eterna lumbre?  
 Puéblase un valle fértil, inmenso,  
 De gente vária con muchedumbre.  
 Rompe el cadáver la losa fría  
 De los sepulcros; su faz sombría  
 Conserva el sello del estupor;  
 Pero del ángel la voz resuena  
 Y sus artérias de sangre llena,  
 Torna á sus miembros vital calor.

Padres, hermanos, amigos caros,  
 No mas destierro, no mas ausencia,  
 Ya que mi alma torna á encontraros  
 De un Dios amado por la clemencia!

¡Sueño dichoso! ¡Noble esperanza!  
 Tu antorcha pura, nunca estinguida,  
 Desde los cielos su rayo lanza  
 En las tinieblas de nuestra vida.  
 ¡Oh! Mientras vamos por su desierto,  
 Mientras arriba la nave al puerto,  
 Senos propicio; piedad, Señor!  
 Si hartos han sido nuestros dolores,  
 Para tus hijos años mejores  
 Desde hoy trascurren en tu reloj!

## LA MUERTE DE RAQUEL.

A mi amigo el Sr. D. José Sebastian Segura.

Cuando reinaba primavera hermosa,  
De la feliz Ephrata en el sendero  
Un hijo amado y el adios postrero  
Dió al sensible Jacob su tierna esposa.

De hijos y esclavos turba numerosa  
Alza la voz con llanto lastimero;  
¡Dulce Raquel, en tumulto extranjero  
La muerta flor de tu beldad reposa!

Siente su corazón hecho pedazos  
Jacob, y á Benjamin su ósculo sella;  
A sí le estrecha en amorosos lazos:

Mira el sepulcro de su esposa bella,  
Y camina llevando al hijo en brazos.  
¡Con ella vino, y se alejó sin ella!

1856.

## DIANA.

A mi hermano el Lic. D. Rafael Roa García.

## PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de\*\*\*—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia  
de los pesares del hombre.—Indecisión.

Después de un año de silencio, ausente  
Del suelo donde ví la luz primera,  
Por si olvidar consigo en mis viajes  
Los pesares que el ánimo atormentan,  
Te escribo estos renglones, caro amigo,  
Desde el recinto de una antigua selva,  
En la risueña quinta adonde entrada  
Tu bondadosa epístola me diera.  
La sociedad dejando y su bullicio  
Que sin cesar los días me recuerdan  
En que amaba á esa jóven malograda  
Que recliné en la tumba su cabeza,  
Contaba con la paz de tal recinto

## LA MUERTE DE RAQUEL.

A mi amigo el Sr. D. José Sebastian Segura.

Cuando reinaba primavera hermosa,  
De la feliz Ephrata en el sendero  
Un hijo amado y el adios postrero  
Dió al sensible Jacob su tierna esposa.

De hijos y esclavos turba numerosa  
Alza la voz con llanto lastimero;  
¡Dulce Raquel, en tumulto extranjero  
La muerta flor de tu beldad reposa!

Siente su corazón hecho pedazos  
Jacob, y á Benjamin su ósculo sella;  
A sí le estrecha en amorosos lazos:

Mira el sepulcro de su esposa bella,  
Y camina llevando al hijo en brazos.  
¡Con ella vino, y se alejó sin ella!

1856.

## DIANA.

A mi hermano el Lic. D. Rafael Roa García.

## PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de\*\*\*—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia  
de los pesares del hombre.—Indecisión.

Después de un año de silencio, ausente  
Del suelo donde ví la luz primera,  
Por si olvidar consigo en mis viajes  
Los pesares que el ánimo atormentan,  
Te escribo estos renglones, caro amigo,  
Desde el recinto de una antigua selva,  
En la risueña quinta adonde entrada  
Tu bondadosa epístola me diera.  
La sociedad dejando y su bullicio  
Que sin cesar los días me recuerdan  
En que amaba á esa jóven malograda  
Que recliné en la tumba su cabeza,  
Contaba con la paz de tal recinto

Para entregarme todo á mis ideas  
De aislamiento y dolor, porque los años  
Nunca á borrar nuestros pesares llegan !

Habrás leído, como yo, mil veces  
Con avidez las descripciones bellas  
De las quintas que en Nápoles á orillas  
Del sosegado estenso mar se elevan,  
Y cuyo blanco pié lamen las olas  
Que el naranjo odorífero sombrea:  
Las recordé cuando mis ojos vieron  
La hospitalaria quinta: á su derecha  
En alfombra de musgo reposaba,  
De la colina al pié, laguna estensa,  
Que las blancas paredes y los árboles  
Y el cielo azul purísimo refleja:  
Ocupan á la izquierda vasto llano  
Los naranjos sembrados en hileras:  
Si en la tarde los hiera el sol, dibújanse  
En el suelo sus sombras gigantescas:  
Crece en los sitios húmedos el loto,  
Con el líquen adórnanse las cercas,  
Y la pequeña *rosa trepadora*  
A su pié nace y se reclina en ellas.

Poco despues, de la tranquila casa  
A la puerta llamé con mano trémula:  
La voz de una campana el ancho espacio  
De vibraciones argentinas llena.  
A abrir entonces baja el dueño mismo  
A cuyo buen humor me recomiendas:  
Entreguéle tu carta, y el anciano,  
No bien sus ojos ha fijado en ella,

Cuando me dice: "Entrad; es un amigo  
Quien hoy á mi familia así os presenta;  
Vuestro nombre ademas ya conocia;  
Os apreciaba, y esta casa es vuestra."  
El frondoso jardin atravesamos,  
El corredor estenso que diversas  
Pinturas antiquísimas decoran;  
Llego á la sala y me introduzco en ella.  
De una mujer (cuya beldad los años,  
A pesar de su número respetan)  
En torno, cuatro jóvenes gallardas  
Con distraccion á su labor se entregan:  
Todas á mi saludo corresponden  
Cuando el anciano presentóme á ellas,  
Y á su vez señalándolas me dice:  
"La señora es mi esposa: ésta Gabriela,  
La mayor de mis hijas: Guadalupe  
Y Angela aquellas son... De vos muy cerca  
A Diana teneis, jóven muy rara,  
Presa de mil románticas ideas."  
De grana se cubrieron las mejillas  
De esta niña gentil: junta las cejas  
De sus azules ojos la mirada  
Eclipsa entonces su pestaña crespada,  
Y el alfombrado pavimento hiera,  
Como dando señales de impaciencia,  
Con el extremo de su pié, calzado  
De coturno finísimo de seda.

No te puedo decir lo que en mi alma  
Pasó al mirarla, amigo: me avergüenza  
La sola idea de que yo la amo  
Cuando un recuerdo amar solo debiera;

Y es inútil luchar, porque ya el fuego  
 De inextinguible amor mi pecho quema.  
 Ella también ¡si vieras! su mirada,  
 Que ardiente luz angelical destella,  
 Detener suele en mí por un instante,  
 Llena de compasión á mi tristeza.  
 Yo no sé cómo entonces no me arrojo  
 A sus plantas contándole mis penas.  
 ¡Oh! dime, amigo mío, dime presto,  
 ¡Qué á mi agitado espíritu aconsejas!  
 Quisiera abandonar estos lugares  
 Donde todo es amor, donde las selvas  
 Me repiten su nombre; do en el viento  
 A mí el perfume de sus labios llega,  
 Y un cielo eternamente despejado,  
 Cual su pupila azul, me la recuerda:  
 Dejar quisiera esta preciosa quinta  
 Y me detengo á mi pesar en ella.  
 No creas en la noche solitaria  
 Ver ante mí las páginas abiertas  
 Del libro que refiere las angustias  
 Del santo Job, de ese inmortal poeta,  
 Do la espresion de mi dolor leía  
 Pasando en meditar horas enteras.  
 Giran mis ojos sobre el libro, acaso  
 Sin que nada mi espíritu comprenda.  
 Quiero dormir para olvidar su imagen,  
 Y el sueño de mis párpados se aleja.  
 Abro la puerta de mi alcoba; salgo  
 A disfrutar la calma placentera  
 De la callada noche: al Occidente  
 Llena de majestad la luna llega;  
 Todo en silencio yace: algún ladrido,

Quizá el rumor de un árbol que en la selva  
 Trónchase al grave peso de los años,  
 Se escucha solo, y mi delirio en vela  
 De una mujer la imagen á mi vista  
 Poniendo está, y esa mujer es ELLA.

Dime si debo amarla cuando habito  
 Bajo su mismo techo; si no espera  
 La vergüenza á mi amor cuando el anciano  
 Que con suma bondad aquí me hospeda,  
 Sepa que, pobre y sin ventura, anhelo  
 El dueño ser de tan valiosa perla.  
 Dime si debo amarla cuando sigue  
 La desgracia mis pasos tan de cerca,  
 Que la joven que tanto me quería  
 Duerme en silencio ya bajo la tierra.  
 Dime si es dable que retoñe el árbol  
 Del corazón que el desengaño seca,  
 Cuando sus ilusiones y esperanzas  
 Como el humo fugaz fueron deshechas.

Adios: mi esfuerzo romperé, lo espero,  
 De un peligroso afecto las cadenas:  
 Mi alma gemirá; pero ¿qué importa  
 Si siempre halló contradicción do quiera?  
 ¡Diana! su imagen torna á visitarme...  
 ¡Tan inocente, tan feliz, tan bella!  
 ¡Puedo yo renunciar á su ternura?  
 ¡Puedo apagar la luz de mi existencia?  
 ¡Puede la pluma que en el aire vaga  
 Tomar la dirección que ella desea?

Se agita y lucha; mas su error conoce  
Y á su destino, como yo, se entrega.

TU AMIGO CARLOS.

II.

Carácter físico y moral de la protagonista.—Estado actual de su corazón.

Como el perfume de entreabierta rosa,  
Cual la primera luz de la mañana  
Cuando aparece en el Oriente hermosa,  
Entre la sombra aún, casta es Diana:  
En el regazo maternal dichosa,  
Con el amor de su familia ufana,  
Pacífica resbala su existencia  
Por el jardín de tierna adolescencia.

Y es tal la brillantez de su hermosura,  
De su faz el encanto soberano,  
Que quien de verla alcanza la ventura,  
Beldad que la asemeje busca en vano:  
Del cielo de Colon estrella pura,  
Flor que produjo el suelo americano,  
Que solo es dado á suelo tan fecundo  
Producir esa flor, gloria del mundo,

La conocí yo mismo en grato día,  
Cuando en la catedral piadosa entraba:  
Traje de rica seda la cubría  
Que de la iglesia en el tapiz sonaba:

Atónita mi vista la seguía,  
Y al recoger su velo ella mostraba  
De su mano de niña la elegante  
Forma, que abulta diminuto guante.

Al armiño su blanca tez iguala,  
Y es del color del oro su cabello  
Si lo hiera la luz cuando resbala  
Ondas formando de la frente al cuello:  
Del granado á la flor roban la gala  
Sus peregrinos labios: el destello  
De Vénus misma si en la tarde oscila,  
Muere ante el brillo de la azul pupila.

Su noble forma de belleza rara  
Rayo es de luna entre el bosque umbrío,  
Y en lo esbelta á las palmas afrentara  
Que en Siria moja el matinal rocío:  
Si su infantil corteza penetrara  
El escalpelo de mi exámen frío,  
Hallara un alma cándida sin duda,  
Mas hechicera cuanto mas desnuda.

Un alma, sí, que hasta su Dios se eleva,  
Que ante sus obras santas se extasía  
Y que consigo la esperanza lleva  
Del cielo en que habitar debe algún día;  
Inocente y sencilla como Eva  
Cuando no se manchaba todavía,  
Roba la luz que de su centro emana  
A la estrella gentil de la mañana.

Alma que, al ver la claridad del cielo,  
 Llénase de entusiasmo soberano,  
 Y que se forja un mundo de consuelo  
 De aqueste mundo miserable y vano:  
 Que hácia la esfera azul remonta el vuelo  
 Si oye el sonoro acento del piano,  
 Y allá su mente la grandeza abarca  
 Del amor puro que inflamó á Petrarca.

Y este amor para ella todavía  
 Sin forma ni colores aparece,  
 Alba serena de brillante día  
 Que el horizonte apenas esclarece.  
 En sueños suele oír la melodía  
 De una voz varonil y se estremece...  
 Despierta... ha visto ante sus piés á un hombre;  
 Pero ¿adónde se fué? ¿cuál es su nombre?

## III.

Declaracion de Carlos.—Es interrumpida por la llegada de dos nuevos personajes que figuran en esta obra en lo sucesivo.—Un amante desahuciado.—Un tronera.—Despecho de Carlos.

El noble anciano, Carlos  
 Y la gentil doncella  
 Atravesando el parque  
 A paso lento van:  
 Brilla en el cielo puro  
 La vespertina estrella:  
 Las sombras eclipsando  
 Bosque y llanura están.

—Aquí, lejos del mundo,  
 Dice el amable anciano,  
 Paso dichosos días  
 De inalterable paz;  
 Pero á mis caros hijos  
 De la ciudad el vano  
 Bullicio y los placeres  
 Agradan mucho mas.

—Papá, razon no tienes,  
 Diana le responde,  
 Pues con placer vivimos,  
 En donde vivas tú.  
 Carlos, tal voz oyendo,  
 Su turbacion no esconde,  
 Pues era melodiosa  
 Cual nota de un laúd.

A la mitad del parque  
 Iban, cuando un criado  
 Que dos viajeros llegan  
 Avisa á su señor.  
 Y éste dice á los jóvenes  
 —No sigo á vuestro lado:  
 Vos conducid á Diana,  
 Que yo de prisa voy.

Aléjase, y con Carlos  
 Al encontrarse á solas,  
 Baja la vista Diana  
 Con dulce timidez;

Y del color que tiñe  
Campestres amapolas  
Tiñese en el instante  
Su alabastrina tez.

Latir el pecho de ella  
Sentia bajo el brazo  
Que para conducirla  
A Diana Carlos dá;  
Y aunque él hablar pretende,  
Esle imposible: un lazo,  
A su pesar, su lengua  
Aprisionando está.

Caminan silenciosos  
Viendo la luz postrera  
Que en rojo mar convierte  
El horizonte aún,  
Y en el tranquilo espejo  
Del lago reverbera,  
Del astro de la noche  
Luchando con la luz.

—Conque, decidme, os vais  
A la ciudad, dejando  
Que de recuerdos solo  
Viva nuestra amistad;  
Y á olvido nos daréis,  
No es cierto?—Suspirando,  
Carlos responde:—Presto,  
Sí, tengo de marchar.

Pero ¿en olvido echaros  
A vos, bella Diana,  
Por un momento solo?  
Jamás! lo juro aquí:  
El alma ciertas cosas  
Por olvidar se afana  
Inútilmente: nunca  
Puedelo conseguir.

—Dijeron que (la jóven  
A quien amábais, muerta)  
Viajabais al acaso,  
La pena á distraer.  
¿A confundir con otro  
El corazon acierta  
Un delicado afecto  
Que eterno debió ser?

—Sí, lo confieso, amaba,  
Y en su ataud mirando  
A la adorable jóven  
De quien hablais, creí  
Que el corazon quedara  
A todo afecto blando  
Cerrado, y goces nuevos  
No hubiese para mí;

Pero de vida el germen  
Que de verdura cubre  
Despues de pocos años  
La lava del volcan;

Que en Mayo resucita  
Las flores que en Octubre  
Sobre el estéril suelo  
Deshoja el huracan,

Hizo que en mí naciera  
Un nuevo sentimiento  
De amor y de esperanza,  
Y que á su pura luz  
Viera mas bello el mundo,  
Mas claro el firmamento;  
Hizo que á mí tornase  
La antigua juventud,

Sí: en el cantar del ave,  
Del viento en el arrullo,  
Del órgano que ensalza  
La majestad de Dios  
En el solemne acento,  
Del agua en el murmullo  
Grato, solo percibo  
De una mujer la voz.

Bella la ven mis ojos  
Del alba en la luz pura,  
De sus ligeras nubes  
De ópalo al través:  
La estrella solitaria  
Que en el zenit fulgura,  
De su pupila hermosa  
Reflejo débil es.

Y esta mujer amada,  
Flor de inmortal perfume,  
No en las visiones gira  
Del jóven soñador;  
Existe aquí, y el fuego  
Que mi ánima consume  
¡Oh Diana! es ya del hombre  
El verdadero amor.

Si ella me niega el suyo  
La adoraré callado,  
Como al Señor se adora  
En el cristiano altar:  
Mil siglos viviria  
Ante ella prosternado:  
Para adorarla, un dia  
Fuera la eternidad!

Si alguien llegase entonces  
A pretender su mano,  
Yo le destrozaría  
Con ciego frenesi;  
Mas si le amaba ella,  
Siendo mi furia en vano,  
Quedárame el recurso  
Postrero de morir.

—Carlos, callad!— Oídme:  
A esa mujer tan bella  
Os pareceis, Diana,  
En ojos, risa y voz.

Teneis sus trenzas de oro;  
La edad teneis de ella,  
Y ella por nombre tiene  
DIANA COMO VOS.....

—Silencio, Carlos!... ¡vienen!  
¡Ois en la espesura  
Leve rumor de pasos!—  
Cesó apenas de hablar,  
Cuando entre la verdura  
Del bosque aparecieron  
Dos hombres que á Diana  
Comienzan á llamar.

*Fernando.*— Diana, hermana mia,  
¡Tú, como siempre, buena?  
*Diana.*— Tal como tú, Fernando.

¡Vos, Alvarez, aquí?...  
¡No os esperaba!

*Alvarez.*— Es cierto!  
Y el gozo me enajena  
Al ver que habeis un jóven  
Que os acompañe así.

No bien oye Diana  
De este hombre el rudo acento,  
Cuando su rostro cubre  
Estrema palidez:  
Su brazo Alvarez toma  
Con brusco movimiento,  
Y del estenso parque  
Caminan al través.

Envuélveles la noche  
Con su impalpable manto:  
Las luces de la quinta  
Tras las ventanas ven:  
Alvarez y Diana  
Van conversando en tanto,  
Y Carlos y su huésped  
Platicanse tambien.

*Alv.*— Diana, ó yo me engaño,  
O el tiempo no perdeis,  
Pues departiendo á solas  
Con un galan aquí  
Os veó á mi llegada;  
Y eso que bien sabeis  
Que vuestra linda mano  
Fué destinada á mí.

Me esplicaréis....  
*Dian.*— Sin duda  
Se trata de asustarme  
Como á inocente niña  
Con tal severidad;  
Pero os diré que nada  
Tengo que reprocharme  
En esas relaciones,  
Hijas de.... la amistad.  
Amigo es de mi padre  
Carlos: si á él me entrega,  
Será porque confía  
Sin duda en su honradez;

Y si esta confianza  
Al corazón os llega,  
De ella los motivos  
Yo daros no podré.

*Fern. (á Cár.)*—¡Cómo! ¡partir tan presto!  
No: vuestra compañía,  
Os lo aseguro, Cárlos,  
Os lo aseguro, Cárlos,  
Nos hace falta aquí:  
Noche con noche baile  
Tendremos, y de día  
Siempre á cazar iremos:  
Conque ¿os quedais? Decid.

Sé que abrigais pesares  
Que os roen las entrañas,  
Y el cuento de esa jóven  
Que amabais y murió;  
Pero creed, *mio caro*,  
Que todas son patrañas  
En este mundo pícaro,  
Y que de amor los males  
Se curan con amor.

*Dian. (á Alv.)*—Pues la ocasion ahora  
Se me presenta, os digo  
Que yo no puedo amaros,  
Y que jamás podré:  
Seréis para Diana  
Siempre el mejor amigo;  
Pero el esposo, nunca.

*Alv.*—Sincera sois á fé!

*Fern. (á Cár.)*—Como os decia, Cárlos,  
Lo que pasó, al olvido:

Haced lo que este Alvarez,  
Que es un volcan de amor.  
*Cár.*— ¡Ama á Diana...! ?  
*Fern.*— Presto  
Se casan.... mas ¡se ha ido  
Cárlos!.... está demente:  
Lo juro por quien soy!

## IV.

Temores de Diana.—Raro capricho que apenas puede perdonarse á una jóven de diez y seis años.—El rival se convierte en enemigo.—Sus tramas.

De la silenciosa noche  
Sonaban las altas horas  
Que, despierta, oye Diana  
En el reloj de su alcoba.  
En blando sofá de cërda  
Tendida apenas reposa,  
Que por un mar de inquietudes  
Su ánima inocente boga.  
Su lánguida vista fija  
En las pinturas hermosas  
Que las paredes de estuco  
De su habitacion decoran,  
O en la tranquila bujía  
Que luz mortecina arroja,  
O en el techo artesonado,  
O en la labor de la alfombra,  
Y nada ve; con ideas

Tristes ó grátas memorias  
A la sazón ocupado  
Su pensamiento, se arroba.

A un lado está el rico lecho  
Que á medias cubre vistosa  
Cándida tela plegándose  
En columnas de caoba.  
Veneciano espejo, puesto  
Sobre una mesa marmórea,  
Retrata el jarrón de flores  
Que sobre el tallo se doblan.  
El cortinaje de seda  
Dejando en completa sombra,  
Por la entreabierta ventana  
Que da al jardín, misteriosa  
Entra la luz de la luna  
Que los cristales trasforman,  
Heridos por ella, en tejo  
De plata bruñida. Formas,  
Movimiento, de ambas luces  
Al desigual brillo cobran,  
Trazados por el artista  
En seis láminas valiosas,  
Los personajes que Byron  
Hace vivir en sus obras,  
A los poetas modelo;  
Pero al corazón dañosas.

Terribles dudas combaten  
El ánimo de la hermosa,  
Que, ajena al sueño, se entrega  
A sus delirios á solas.

En la riqueza criada,  
Con su beldad orgullosa,  
Amada de sus parientes,  
Las horas una tras otra  
Para ella trascurrieron  
Gratas y veloces todas.  
Era modesto capullo,  
Alba que tímida asoma:  
Hoy para la flor se acerca  
De los perfumes la hora:  
Presto un día esplendoroso  
Ilustra la escelsa bóveda.  
Ama á Carlos, sin que acaso  
Ella misma lo conozca,  
Porque las pasiones siempre  
Ganan terreno traidoras.  
Recordando los sucesos  
De la tarde se acongoja,  
Pues al retirarse Carlos  
Ni siquiera saludóla.  
Sin duda al verla con Alvarez  
En plática misteriosa,  
Creyó que los dos se aman  
Y que Diana es su novia;  
Y no hay tal, que si á su padre  
La tiene pedida, sobra  
Con que no le ame Diana  
Para que no haya tal boda:  
O bien del amor antiguo  
Las llamas ocultas brotan,  
Que, si el ídolo está muerto,  
Es inmortal la memoria.  
¡Cómo esta última idea

Su amante pecho destroza!  
 Porque, forzoso es decirlo,  
 Diana á Carlos adora.  
 Por un capricho infantil  
 Que su inesperienza abona,  
 En aquel instante mismo  
 Hallarse pretende á solas  
 Frente á la pieza que habita  
 El jóven, por si ver logra  
 (Sabiendo que hasta muy tarde  
 Suele éste leer) su sombra.  
 Contigua á la de Diana  
 La alcoba está que las otras  
 Hermanas habitan: quiere  
 Saber si duermen: llamólas  
 En voz baja: "Guadalupel!  
 Angela! Gabriela!" Ahoga  
 Su respiracion y aplica  
 El oído..... "duermen todas"  
 Dice: al corredor se lanza:  
 Su pié el suelo apenas toca.

De traje blanco vestida,  
 Sin atar las trenzas blondas,  
 Por el corredor que alumbra  
 La luna al ocaso próxima,  
 Se adelanta: quien la viese  
 Tomara su esbelta forma  
 Por un rayo de aquel astro,  
 Si el ruido de la ropa  
 Que arrastrando levemente  
 Va en su marcha misteriosa,  
 La realidad no le hiciera

Conocer,—Pero á muy corta  
 Distancia della elevóse  
 Bulto de apariencia torva  
 Que camina si camina  
 Ella, ó sus pasos acorta  
 Si se detiene.... Tras ella  
 Siempre, parece su sombra;  
 Y no le ha visto Diana,  
 Que ya en la reja se apoya  
 De la ventana de Carlos,  
 Llena el alma de zozobra.  
 Las cortinas por olvido  
 Están plegadas ahora:  
 Iba á retirarse y quédase,  
 Que á Carlos divisa y nota  
 Que, hácia la mesa inclinado  
 Está, viendo alguna cosa.  
 Sobre la carpeta oscura  
 Dó sus papeles coloca,  
 El retrato de una jóven  
 Tiene. De la flor vistosa  
 A su cabello prendida  
 Contrastan las tintas rojas  
 Con la palidez ligera  
 De su semblante: en su boca  
 Vaga la dulce sonrisa:  
 Como un ángel es hermosa,  
 Y absorto la mira Carlos  
 Con espresion melancólica.  
 Suspira, y Diana esclama:  
 "No es por mí: fué por la otra."  
 A la vidriera sus ojos  
 Alza Carlos,.... Temerosa

De haber sido descubierta,  
 Se retiraba á su alcoba,  
 Cuando, al ir pasando frente  
 A una escalera, la sombra  
 Que antes la seguía dijo:  
 "Muy buenas noches, señora."  
 Lanza grito involuntario,  
 Al cuarto llega medrosa,  
 Y oye temblando la voz  
 De su madre que la nombra.  
 Diana, Diana.... ¡hija mía!  
 ¿Has oído?... —No, señora,  
 Contesta: "dormida estaba"  
 Y se ruboriza á solas;  
 "Pero ¿quién es—se pregunta—  
 Esa fantasma ó persona  
 Que me saludó?" Confusa,  
 Con las sábanas se arropa;  
 Y dormida á quedar vino  
 Hasta que rayó la aurora.

No bien ella entrado había,  
 Cuando ya Carlos se asoma  
 A la puerta de su cuarto.  
 Tras su vidriera la forma  
 De Diana ver ha creído:  
 Su mirada indagadora  
 Por el corredor pasea,  
 Y sale sin que se oigan  
 De la noche en el silencio  
 Grave sus pisadas sordas.  
 De pié contra el antepecho

Del corredor ve la sombra  
 Que antes siguiera á Diana,  
 Y que á él mirando ahora,  
 Adelantóse dos pasos  
 Y su rostro desemboza.  
 —¿Quién es? el jóven pregunta.  
 —Carlos, buenas noches—¡Hola!  
 ¿Voz en este sitio, Alvarez?  
 —¿Vos aquí y á tales horas?  
 —El fresco á tomar salía.  
 —A mí el lecho me acalora  
 Tambien.—En esto hay misterio  
 Y es fuerza que yo le rompa.  
 —Misterio no; y, supongamos  
 Que así sea, ¿qué os importa?  
 Yo sé que vive en la casa  
 Uno de los dos de sobra.  
 —Vos sin duda.—No, á fe mía,  
 Que veo en Diana á mi esposa,  
 Y os juro que al que intentare  
 Estorbarlo, aquesta hoja  
 Le clavaré.—Por Diana  
 Diera vida y alma y honra;  
 Pero es vuestra alma, os lo juro,  
 Para arrancármelas poca,  
 Que escaso valor sin duda  
 Encubre facha traidora.  
 —Tened la lengua.—Es inútil,  
 Alvarez; cuanto usted oiga  
 Mi espada en cualquiera sitio  
 Y en día cualquiera apoya.  
 —Niñerías, niñerías!  
 Hablemos en pura prosa,

Porque, os lo diré, D. Carlos,  
 Lo novelesco me choca.  
 Farsas de capa y espada,  
 Segun literarias crónicas,  
 Puso en la española escena  
 El buen Calderon en boga;  
 Pero Calderon ha muerto:  
 ¡Dios le tenga allá en su gloria!  
 ¡De nada sirven los años?  
 ¡Armaremos trapisonda  
 Cual dos imberbes lo harian  
 Novicios en estas cosas?  
 Desde hoy amigos seamos,  
 Y de entrambos ella escoja,  
 Y el desechado en paciencia  
 Sobrelleve su derrota,  
 Que las mujeres abundan  
 Y el entusiasmo retona.  
 ¡Ea! Carlos, buenas noches;  
 Todo ha sido pura broma,  
 Olvídense todo.—Carguen  
 Los diablos con esta zorra!

Dijérase que, avisados,  
 Cuantos en la quinta moran,  
 Hacen de la noche dia,  
 Porque de una puerta próxima  
 Al sitio en que estaba Carlos,  
 Giran las dos altas hojas  
 Cuando éste se va. Una vieja  
 Asoma su faz rugosa:  
 Gafas antidiluvianas

Sobre la nariz coloca:  
 El cuello inmenso alargando  
 Durante un cuarto de hora,  
 Su perspicacia le avisa  
 Que á su intento nada estorba;  
 Y al fin, saliendo del cuarto,  
 Con Alvarez se apersona.  
 —¿Has averiguado?...—Es cierto:  
 Por él mi ama está loca.  
 —Lo sabia.—En cuanto al baile,  
 Ocho dias lo demoran,  
 Porque D. Fernando quiere  
 Que este sea un baile en forma.  
 Jóvenes amigos suyos  
 Han de venir, y señoras  
 Convidadas por las niñas.  
 ¡Carnestolendas dichosas!  
 Bien hayais! que de tristeza  
 Hartas aquí estamos todas.  
 —¿Y los disfraces?—Diana  
 Prepara el suyo... una cosa  
 Que han dado en llamar dominico.  
 —Será dominó.—¿Qué tonta  
 Soy! Cabal. ¡Malditos años!  
 —¿De qué color es?—La ropa  
 De ancho camison á guisa  
 Es de raso blanco, y roja  
 La capucha.—¿Su careta?  
 —Como de jóven hermosa,  
 Y tiene por distintivo  
 Un lunar sobre la boca.  
 —¿Y el traje de él?—Anoche  
 Supe yo por carambola

(Pues lo dijo su criado  
 Como reservada cosa  
 A mi sobrina) que encarga  
 Hoy la vestidura propia  
 Para salir de *Quevedo*;  
 Nombre de alguno que mora  
 En tierras de la otra banda,  
 No sé si en España ó Roma.  
 —Estuve aquí, buena vieja,  
 Esperándote dos horas;  
 Pero me has traído al cabo  
 Noticias satisfactorias.  
 Con el ojo alerta sigue:  
 Toma entretanto esta bolsa,  
 Y olvídate de que hablamos  
 Sobre el asunto una jota.

Quando Alvarez se retira  
 La luna tras alta loma  
 Su faz oculta, dejando  
 Envuelta la tierra en sombras:  
 Murmura un *Ave-María*:  
 La vieja viéndose sola,  
 Y con descarnada mano  
 Su rostro santigua hipócrita:  
 De su recámara á tientas  
 Anda tras la puerta: hallóla  
 Y entra por ella temblando,  
 Como tortuga en su concha.

## V.

Amor inestinguible de Carlos.—Resolución tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginación muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice á Carlos lo que más adelante acontece.

## (CARTA A DIANA.)

En tus manos he puesto mi destino:  
 Cese la incertidumbre que me acaba:  
 Ayer, ayer tu corazón temblaba  
 Cuando oíste el lenguaje de mi amor.  
 Un extraño después se me aparece  
 Que mi esperanza trueca en amargura,  
 Porque me dijo: "esa mujer tan pura  
 Tuya no puede ser: tiene señor."

Anoche, cuando en tí pensaba á solas  
 Y por mi ingratitud perdon pedia  
 A la imagen de aquella que algún día  
 Único dueño de mi afecto fué,  
 Ví tu forma al través de la vidriera,  
 Iba á echarme á tus pies entusiasmado,  
 Y en tu lugar ese rival odiado  
 Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:  
 Quiero oír de tus labios la sentencia;  
 Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia  
 Necesita el tesoro de tu amor.

(Pues lo dijo su criado  
 Como reservada cosa  
 A mi sobrina) que encarga  
 Hoy la vestidura propia  
 Para salir de *Quevedo*;  
 Nombre de alguno que mora  
 En tierras de la otra banda,  
 No sé si en España ó Roma.  
 —Estuve aquí, buena vieja,  
 Esperándote dos horas;  
 Pero me has traído al cabo  
 Noticias satisfactorias.  
 Con el ojo alerta sigue:  
 Toma entretanto esta bolsa,  
 Y olvídate de que hablamos  
 Sobre el asunto una jota.

Quando Alvarez se retira  
 La luna tras alta loma  
 Su faz oculta, dejando  
 Envuelta la tierra en sombras:  
 Murmura un *Ave-María*:  
 La vieja viéndose sola,  
 Y con descarnada mano  
 Su rostro santigua hipócrita:  
 De su recámara á tientas  
 Anda tras la puerta: hallóla  
 Y entra por ella temblando,  
 Como tortuga en su concha.

## V.

Amor inestinguible de Carlos.—Resolución tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginación muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice á Carlos lo que más adelante acontece.

## (CARTA A DIANA.)

En tus manos he puesto mi destino:  
 Cese la incertidumbre que me acaba:  
 Ayer, ayer tu corazón temblaba  
 Cuando oíste el lenguaje de mi amor.  
 Un extraño después se me aparece  
 Que mi esperanza trueca en amargura,  
 Porque me dijo: "esa mujer tan pura  
 Tuya no puede ser: tiene señor."

Anoche, cuando en tí pensaba á solas  
 Y por mi ingratitud perdon pedía  
 A la imagen de aquella que algún día  
 Único dueño de mi afecto fué,  
 Ví tu forma al través de la vidriera,  
 Iba á echarme á tus pies entusiasmado,  
 Y en tu lugar ese rival odiado  
 Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:  
 Quiero oír de tus labios la sentencia;  
 Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia  
 Necesita el tesoro de tu amor.

Si el afecto no sientes que inspiraste,  
 Déme tu labio una esperanza sola:  
 El náufrago que envuelto va en la ola,  
 Quiere asirse de leño protector!

¿Qué te puedo ofrecer, niña adorada?  
 Bajo mi techo la pobreza mora;  
 Ni á mi frente dá sombra bienhechora  
 De la gloria el magnífico laurel;  
 Mas, oye, si acogieras tú los votos  
 Del corazón que con su amor se quema,  
 Seria para él dicha suprema,  
 Porque le amaras tú solo por él.

Entonces mi ambición despertaría  
 Para ofrecerte un nombre en holocausto:  
 Entonces, como ahora, en medio al fausto  
 Brillaría tu célica beldad;  
 Y al recordar que cuando yo era pobre,  
 Tú con tu amor para endulzar mis días  
 De la opulencia descendido habías,  
 Me respetara á mí la sociedad.

¡Oh! presta luz á mis nublados ojos:  
 Presta á mi corazón seguro asilo:  
 Dime que puedo ya vivir tranquilo,  
 Dime que aceptas mi rendido amor;  
 Pero si así no fuere... al menos dame  
 Una esperanza, una esperanza sola!  
 El náufrago que envuelto va en la ola,  
 Quiere asirse de leño protector!

CARLOS.

(RESPUESTA DE DIANA.)

Al corazón llegaron tus palabras  
 En esa tarde, sí, te lo aseguro,  
 Porque tu amor es entusiasta y puro,  
 Porque el objeto soy que lo inspiró;  
 Mas te engañas creyendo que te amo  
 Porque mi agitación allí fué mucha:  
 Toda mujer que ese lenguaje escucha  
 De confusión se llena y de rubor.—

Si ser feliz con el amor pudiera,  
 Carlos, mi corazón te adoraría,  
 Y con orgullo, sí, compartiría  
 Tu pobreza y tu noble oscuridad.  
 Mi suerte otra será! Desde la infancia  
 Me lo dice fatal presentimiento:  
 Yo nací condenada al aislamiento.  
 ¡Con ser alguno me uniré jamás!

Desde niña, un deseo indefinible  
 Se apoderó de mi alma y la consume:  
 He amado de la flor solo el perfume;  
 Mas claro aún, he amado lo ideal:  
 Y al descender de las regiones puras  
 A que el mortal en sueños se sublima,  
 Todo, todo en el mundo me lastima;  
 Hallo de un cielo en vez, triste erial.

Amo la soledad cuando el otoño  
 Enluta el cielo con tristeza suma,  
 Cuando juegan los vientos con la pluma  
 Que el ave errante al emigrar soltó:  
 Y preguntando á alguien si sentia  
 Emocion inefable al ver la hoja  
 Que el norte arranca y en el fango arroja,  
 Mi pregunta al oír, se sonrió.

¿Porqué no me comprenden? ¿Porqué al verme  
 Por los bosques errando solitaria,  
 Me apellidan la jóven visionaria,  
 O tachan mi carácter de infantil?  
 Tú que en el mundo vives, conociendo  
 La enfermedad que en mi interior se esconde,  
 Pon la mano en tu pecho y me responde:  
 ¿Con una esposa tal, fueras feliz?

He creído también que amar pudiera,  
 Y he forjado en mis sueños un amante  
 Que mi existencia pasajera encante,  
 Que me dé con su mano el corazón.  
 Alvarez me pretende para esposa,  
 Hallar correspondencia en mí esperando;  
 Pero no le aborrezcas: te lo mando:  
 Odio hácia él no siento ni afición.

Renuncia á tu esperanza. Acá en la tierra  
 Como agora, otras veces has amado:  
 De tu afecto el tesoro minorado,  
 Sus primicias no puede ya ofrecer.

Este capricho tuyo pasaria,  
 Y rastro de dolor en mí dejara;  
 Diverso amor á poco te ocupara,  
 Y la pobre mujer ama una vez!

Si á la tuya enlazara yo mi suerte  
 Y disipado tu cariño viera,  
 ¿Cuánta mi desventura entonces fuera!  
 ¡Ay! á tu lado ¿cuánta soledad!  
 Si de mi fe dudaras y tus labios  
 Una palabra me dijeran fría,  
 ¿Una sola palabra! moriria  
 Cual ave sin calor ni libertad.

Leiste ya como en abierto libro  
 En este corazón. Falta una hoja,  
 Y el seguirla ocultando me sonroja:  
 Tendré para enseñártela valor.  
 Pudiera amarte yo.... ¿quizá te amo!  
 Hago esta confesion á un caballero;  
 Pero, escúchame, Carlos, yo lo quiero:  
 Nunca vuelvas á hablarme de tu amor.

D\*\*\*

(CARLOS A SU AMIGO J.\*\*\*)

Yo soy el mas feliz de los mortales:  
 Mira esa carta que escribió Diana,  
 Y cuéntame si hay ventura humana  
 Que á la mia se pueda comparar:

Dime si es suficiente nuestra vida  
 Para amar á esa jóven hechicera:  
 Dí si mi afecto amortiguar pudiera  
 En su curso la misma eternidad.

¿Qué importa su carácter visionario,  
 Cuando yo mismo pienso como ella;  
 Si en él la luz que fúlgido destella  
 El ingenio en su aurora descubrió?  
 Doblemente la adoro: ella me ama.  
 ¿No es cierto que en su carta me lo ha dicho?  
 Impóneme silencio su capricho;  
 Mas soy feliz... ¿qué importa el porvenir?

Del corazon el júbilo desborda:  
 Necesito esplayar mi sentimiento,  
 Como, agitado por el recio viento,  
 Lecho mas grande necesita el mar.  
 ¿A quién mejor que á tí comunicarlo?  
 Respóndeme y aumenta mi alegría:  
 Dime que envidias la ventura mia;  
 Que jamas como yo supiste amar.

CARLOS.

(RESPUESTA A CARLOS.)

“He amado como tú... mi alma entusiasta  
 Prodigó acá en la tierra su ternura,  
 Y una vez y otra vez en la amargura,  
 Cosecha de su anhelo, se anegó.”

Como el fénix, amante revivia;  
 Como el árbol, su pompa restauraba:  
 Llegó dia en que el árbol seco estaba,  
 Y hojas nuevas á echar nunca volvió!—

No puedes figurarte la tristeza  
 Con que mi juventud hoy echo menos,  
 Mirando el esplendor de la belleza  
 Concedida por Dios á la mujer;  
 Mas si en la playa estoy, viejo marino,  
 Libre ya del naufragio, desde lejos  
 Doy siquiera mis útiles consejos  
 Al que en los mares, como tú, se vé.

¿Conque tu corazon, que tú creias  
 Muerto para el amor, ha despertado,  
 Y ya al carro triunfal hállase atado  
 De esa mujer que es ángel para tí?  
 ¿Que la llames tu esposa y tus caprichos  
 Sufra con siempre igual benevolencia;  
 Que con su amor prolongue tu existencia;  
 Que te cierre los ojos al morir!

La enfermedad que en su interior germina,  
 El noble sentimiento es de lo bello:  
 De la luz celestial rico destello  
 Que á pocas almas en el mundo hirió:  
 La facultad de hallar los atributos  
 Que revelan de Dios la omnipotencia  
 En seres mil en que la estéril ciencia  
 La forma material solo admiró.

Pero este sentimiento necesita  
 Un objeto hácia el cual nos encamine,  
 Pues de la vida el gérmen debilita  
 Si nos conduce á errar en lo ideal:  
 Tuerce nuestra razon, el cuerpo enerva  
 Y para el bien y el mal nos deja ineptos;  
 Siempre en el corazon de sus adeptos  
 Rompe ó relaja el vínculo social.

Cuando tengas dominio sobre ella,  
 Dícelo así: comprenda su talento  
 Que puede utilizar tal sentimiento  
 Sobre la tierra ejecutando el bien.  
 Ame con tierno afecto á su familia;  
 Preste en su hogar al caminante abrigo;  
 La desnudez socorra del mendigo,  
 Y á su hambre dé pan, agna á su sed.

Suene con otro mundo; pero sea,  
 Siempre á la luz de mística esperanza,  
 Con aquel donde premio el justo alcanza  
 Cuando su corazon la muerte heló:  
 Sepa que el áureo cáliz de la vida  
 Pone la dicha en su engañosa espuma,  
 Que la bebida es de amargura suma,  
 Y apure hasta las heces con valor.

No quisiera decirtelo; mas, siendo  
 De sensibilidad ella un tesoro,  
 Mucho temo que ofendas su decoro  
 Tú, sospechando injusto de su fe.

Conozco tu carácter: cuando amas,  
 De tu sombra y tu voz tienes recelo:  
 Si tal haces, su amor truecas en hielo,  
 Que es única en su especie esta mujer.

Es el cristal que, limpio y trasparente,  
 De leve duda al hálito se empaña:  
 La sensitiva que al contacto ardiente  
 De la mano del hombre se alarmó.  
 Si su delicadeza una vez hieres,  
 Cuando su estimacion hayas perdido,  
 Aunque la quede el corazon partido,  
 Ella jamas te volverá su amor.

Quiérela, sí, porque beldad tan rara  
 Unida á tan escelsa inteligencia,  
 Se halla solo una vez en la existencia,  
 Como en lóbrego cielo blanca luz.  
 El entusiasmo que tu dicha inspira,  
 Distraccion á mis penas hoy ofrece:  
 Al corazon gastado le parece  
 Que ha vuelto á su primera juventud!

## VI.

Paisaje de primavera.—La juventud de la naturaleza asociada á la juventud del corazon.—Diana admite los votos de Carlos.

En la margen bellísima del lago  
 Que ni el mas leve céfiro acaricia:  
 Cuando ya de la tarde el ruido vago  
 La noche acalla, á la quietud propicia:

De las estrellas al fulgor brillante  
Que en las serenas aguas reflejaba,  
Cárlos, pintado el gozo en su semblante,  
Con el objeto de su amor se hallaba.

En la lejana estremidad del monte  
Tapizado de rubias sementeras  
Y sobre el fondo azul del horizonte,  
Su cresta dibujaban las palmeras.

Era en el mes de Marzo, y se cubría  
De hojas el árbol, de verdor la loma:  
La flor su seno virginal abría,  
Su amor cantaba la gentil paloma.

Tibia la brisa que del ancho prado  
Meció en la tarde las nacientes galas,  
Sobre el boton del azahar nevado  
Duerme, plegadas las volubles alas.

Diana, sentada sobre el césped blando  
Al pié del oloroso limonero,  
Guarda silencio, estática mirando  
En la bóveda azul blanco lucero.

De la luz de la choza los destellos  
Hieren el lago: el labrador activo  
Eleva sus cantares y hace en ellos,  
Dulce recuerdo del pais nativo:

“Si dá la noche tregua al trabajo,  
A mi cabaña del monte bajo:  
De mi semblante limpio el sudor:

En nada pienso durante el dia;  
La noche umbría  
Trae recuerdos al corazon.

“Viene á la mente mi alegre infancia,  
Padres, hermanos y la fragancia  
De aquellos campos donde nací:  
La casta jóven de sumo encanto  
Que quise tanto  
Y á ver no he vuelto, pobre de mí!

“Ingrata es siempre la tierra estraña:  
En ella al alma sensible daña  
Vago el recuerdo de antiguo bien;  
La edad disipa sueños brillantes....  
Tiernos amantes,  
En la mañana la flor coged!”

—¿Oyes, Diana?... Aquí, bajo este cielo  
Salpicado de nítidas estrellas,  
Mudos testigos de mi amante anhelo,  
Cual las del clima de mi patria bellas:

Aquí sobre la tierra perfumada  
De primavera con el tibio aliento,  
Donde agora es el agua sosegada  
Argentino tapiz, música el viento,

Tu amor reclamo yo, porque mi alma  
Vive sin él como en desierto ardiente  
Falta de lluvia la marchita palma,  
Cual pobre pez en agotada fuente.

Que al traerme á vivir bajo este clima,  
Poniendo ante mis ojos tu belleza,  
Dios no quiso que el fuego que me anima  
Fuera ocasion de perennal tristeza.

Que al arrojarte Dios acá en el mundo,  
Para que fueras te arrojó, Diana,  
De acciones nobles manantial fecundo  
En el erial de la desdicha humana.

¡Respuesta no me das y palideces?  
Dime que no; que, tan ilustre y bella,  
Un esposo mejor que yo mereces...  
¡Nunca otra fué mi maldecida estrella!

Un corazon humilde, un nombre oscuro  
Piedad á la mujer piden en vano,  
¡No es cierto? dí...!

—No, Cárlos, te lo juro:

Tuyo es mi corazon; tuya mi mano!

Tú les vistes, ¡oh noche silenciosa!  
Cuando tu curso apenas comenzabas:  
Con tu misterio su ilusion dichosa,  
Con tu esplendor su fuego acrecentabas.

Esa inocente niña su cabeza  
Reclinaba en el seno de su amado,  
Y, mudo adorador de su belleza,  
Contemplábala él entusiasmado.

Con mano ardiente su cabello de oro,  
En dos trenzas copiosas recogido,  
Acariciaba, y al metal sonoro  
De su amorosa voz prestaba oído.

De Diana las pupilas peregrinas,  
De su ternura casta en los accesos,  
Lágrimas eclipsaban diamantinas,  
Y él las secaba en el instante á besos!

En tanto el lago de cristal dormia,  
Quejábase en el árbol la paloma;  
La luna, hácia el Oriente, aparecia  
Tras el declive de la estensa loma.

## VII.

Un sendo-político de los que abundan en el país.—¿Está enamorado de Diana ó de sus diamantes?—Temores que inspira su conducta.

No sé si en mi paleta habrá colores  
Con que yo retratarte, Alvarez, pueda,  
O si, á pesar de artísticos sudores,  
A mi aliento una empresa tal esceda.  
Veo que tus acentos tronadores  
Oye con atencion ilustre rueda,  
En la que hablar osara otro ninguno;  
Tu profesion conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,  
Y quieres á los pueblos oprimidos  
Quitar la espesa vergonzosa venda  
Que tejieran tiranos foragidos;  
Y, aunque este pueblo misero no entienda,  
Por mas que lleguen siempre á sus oídos  
Las palabras que brotan de tu labio,  
Padre te llama y te proclama sabio.

Emancipar la gran familia humana  
 Es tu anhelo especial, ¡anhelo santo!  
 Mas dime, ¿por qué zurras la badana  
 A tus pobres domésticos en tanto?  
 Ángel de tolerancia soberana,  
 ¿Porqué no estienes de la patria el manto  
 Sobre el menesteroso que te roba  
 En el seguro de tu misma alcoba?

Tachas al propietario de egoista  
 Porque al pobre sus tierras no reparte:  
 Es hombre nulo para tí el artista  
 Y máquina venal quien sigue á Marte;  
 Mas ¿qué rumor metálico la vista  
 Te hace volver solícito á otra parte,  
 De la ley en el noble santuario?  
 ¡Silencio! el mes acaba... ¡es su honorario!

No imitas al honrado ciudadano  
 Que al poder echa en cara sus abusos,  
 O si él gobierna, con robusta mano  
 Sabe á raya tener á los ilusos;  
 De la chusma insensata (y nunca en vano)  
 Halagas tú los corrompidos usos:  
 Te ofrece cuenta conservarla amiga;  
 Oro es tu ley; la patria, tu barriga.

Tu suerte ¡cuán diversa de la mía!  
 En el ocio tu vida pasa entera,  
 Y en la mitad de tan holgada vía  
 Te aguarda, sí, ministerial cartera.

Yo por ganar el pan de cada día  
 Aguzo cuanto puedo la mollera,  
 Y, anotando guarismo tras guarismo,  
 Hallo en mí siempre el arrancado mismo.

Bien; sigamos así; mas dime, ¿cómo  
 Hirió el amor tu corazón de acero,  
 Y ha convertido á Bruto en fiel palomo  
 De albo plumaje y canto lastimero?  
 A la verdad, mi entendimiento romo  
 Esto no acierta á concebir: yo quiero  
 Me digas si á Diana haces la ronda,  
 O á sus ricos diamantes de Golconda.

Quiero también me digas (y dispensa  
 Si de prudente límite me salgo,  
 Y á tomarlo no vayas por ofensa,  
 Que un Potosí por mi franqueza valgo)  
 Si entre la diosa á quien tu amor inciensa  
 Y tu persona, de comun hay algo;  
 Si puede competir rastrera planta  
 Con el cedro que al cielo se levanta.

Y si no fuere así, tu alma patriota  
 ¿Porqué, experimentando sus desdenes,  
 Con nube de tristeza se encapota,  
 Y con ira te aprietas ambas sienes?  
 Ello, si estás en público, se nota  
 Que tu dolor y cólera contienen,  
 Pues sabes que este género de males  
 Suele á risa mover á los mortales.—

Inspira miedo la serpiente astuta  
 Que al peregrino con su aliento enerva,  
 A un lado puesta de la estrecha ruta,  
 Do á la vista se esconde entre la yerba.  
 Gusta el gusano de horadar la fruta  
 Que el hortelano á su festin reserva,  
 Y aunque la encuentre verde, echa en su seno  
 El inmundo licor de su veneno.

## VIII.

Preparativos de boda.—El baile en la quinta.—El dominó blanco.—Don Francisco de Quevedo.—Reconciliacion de Alvarez y Carlos.—Una carta anónima.—El desengaño.—Rompimiento.

Con regocijo acepta la familia  
 A Carlos para esposo de Diana,  
 Que si carece de riqueza, alberga  
 Su noble pecho cualidades altas.  
 Asoma la alegría á los semblantes  
 De hombres y de mujeres cuando hablan  
 Del proyectado enlace que, sin duda,  
 Tendrá efecto en la próxima semana.  
 No faltan sonrisillas picarescas,  
 O señales equívocas de lástima  
 Hacia el galan que, cual la antigua zorra,  
 Las uvas que apetece verdes halla:  
 Y es fuerza, al contemplar la indiferencia  
 Con que á la hermosa novia Alvarez trata,  
 Creer que en su alma con valor estingue  
 Hasta el vestigio de amorosa llama,  
 Y que del mundo imbécil (imitando  
 Al sabio rey) los desengaños palpa.

El buen humor de todos contribuye  
 A dar lustre al primer baile de máscara,  
 Por hallarse en el cual, vinieron jóvenes  
 De la ciudad cercana, ilustres damas,  
 Músicos y demas gente curiosa  
 Que á la bulla concurre, aunque no baila.  
 Cubre pérsica alfombra el pavimento,  
 Cuadros y espejos las paredes blancas  
 De la sala espaciosa y, por do quiera,  
 Puestas las flores en marmóreas jarras,  
 Su perfume exhalando, se marchitan,  
 Cual la inocencia en el festin se empaña.  
 Brilla la esperma en candelabros de oro,  
 Sus instrumentos mágicos ensayan  
 Los músicos, y pueblan el recinto,  
 Con disfraz ó sin él, personas varias.  
 El cabello trenzado con esmero,  
 De alabastro la tez, de fuego el alma,  
 Flexible la cintura como el junco  
 Que se comba en la selva solitaria,  
 Doncellas mil en brazos de los jóvenes  
 Vuelan girando en la festiva danza.—  
 La atencion de la noble concurrencia,  
 Cual ningun otro, en el momento llama  
 Ligero dominó de raso blanco,  
 Que lleva capuchon color de grana.  
 Su careta finísima remeda  
 Semblante femenino lleno de gracia;  
 Leve lunar junto al carmíneo labio,  
 De la sedosa tez la nieve esmalta.  
 En su redor apiñase la turba  
 De los curiosos que su mano palpan,  
 Reconociendo en ella bajo el guante

Tal pequeñez, que en fabulosa raya,  
 Otros, della detrás, con disimulo,  
 De su ropa talar alzan la falda,  
 La bella forma de sus piés mirando,  
 Que diminutos borceguíes calzan;  
 Y se dicen los hombres al oído  
 Que otra no puede ser sino Diana  
 Quien así se disfraza, y ya su mano  
 Quién para el comenzado vals demanda,  
 Quién para la cuadrilla ó la mazurca,  
 Quién para la tercera contradanza;  
 Mas ella se escabulle y deja á todos  
 Tendiendo en vano con afan las palmas.  
 Tambien escita de la sala en medio  
 Vivas curiosidades otro máscara,  
 Que á Don Francisco de Quevedo imita  
 En el aspecto y la festiva charla.  
 Va mostrando la cruz de Santiago  
 En su capa, y un pié disforme arrastra  
 Por dar á niñas, jóvenes y viejas,  
 Zumba mortal en sus rimadas sátiras.  
 Con la faz verdadera de Quevedo  
 De su careta es tal la semejanza;  
 Tan bien conoce del poeta insigne  
 Hasta las mas ligeras circunstancias,  
 Que poco á poco el círculo se aumenta  
 De los que á oír acuden sus palabras:  
 Suspéndese la danza, y olvidados,  
 Como si á leguas cien de ahí se hallaran,  
 Quedan algunos máscaras de aquellos  
 Que entran en el salón, miran y callan,  
 O, si á soltar la lengua al fin se atreven,  
 Hablan *de usted* y necedades hablan.

De la turba de oyentes á ese tiempo  
 Alvarez en su traje se separa:  
 Habla al oído á *Don Francisco* y llévale  
 A la pieza al salon mas inmediata,  
 En la cual abundante y rica cena  
 Está por diestra mano preparada.  
 —“Cárlos, le dice con su voz melosa,  
 De Quevedo el papel jugais con gracia;  
 Pero personas hay que os conocieron,  
 Y es ya inútil fingir . . . Yo deseaba  
 Una ocasion cual esta, en que deciros  
 Que vuestra dicha júbilo me causa:  
 Mi amor he sofocado para siempre.  
 ¡Diana con su amor feliz os haga!  
 Y en prueba de amistad, aquí apuremos  
 Si os parece, dos copas de Champaña.”  
 Acepta Cárlos. Alvarez las copas  
 Llena, y en la de aquel una sustancia  
 Desconocida echó con disimulo:  
 Ambos las copas cogen . . . las levantan,  
 Las chocan, beben, y de allí á un momento  
 Cual dos amigos íntimos se apartan.  
 Y, no bien al salon llegaba Cárlos,  
 Cuando cierta solícita criada,  
 De quien harán memoria mis lectores,  
 Al jóven temblorosa mano alarga  
 Para darle un papel, y se retira  
 Mientras Cárlos por él la vista pasa.  
 “Soy un amigo vuestro (le decian,  
 Sin fecha y firma en la supuesta carta),  
 Y de ver que Diana está jugando  
 Con vuestro corazon, duéleme el alma.

No creais en la boda prometida:  
 Antes que vuestro amor ella pagara,  
 Ya de su corazón otro era dueño,  
 Y hoy viene á reclamarla su palabra.  
 Si crédito no dais á estos renglones,  
 Salid por un momento de la sala  
 Y en la sombra esperad, porque al amante  
 Cita para el jardín tiene ella dada,  
 Y á veros un instante descuidado,  
 Para cumplir su compromiso aguarda.  
 Pero escuchadme, Carlos: no vayais  
 A armar aquí con vuestra afrenta zambra;  
 Nada de quijotismo; el que es prudente,  
 De lo que mira se aprovecha y calla."

Intencion tuvo Carlos de hacer trizas  
 El vil papel que la pureza mancha  
 De su hermosa Diana; pero tiende  
 La vista, y lo que vé su sangre cuaja.  
 Con máscaras diversas, allá lejos,  
 Diana estaba en misteriosa plática:  
 Carlos creyó notar que sus acciones,  
 Sin perderle de vista, ella espiaba,  
 Y entonces el demonio de los celos  
 En su pecho infeliz hinea la garra.  
 "Con cerciorarme nada pierdo (dice)  
 De lo que anuncia esa funesta carta."  
 Y hasta el confin del corredor oscuro  
 Corre, y allí temblando se agazapa.

Quando él salió, por la contraria puerta  
 Con traje al suyo igual, asoma un máscara:  
 Pasea su mirada recelosa,

Luego se acerca adonde está Diana  
 Y la dice al oído: "Necesito  
 Hablarte en el instante dos palabras."  
 "Bailaremos, Diana le responde,  
 Creida ya de que con Carlos habla;  
 Mas él insiste en que al jardín vecino  
 Vayan los dos mientras la gente baila.  
 Acalorada ya con la careta,  
 La agitacion causada por la danza,  
 La luz, la concurrencia, ella sentia  
 Arder sus ojos cual si fuesen brasas:  
 Un helado sudor bañó su frente,  
 Y vueltas daba en su redor la sala;  
 Mas, conociendo el genio caprichoso  
 De su amante, hácia afuera le acompaña,  
 En él se apoya y dícele: "Hace rato  
 Que te queria hablar . . . me siento mala."  
 —"Tal vez el aire fresco de la noche  
 Disipará tu malestar." Llegaban  
 En esto á aquella puerta que salida  
 Presta al jardín: desdobra una ancha capa  
 Nuestro desconocido y se arreboza,  
 Sin que de ello se aperciba Diana.

No bien los viera Carlos dirigirse  
 Hácia la fuente del jardín, á gatas  
 Corre por los lugares mas sombríos;  
 Hiérese rostro y manos con las zarzas  
 Que le obstruyen el paso: dá un rodeo,  
 Y, al fin, detrás de una ruinoso tapia  
 Se detiene . . . comprime los latidos  
 Con que su corazón del pecho salta,  
 Y con sus manos trémulas sofoca

Hondo gemido que partió del alma.  
De las estrellas á la luz incierta  
Ve que muy cerca dél, los dos se abrazan,  
Y que el desconocido imprime un ósculo  
En la frente de aquella que le engaña:  
Por si incompleto el desengaño fuese,  
Llegaron á su oído estas palabras:

*Desc.*—“Temo, si, por mi amor mientras ese hombre  
Continúe viviendo en esta casa;  
Su vista me enfurece . . . .”

*Dian.*—“Solo un ciego  
Pudiera no advertir que solo ama  
A tí mi corazón; que mis riquezas  
Son lo que á él únicamente halaga:  
Mas ¿por qué disfrazado permaneces?  
¿Por qué finges la voz . . . .?”

*Desc.*— Vaya, Diana,  
Retirémonos ya, pues frío el viento  
Sopla y á tu salud acaso daña.”

Cual leona á quien roban sus cachorros  
De la espesura enfurecida salta,  
Viendo que los amantes se retiran,  
Cárlos salvó la derruida tapia.  
Despareció el traidor . . . El rostro vuelve  
Ella cuando arrancábase la máscara  
Cárlos, y al verle, un grito de sorpresa  
Y espanto su convulso labio exhala.  
Él se acercó, pintada en su semblante  
La agonía, el deseo de venganza,  
Y apoyando su cuerpo contra un árbol,  
Inmóvil permanece como estatua.  
Diana sus manos lleva hácia la frente,

Porque creía que soñando estaba.  
“No; yo estoy loca,” dijo. “¿Eres tú, Cárlos?  
Respóndeme . . . ¿no sé lo que me pasa!”  
—“Soy yo,” contesta Cárlos. “Si hombre alguno  
Cuanto he visto y oído me contara,  
Lejos de darle crédito, mi mano  
Hoy ostentara una sangrienta mancha,  
Y de tal homicidio tú sin duda,  
Fuera, mujer, la despreciable causa!”  
—“Esto no puede ser,” clamaba ella:  
“Algún mutuamente nos engaña.”  
De pronto vaciló . . . su frente ardia,  
Al corazón su sangre se agolpaba:  
“Todo se aclarará,” dijo tendiendo  
Hácia su amado las errantes palmas:  
“A mi aposento, por piedad, me lleva:  
No me puedo tener; estoy muy mala.”  
Cárlos allí con ímpetu terrible,  
De indignacion temblando, la rechaza.  
De su rival en pos correr quisiera,  
Y el narcótico ya su vista empaña,  
Sus miembros entorpece . . . dá tres pasos . . .  
Anúdase la voz en su garganta,  
Y derríbale al fin sueño invencible  
Sobre el tapiz de la estendida grama.—  
Diana en tanto en la pared se apoya  
Del largo corredor; su cuerpo abraza  
La fiebre; lanza allí débil gemido;  
Torna á seguir su trabajosa marcha,  
Abre la puerta de su alcoba, y entra  
Y se desploma, de sentido falta,

## SEGUNDA PARTE.

## I.

Filosofía que suele ser el resultado de la desgracia.—Cárlos abandona la quinta.—El día nublado.—Un momento de agonía.—Diana enferma.—Vanidad de la ciencia.—Raro sueño de Diana.—Pierde la razón.

“Toda mujer es vaso de veneno  
Que á sus labios incauto el hombre lleva:  
La mas hermosa, tímida, inocente,  
Es flor que abriga un áspid en su seno.  
Pon á sus piés tu corazón ardiente,  
Hombre insensato, de esperanzas lleno;  
Cifra tu bienestar en su cariño,  
Confíala tu honor, tesoro santo  
Que al aire ha de esparcir hecho ceniza,  
Para reir de tu candor en tanto!”

“El hombre por capricho quiso un día  
Planta rastrera levantar del cieno;  
Altares la erigió; se prosternaba  
Para adorarla: ¡necia idolatría!  
La planta al cieno en que nació tornaba:  
Vivir en otra esfera no podía.

“¿Porqué vestir con oropel brillante  
Esa deformidad, esa impureza,  
Y un alma atribuirle y sentimiento?”

El mundo antiguo, de locura exento,  
A la mujer consideraba solo  
De placer material como instrumento.

“Y luego, obrar el bien ¿de qué nos sirve,  
Si todos los afectos son burlados,  
Si enemistad el hombre halla en la tierra  
O indiferencia solo? Dá al amigo,  
Al que amigo se llama, dá tu mano:  
Tendiéndote su diestra, con la otra  
Hiere tu corazón y te asesina.  
¡Oh! la amistad es cosa peregrina!”

“A sí mismo bastarse el hombre debe;  
Cerrar su pecho á la piedad, alerta  
Permanecer contra la astucia humana;  
Y, ya que manantial es de dolores  
La sociedad, vivir en aislamiento,  
Y anegar en la hiel de la experiencia  
De lo bello y lo grande el sentimiento.”

Cárlos así decía, y caminaba  
La quinta abandonando.—Triste el día  
Su claridad con la neblina vela:  
Empapaba las hojas de los árboles  
Lluvia menuda: el lago solitario  
Ostentaba sus ondas cenagosas  
Que no azota el alción: la golondrina  
Para buscar al sol remonta el vuelo,  
Pues que el invierno ha vuelto se imagina  
Al ver triste la tierra, oscuro el cielo.—  
Por el acerbo desengaño herido  
Aquel hombre leal y generoso,

Cree que en la tierra la virtud no existe;  
 Huye del trato humano, y á porfía  
 Bebe en odiosa copa la cicuta  
 De una falsa y cruel filosofía.  
 Prosigue caminando silencioso  
 Y de pronto se pára.... De allí cerca  
 El sitio estaba que le vió dichoso,  
 Oyendo de los labios de Diana  
 La confesion de amor. El limonero  
 Que sus ramas sobre ellos estendia  
 Aquella noche; el dilatado lago  
 Que á sus piés mansamente se adormia;  
 El vespertino cándido lucero  
 Que de su amada la atencion robaba;  
 El dulce canto que en la brisa erraba  
 De intérprete sirviendo al pensamiento  
 Que él abrigaba entonces, todo vino  
 A su memoria... En medio del camino  
 Detuvo su caballo en el momento:  
 Con ambas manos ocultó su rostro...  
 La fortaleza estoica no existia:  
 A gritos aquel hombre sollozaba  
 Y un torrente de lágrimas vertia.  
 El contemplarle así lástima daba!  
 Mas luego se calmó, y, ayergonzado  
 De haber á su dolor rienda soltado,  
 "Esta debilidad es la postrera,"  
 Dijo, y de allí se aleja para siempre.  
 A nadie aviso de su marcha diera  
 En la quinta, y agora échanle menos;  
 Pero á la reflexion todos ajenos  
 Por la terrible enfermedad que postra  
 A la pobre Diana, al fin le olvidan,

Toda la noche de la enferma al lado  
 Veló su camarista; en la mañana,  
 Llena de sobresalto, la abandona.  
 Y, corriendo á llamar á la familia,  
 A todos con acento demudado  
 Que como dardo el corazon les hiere,  
 Dice: "Venid, venid: Diana se muere!"

Y era muy cierto. Acaso  
 Ya de la fiebre herida  
 Estaba cuando al baile  
 De máscara asistia.  
 Allí las muchas luces,  
 La agitacion continua  
 De la vistosa danza  
 En que Diana brilla,  
 A su salud endeble  
 Fueron quizá nocivas.  
 El aire de la noche,  
 Cuando al jardin salia,  
 Brotar hizo en su pecho  
 De muerte la sémilla.  
 La confusion, la pena  
 Que siente á la imprevista  
 Aparicion de Carlos,  
 Con quien hablar creia,  
 Y las palabras duras  
 Que él dijo, dieron cima  
 A la obra destructora  
 De la infelice niña,  
 Que, sin conocimiento,  
 Tostadas sus mejillas  
 Por ardorosa fiebre,

La boca purpurina  
 Entreabierto, en su blando  
 Lecho vemos tendida.  
 En rededor ansiosa  
 Muéstrase la familia:  
 Palpa con mano trémula  
 Su frente enardecida  
 La madre, y, anegadas  
 En llanto las pupilas,  
 A su oído murmura:  
 "Diana, mi amada hija!"  
 Ella la voz oyendo,  
 Con trabajo respira,  
 Lanza gemido débil,  
 Torna á quedar tranquila:  
 Y de este modo pasan  
 Muchos amargos días.

En vano doctor grave  
 El pulso la examina  
 Y á su desierta alcoba  
 Confuso se retira,  
 Y allí selectos libros  
 Con avidez registra,  
 Hasta que su semblante  
 Viene á alumbrar el día.  
 "La enfermedad no cede,"  
 Esclama cuando mira  
 A la paciente inmóvil  
 Sin dar señal de vida,  
 Y su cabeza mueve,  
 Su rostro se contrista,  
 ¡Momentos dolorosos

Para la ciencia altiva,  
 Que palpa la impotencia  
 De todas sus fatigas!  
 Luchando cuerpo á cuerpo  
 Con la dolencia impía,  
 Terreno aquella pierde  
 Y ésta, á su vez, domina.  
 Ve el médico la tumba  
 Abrir la boca fría  
 Con que al enfermo amaga,  
 Y á un tiempo á su adquirida  
 Reputación, que el mundo,  
 Dechado de injusticia,  
 Pídele en sus furoros  
 Cuenta de aquella vida,  
 Como si no supiera  
 Que si contra Dios lidia,  
 La ciencia de los hombres  
 Es vanidad, mentira!—

Fuera desdicha suma  
 Morir así tan niña,  
 Diana encantadora,  
 Joya de tu familia.  
 Si de tu edad el alba  
 Brillando todavía,  
 Eras por tu belleza  
 Orgullo de este clima  
 Do, siempre en calma, el cielo  
 Muestra su azul cortina  
 Y perfumadas flores  
 Brotan las rocas mismas:  
 Si prematuro ingenio

Su aureola distintiva  
 Puso en tu escelsa frente,  
 Y agora en agonía  
 Sobre espinoso lecho,  
 Apenas si respiras,  
 ¿Será que el cielo quiera  
 Segar en flor tus dias  
 Porque de poseerte  
 Juzgue á la tierra indigna?—

Entre los mil delirios  
 Que su cerebro agitan,  
 Creyóse ver Diana  
 Lejos de su familia  
 En solitario templo;  
 Ropa talar vestia:  
 Privada su cabeza  
 De ambas trenzas bellisimas,  
 Bajo la toca, al suelo  
 Con languidez se inelina.  
 Del órgano sonoro  
 Al brotar la armonía,  
 Coro de religiosas  
 Apareció á su vista.  
 Todas con vela en mano  
 Formanse luego en fila:  
 Sobre un lecho de flores  
 A que se acueste obligan  
 A Diana, y entretanto  
 Con dulce voz tristisima  
 El canto de los muertos  
 Entonan á porfia.  
 Ella, por la salmodia

Un punto adormecida,  
 Abre despues los ojos  
 Y enfrente á Cárlos mira,  
 Que con los goces puros  
 De eterno amor la brinda.  
 Ir á su lado amante  
 Quisiera; mas vacila  
 Y entonces á su oído  
 Suave voz decia:  
 “En vano acá en la tierra  
 Buscas, mujer, la dicha;  
 Para las almas nobles  
 Solo en el cielo habita.”  
 Ante la cruz, confusa,  
 Llorando se arrodilla,  
 Y al Redentor consagra  
 Su corazon, su vida.

En este instante mismo  
 Crisis la fiebre hacia:  
 Junto á su lecho el médico  
 Inquieto la examina:  
 Sus entreabiertos labios  
 Moja con agua tibia:  
 Llámala por su nombre:  
 Ella la vista gira,  
 Y á todos ve y á nadie  
 Conoce... extraña risa  
 La calma de su rostro  
 Altera convulsiva.  
 El médico á la alcoba  
 Do inconsolable habita  
 El padre de Diana,

Va.... La ansiedad se pinta  
 Del viejo en el semblante.  
 —Su vida no peligrá  
 (Dice el doctor); tenemos,  
 Empero, otra desdicha,  
 Pues ha quedado loca  
 Esta infelice niña.  
 El viejo con las manos  
 Cubre su faz sombría:  
 Llorá y esclama: "¡Loca!  
 ¡¡Loca mi pobre hija!!"

## II.

La loca en el campo.—Cántico de Gabriela.—Primeras sospechas de Fernando.—Su juramento.

Era una mañana de Mayo: nublado  
 Mostrábase el cielo; dormía callado  
 El lago en su lecho de arena gentil;  
 Y á veces el viento de Norte soplabá,  
 Y polvo y aristas al cielo elevaba,  
 Doblando en su tallo las rosas de Abril.

Orillas del lago, de blanco vestida,  
 La loca aparece: su hermano la cuida;  
 La siguen hermanas y madre también.  
 Sus rubios cabellos al aire abandona,  
 Tejida por ella, campestre corona  
 De flores diversas adorna su sien.

Sus ojos serenos do el cielo se vía,  
 Hundió levemente la pena sombría;

Azules ojeras formó en su redor:  
 Su frente elevada, radiante, oscurece:  
 La risa en sus labios delgados fenece;  
 Perdió la viveza, perdió la color.

En la agua serena sus flores deshoja,  
 Y ve cómo el agua primero las moja,  
 Y luego siguiendo su curso las ve;  
 Y así, distraída, sin gozo ni pena,  
 Camina, ó se pára, ó rie, en la arena  
 Trazando al capricho figuras su pié.

Súbito inquietóse... comprime la ceja,  
 Sus manos estrujan su blonda madeja;  
 El blanco pañuelo se obstina en morder:  
 Señala su dedo la loma cercana,  
 Y, llena de enojo, maltrata á su hermana,  
 Que, puesta á su lado, la impide correr.

Entonces, sabiendo que el canto la calma,  
 La dijo Gabriela: "¿Qué quieres, mi alma,  
 Que cante?"—La loca.—La loca será.  
 A oirla Diana gozosa se apresta;  
 Su frente en el seno materno recuesta,  
 Y á poco Gabriela comienza á cantar.

"Vedla, vestida de nevado traje,  
 Destrenzado el cabello al viento dá:  
 Por las notas de un órgano guiada,  
 Torna obediente al conocido hogar.

Flor que la tempestad del mundo agita,  
 Perdió el color, la dicha y la razon:

Cual á mansa ovejuela, un fiel criado  
La trae al sitio que nacer la vió.

Su mirada se clava en el vacío,  
Y, los montes su mano al señalar,  
Hablando á solas: "Él vendrá, murmura;"  
"No lo dudeis . . . me lo ofreció y vendrá."

Antes niña infeliz, hoy pobre loca,  
Deshechos ve los sueños de su amor;  
Mas se conserva su virtud sin mancha,  
Porque protege á la inocencia Dios.

En los amantes brazos de su madre,  
Del irritado padre ella á los piés,  
Luego recobra la razon perdida;  
La dicha no, que con su amor se fué!

Mas ¡qué rumor de la montaña parte  
Que hace su pecho de emocion latir?  
"María, mi María (una voz grita),  
A enlazarme contigo vengo al fin."

El amante aparece: á su ventura  
Ella crédito dar no puede aún;  
Mas él la abraza y la apellida esposa . . .  
¡Jamás quedó sin premio la virtud!"

El cántico espira: su rostro levanta  
La loca, y dá un grito que á todos espanta,  
Un grito que á todos el alma partió;  
A poco se rie, y luego, tranquila,  
Desde un alta roca su clara pupila  
Del lago en las olas brillantes clavó.

Entonces su llanto seguir refrenando  
No puede, aunque quiere, su hermano Fernando,  
Y esclama así, viendo la niña infeliz:  
"¡Hermana querida! mi pobre Diana!  
¡Oh! ¡quién al mirarte contenta y lozana,  
Pensara que hubiese de verte hoy así?"

"En humo trocóse tu claro talento,  
Pasó tu hermosura cual flor de un momento.  
¿Es ese que viste el traje nupcial?  
¿Es esa la casta corona de esposa?  
¡Oh! más te valiera de fúnebre losa  
Dormir al abrigo, dormir allí en paz.

"Mas ¡cómo tan presto turbóse su mente?  
¿Dolores acerbos acaso ella siente?  
¿De tanta desdicha la causa quién fué?  
Terribles sospechas há dias me asaltan:  
De tal laberinto los hilos me faltan . . .  
¡Oh! ¡quién estos hilos pudiera coger!"

"La noche que Diana se enferma, de prisa  
Auséntase Carlos y á nadie lo avisa,  
Ni agora se sabe qué rumbo tomó;  
Acaso entre Alvarez y él ha mediado  
Disgusto profundo por celos causado,  
Que al cabo la amaban, no hay duda, los dos.

"¡Hermana, de todas la mas adorada!  
Fernando lo jura: serás tú vengada  
Si encuentro al que infame turbó tu razon:  
De toda tu dicha me habrá de dar ouenta,  
Pagando la angustia que agora atormenta  
De un modo indecible mi fiel corazon."

## III.

Entrevista de Alvarez y Fernando.—El gavilán se come al polluelo.—  
Alivios de Diana.—El aspirante llega á ministro.

—Es muy cierto que fuí vuestro amigo  
Y los dos á cual más calavera  
Siempre, juntos matamos el tiempo  
En alegre inmoral francachela;  
Mas las cosas de aspecto varían;  
Mis palabras son, Alvarez, serias:  
De Diana hoy se trata, y veréis  
Que este asunto á los dos interesa.  
Cierta noche la fiebre atacóla,  
Noche misma en que Carlos se ausenta,  
De tan súbita marcha el motivo  
Sin que á nadie en la quinta dijera.  
De la fiebre sanó, pero loca  
Ha quedado esa niña cual véisla:  
Él con ella casábase presto;  
Que la amabais es cosa muy cierta,  
Y que Carlos y vos esa noche  
Conferencia tuvisteis secreta.  
Desde entonces juntando los hilos,  
He llegado á formar una cuerda  
Que de ahorcarme tendrá si no ahorca  
Al que en esto culpable aparezca.  
Contestadme cual hombre: ¡infundisteis  
A ese jóven alguna sospecha  
Con respecto al amor de mi hermana,  
Con respecto á su honor....?  
—Me exaspera  
Tal lenguaje en tu boca, Fernando:

No mereces, por cierto, respuesta;  
Mas de dártela tengo, que el hombre  
A quien hoy así injurias, te aprecia.  
De un delirio funesto eres víctima:  
El amor á tu hermana te ciega.  
¿Quién ha dicho que no de la fiebre  
La provino esa estraña demencia  
Que por grados su fuerza atenúa?  
¿Porqué darla una causa diversa?  
Convenceos, Fernando, y oidme:  
Que la amé ¿quién dudarla pudiera?  
Mas no tuvo hácia mí simpatía;  
Cárlos llega y á Cárlos acepta:  
Libre el campo le dejo, y mis labios  
No profieren siquier una queja.  
En el baile de máscara Cárlos,  
A la pieza inmediata me lleva,  
La careta se arranca, y, causándome,  
Os lo juro, profunda estrañeza,  
Refirióme ligero disgusto  
Que con Diana esa noche tuviera,  
Pues notó que, al bailar, dado habia  
A otro jóven sobre él preferencia.  
Yo culpé sus ridículos celos,  
Él guardó misteriosa reserva  
De la noche en el resto. A otro dia  
De su marcha veloz danme cuenta,  
Y me asombró, pues no sospechaba  
Que á este extremo las cosas vinieran.  
Os ha hablado ya el hombre injuriado:  
El amigo en decirte se esfuerza  
Que ni Cárlos ni nadie la causa  
Puede ser de que Diana esté enferma:

Cual amantes los dos se disgustan,  
 Con sobrada razon ó sin ella.  
 El contrato se rompe: aquel parte  
 Y en su casa la novia se queda:  
 En el mundo sucede esto siempre  
 Sin que sea motivo de gresca:  
 Además, el doctor asegura  
 (Tú bien sabes que es pozo de ciencia)  
 Que en su máquina Diana llevaba  
 De ese mal la semilla funesta.  
 Horas antes del baile. Me estiendo  
 Al decirte con toda franqueza  
 Mi opinion, porque temo que vayas  
 Hacia Carlos pidiéndole cuenta  
 De su rara conducta: es un oso:  
 Pensará que á Diana le pesa  
 No atraparle, y, dejando rodeos,  
 Tú, Fernando, en ridículo quedas."

Alvarez de Fernando así conjura  
 La cólera instantánea y le desarma,  
 Tal como suele cariñosa madre  
 Con un juguete de vistoso alño  
 El enojo aplacar del tierno niño.

La demencia por grados abandona  
 A la pobre Diana: su mejilla  
 Torna á colorearse; pero mudo  
 Su labio permanece; del secreto  
 Que en su interior esconde, nadie pudo  
 Darse razon: siguió su mejoría,  
 Y á volver á la quinta comenzaban  
 Con su salud la paz y la alegría.

El partido que Alvarez regia  
 Triunfaba en esto: el nombramiento envióle  
 De ministro, que encuéntrale tomando  
 Taza descomunal de blanco atole,  
 Pues tambien los tribunos se alimentan.  
 Dispone su partida: en el espejo  
 Vióse y revióse, y de tan fiel registro  
 Sacó la consecuencia indubitable  
 De que tiene el aspecto de ministro.  
 Jovial de la familia se despide,  
 Fina hospitalidad agradeciendo.  
 Diana allí estaba, y su pequeña mano  
 Él con las suyas á estrechar se atreve,  
 Y ni siquiera, su verdugo siendo,  
 Sintió al partir remordimiento leve.

## IV.

El hombre que no puede reformarse, aspira á reformar la sociedad.—Investigaciones filosóficas.—Su inutilidad.—Carlos se dedica á las ciencias.—No puede olvidar lo pasado.—Carta de J.\*\*—Depravacion moral de Carlos.—Incidente cuyos detalles mas tarde conocerá el lector, y que influyó de un modo funesto en la suerte de la protagonista.

Del Atoyac en la risueña orilla,  
 Cerca de Puebla la opulenta, Carlos  
 Fijó su residencia solitaria.  
 Llena el alma de tedio y amargura,  
 Quiso reconcentrarse algunos meses  
 Para estudiar, observador lejano,  
 La sociedad á que tornar debia.  
 Hallábase en la época sombría,

Que casi siempre á la desgracia sigue,  
 En que todo nos hiere; cuando hallamos  
 El desprecio pintado en los semblantes,  
 El odio acaso, por do quier que vamos.  
 Negando la verdad de los afectos,  
 Consideró los lazos de familia  
 Como cosa ridícula: olvidóse  
 De aquel dogma inmortal que solo admite  
 El tránsito del hombre por la tierra  
 Cual prueba de dolor, y á nuestros ojos  
 En lontananza un paraiso pone,  
 Premio al buen proceder. Vió á los humanos  
 Cual máquinas juguete de la suerte,  
 Y su desigualdad chocóle: el rico  
 Fué para él usurpador injusto  
 Del tesoro comun: hirió su mente  
 El malestar del pobre, y se decia  
 Que acaso nivelando la riqueza,  
 La condicion moral nivelaria.  
 Dado á tan peligrosas abstracciones,  
 Para romper los eslabones viejos  
 Con que la sociedad se enlaza, quiso  
 Estudiar la política: su fuente,  
 Que es la historia, por él fué sondeada.  
 Todas las democracias turbulentas,  
 Los pueblos oprimidos bajo el yugo  
 De un déspota cualquiera, ante sus ojos  
 Pasando van, y en las primeras halla  
 De destruccion cual gérmen, la influencia  
 De la ignorante y ambiciosa turba:  
 Repugnan á su alma generosa  
 El destierro de Aristides, la muerte  
 De Julio César. Al tender la vista

Por los pueblos modernos, ve á dos dellos,  
 Que de acatar la libertad se jactan  
 Mas que los otros, con injusta guerra  
 Llevar á China su comercio el uno;  
 Eternizar la esclavitud el otro,  
 O ya tender la usurpadora garra  
 Valido de la fuerza, al exclusivo  
 Dominio de la América aspirando.  
 Miró al absolutismo eternamente  
 Sobre estorsion y sangre alzar su trono,  
 Y aun la aureola de esos hombres raros  
 Que encadenar supieron la anarquía,  
 Oscurecida á trechos por las sombras  
 De su injusticia y su crueldad. No advierte  
 Que la felicidad para los pueblos  
 En un gobierno cífrase adaptado  
 A su índole propia, y que inflexible  
 A raya tenga á la ambicion bastarda,  
 Y á la virtud y al mérito enaltezca,  
 Siempre los adelantos promoviendo  
 Moral y material.—Renuncia al cabo  
 A sus proyectos de reforma, viendo  
 De sus esfuerzos locos la impotencia,  
 Y queriendo ser útil á sí mismo,  
 Lánzase en los dominios de la ciencia.  
 Vedle por el jardin, clasificando  
 Cuantas yerbas y arbustos allí nacen;  
 Su biblioteca vasta consultando  
 Para saber si humilde florecilla  
 Que en el techo brotó de su ventana  
 Y que le sirve agora de recreo,  
 Es de las conocidas por Linneo.

Vedle entre mil volúmenes, sudando  
 Por descubrir si los egipcios antes,  
 Embalsamaban los humanos cuerpos  
 Por método difícil ó sencillo,  
 Con esencia de rosa ó de tomillo.  
 Vedle con el compas círculos varios  
 Trazando en el papel, radios en ellos  
 O diámetros y cuerdas y tangentes,  
 Y en duda de si un ángulo es obtuso  
 O si recto será, parar las mientes.  
 Sobre carta geográfica inclinado  
 Busca después la latitud de Viena,  
 Y, por error ó distraccion, á Londres  
 Quiere hallar del Sahara entre la arena.  
 A su tejado sube, que habilita  
 De observatorio, y desde allí, cual Newton,  
 Nombra y numera las estrellas todas,  
 Puesto al rigor del aire y el sereno;  
 Y muchas veces, de entusiasmo lleno,  
 Suda y se desespera ¡hombre infelice!  
 Anhelando entre mil constelaciones  
 La cabellera ver de Berenice.

Así cuando en sus alas la memoria,  
 Tendiendo el vuelo á los antiguos dias,  
 Solo trae recuerdos de amargura,  
 Para olvidar su dolorosa historia  
 Con avidez ocupaciones frías  
 En su aislamiento el hombre se procura;  
 Pero su distraccion muy poco dura,  
 Que, al creerse curado, si la puerta  
 Abre del corazón, ve que allí moran  
 Vivo el dolor y la esperanza muerta!

Era la noche, y entregado al sueño  
 Cárlos, su acalorada fantasía  
 De lo pasado la engañosa imagen  
 Ante sus ojos con afan ponía.  
 Otra vez á su lado está Diana  
 Inocente y fiel; sus trenzas blondas,  
 Su rostro de ángel, su flexible talle,  
 Del lago azul en las inquietas ondas  
 Ve reflejarse, y su amoroso acento  
 De nuevo resonaba en sus oídos,  
 De su fe pronunciando el juramento;  
 Mas de repente aléjase la jóven  
 Y de seguirla Cárlos trata en vano,  
 Que un poder invisible le detiene.  
 Ella el rostro volvió para decirle:  
 “Cuando yo estaba enferma y te pedía  
 Que me sirviera de sostén tu brazo,  
 Me lo negaste; cuando yo en tu seno  
 Quise mi frente reposar que ardia  
 Con fiebre destructora, tú, inflexible,  
 Me rechazaste de dureza lleno,  
 Y en espantosa soledad moria!  
 Cárlos, jamas me llamaré tu esposa!”  
 Lleno de angustia el corazón, despierta:  
 Un helado sudor su frente baña:  
 El alba tarda de lluvioso día  
 Mezclaba ya sus tintas desiguales,  
 Y viento y agua con terrible saña  
 De su ventana azotan los cristales.  
 Pocas horas después llega un correo  
 Que le traía carta de su amigo.

“Cárlos, querido Cárlos! (le decía)

He respetado ya por tiempo largo  
 Tu soledad y tu silencio amargo,  
 Pues tu dolor inmenso comprendía;  
 Pero ya es tiempo de que al mundo vuelvas  
 A cumplir tus deberes: lo pasado  
 No debe así tenerte encadenado  
 Cual á inútil misántropo en las selvas.  
 ¡Cierto que el golpe fué mortal! Que nunca  
 Tan pérfida creyera yo á Diana.  
 Mas, respóndeme, Carlos, ¿tú lo viste?  
 Y aun mirándolo tú ¿no te engañaste?  
 Porque del alto pedestal de gloria  
 A que subido habia, no comprendo  
 Cómo quiso Diana descendiendo,  
 Que la llamaran de su sexo escoria.

“¿Te acuerdas de la vieja que vivía  
 En la quinta, y sirvió, si no me engaño,  
 De Mercurio fiel en tus amores?  
 Pues ha venido á la ciudad, enferma:  
 Ayer me hizo llamar; acudí luego,  
 Y me dió para tí la carta adjunta.  
 Creyéndola sumida en la indigencia,  
 Y que en su carta auxilio te pedia,  
 Dila algunas monedas, y, no obstante,  
 En que te la enviara ella insistia,  
 Pues que llegue á tus manos la interesa.”

—¿Con qué derecho á traspasar mi asilo  
 Mis amigos se atreven? ¿Qué deberes  
 Me escitan á cumplir? ¿Qué les importa  
 Que yo consuma inútil existencia,  
 Si me conformo con vivir tranquilo

Desde que conocí por experiencia  
 Que el vicio triunfa y la honradez aborta?  
 Y esa mujer que mi piedad reclama  
 Porque el horror de la miseria siente,  
 ¿Ignora que es mayor mi desventura?  
 ¿Ignora que sospecho que en la trama  
 Contra mi dicha urdida, andaba ella,  
 A mi rival sirviendo y á su ama?  
 ¡Oh! padecer es el comun destino!  
 Tenga para sufrir filosofia:  
 Yo ni puedo ni quiero dar consuelos  
 Que ningun sér humano me daría.

Dijo así Carlos, y en su mesa arroja  
 La carta de la anciana sin leerla.  
 Su corazón estaba endurecido,  
 Muerto á la compasion: él de rodillas  
 Al extremo del mundo hubiera ido  
 Por escuchar lo que el papel contiene,  
 Y semejava al caminante ciego  
 Que, de la sed quemado por el fuego,  
 No ve la fuente que á su lado tiene.  
 Así tal vez su orgullo, su demencia,  
 Castiga la divina Omnipotencia.

## TERCERA PARTE.

## I.

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto á Diana.—Una lágrima sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada  
En mis humildes versos, habrán dicho  
Que en el mundo no existes y engendrada  
Fuiste de necio autor por el capricho.  
Te confieso—pues eres reservada—  
Que todo eso lo habia yo predicho;  
Tu sensibilidad, tu amor profundo,  
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda  
El fin de esta leyenda, piensa ahora  
Que te disfrazo y que mi pluma tarda  
En ser de la verdad reveladora;  
Y se figura ya verte gallarda,  
Diana entre las selvas cazadora,  
Con flechas mil que á tu carcax reservo  
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso  
Me enamora tu encanto peregrino;  
Que ante tí me prosterno y á tu paso  
La huella beso de tu pié divino:  
Que ser no quiero en tu alabanza escaso  
Porque de gratitud aguardo en sino  
Leve sonrisa de tu boca pura,  
Mirada intensa de inmortal dulzura.

No, Diana: tú existes, tan hermosa  
Cual no alcanza á idear la fantasía:  
Marchas por una senda misteriosa  
Que acá en la tierra al desengaño guía:  
Es tu suerte la suerte lastimosa  
Del ave que volando al Mediodía  
Sobre el Oceano, en su angustioso anhelo  
Sitio no halló donde parar el vuelo.

Tú vives en el mundo y su mirada  
En tu semblante clava codiciosa  
La multitud, sin que le sea mostrada  
Tu noble inteligencia gloriosa:  
Mérito como el tuyo tiene en nada  
Y sus ídolos falsos ella osa  
Ensaltar, imitando al rey azteca  
Que su metal por abalorio trueca.

No, Diana: tú existes, y tu encanto  
Presta valor á la leyenda mia,  
Cual presta su belleza el azul manto  
Del claro cielo á la fontana fría.

Yo tu beldad y tu ternura canto:  
Tiene este libro que de noche y día,  
Lejos del mundo, en acabar me empeño,  
Mucho de realidad, poco de sueño.

Pero ¡amarte, Diana! En la pradera  
¿Puede abrirse en mitad del crudo invierno  
La flor, hija de tibia primavera,  
Que su miel guarda al pajarillo tierno?  
¿Ve con orgullo hacia la azul esfera  
Arbol caído ya en olvido eterno?  
¿Puede el arroyo de cristal luciente  
Retroceder á la nativa fuente?

¡Ay! cuéntales, Diana, á tus lectores  
Que para el pobre corazón desierto  
De tu cantor el sol de los amores  
Es eclipsado sol, astro ya muerto.  
Para él agostáronse las flores;  
Para su nave emborrascóse el puerto;  
Zarzas brotó bajo su pié la ruta;  
Su almíbar ¡ay! se convirtió en cicuta.

Cuéntales cómo, niño todavía,  
Cánticos lleno de entusiasmo alzaba,  
Y mi frente radiosa de alegría  
Al laurel de la gloria preparaba:  
Cómo mi creadora fantasía  
Incierto porvenir coloreaba  
Con los placeres del mundano suelo,  
Con la esperanza mística del cielo.

Cómo hubo una mujer, tímida estrella  
Que en cielo claro apareció tranquila,  
Y, cual otra ninguna siendo bella,  
Mi corazón atrajo y mi pupila:  
Cómo á besar su luminosa huella  
Ciego me arrodillé; cómo pedíla  
Su amor, cuyo recuerdo me consume;  
Su amor, de su alma virginal perfume!

Diles cómo en su frente se veía  
Retratada la noble inteligencia,  
Mientras el tierno corazón dormía  
Al amparo feliz de la inocencia:  
Diles, Diana, cuánto la quería;  
Diles que fué la luz de mi existencia;  
Diles que mi esperanza y su hermosura  
Encierra una olvidada sepultura!

Sí: bajo el pabellón del patrio cielo,  
En su tumba, de flores rodeada,  
Duerme en silencio eterno, sobre el suelo  
Su deleznable forma reclinada.  
Los días pasan: con piadoso anhelo  
Nadie visita su postrer morada:  
Luego que tierra sobre el cuerpo echaron,  
Todos sus conocidos la olvidaron!

¡Valor, corazón mío! ¡No has llorado  
Desde el día en que todo lo perdiste?  
¡Al necio mundo que reír no has dado  
De tus pesares con la historia triste?

La imagen de ese fúnebre pasado  
Que ante tus ojos indeleble existe,  
¡El tiempo, ya que los recuerdos trunca,  
No logrará desvanecer!—¡Ay! nunca!!

Ya tú lo ves, Diana: acá en la tierra  
La flor de nuestra dicha se marchita.  
También tu alma, á que el dolor se aferra,  
Contra su suerte mísera se irrita:  
También tu pobre corazón encierra  
Amarga historia que del hombre escita  
La compasión: el fruto recogido  
De un casto amor que nadie ha comprendido.

¡Porqué tendiste el vuelo, ave altanera,  
Por el espacio y al zenit trepaste,  
Desdeñando al hallarte en otra esfera  
Del bajo mundo el miserable engaste?  
¡Seguir viviendo en paz planta rastrera  
En lo interior del bosque no miraste,  
Mientras el desprendido rayo ardiente  
Al cedro colosal hiere en la frente?

¡Y yo soy el cantor de tu hermosura,  
Y al mundo que sus héroes solo admira,  
Tengo de referir tu desventura  
Con el auxilio de mi pobre lira!  
Mas destempló sus cuerdas la amargura;  
Entusiasmo su voz ya no respira;  
Ya no producen armoniosa nota;  
Finalizó el festin y el harpa es rota!

El mundo pone sobre mí la mano  
Y mis osados pensamientos hiela,  
Y va perdida en su bullicio vano  
El alma sin lograr el bien que anhela;  
Y todavía en mi dolor tirano  
Cruza mi mente, cual la blanca estela  
Que en el mar deja nave transitoria,  
Grato el recuerdo de mi antigua gloria.

Hoy, al abrir el arca misteriosa  
Que los secretos de tu vida tiene,  
Temo que no mi voz, doncella hermosa,  
Lo necesario en tu alabanza suene:  
Temo que, entre la turba bulliciosa  
Que á despreciarlo acaso se previene,  
El libro en que apareces, confundido,  
No consiga librarse del olvido.

## II.

El huron sale de su madriguera.—Rosa la coqueta.—El convento de monjas.—El baile.—Carlos entra en el número de los apasionados de Rosa.

Tiende la noche su impalpable manto  
Encendiendo en el éter las estrellas,  
Cuyo fulgor escasamente alumbra  
Los edificios de la hermosa Puebla,  
Que al pié de sus magníficas montañas  
Tendida está sobre sabana inmensa.  
En las concavidades de las torres  
Imita el aire misteriosas quejas,  
Y agitar suele la bendita palma

Que en las ventanas la piedad conserva.  
 Todo en silencio yace: los mortales,  
 Desde el mendigo al prócer, ya se entregan  
 Al sueño bienhechor: en la campana  
 Del vecino reloj las doce suenan,  
 Y á la sazón por anchurosa calle,  
 Hacia el extremo de la cual se eleva  
 Un convento de monjas, varios jóvenes  
 Formando grupo silenciosos llegan.  
 Detienen, dirigen sus miradas  
 Hacia el alto balcon de una modesta  
 Casa; al oído se hablan todos ellos,  
 Sus instrumentos musicales templan,  
 Y luego, la quietud de la alta noche  
 Interrumpiendo, de armonía llenas,  
 Diferentes cantigas entonan  
 Que hácia oculta beldad su amor revelan.  
 Y apenas la primera terminada,  
 Nueva sonata á preludiar comienzan,  
 Cuando de aquel balcon á do su vista  
 Se dirige—no bien el rumor cesa  
 Que al descorrerse las fallebas causan—  
 Súbito iluminóse la vidriera:  
 Plegaron las cortinas trasparentes,  
 Femenil forma dibujóse esbelta,  
 Y por los movimientos que ejecuta  
 Y la atención que presta en apariencia  
 A los músicos, luego se conoce  
 Que amigos predilectos son de ella.  
 A proseguir la serenata iban  
 Aquellos hombres que entre sí conversan,  
 Y á seguirla escuchando preparábase  
 Desde su alcoba la mujer esbelta,

Cuando rumor de pasos de un caballo  
 De la nocturna brisa en alas llega,  
 Y la curiosidad mantuvo entonces  
 La comenzada música suspensa.  
 Cuando pasan caballo y caballero,  
 Que ver no les permiten las tinieblas,  
 El mas osado á entrambos se aproxima;  
 La tapa descorrió de su linterna:  
 Inesperada luz alumbró el rostro  
 Del caminante, que frunció las cejas,  
 Y de acción tan extraña iba sin duda  
 En el instante á demandarle cuenta,  
 Cuando al cuello los brazos le echa el otro  
 Diciendo: "Carlos! ¡qué sorpresa es esta  
 Que nos vienes á dar?... ¡Cómo á deshora  
 Y sin criado ni equipaje llegas?  
 ¡Y desde dónde vienes?"

—Hola, amigo!

Pláceme en sumo grado la sorpresa,  
 Y no estrañes que llegue sin criado  
 Quien salva una distancia de dos leguas.  
 ¡Buenas noches, señores! ¡Mas qué veo?  
 Alvaro, Enrique, Eduardo!... ¡Calaveras!  
 ¡Qué demonios al pié de una ventana  
 Venís á hacer con músicas y señas!

Jov. 1.º—Refiérenos, ¡qué hacías tú en el campo?

¡Te habías ya metido á anacoreta  
 De los que solo rezan si en el rezo  
 Les hace coro una muchacha bella?  
 No hay que turbarse, no...

Jov. 2.º—

Llégame el turno:

¡Qué nos refieres de tu novia muerta?  
 Sabemos que despues enamoraste

A cierta jóven con dinero y fresca,  
Que te ha dejado fresco, segun dicen,  
Sin dinero ni amor....

*Cárlos.*— ¡Malditas lenguas!  
Por favor, no me habéis de lo pasado,  
Amigos.

*Jóv. 3.º*— Pero todo se compensa  
En el pícaro mundo: ahí encerrada  
Está una monja, y es paisana vuestra.

*Cárlos.*— ¡Su nombre!

*Jóv. 3.º*— No lo sé; pero aseguran  
Que por cosas de amor metióse á buena:  
Que amaba á un jóven que iba á ser su esposo,  
Y que el asunto no quedó por ella:  
Es todo cuanto sé.

*Jóv. 1.º*— Cárlos, amigo,  
Si no te ofenden las preguntas necias,  
Cuéntanos qué motivo poderoso  
Te hace venir á la bendita Puebla.

*Cárlos.*— Ansia de distracciones solamente.

*Jóv. 1.º*— Estraño oírte hablar de esa manera,  
Que siempre por demas pacato fuiste.

*Cárlos.*— Los años, gustos y costumbres truecan!  
Pero yo vuelvo á mi primer pregunta,  
Que dejaron ustedes sin respuesta:  
¿Qué hacen al pié de esa ventana agora  
Enfrascados en músicas y señas?

*Jóv. 2.º*— Venimos á dar música á una jóven  
Como los sueños juveniles bella....

*Cárlos.*— ¡Comparacion poética! ¡Y se llama?

*Jóv. 2.º*— Rosa D\*\*\*, la beldad guanajuatena.  
Hace muy pocos dias que ha llegado:  
Hay en su casa una continua fiesta.

(Y aquí arrimóse á Cárlos aquel jóven  
Para hablarle mas próximo á la oreja).  
Por la mañana en el balcon la vemos;  
Por la tarde, sin falta, en la alameda;  
Por la noche en saraos y tertulias;  
Y á su casa, y al campo, y á la iglesia  
Nube de enamorados espesísima  
Como plaga de Egipto va tras ella.  
Parte integrante somos de esa nube:  
Si tú quieres entrar en competencia,  
Ven mañana á su casa con nosotros,  
Que acaba de avisarnos la doncella  
Que si mamá y el tiempo lo permiten,  
Habrà en la noche *diversion casera*.  
Dí ¡contamos contigo?

*Cárlos.*— A no dudarlo:  
Si mi escelencia nada mas desea  
Que divertirse; mas decid, ¡la jóven  
A quién de ustedes da la preferencia  
Hasta ahora?

*Jóv. 1.º*— A ninguno, y es lo cierto  
Que el giro del asunto no me pesa,  
Porque lo que es amor.... hay cierta dosis;  
Pero los compromisos nos arredran;  
Y en esto de tender el lazo, dicen  
Que su señora madre es gran maestra:  
Conque si entras en liza, ten cuidado,  
Que es resbalosa la maldita arena.

*Cárlos.*— Y la jóven ¿qué tal?...

*Jóv. 2.º*— Estoy seguro  
De que viéndola pierden la cabeza  
Aun los mas circunspectos: una tacha  
Póngole á su carácter; es coqueta!

*Cárlos.*—Pues hállote atrasado de noticias.

Dime si habrá mujer que no lo sea.

*Jóv. 3.º*—Él se resiente aún del desengaño.

Vamos, señores míos, otra pieza,

Que la noche se acaba, y esa jóven,

Firme como prusiana centinela,

Está en su puesto música esperando

En tanto que los músicos conversan.”

A interrumpir la silenciosa calma

Torna la serenata: al cabo cesa:

Despídese la jóven: las cortinas

De su vidriera á poco se despliegan;

Muere la luz, resuenan los cerrojos,

Y *Cárlos* y los músicos se alejan.

Cuando el rumor de sus pisadas muere,

La esquila del convento mas pequeña

Llama á las religiosas á maitines:

Las ventanas del coro con presteza

Se iluminaron, y piadoso canto

De aquellos sitios el silencio altera.

A veces mas cercano resonaba,

Distinguiéndose en él voces diversas,

Y despues alejábese y volvía,

Como si lo llevase y lo trajera

El viento de la noche que en las torres

Imitar suele misteriosa queja.—

Así, mientras algunos se divierten

Y á la corriente mundanal se entregan,

Lejos del mundo, en claustro solitario,

Otros en Dios y en su destino piensan!

Era de Julio una apacible noche,

Y, aunque ha llovido al espirar la tarde,

Ascendiendo la luna por el cielo,

Nubes teñidas de ópalo deshace;

Y, bien cual suele una odalisca hermosa

Sobre mullido lecho reclinarse,

De una sala en la alfombra se dibuja,

Traspasando cortinas y cristales;

Lucha con el fulgor de las bujías

Que entre flores y espejos puestas arden,

Y dá por resultado luz serena,

Artificial y natural en parte.—

Al compas de la orquesta melodiosa,

Cual ninguna otra jóven, elegante,

Iman de varoniles corazones,

Rosa la bella dá principio al baile.

Al recio impulso de la danza ondea

Esparciendo perfumes su albo traje,

Y su mejilla sonrosada azota

Suelto el cabello negro en espirales.

Ella de buen humor está sin duda;

Tal vez su compañero es muy amable,

Porque en sus brazos mas de lo preciso

Deja que el cuerpo trémulo descanse.

De estatura mediana siendo ella,

Nada hay de extraño en que los ojos alce

Para ver al mancebo, cuyas dotes

Son una alma ruin y un cuerpo grande.

La música cesó y hácia el estrado

El mancebo condujola galante,

Y agrúpanse mil jóvenes á un tiempo

A suplicarla que con ellos baile.

Compañero entre todos Rosa elige,

Y, apenas comenzó la orquesta un valse,

Cuando ya la pareja recorria  
 La sala estensa mas veloz que el aire.  
 Sigue al impulso de las vueltas rápidas  
 Ondeando la falda de su traje,  
 Y sigue acariciando sus mejillas  
 El sedoso cabello suelto en parte;  
 Y al agitar su pié, que del calzado  
 Cándido oprime el primoroso engaste,  
 Y al combarse flexible su cintura  
 Por si en belleza el cuerpo así ganare,  
 A la verdad, los que la están mirando  
 No saben si mujer es ella ó ángel.  
 Y sin duda es amable el compañero  
 O Rosa está de vena, pues de parte  
 En plática con él tan misteriosa,  
 Que lo que ambos se dicen nadie sabe.  
 Como de pudorosa ella se precia,  
 Y ademas el mancebo que la trae  
 Es, por lo que miramos y sabemos,  
 De estatura pequeña y alma grande,  
 ¡Qué extraño es que, turbada y temblorosa,  
 Ella los ojos con empeño baje,  
 Y entre desmayos y suspiros tiernos  
 En el Adónis sin cesar los clave?

Lo que se me hace extraño es ver á Carlos  
 Sumido hasta la barba en un butaque  
 Cedido á su cansancio por la vieja,  
 De su amistad en prenda inapreciable.  
 Desde allí sigue á Rosa con la vista  
 Sin que á su observacion nada se escape  
 De miradas, suspiros y presiones,

Dulces desmayos ó amorosas frases.  
 Aunque no la ama él, siente de celos  
 Ardiente llama en su interior alzarse;  
 Y esto, por mas que raro le parezca,  
 Al lector entendido nunca espante,  
 Que á todos una vez nos acontece  
 Viendo en ajeno brazo breve talle,  
 Sentir disgusto raro, indefinible,  
 Y que se agolpa al corazon la sangre;  
 Efectos de la envidia venenosa  
 Que al nacer cupo en suerte á los mortales.—  
 Y no bien Rosa advierte que la sigue  
 La mirada de Carlos, ya tenaces  
 En él clava sus ojos cuando pasa  
 Por do sentado está, con él rozándose;  
 Y pretestando enfermedad ligera,  
 Para restablecerse della en parte,  
 Ordena al compañero que la lleve  
 A la silla que está.... junto al butaque!  
 Aquel, obedeciendo, la conduce;  
 Aléjase con cara de vinagre,  
 Y, al cabo de un momento de silencio,  
 Como al volver de un sueño que distrae,  
 —Perdonad, caballero..... (yo no habia  
 Vístole aún!.... creí que era mi madre  
 Quien se sentaba aquí) Rosa murmura.  
 —Hace un momento á ella presentáronme  
 Varios amigos, y que vuelva anhelo  
 Para que la amistad de usted no tarde  
 En serme concedida....  
 —La palabra  
 De un caballero en el asunto baste.  
 —Mi nombre es Carlos\*\*\*

—¿Cárlos?... Y de dónde  
Es usted?

—Soy veracruzano.

—¡Calle!

De ahí es cierta novicia amiga mía.  
Yo tengo unos deseos de pasearme  
Por la tierra de usted! ¡Es tan alegre  
Cual dicen, Veracruz! ¡El mar tan grande!  
Además, aseguran que las rosas  
(Si es en Jalapa no recuerdo) se abren  
Hasta en el crudo invierno, y las mejores  
Son del país.

—Error imperdonable!

Guanajuato produce las mas bellas  
De las que en el país puedan lograrse.

—¿Usted ha estado allá?

—No.

—Desde luego

Usted no las conoce.....

—De trasplante

Son las que he visto.

—¿Y dónde?....

—En esta sala.

—¿Cuántas?...

—Una que brilla sin rivales!

—No comprendo....

—¿Es posible?... Yo quisiera

Al torbellino mágico del baile

Lanzarme con usted, *Rosa divina*....

—Pues, señor mío, como á usted agrade."

Mézclanse en la vistosa contradanza,  
Y balancea el cuerpo con donaire

Rosa, cual blanco cisne que atraviesa  
Lago tranquilo en apacible tarde.  
Y como indicio son de un pecho limpio  
Ojos que al escrutinio no se evaden  
De la persona que los mira, y como  
Ambos en estatura son iguales,  
No es de extrañarse que, bailando, en Cárlos  
Rosa los ojos con empeño clave.—

Resultado de aquestos devaneos  
Fué que esa noche Cárlos, acostándose,  
Con sobresalto se creyese herido  
De un frenético amor... ¡amor de baile!

## III.

Primer fragmento del album de Diana, escrito en el convento de\*\*\*

Rebosa el cáliz amargo,  
Ya el alma á sufrir no acierta;  
Falta á mi existencia objeto,  
El alba á mi noche eterna.  
¿De qué me sirve, insensata,  
Rindiendo al orgullo ofrenda,  
Solitaria consumirme  
En lo interior de una celda,  
Por no decir á quien amo:  
"Aunque culpable aparezca  
Antes tus ojos Diana  
Por maquinacion proterva,  
De tu ardiente amor es digna,  
Como en esa noche bella

En que te dió su albedrío  
Jurándote fe sincera?

Y lo haré, porque no puedo  
Vivir sin su amor. Apenas  
El sueño cierra mis párpados,  
Su voz á mi oído llega:  
Le miro como en los días  
En que me amaba; se acerca;  
Señálame con su mano  
El altar: llevarme anhela  
A los piés del sacerdote  
Que á bendecirnos se apresta:  
Se agita mi corazón  
Lleno de alegría inmensa:  
Despierto . . . giran mis ojos  
Y ven la desnuda celda  
En cuya ventana el viento  
Voces humanas remeda!  
—Sí, le diré: aunque culpable  
A tus ojos aparezca,  
De tu ardiente amor soy digna:  
Ven, el altar nos espera.

## IV.

Rosa refiere á Diana sus amores con Carlos.—Diana pretende cerciorarse de ellos y lo consigue.—Suerte que está reservada á las coquetas.

A la mañana del siguiente día,  
Hablando por el torno del convento  
De que mencion en otra parte hicimos,  
Dos jóvenes están. Bordado velo

De trasparente blonda mal encubre  
Las formas elegantes, el despejo  
De una, á quien acompaña su criada,  
Vieja amiga de lances y de enredos,  
Que, según las epístolas que porta,  
Hará quebrar la renta de correos.  
A la otra que habla no es posible  
Examinar, pues hállase por dentro  
Del torno, y de su voz solo se oye  
De vez en cuando el musical acento.  
Es la voz de una niña todavía,  
Pero encerrando no sé qué de tierno  
Y triste, cual si ya del mundo hubiera  
Roto su mano el engañoso velo:  
Voz que si resonase en nuestro oído,  
Nos despertara cual de largo sueño,  
Trayendo á la memoria las imágenes  
De antiguos seres y de antiguos tiempos.  
Y esto las dos decían platicando,  
Una fuera del torno, otra por dentro:  
—De noviciado pocos días faltan:  
Qué, ¿persistes, amiga, en tu deseo?  
¿Profesarás? ¿Reflexionaste acaso  
Que esos lazos, Diana, son eternos!  
—Resolucion no formo todavía.  
Cuando aislada en el mundo me contemplo  
Sin que en el porvenir cifre esperanzas,  
Sin que mi corazón abrigue afectos,  
No me queda otro asilo que una celda  
Donde acabar mis días con sosiego;  
Pero tú, amiga mía, ¡tan dichosa  
Como siempre?

—No tal: hoy un consejo

He venido á pedirte, ó sea informe....  
 Como quieras llamarlo. Hay un sugeto...  
 Vamos, un jóven que, si no me engaña  
 El corazon, es todo un caballero.

Bailó anoche conmigo, enamoróme  
 Y le correspondí, te lo confieso.

¡Reflexiona tan poco mi cabeza!  
 Siempre sigo el impulso del momento

Y suelo arrepentirme; mas ahora  
 A asegurar me atrevo que le quiero.

—¡Ay Rosa! ¿tú quererle? Eso es mentira!  
 Te engañas á tí misma: no, en tu pecho  
 No se alberga el amor.

—Pues en la duda  
 De si quiérole ó nó por hoy quedemos:

Véngote á preguntar si le conoces,  
 Porque paisano es tuyo.

—Pero al menos  
 Dime su nombre.

—Carlos.  
 —(¡Cielo santo!

Si él fuese!)  
 —¿Quién?

—(Siniestro pensamiento!)  
 Nada, Rosita, un conocido antiguo;

Mas no, que aquel ó se embarcó, ó es muerto.  
 ¿Qué señas tiene el Carlos de quien hablas?

¿Jóven es todavía?

—Jóven.  
 —¿Cuerpo  
 Gallardo?

—Sí, gallardo.  
 —¿Rostro afable?

—Y mucho que lo es.  
 —¿Cabello negro?

—Como el ala del cuervo; pero ¡es raro!  
 Tú, á no dudar, conoces mi cortejo.

—Pura casualidad... no le conozco.  
 (¿Será tal mi desdicha?) Un pensamiento

Me ocurre en este instante, Rosa.  
 —Dilo.

—Para saber si le conozco, verlo  
 Hoy necesito.

—¿Y cómo?  
 —O yo me engaño,

O es muy sencillo, Rosa: tu aposento  
 Queda frente á mi celda: por la tarde

Salir hazle al balcon, y yo en acecho  
 Tras la reja estaré.

—¿Famosa idea!  
 Voy á escribirle agora: le prevengo

Que á la tarde sin falta me visite,  
 Y en práctica ponemos tu proyecto;

Pero á rezar te llaman...  
 —Adios, Rosa.

—Diana, adios: mañana nos veremos!

—Ya la postrera luz de bella tarde  
 Con las primeras sombras de la noche

Empezaba en el cielo á confundirse,  
 De oro y grana tiñendo el horizonte.

De proletarios púebbase la calle  
 Que á sus habitaciones se recogen,

Terminado el trabajo: las campanas  
 Sonando están el toque de oraciones;

Y en el balcon de la modesta casa

Que mi lector benévolo conoce,  
De una mano bellísima al esfuerzo,  
La vidriera giró sobre sus goznes.  
Salió Rosa, radiante de hermosura;  
Cárlos tras ella, hablándola de amores.  
Sonríe y se entusiasma, y á su lado  
Sobre la balaustrada reclinóse.  
A cada frase tierna que salía  
De sus labios, ardiente aquella jóven  
En él clavaba los rasgados ojos,  
Y era muy fácil conocer entonces  
Que á escitacion cediendo pasajera  
Con que su corazon no marcha acorde,  
Cárlos la enamoraba, y ella en tanto  
Paz, corazon y libertad rindióle.  
¡Porqué—le dice aquel—en tu presencia,  
Adorándote así, las emociones  
No esperimento que mi gloria hacian  
En mis horas de amor, cuando era jóven?  
Quizá los desengaños que he sufrido  
Entibiaron del alma los ardores  
Para siempre.

—Será que no me amas!  
(Contesta, y su semblante oscurecióse  
De repente.)

—Decir que no te amo!—  
Cárlos replica; y, al notar que esconde  
Al exámen curioso de la gente  
Sus personas el manto de la noche,  
Obedeciendo á impulso repentino,  
Sus labios él en los de Rosa pone.  
Tal ósculo de Rosa el fuego atiza:  
Al recibirlo permanece inamable,

Y luego, cual de un éxtasis saliendo,  
“Créeme, le dice, aquestos mis amores  
Primeros son. Es cierto que aturdida  
Al hallarme en espléndidos salones  
Escuchando la música armoniosa;  
De la esperma á los nítidos fulgores,  
Viendo pasar en confusion bellísima  
Las mujeres en brazos de los hombres,  
Soñaba una existencia alimentada  
Por manantial de indefinibles goces.  
Dí oído á las protestas de cariño;  
Esperanzas de amor daba á los jóvenes;  
Mas era todo un sueño; al otro día  
De mi ilusion secábanse las flores:  
El corazon desierto no abrigaba  
El amor que la vispera fingióse!  
¡Cuánto te adoro, Cárlos!”—“Es maestra,  
(Cárlos en su interior decia entonces);  
A cualquiera bizoño engañaria.”  
Y se esforzaba, exento de pasiones,  
Gozo en aparentar, como quien pruebas  
De un anhelado amor al fin recoge.

Cuando el beso de Cárlos resonaba,  
De una ventana del convento donde  
Luz misteriosa apenas resplandece  
Al traves de los vidrios de colores,  
Un ¡ay! partió profundo, lastimero,  
Y en el instante mismo rudo golpe,  
(Cual de alguién que privado de sentido  
A tierra viene como fardo) oyóse.

Habiendo de acabarse este episodio,

Añadiré tan solo á mis lectores  
 Que en el siguiente día á Rosa olvida  
 Cárlos encaminándose hácia el monte  
 Solitario, do vuelve á su costumbre  
 De entregarse á morales reflexiones.  
 Abandonada Rosa se entristece;  
 A cuantos ve de Cárlos pide informes,  
 Y nadie se los dá, y ella suspira. . .  
 ¡Hé aquí, mujeres, lo que son los hombres!

## V.

Segundo fragmento del album de Diana.

“Corazon mio, silencio!  
 No te traicionen mis labios:  
 Si padeces, no lo digas,  
 Y si quisieres llorando  
 Aligerar este peso  
 Atroz que te oprime, hazlo  
 De modo que nunca, nunca  
 Te vean ojos humanos!  
 Yo le amaba, y á mi frente  
 De una vil sospecha el fango  
 Arrojó la mano misma  
 Que á guiar iba mis pasos  
 Por el sendero del mundo.  
 Yo quise decirle:—“Cárlos,  
 Tú y yo en esa noche víctimas  
 Fuimos de un odio bastardo;  
 Ofendíome tu sospecha,  
 Tus palabras destrozaron

Mi corazon; pero todo  
 Lo olvido, porque te amo:  
 Soy digna de que me hagas  
 Tu esposa.” Mas ¡cielo santo!  
 Hoy le he visto á otra mujer  
 Amor eterno jurando.  
 Si yo acudiese á decirle  
 Su error. . . . (solo de pensarlo  
 Me avergüenzo.) ¡Es imposible!  
 Guarda lo que te ha quedado,  
 Corazon, guarda tu orgullo,  
 Y si quisieres llorando  
 Aligerar este peso  
 Atroz que te oprime, hazlo  
 De modo que nunca, nunca  
 Te vean ojos humanos.”

## VI.

Cárlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,  
 A veces durante el día  
 Piadoso cantar se oía  
 En derredor del convento.

En su reclusion dichosas,  
 A Dios, de ventura fuente,  
 El corazon inocente  
 Elevan las religiosas.

Añadiré tan solo á mis lectores  
 Que en el siguiente día á Rosa olvida  
 Cárlos encaminándose hácia el monte  
 Solitario, do vuelve á su costumbre  
 De entregarse á morales reflexiones.  
 Abandonada Rosa se entristece;  
 A cuantos ve de Cárlos pide informes,  
 Y nadie se los dá, y ella suspira. . .  
 ¡Hé aquí, mujeres, lo que son los hombres!

## V.

Segundo fragmento del album de Diana.

“Corazon mio, silencio!  
 No te traicionen mis labios:  
 Si padeces, no lo digas,  
 Y si quisieres llorando  
 Aligerar este peso  
 Atroz que te oprime, hazlo  
 De modo que nunca, nunca  
 Te vean ojos humanos!  
 Yo le amaba, y á mi frente  
 De una vil sospecha el fango  
 Arrojó la mano misma  
 Que á guiar iba mis pasos  
 Por el sendero del mundo.  
 Yo quise decirle:—“Cárlos,  
 Tú y yo en esa noche víctimas  
 Fuimos de un odio bastardo;  
 Ofendíome tu sospecha,  
 Tus palabras destrozaron

Mi corazon; pero todo  
 Lo olvido, porque te amo:  
 Soy digna de que me hagas  
 Tu esposa.” Mas ¡cielo santo!  
 Hoy le he visto á otra mujer  
 Amor eterno jurando.  
 Si yo acudiese á decirle  
 Su error. . . . (solo de pensarlo  
 Me avergüenzo.) ¡Es imposible!  
 Guarda lo que te ha quedado,  
 Corazon, guarda tu orgullo,  
 Y si quisieres llorando  
 Aligerar este peso  
 Atroz que te oprime, hazlo  
 De modo que nunca, nunca  
 Te vean ojos humanos.”

## VI.

Cárlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,  
 A veces durante el día  
 Piadoso cantar se oía  
 En derredor del convento.

En su reclusion dichosas,  
 A Dios, de ventura fuente,  
 El corazon inocente  
 Elevan las religiosas.

Su voz al himno dulzura  
Tan melancólica presta,  
Que semeja en la floresta  
Manso río que murmura.

Une á sus devotas preces  
El viento quejas livianas,  
Cimbrando de las ventanas  
El limpio cristal á veces;

O si calla, cree el alma  
Oír murmullo lejano,  
Como si allí el Oceano  
Durmiendo estuviese en calma.—

Jóven extraño acudia  
Al templo á mañana y tarde;  
Frente á la antorcha que arde  
Junto al altar, se ponía.

Entregado con tristeza  
A esclusivo pensamiento,  
En la pared del convento  
Apoyaba su cabeza.

Escuchaba indiferente  
Los cánticos repetidos;  
Mas si llega á sus oídos  
Resonando de repente

Una voz tierna, quejosa,  
Y al mismo tiempo argentina,  
Que el ancho espacio domina  
De la mansion religiosa,

Su corazón se estremece,  
La vista al coro levanta,  
Y su turbación es tanta,  
Que anonadarlo parece.

En vano ver imagina  
A quien alzó tal acento;  
Solo está mirando atento  
Impenetrable cortina.

En su memoria despierta,  
Cuando aquella voz sonaba,  
Imágen que reposaba  
Dormida, pero no muerta.

Debe ser profundo el duelo  
Que está su pecho acosando,  
Porque lloroso, elevando  
Ojos y manos al cielo,

Dice: "¿Hasta cuándo, Señor,  
Viviendo en continua guerra,  
Tan solo tendré en la tierra  
Por patrimonio el dolor?"

Amaba á mujer perjura:  
Dila un corazón fiel,  
Y cáliz derrama en él  
De inagotable amargura.

Sali de su red traidora  
Y en vano á olvidarla aspiro:  
Do quiera, Señor, la miro,  
Y el alma siempre la adora.

Me acojo al estudio y siento  
Que invisible me acompaña:  
En sueños mi rostro baña  
Con su perfumado aliento.

En el placer no la olvido,  
Y ante tus mismos altares,  
Por despertar mis pesares  
Llega su voz á mi oído."

Dice, y escuchando atento  
La musical armonía,  
De la voz que le estasia  
Torna á oír el grato acento.

Su frente altiva palpando  
Que abrasa la calentura,  
Con espanto se asegura  
De que no estaba soñando:

Y esclama con voz tan vana  
Que en sus mismos labios muere:  
"La voz que mi oído hiere,  
Es la voz de mi Diana."

Y concurriendo seguía  
Al templo á mañana y tarde:  
Frente á la antorcha que arde  
Junto al altar, se ponía:

Mas cuando ver se imagina  
A quien alzó tal acento,  
Solo está mirando atento  
Impenetrable cortina.

En vano en la noche oscura,  
Cuando el ruido se apacigua,  
Ronda la calle contigua  
A la sagrada clausura.

Nada vió; solo una vez  
Que le sorprendió la luna,  
Apareciendo oportuna  
Al dar el reloj las diez,

A su brillo que bañaba  
La pared, á ver acierta  
Que negro bulto á una abierta  
Ventana asomado estaba.

Conoció que era mujer,  
Porque, aunque inmóvil cual roca,  
Luego al componer su toca  
Linda mano dejó ver.

Corrió al pié de la ventana,  
Palpitando de alegría  
Su corazón, y decia  
Muy quedo: "¡Diana, Diana!"

Pero inmóvil queda el bulto,  
Aunque la sigue llamando;  
É inmóvil queda esperando  
Cárlos en la sombra oculto.

Cárlos dice, y se retira.  
Cuando alejarse le ve

Diana, de un Cristo al pié  
Arrodillase, suspira:

“Culpable me considera  
(Con voz conmovida esclama)  
Y á pesar de ello me ama  
Y en ser mio persevera;

Mas yo seria infelice,  
Despues de lo que ha pasado  
Yendo á vivir á su lado,  
Mi corazon me lo dice.

No quiero á mi cuello echar  
Lazo que me es oprobioso;  
Tú, Señor, serás mi esposo,  
Y mi refugio el altar!”

## VII.

Tercer fragmento del album de Diana.

¿Qué se hizo el claro cielo  
Que cruzar te prometias,  
Ave canora? De nubes  
Lo cubre la estacion misma  
Que arranca al árbol sus hojas  
Y á tí las plumas te quita.  
¿Qué se hicieron los palacios  
Que forjaste, oh fantasia;  
Los ángeles que velaban  
Mi casto sueño de niña;  
Los deseos y esperanzas

De mis halagüeños dias;  
El amor de un hombre amado;  
Las dulcísimas caricias  
Que prodigóme en su seno  
A porfia mi familia?  
Formaron el primer acto  
Del gran drama de la vida:  
El drama sigue, y ya es  
La decoración distinta!  
¡Oh! tú no has venido, Carlos,  
Cual yo esperaba sencilla,  
A decirme que conoces,  
Aunque tarde, la injusticia  
De tú proceder: que al cabo  
Pura mi conducta brilla  
A tus ojos; solo has dicho  
Que culpable me creias  
Y á pesar tuyo me amabas.—  
Sofoca esa llama activa  
Que ardé en tu pecho, que el ídolo  
Ante cuyo altar lucia,  
Para no verla, irritado  
Vuelve á otra parte la vista.

¡Dios mio! Solo adorándote  
Nuestro dolor se mitiga:  
Viertes en el alma el bálsamo  
De resignacion tranquila:  
Haces que, viendo en la tierra  
Sus esperanzas fallidas,  
Tus criaturas al cielo  
Alcen llorosas la vista.  
Dame, Señor, que en el claustro

Consiga acabar mis días,  
 Cual fatigado marino  
 Que del naufragio se libra,  
 Y te da gracias y al mar  
 No vuelve á echar su barquilla.  
 Dame que el viento del mundo  
 No torne á ensayar sus iras  
 Contra el alma atribulada  
 Que en tus altares se abriga.  
 Hasta la yerba que nace  
 De imperceptible semilla  
 Conducida por el viento  
 A las paredes antiguas  
 Del claustro, en ellas refugio  
 Encuentra: el ave que arriba  
 Cuando la noche se acerca  
 Y el bosque patrio no mira,  
 Posada en la negra torre  
 Espera el próximo día.  
 ¡Y yo, Señor, que soy hecha  
 A imagen tuya, tu hija,  
 En vano hácia tí mis súplicas,  
 Mi corazón alzaría?"

## VIII.

Carta de Diana á Carlos.—La profesión.—Carlos y Fernando asisten á la  
 ceremonia.—Una flor muerta.

"Ofrecí contestarte: cuando leas  
 Estos renglones que trazó mi mano  
 Por la postrera vez, del mundo vano  
 Para siempre alejada ya estaré:

He resuelto acabar aquí mis días  
 Bajo el amparo de mi Dios.... ¡perdona!  
 Quiero ceñir la virginal corona,  
 Ya que me fué imposible tuya ser.

Ya no existe Diana; hoy es la ofrenda  
 Consagrada al Señor en sus altares.  
 No, agobiado de inútiles pesares,  
 Vayas esta mansión á maldecir.  
 Es puerto á que refúgiase la nave  
 Combatida del viento y de las olas:  
 Es palma en el desierto donde á solas  
 Viene el herido pájaro á morir!

Tú me adoraste! El cielo me es testigo  
 De que yo con tu amor estaba ufana;  
 De que los días de mi edad temprana  
 A idolatrarte solo consagré:  
 De que, al verte marchar, triste, engañado,  
 De asombro y de dolor morir creía,  
 Porque jamás con la conducta mia  
 La fe que te juraba profané.

¿Quién se interpuso allí? De un golpe mismo  
 ¿Quién logró traspasar dos corazones?  
 Lejos de mí, recuerdos!... Ilusiones,  
 No á despertar volvais!... Todo acabó!  
 No pretendo á tus ojos sincerarme:  
 Conoces mi carácter: no es orgullo:  
 Toda pasión apaga su murmullo  
 En la severa casa del Señor.

¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?  
 Al sitio vé donde dichoso fuiste,  
 Y allí consueta á mi familia triste  
 Que mi ausencia no cesa de llorar:  
 Dila que soy feliz. Tú, mi recuerdo  
 Guarda del corazon en lo profundo.  
 ¡No volveré á mirarte acá en el mundo!  
 Carlos, adios! Me llaman al altar.”

D\*\*\*

No bien cerró esta carta y se la entrega  
 A una mujer, Diana se levanta,  
 Que hácia el altar á conducirla llega  
 La abadesa que al coro se adelanta.  
 Ella vacila; á caminar se niega  
 Por un momento trémula su planta;  
 Mas, viendo en la pared el Crucifijo,  
 “Vamos señora,” á la abadesa dijo.

Cáminan por el claustro solitario  
 Mirando su vastísima arquería,  
 Que hiera á la sazón el brillo vario  
 De escasa luz en nebuloso día.  
 Al ver Diana el sitio funerario  
 Que asilo guarda á su ceniza fría,  
 Piensa que, así que consagrada quede,  
 Salir de allí ni su cadáver puede.

Llegan al templo augusto: dos hileras  
 Las hermanas solícitas formaron;  
 Silenciosas, inmóviles, severas,  
 Los votos de la virgen escucharon:

Al pronunciarlos ella, las vidrieras  
 De las altas ventanas resonaron  
 Estremecidas por airado viento:  
 El coro eleva melodioso acento.

“Paloma mia, ven: querida esposa,  
 Serás por el esposo coronada,”  
 Esclaman á una voz, y á la espaciosa  
 Bóveda asciende la cancion sagrada.  
 Muchedumbre de gente silenciosa  
 La ceremonia ve; pero turbada  
 Es por oculta causa en este instante,  
 Y en derredor agítase ondeante.

Como el espejo de la mar empaña  
 Ola que avanza rauda, turbulenta,  
 Arrebatando con pujanza estraña  
 Cuanto á su curso resistir intenta;  
 Viene hácia la ribera, el muelle baña,  
 Copos de espuma en derredor avienta,  
 Y su furor temible sólo acota  
 Cuando en el pardo muro queda rota;

Presa de momentáneo desvario,  
 Joven que allí aparece demudado,  
 Sin miramiento empuja: entre el gentío  
 Del templo á la mitad penetra osado:  
 Contra un altar reclinase sombrío,  
 Pues proseguir su marcha no le es dado:  
 El canto oyó que al firmamento sube:  
 Ante sus ojos se estendió una nubé.

Al traves de ella contempló vestida  
 Con el ropaje emblema de inocencia,  
 La sien de frescas rosas circuida,  
 Modesta jóven de gentil presencia,  
 Era aquella Diana tan querida  
 A quien llamaba luz de su existencia  
 Cuando su casto amor lograba ufano,  
 Amor que la infeliz prodigó en vano.

Era la misma frente gloriosa  
 Que hecha no fué para inclinarse al suelo,  
 El mismo cutis de azucena y rosa,  
 Los mismos ojos de color de cielo;  
 Mas ¡ay! su rubia cabellera undosa  
 No asoma ya bajo el virgíneo velo....  
 Fijando mas la vista en Diana, advierte  
 Que su rostro enlutó sombra de muerte.

Vió que su diestra toma el Crucifijo;  
 Que, la sagrada imágen acercando  
 Al corazón, por do se hallaba él fijo  
 Contra su voluntad, iba pasando.  
 Con alterada voz oyó que dijo:

“Dios mío, calma su dolor.” y cuando  
 Su vista, nuevamente oscurecida,  
 Despejóse, á Diana vió tendida.

Tocaba el polvo con su hermosa frente  
 Ella, y dos religiosas la incensaban:  
 Otras allí con mano diligente  
 Flores sobre su cuerpo derramaban.

La sangre á su cerebro Cárlos siente  
 Agolparse... sus piernas flaqueaban;  
 “Llegué tarde,” exclamó con desconsuelo,  
 Y sin conocimiento vino al suelo.

A su auxilio acudió con faz sombría  
 Desconocido jóven viajero,  
 Que del convento en el umbral habia  
 Dejado apenas su corcel ligero.  
 En sus brazos el otro en sí volvía,  
 Y lanza al verle grito lastimero:  
 —Fernando! yo he perdido á mi Diana!  
 —Yo también la perdí, ¡no tengo hermana!

Abandonan el templo y ven formada  
 Fúnebre comitiva: en medio della  
 Es conducida á la postrer morada  
 En su blanco ataúd tierna doncella:  
 ¿Quién era? (preguntaba demudada  
 Cierta mujer á otra.) ¿Era muy bella?  
 —Era una jóven como el cielo hermosa!  
 —Su edad?—Veinte años.—Y su nombre?—Rosa!

## IX.

Reaparece en la escena un personaje tan desfigurado, que por lo pronto ha de ser extraño al lector.—La tempestad.—Cárlos y Fernando descubren las intrigas de Alvarez y juran darle muerte.—Llega Alvarez durante la tempestad á pedirles asilo.—El reto.—Alvarez parte.—Advertencia que le hizo un labrador.—Intento de Alvarez.—La justicia de Dios es superior á la justicia de los hombres.

No lejos de la casa  
 Donde vivia Cárlos en el campo,  
 Y que ver al lector hemos ya hecho,

Hay de verdor escasa  
 Vasta llanura, de la cual cultiva  
 Anciano labrador pequeño trecho.  
 Viene por el repecho  
 Que del vecino monte á ella conduce,  
 Sus corceles trayendo á paso tardó,  
 En carretela rica  
 Sentado á la sazón, señor gallardo,  
 Cuya mirada luce  
 De proteccion y de arrogancia llena.  
 De sus corceles árabes el paso,  
 Viendo al anciano labrador, refrena;  
 De palabras escaso,  
 Apenas le saluda,  
 Y pregúntale el rumbo del camino  
 Que á Puebla guía, pues lo tiene en duda.  
 El labrador las señas  
 Da, y á seguir la senda se dispone  
 El otro; mas rayando en desatento,  
 Añade el labrador con brusco acento:  
 —¿Ve usted la negra nube que se pone  
 Por el rumbo del Sur? Es que no tarda  
 En estallar la tempestad... Muy luego  
 En su quitrin se alejé viento en popa,  
 Que si un poquito nada mas aguada,  
 Se quedará en el campo hecho una sopa.  
 —¿Por ventura no puedo hallar asilo  
 En la casita blanca  
 Que desde aquí se ve? ¿Quién vive en ella?  
 —Vive el amo D. Carlos; pero sella  
 Sus puertas para todo caminante,  
 Y aunque le pidan como vos asilo,  
 Dice á todos que vayan adelante,

Que él en su casa estar quiere tranquilo.  
 —Raro capricho á fe, murmuró el otro,  
 Y se aleja impaciente  
 A tiempo que la nube ya estendía  
 Del Sur hácia el Oriente  
 Sus alas enlutadas,  
 A veces por el rayo iluminadas;  
 Pero en sus pensamientos embebido,  
 Ni deslumbra el relámpago sus ojos  
 Ni el ronco trueno resonó en su oído.  
 Hále causado enojos  
 Del viejo labrador el tono adusto:  
 Consigo mismo hablando, murmuraba:  
 “Forzoso es confesarlo, el mundo es justo  
 En dispensar al uno sus favores  
 Dejando al otro al aire y al sereno:  
 Siempre la plebe habrá de ser esclava,  
 Siempre el reptil habitará en el cieno.  
 Libertad! ¡igualdad! ¡Necias quimeras!  
 ¡Soy igual por ventura,  
 Teniendo en propiedad leguas enteras  
 De terreno con siembras y ganados  
 Y cien talegos de oro  
 En mis cofres cerrados,  
 Al que al labrar la tierra se sujeta  
 Ganando en todo el día una peseta?...  
 Libertad, igualdad!... También yo un día  
 Al ignorante vulgo estás palabras,  
 Frenético tribuno, repetía,  
 Y soberano al pueblo proclamaba:  
 Mi pié sobre sus hombros caminaba;  
 Mas cuando á la anhelada cumbre arribó,  
 El escalon que me sirvió, derribo.”

Fin á sus pensamientos  
 Dieron los irritados elementos:  
 Comenzó á descender lluvia copiosa,  
 Y noche pavorosa  
 Iba envolviendo el mundo.  
 La casa blanca aparecia lejos:  
 Viéndola el caminante,  
 Del temor dando oído á los consejos,  
 No vacila un instante  
 En dirigirse á ella:  
 Pasó bajo los árboles añosos  
 Que hermoseaban la colina donde  
 La fábrica descuella,  
 Y, aunque á gritos llamó, nadie responde,  
 Que el ruido atronador de la borrasca  
 No deja oír su acento.  
 Acercándose mas, halló la puerta  
 Que, estando entreabierta,  
 Luego le ofrece entrada;  
 Pero al lector prudente  
 No le conviene, en mi opinion humilde,  
 Seguirle diligente,  
 Y antes de entrar será muy conveniente  
 Echar al interior breve ojeada.

En aislado aposento  
 Que trémula bujía alumbraba, apenas  
 Su ornamento sencillo ver dejando,  
 De tosca mesa al lado están dos jóvenes,  
 Su rostro con las manos ocultando.  
 Con discordes ruidos  
 De la ventana azota los cristales  
 Viento furioso al aguacero unido,

Y éste á la alcoba á la sazón penetra  
 De la angosta vidriera por debajo.  
 De ello se apercibieron  
 Los jóvenes á poco,  
 Y los muebles que el agua humedecía,  
 No sin algun trabajo,  
 A distinto lugar pasando fueron;  
 Y cuando removía  
 Carlos—que ya el lector Fernando y Carlos  
 Sabe que entrambos son, ó lo sospecha—  
 Al remover, repito,  
 Carlos antigua cómoda, deshecha  
 Casi por la humedad, cerrada carta  
 Halla en el suelo: viendo el sobrescrito,  
 Fernando luego conoció la letra  
 De su vieja criada ya difunta:  
 Con rapidez abrióla,  
 Abrigando tal vez presentimiento  
 Indefinible, y para sí leyóla.  
 De palidez se cubre en el momento  
 Su rostro: á Carlos el papel entrega:  
 No bien su contenido á entender llega  
 Éste, de horror dá un grito.—  
 Era la misma carta  
 Que, arrepentida acaso, habia escrito  
 Antes la vieja á Carlos,  
 Quien la arrojó insensato sin leerla:  
 En ella las infamias referia  
 Que Alvarez usó para enganarle  
 A costa de la dicha de su ama.—  
 “Y hasta agora la veo! (al fin esclama,  
 De su estupor volviendo.) Todavía,  
 Si por inspiracion del alto cielo

La hubiese yo leído esta mañana,  
 Tú perdido no hubieras á tu hermana  
 Y yo la apellidara esposa mía.”  
 De pronto sus miradas se encontraron  
 Llenas de brillo singular; la diestra  
 Con fuerza convulsiva se estrecharon,  
 Su faz mostrando una espresion siniestra.  
 —De los dos el primero que le halle,  
 Donde quiera, Fernando, que le vea;  
 En su casa, en el templo ó en la calle,  
 Su matador en el instante sea!  
 ¡Júralo por tu honor!

—Lo juro, y siento  
 Que de venganza el corazón sediento,  
 Quiere romper su cárcel... estoy loco;  
 Pero tengo formal presentimiento  
 De que vendrá á mis manos ese hombre  
 Y en ellas le ahogaré dentro de poco.  
 ¡Mírale, Carlos!—dime, ¿no es él mismo  
 Quien aparece allí?... Traidor, espera...  
 ¿Dónde mi espada está? ¡No importa! ¡Vamos!”  
 Quiere avanzar, pero vacila y cae.

Cual si le vomitara allí el abismo,  
 Alvarez aparece demudado  
 En el umbral de la cercana puerta:  
 En busca de las gentes de la casa  
 Fué al aposento por la luz guiado.  
 Fernando está en el suelo sin sentido,  
 Al peso de su ira anonadado:  
 Va aquel á retirarse; pero enfrente  
 A Carlos ve que cual hircano tigre,  
 En él enclava su mirada ardiente.

Una sola palabra no se hablaron:  
 Alvarez al entrar ha comprendido  
 Que al fin su infamia deseubierta ha sido.  
 Uno al otro los dos se aproximaron,  
 Y al hallarse á tres pasos de distancia,  
 Sus aceros de súbito brillaron;  
 Mas dominóse Carlos y le dice:  
 “No quiero que él asilo en que yo debo  
 Solitario acabar mis tristes dias,  
 Conserve las señales de la sangre  
 De un enemigo muerto por mi mano.  
 No quiero yo que usted, aunque enemigo,  
 Sucumba aquí cuando á mi casa llega  
 A demandarme hospitalario abrigo;  
 Pero mañana, al asomar el alba,  
 A cien pasos de aquí, frente al remanso  
 Formado por el río, nos veremos.  
 Sobra para los dos con un testigo;  
 Será este jóven que cayó privado  
 Y á quien usted conoce: irá conmigo.  
 Reto á usted desde hoy á nombre suyo  
 Para que, si yo muero, ambos se batan,  
 Y sin testigo alguno, que es inútil,  
 Y evitar el escándalo debemos.  
 Ofrezco á usted por esta noche asilo;  
 Nuestra cuenta despues arreglaremos,  
 Y á cada cual ayúdele su suerte.  
 —Empeño mi palabra: iré á la cita.  
 —Pero ha de ser nuestro combate á muerte!”

Alvarez de la oferta de su huésped  
 No quiso aprovecharse. Oscura noche  
 Reinaba en torno de la casa: el viento

Chocando en las paredes, parecía  
 Estremecer el sólido cimiento:  
 La lluvia entre los árboles sonaba  
 Y la llanura en lago trasformaba.  
 Alvarez un caballo apresta, y parte.  
 Muy cerca de la puerta el viejo estaba  
 Con quien habló esa tarde: alzó su mano,  
 En que brillaba resinosa tea,  
 A que su luz llegase algo mas lejos;  
 Pero el viento y la lluvia la apagaron.  
 Al despedirse aquel, éste le grita:  
 "Tomad hácia la izquierda. Mucho riesgo  
 Cabe en partir así tan á deshora:  
*Cuidado con el rio; está crecido.*  
 Y no se puede ver ni oír agora."

La turbacion que en su ánimo sentia  
 Alvarez fué tan grande, que ni supo  
 Adónde su caballo dirigia.  
 "Mi vida ha estado en el mayor peligro,  
 Pues, segun las palabras de ambos jóvenes  
 Que sin querer oí cuando iba entrando,  
 Traidoramente asesinarne quieren.  
*Sobra para los dos con un testigo,*  
 Carlos me dijo, porque al fin espera  
 Que, en el anzuelo crédulo picando,  
 Vaya á la cita y á sus manos muera;  
 Mas, ¡vive Dios que un chasco les aguarda,  
 Cual lo merecen ellos! Sí, temprano  
 Marcho hácia Veracruz, y en la primera  
 Embarcacion que salga, voime á Europa,  
 Al Africa, al infierno, á cualquier parte  
 Do á ocuparse de mí vuelva ninguno...."

Siendo rico y feliz, ¡quién me entromete  
 A jugar la existencia por antojo  
 Del primer miserable mozalvete?"  
 Dijo y siguió desconocida senda.—

Al viejo labrador que se mantuvo  
 En la puerta despues que Alvarez fué,  
 Oír le pareció gritos de angustia  
 Entre el ronco fragor de la tormenta;  
 Pero en vano aplicó luego el oído  
 Y conocer la realidad intenta:  
 Solo del huracan oyó el bramido,  
 Cerró la puerta y entregóse al sueño.

Al comenzar la madrugada, calma  
 La lluvia: el cielo en parte se despeja,  
 Y aparece la luna en el Oriente:  
 Su esplendor melancólico refleja  
 Convertido en un mar el llano todo:  
 Baja de las montañas el torrente,  
 Los árboles gotean. Luz escasa  
 Brilla en una ventana de la casa  
 Habitada por Carlos: en su alcoba  
 Él y Fernando velan: el deseo  
 De la venganza que sus almas llena,  
 Sueño y quietud á la sazón les roba.

Apenas sobre el nítido horizonte  
 Levantábase el astro rey del dia,  
 La niebla replegábase y cubria  
 La falda solo del enhiesto monte  
 A cuya espalda hoy noche todavia,  
 Ya la puerta se abria

De la campestre casa,  
 Y Cárlos y Fernando  
 A poco en el umbral aparecieron,  
 Al cinto acero brillador llevando.  
 Al llano descendieron,  
 Que viento débil á orear empieza,  
 Aunque anegada vieron  
 Donde el terreno es hondo una gran pieza.  
 Con el calor del sol cándida bruma  
 Sobre el agua estancada se levanta,  
 Los árboles oculta entre sus pliegues  
 Tomando formas con que al ave espanta;  
 Rota en vellones y con tardo vuelo  
 Despues asciende al azulado cielo.  
 Vése allá lejos la fragosa sierra  
 Dilatarse, al viajero presentando  
 Cien montes asomado uno tras otro.  
 Con el color del impalpable viento  
 Tenidos los volcanes,  
 Tocan al firmamento.  
 Acá la flor bañada por la lluvia  
 Guarda en su cáliz gota diamantina:  
 Allí el ave gorjea;  
 Posada en débil rama  
 Que con su peso hácia la tierra inclina,  
 Su mirada pasea  
 Por la estension del bello panorama.  
 Se oye el sordo ruido  
 Que forma el Atoyac, raudo corriendo  
 Por el cieno y las lluvias acrecido.  
 Su orilla izquierda á la sazón siguiendo  
 Cárlos va, de Fernando acompañado:  
 A poco andar arriban

Al sitio para el duelo señalado;  
 Alvarez todavía no ha llegado,  
 Y siéntanse á esperarle en alta peña  
 Que al interior del rio se adelanta.  
 En contemplar el agua se entretienen  
 Que cual cinta argentada en partes brilla,  
 Y ven llegar los descuajados troncos,  
 El bálago y arbustos que á las veces  
 La creciente al pasar deja en la orilla.  
 Rico reloj consultan  
 Ambos, y el rostro vuelven al camino,  
 Que alguno por allí venga, esperando:  
 Dos horas trascurrieron: la impaciencia  
 Apodérase dellós, y Fernando  
 A su enemigo tacha de cobarde,  
 Pues venir ha ofrecido con el alba,  
 Y no parece aún y ya es muy tarde.

En esto, en medio á la corriente fría,  
 Lejano todavía,  
 Informe bulto vieron  
 Qué hácia los dos venia:  
 Cuando mas cerca estuvo,  
 Ambos que era un cadáver conocieron.  
 Rozándose al pasar con el follaje  
 De las cañas acuátiles, el cuerpo,  
 Por el agua al remanso conducido,  
 Junto á la peña en que los dos estaban  
 Llega y allí permaneció tendido.  
 Atónitos mirándose  
 Ellos hablar no osaban,  
 Que en el vestido que destiuce el cieno,  
 En la nervuda mano

A desprendida rama asida en vano,  
 En el cabello con que la onda juega,  
 En las sangrientas lívidas facciones  
 Del ya hinchado semblante,  
 Vestido y mano y cabellera y rostro  
 De un hombre aborrecido  
 Luego reconocieron.  
 ¡Alvarez á sus piés yace tendido!!

Tal vez anoche entre la sombra espesa  
 Él, en sus pensamientos engolfado,  
 Encaminóse al río  
 Y fué por su corriente arrebatado.  
 Su caballo, animal de noble brío,  
 Logró salir á nado.  
 Detenido el cadáver por las ramas  
 De algun árbol quizá, seguir no pudo  
 El curso de la rápida corriente,  
 Hasta que el agua minoró su cauce  
 Y en sus ondas le trajo indiferente.

Cárlos á su pesar se estremecía  
 Contemplando el semblante amaratado  
 Del cadáver. En esto ver creía  
 La permission del cielo,  
 Que jamas deja el crimen sin castigo.  
 Sábia lección él mismo recibía,  
 Pues yendo allí á matar á su enemigo,  
 Encontrábase muerto,  
 A todos dando testimonio cierto  
 De que Dios no á la mano de los hombres

La ejecucion de su justicia fia:  
 De que quien, ofendido,  
 Quiere por mano propia satisfecho  
 Quedar, á Dios usurpa su derecho.

## X.

Las ilusiones y esperanzas mueren en el corazón del hombre, como el heno de los campos.—No debemos pedir al mundo mas de aquello que puede darnos.—La religion es el único y verdadero refugio del hombre.

(CARTA DE CARLOS, ESCRITA DOS AÑOS DESPUES DE LOS ANTERIORES ACONTECIMIENTOS.)

Los versos he leído en que refieres  
 Mi dolorosa historia. ¡Porqué el tiempo  
 No consigue extinguir nuestros pesares?  
 La inagotable hiel de los recuerdos  
 Porqué en mi pobre corazón derramas,  
 Lo pasado á mis ojos esponiendo?  
 Pero jamas tu pluma lograria,  
 Por más que redoblaras tus esfuerzos,  
 Describir la belleza de Diana,  
 Ni su virtud, ni de mi amor el fuego!

¡Porqué no vienes á abrazarme, amigo?  
 ¡De lo que fui me hallaras cuán diverso!  
 Ya no soy aquel joven entusiasta  
 Sobre la tierra soñador perpetuo.  
 Hombre soy, y sin bienes de fortuna,  
 Solo de mi trabajo me sustento:  
 Con el sudor de mi quemado rostro

La tierra, mientras luce el día, riego,  
 Y durante la noche en pobre cama  
 Cierra mis ojos apacible sueño.—  
 Solo el trabajo, de virtudes gérmen,  
 Sobre nuestros recuerdos echa un velo,  
 Enfrena aquesta loca fantasía,  
 Embota del dolor el crudo acero.  
 El amor, los solícitos cuidados  
 De la familia aquí suelo echar menos:  
 Cuando llego á mi alcoba solitaria  
 De trabajar cansado y no hallo un pecho  
 En que pueda mi frente reclinarse,  
 Ni halaga mis oídos grato acento,  
 La tristeza del alma se apodera;  
 Mas tal es mi destino, ¡yo le acepto!

Son del otoño los primeros días,  
 Y cuando veo un cielo ceniciento  
 Y la tierra cubierta con las hojas  
 Que, una tras otra, al árbol quita el cierzo,  
 Mi corazón se oprime: á la memoria  
 Se presentan los días turbulentos  
 De mi vida infeliz. Rosa, Diana,  
 Tendida la primera en blanco féretro  
 Tal vez por culpa mía! . . . la segunda  
 De su familia por mi culpa lejos,  
 Orando allá en el claustro solitario,  
 Puestos sus claros ojos en el cielo,  
 Mientras dura el silencio de la noche  
 Suelen venir á visitarme en sueños.

¡Oh! nunca, al ver que un semejante tuyo  
 Abriga incauto inútiles deseos

Contemplando al traves de un falso prisma  
 La sociedad, le niegues tus consejos.  
 ¿A qué, dime, correr tras una sombra?  
 Diana un ángel fué que lo perfecto,  
 Lo sublime buscaba acá en la tierra:  
 Iguales á sus propios sentimientos  
 Creyó los de los hombres. Cuando vino  
 El desengaño á herir su casto pecho,  
 No tuvo en cuenta la flaqueza humana,  
 No perdonó á los hombres sus defectos;  
 No pensó que si un alma los anima  
 De la luz inmortal rico destello,  
 Envuelta vive en deleznable cárcel  
 Que la mano de Dios formó de cieno.  
 Al verse así burlada en sus creencias  
 Hacia el mundo sintió mortal desprecio;  
 Rompió los dulces lazos de familia,  
 Rompió su mismo corazón, y haciendo  
 Infelices á muchos, su mirada  
 Para siempre jamás clavó en el cielo!

Allá también mis ojos se dirigen,  
 Amigo mío, sí . . . ¿cómo el viajero  
 Que caminó durante muchos años,  
 Sin abrigo, por áspero desierto,  
 A la sombra del árbol que descubre  
 No ha de querer gozar descanso eterno?

Jalapa—1851.

## EPISTOLA FAMILIAR.

¿Versos me pides, Paz? Hoy es tu día:  
Tienes razón; no es justo que enmudezca.  
El afecto y la sangre á tí me unen,  
Y pecado sería  
Que cuando brilla el gozo en los semblantes  
De la familia cuyo ornato eres,  
No consagrara una modesta rima  
A celebrar con tan amados séres  
El natalicio de mi hermosa prima.

¿Qué te diré? Ya es ida la costumbre  
De contar que la aurora con sus dedos  
De rosa abrió las puertas del Oriente,  
Y que las aves cantan y la fuente  
En honor de la reina de la fiesta  
Deja oír su murmurio lisonjero:  
Esto lo han dicho todos desde Homero;  
Esto, de puro rancio, nos apesta.  
Si yo lo repitiera me dirías  
Burlándote de mí: "Frescos estamos,"  
Y en espresarte así razón tendrías.  
Por otra parte es imposible ¡vamos!  
De todo punto es imposible pulse  
Con novedad la lira en tu alabanza.  
Cómo te escriba no lo sé yo mismo  
Estando de los piés hasta la frente  
Sumido en la region del *periodismo*.

Cosa que mas ahuyente  
A las hermanas Musas no es posible  
Haya en el mundo, y, con dolor lo digo,  
Si en tiempo mas dichoso y bonancible  
Culto las daba y me llamé su amigo,  
Cuando en expiacion de mis pecados  
La carrera que sigo  
Tuve á bien abrazar, con algazara  
Huyeron todas sin volver la cara;  
Y sin poder seguirlas yo la pista,  
Halléme abandonado de repente,  
Contemplando de frente  
El rostro avinagrado del cajista.

Baste de introduccion. Vuelvo á mi tema:  
¿Qué te diré? Pero me ocurre ahora,  
Puesto que jóven y entusiasta eres;  
Puesto asimismo que serás amante  
(Cual lo son casi todas las mujeres)  
Del estilo oriental, un pensamiento  
Desenvolver en semejante estilo.  
Préstame oído atento:  
A que pueda volar suelto ya el hilo  
A la imaginacion, y va de cuento.

Rayaba la aurora  
Serena de un día,  
Tranquilo dormía  
Sin límite el mar;  
Y á poco descubre  
Allá en el Oriente  
El sol levantándose, aurífera frente,  
Y brilla de nuevo su luz inmortal.

Un rayo del astro  
Hiriendo las olas,  
De grana tiñólas,  
Y el fondo alumbró,  
A tiempo que un bote  
Bogaba ligero

Y á tiempo que el jóven feliz marinero  
Del mar en el lecho su vista clavó.

Descubre en la roca  
Su mirada esperta  
La concha entreabierta  
Que inmóvil está;  
Y un punto se pára,  
La concha examina,  
Y ve cómo brilla su tez argentina  
Formándola fondo de sombras el mar.

Aun mas se inclinaba  
El jóven á verla,  
Y en medio una perla  
Al fin descubrió;  
Pero tan hermosa  
Brillaba desnuda,  
Que el sol, de la perla prendado sin duda,  
Las tintas mas bellas del iris la dió.

“¡Qué hermosa!” en voz baja  
El jóven decia:  
De allí no podia  
Su bote alejar:

Y ya al retirarse,  
El rostro tornaba  
Y al verla, de nuevo con fuego exclamaba:  
“¡Qué hermosa, qué hermosa la perla del mar!”

¡Quién la tuviera! exclamarás sencilla;  
Pero yo te diré: la rica joya  
Que en el fondo del mar cándida brilla,  
Emblema es solamente  
De tu alma noble que refleja un rayo  
De la luz celestial resplandeciente.  
Como la flor de Mayo,  
Bella; pero escondida cual la perla,  
Solo quien logra tu amistad preciada,  
En su esplendor cabal consigue verla.

1854.

BELLA Y ARTISTA.

A la Srta. D<sup>ca</sup> María de Jesus Sepeda y Cosío.

A los hechizos de tu faz se aduna  
Esa argentina voz, tu voz sonora  
Que afrenta al ruisñor cuando éste llora  
Dentro del bosque al rayo de la luna.

Rara es acá en el mundo tu fortuna:  
Sales en tiernas lides vencedora;  
Vibras dos armas, cuando nadie ignora  
Que pudieras triunfar con solo una.

Miras, y el fuego de tus ojos quema;  
Cantas, y con tu voz, de nuestras almas  
Destierras el pesar que las contrista;

Y el auditorio, en alas de su estrema  
Admiracion á tí, bate las palmas,  
Bella, te adora, y te proclama artista.

1853.

SONETO.

Con los ardores de la edad primera  
Se apaga de la voz la melodía;  
Sueños que alimentó la fantasía  
Ceden el puesto á la verdad severa.

Mas si, por dicha, en la terrestre esfera  
Objetos hallo de inmortal valía,  
Al cantarlos recobra el alma mia  
La inspiracion que fué su compañera.

Así, entusiasta en proclamar se ensaya  
Que, de ternura y de bondad modelo,  
Angel y no mujer te juzga el hombre:

Que del mundo al tocar la triste playa,  
Paz te llamaron y debiste al cielo  
Un bello corazon y un dulce nombre.

1855.

## LAS FLORES

## SIRVIENDO DE ADORNO A LA MUJER.

Mil veces mas hermosas  
Que en fértil cármén bello,  
Hoy las purpúreas rosas  
Adornan el cabello  
Que en copia abundantísima  
Ostenta la beldad;

O en su nevado seno,  
De afectos delicados  
Y misteriosos lleno,  
Se olvidan de los prados  
Y lánguidas reclinanse,  
Dichosas en verdad!

Hallan la luz del cielo  
En su mirada pura,  
Templada por el velo  
De la pestaña oscura;  
Sienten el fuego plácido  
Que arde en su corazón.

Si por ventura estrañan  
Las perlas de la aurora  
Que la floresta bañan,

Tambien á su señora  
Presta furtivas lágrimas  
Dulcísima emocion.

Más bella que la luna  
Su despejada frente,  
Cual plácida laguna  
Del sol al rayo ardiente,  
Brilla con luz espléndida  
De religion y amor.

Su talle es noble palma  
Que en el desierto crece  
Y en la nocturna calma  
Con majestad se mece:  
Su voz del blando céfiro  
Es el fugaz rumor.

Mil veces, sí, dichosas  
En su cabello y seno  
Las purpurinas rosas  
Gloria del valle ameno....  
Mas ¡ay! estrella mísera  
Os alumbro al nacer.

Pasasteis del fragante  
Negro cabello á manos  
Del venturoso amante,  
En dias mas lejanos  
El talisman dulcísimo  
De su memoria á ser!

## LA DECLARACION.

Mientras capullo permanece, guarda  
 Tímida flor el oriental perfume  
 Que con su rayo ardiente el sol consume  
 Cuando ella al fin se abrió.  
 El peregrino en el desierto mira,  
 Aquejado de sed, fuente lejana;  
 Se acerca á ella y su esperanza es vana,  
 Que arena es lo que vio.

La historia de la flor y el viajero  
 Es la historia del hombre acá en la tierra:  
 Un sentimiento de esperanza encierra  
 Su corazón tal vez:  
 Sale á sus labios y lo burla el mundo,  
 Y el que forjó su viva fantasía  
 Ídolo que alcanzar se prometía,  
 Mira roto á sus piés.

Corre el niño tras leve mariposa;  
 La estruja con sus dedos y se espanta  
 Conociendo que al fin, belleza tanta  
 Vil polvo es nada más.  
 El hombre va tras el amor, la gloria,  
 Y logra en pago indiferencia, olvido;  
 Esa felicidad que ha presentado  
 Jamas la halló, jamas!

No estrañes tú que quien contó sus años  
 Por la suma fatal de sinsabores,  
 Por mas que haya escondido sus dolores  
 Bajo semblante plácido tal vez;  
 Al sentir en su pecho la semilla  
 De un nuevo y delicado sentimiento,  
 La oculte mas y mas con el intento  
 De que nadie lo llegue á conocer.

Teme que polvo y vanidad se torne  
 De su esperanza la color risueña;  
 Teme llegar á conocer que sueña  
 Cuando, al cabo, soñando es tan feliz.  
 Si al pobre fatigado peregrino  
 Que duerme al pié de la gentil palmera  
 El huracan al despertar le espera,  
 Os ruego, sí, que le dejéis dormir.

Dejadle este momento de reposo,  
 Que bien lo necesita en sus pesares:  
 Dejad que bramen los airados mares  
 Por do el bajel de su existencia va.  
 Él duerme y su semblante se ilumina  
 Con la fugace luz de su contento;  
 Él es feliz: su grato sentimiento  
 ¿No lo adivinas tú, querida Paz?

**LUCINA.**

"Mi espíritu te desea:  
En mi corazón te llamo."

Derrame tu frente  
Del Abril en las noches serenas  
La luz que mis penas  
Consigue calmar.  
A tu rayo la sombra se ahuyente  
Y contemplen mis ojos sin velo  
Las flores del suelo,  
Las ondas del mar.

Me dicen que un día,  
Por los bosques amante Diana,  
Tu planta seguía  
Al bello Endimion.  
¡No logró tu belleza temprana  
Ablandar á pastor tan querido;  
O dióle al olvido  
Tu infiel corazón?

El cielo recorres  
E iluminas la choza pequeña,  
Y á un tiempo las torres  
De altivo señor.

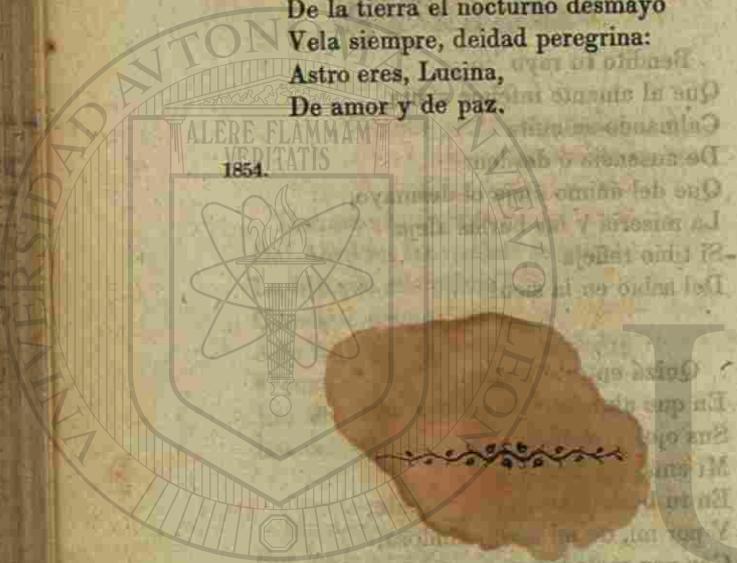
Allá ves al mendigo que sueña,  
Mientras otro, á quien llaman dichoso,  
No encuentra reposo,  
Le hostiga el dolor.

Bendito tu rayo  
Que al amante infelice visita,  
Calmando su cuita  
De ausencia ó desden:  
Que del ánimo aleja el desmayo,  
La miseria y las burlas aleja  
Si tibio refleja  
Del sabio en la sien!

Quizá en este instante  
En que alumbras mi alcoba desierta,  
Sus ojos acierta  
Mi amada á fijar  
En tu bello y sereno semblante;  
Y por mí, de mi afecto dudosa,  
Con voz melodiosa  
Te va á preguntar.

¡Oh! Dile que aislado  
Del bullicio del mundo me viste  
Muy triste, muy triste,  
Pensando en su amor.  
Que si alegre miróme á su lado,  
Cuando della contéplome ausente  
Agolpa en mi frente  
Su nube el dolor.

¡Bendito tu rayo  
 Que al amante infelice visita!  
 Mil veces bendita  
 Tu pálida faz!  
 De la tierra el nocturno desmayo  
 Vela siempre, deidad peregrina:  
 Astro eres, Lucina,  
 De amor y de paz.



## CANCION.

Amor nuestras almas  
 Unió de tal suerte,  
 Que solo con verte  
 Me siento feliz.

Por tí si estás lejos  
 Mi pecho suspira,  
 Que es sombra y mentira  
 La vida sin tí.

### I.

Por eso en la oscura noche,  
 A que mi inquietud se acalle,  
 Rondar suelo yo tu calle  
 Meditando en nuestro amor.  
 Y, cual si tu esbelta forma  
 Luminosa apareciera,  
 Me agrada de tu vidriera  
 Ver el claro resplandor.

### II.

Por eso cuando mis ojos  
 Cierra por la noche el sueño,  
 Vuela en amoroso empeño  
 El espíritu hacia tí.

¡No le sientes á tu lado?  
 ¡No con dulce voz te advierte  
 Que sin tí la vida es muerte,  
 Que solo amarte es vivir?

## III.

Por eso cuando ya el alba,  
 La negra sombra aclarando,  
 Me roba al reposo blando  
 En que contigo soné,  
 Al par que su luz tu imágen  
 Brilla en mi alcoba sombría,  
 Trayendo al ánima el día  
 Que solo en tus ojos vé.

Amor nuestras almas  
 Unió de tal suerte, &c.

1856.

## LA ENTRADA DE LA NOCHE.

Se oculta el sol: rosada y blanquecina  
 Tiñe su luz postrera el ancho cielo:  
 Rico diamante en azulado velo,  
 Una estrella se vé.  
 Pone el silencio ya su dedo blando  
 Sobre los labios de la tierra inerte:  
 La hora se acerca ya en que voy á verte,  
 En que feliz seré.

¡Sol de mi juventud, flor cuyo aroma  
 Mi pecho ablanda y sus dolencias cura!  
 Venero de esperanzas y ventura  
 Fuiste á mi corazón.  
 Diste luz á mi noche; diste objeto  
 A mis cansados pasos en la vida;  
 Diste al cantor que su laúd ya olvida,  
 Ardiente inspiración.

La hora se acerca ya en que voy á verte,  
 Y bendigo la noche. Sus estrellas  
 Mas apacibles son y son mas bellas  
 Cuando alumbran tu faz.  
 Si vieres que en mi frente oscura nube  
 Ponen tal vez del mundo los enojos,  
 Disípela, amor mio, de tus ojos  
 El brillo angelical.

1856.

**EL CAMPO Y EL ESTIO.**

Julio el ardor de sus serenos días  
Hace sentir al bosque, prado y loma,  
Y al arroyuelo que entre el musgo asoma,  
Resto sutil de las vertientes frías.

Ensayá el ave gratas melodías;  
Trae el viento en sus alas rico aroma;  
Sobre el cercado la amarilla poma  
Sale á adornar las solitarias vías.

Ante la escena pensativo y mudo  
Resto, y por donde quiera, á mi cercano,  
Ver me parece tu semblante amigo;

Mas te recuerdo ausente y luego dudó  
Si el hallarme yo aquí no es sueño vano  
Cuando mi corazón está contigo.

San Angel, 1857.

**LA ESTRELLA DE LA TARDE.**

(IMITACION DE SELGAS.)

Recoge su luz hermosa  
Ya presto á espirar, el día,  
Y aparezco silenciosa  
Para velar su agonía.

Niña bella

Soy amada del rey astro:

De su huella

Sigo el luminoso rastro;

Y, aunque siempre envuelta en sombra,

Hago de su amor alarde:

Su compañera me nombra;

Soy la estrella de la tarde.

Desde lo alto de los cielos  
Siguiendo mi tierno giro,  
Presa de amantes desvelos  
En tu ventana te miro.

No así penes:

Puesto que el amor te guarda

Dulces bienes,

Con fe el porvenir aguarda,

No te afijas en tu daño  
Ni desconfies cobarde:  
Yo desde aquí te acompaño;  
Soy la estrella de la tarde.

A la noche pediremos  
Que avive el paso tardío,  
Para que en calma pensemos  
Tú en tu sol y yo en el mío.  
Quien la llama  
De amor siente con delicia,  
Mi luz ama  
Porque al amor es propicia.  
No estrañes que con empeño  
El alma mi luz aguarde  
Para sacudir el sueño;  
Soy la estrella de la tarde.

El cuerpo durante el día  
Se agita exento de calma:  
Lucha y movimiento ansia,  
Mas duerme entretanto el alma;  
Y así cuando

El cuerpo, á su vez, reposa,  
Despertando  
Va el alma de vida ansiosa.  
Levanta al cielo sus ojos  
A que mi luz la resguarde,  
Y yo calmo sus enojos;  
Soy la estrella de la tarde.

Traigo sueño delicioso  
Al cuerpo, y al alma vida,

Silencio y paz y reposo  
A la tierra adormecida,  
Mis fulgores  
Doy á las aguas del río,  
Y á las flores  
Y á los árboles, rocío.  
Mas ¡ay! que el postrer reflejo  
Del sol que á lo lejos arde,  
Me llama y de tí me alejo:  
Soy la estrella de la tarde.

1856.

## GÓMO TE AMÉ.

En dulce calma, en mi retiro humilde  
Bajo la sombra paternal vivía:  
Al noble estudio consagraba el día,  
Y la noche á mi genio soñador;  
Mas llamó á nuestras puertas la pobreza  
Y por ellas sacóme de la mano,  
Para buscar en término lejano  
A mi familia porvenir mejor.

Cual ave á quien arrancan de su nido,  
Cual desterrado en extranjero suelo,  
Quedó mi corazón: creí que el cielo  
Me condenaba á eterno padecer.  
Sin nombre, sin fortuna, despreciado  
Y, á mi vez, hácia todo indiferente,  
Vi que sellaba la bondad tu frente,  
Y la amiga del triste ibas á ser.

Versado acaso en el estudio ingrato  
Del corazón humano, día por día  
Nobles y hermosas prendas descubría  
Bajo el crespon de tu infantil candor.

Hallé en tu sér, como en abierto libro,  
El bien, la caridad, la inteligencia:  
VÍ que encerraba tu esquisita esencia  
Tesoros de piedad, fuentes de amor.

¿Desde cuándo te amé? No sé decirlo.  
En mi distante hogar una y dos veces,  
Al sueño dado yo, te me apareces,  
Y al ver tu dulce faz me estremecí.  
Vine á tu lado: al verte bondadosa  
Ligóme irresistible simpatía;  
Tu faz miraba y tu palabra oía,  
Y sin saberlo yo tu esclavo fuí.

Del éxtasis aquel sacónes luego  
La amarga realidad, y desolado  
A decirte llegué: "no nos es dado  
Esta ilusión dulcísima abrigar:  
No volverán á proferir mis labios  
Frasas que te revelen mi ternura:  
Olvidate del jóven sin ventura  
Que olvidarte en sus días no podrá."

¡Insensato de mí que deshojaba  
La única flor de mi existencia triste  
Sin acordarme de que Dios existe,  
De que debemos confiar en él!  
¡Insensato de mí que saqué entonces  
Tu corazón de su feliz letargo,  
Dando solo á tus ojos llanto amargo  
Que debieran mis labios recoger!

¿Quién el noto encadena? ¿Quién aplaca  
El irritado mar? ¿Quién corta el vuelo  
Al ave que nació á cruzar el cielo?  
¿Quién sofoca la llama del amor?  
Dios al prenderla en nuestras almas quiso  
Que en ellas viva y se alimente pura,  
Mezclando así la celestial dulzura  
En el eterno cáliz del dolor.

Quando mis ojos á la luz se abrieron,  
Se abrió también mi pecho á la esperanza:  
VÍ la felicidad en lontananza,  
Mas no débil, cual antes, desmayé.  
Tras ella voy y cuanto más camino  
Siento en mi corazón más energía:  
Si de amparo me sirves y de guía,  
Adonde vayas tú, contigo iré.

1855.

## SILVA.

¿Porqué nace tan llena de alegría  
La sonrosada aurora,  
Y el sol que las paredes  
De la morada mia  
Desde el Oriente con su lumbre dora,  
Brilla en mi corazón? ¿Porqué las aves  
Del cielo pasajeras  
Con trinos mas suaves  
Su música me dan tras las vidrieras  
De mi estrecho aposento;  
Y la flor que respeta  
El sol canicular que el cielo inflama,  
(Solo bien del poeta  
Que por humildes á las flores ama)  
Se mece á la merced del blando viento?  
¿El gozo que estremece mis entrañas,  
Brilla en el cielo, el valle y las montañas,  
O es en mi corazón donde lo siento?

En él se alberga, sí; brillo mas puro  
Desde aquí presta al sol, al campo, al río:  
Cual siempre, el mundo permanece oscuro;  
El luminoso rayo  
Que á mis ojos lo ilustra es todo mio!

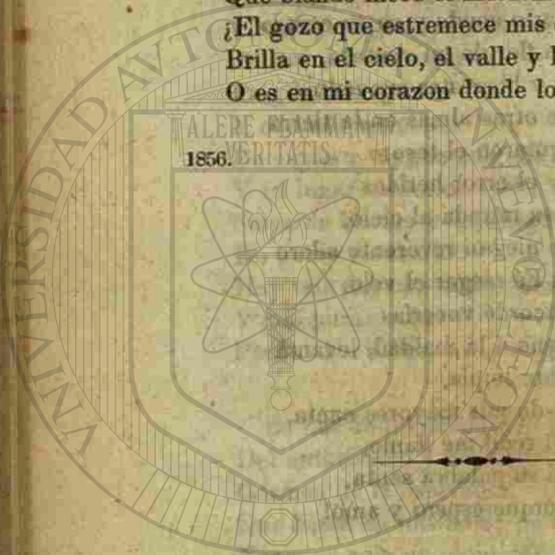
Pasó el florido Mayo  
 Con rapidez, cual nuestra edad primera;  
 Vino el verano ardiente  
 El verdor agostando de la era;  
 Junio agrupó sus nubes, desatólas,  
 Y con terrible voz bramó el torrente  
 Arrastrando en su seno  
 Frágiles amapolas  
 Y el árbol eminente  
 De cuyas ramas se colgaba el heno;  
 Y en lugar solitario,  
 Salva de lluvias y del fuego estivo,  
 En pobre santuario  
 Hay una flor con cuyo aroma vivo  
 Y que pura nació  
 Pocos años atrás, en este día.

Es flor de un acendrado sentimiento,  
 Del entusiasmo y las virtudes hija,  
 Gérmén de la esperanza  
 Que hasta en mis horas de tristeza aliento.  
 Nació en solo un momento,  
 Y aunque es humilde y delicada y tierna,  
 Ni el sol ni el rayo destructor la hierre;  
 Su belleza es eterna,  
 Su celestial perfume nunca muere.  
 Bálsamo á los pesares de mi alma  
 Bienhechora prodiga;  
 Mis inquietudes calma  
 El solo influjo de su sombra amiga.  
 En vano estalla, en vano,  
 La tempestad del mundo y me rodea  
 Con sus amagos el Poder tirano,

La Ira que en los ojos centellea,  
 De su metal sedienta la Avaricia,  
 De la Discordia la inflamada tea,  
 Y do quier imperando  
 Como rey absoluto la Injusticia:  
 Yo á mi santuario acudo y en su centro  
 Donde brilla la flor de mi ventura,  
 Refugio y paz y bienestar encuentro.  
 Y en tanto que otras almas en la tierra  
 De su amor agotaron el tesoro,  
 Y de la duda y el error heridas  
 Ya no dirigen su mirada al cielo,  
 Yo al Dios que niegan reverente adoro  
 Sin querer á la Fé rasgar el velo.  
 Y entre la desacorde vocería  
 Que, roto el freno á la maldad, levanta  
 La muchedumbre impía,  
 Mi voz al Dios de mis mayores canta,  
 Oveja fiel de su redil me llamo,  
 Presto el oído á su palabra santa,  
 Vivo dichoso porque espero y amo!

Bella y cándida flor, cuando á tu influjo  
 Debo mi bienestar ¿no he de cantarte?  
 ¿No he de decir tu nombre?... Yo lo guardo  
 Como el ave al polluelo cuando brama  
 La tempestad estremeciendo el polo:  
 Quien te venera y ama  
 Tu dulce nombre ha de saber él solo.  
 Grato, apacible día,  
 Que con el rayo de tu sol esparces  
 La mas pura alegría,

Dando al monte esmeraldas,  
 Diamantes al arroyo fugitivo,  
 Canto á las aves, á la flor perfume,  
 De luz diademas al laurel altivo  
 Que blando mece el matutino viento;  
 ¡El gozo que estremece mis entrañas  
 Brilla en el cielo, el valle y las montañas,  
 O es en mi corazón donde lo siento?

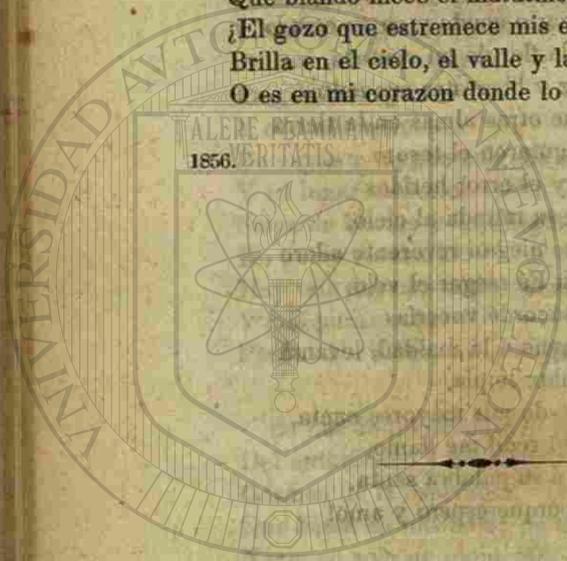


## FLOR DEL ALMA.

El hogar donde serena  
 Mi dulce infancia pasó  
 Y que abandonara un día,  
 Destrozado el corazón,  
 Para vagar solitario  
 En pos de suerte mejor,  
 Vuelvo á ver, ¡oh dicha inmensa!  
 Nada para mí cambió:  
 Me cercan padres y hermanos;  
 Oigo el metal de su voz;  
 En sus brazos me aprisionan,  
 E investigan con amor  
 Si el tiempo algunas señales  
 Sobre mi frente grabó.

Como el náufrago que torna  
 Tras lucha terrible, atroz,  
 Con el piélago irritado,  
 A la orilla en que nació,  
 Torno á mi tierra natal.  
 Miro su antiguo verdor,  
 Su claro cielo de siempre,  
 Y me parece ilusion.  
 Mas cuando en la tarde vago,  
 Sin mas guía que el rumor

Dando al monte esmeraldas,  
 Diamantes al arroyo fugitivo,  
 Canto á las aves, á la flor perfume,  
 De luz diademas al laurel altivo  
 Que blando mece el matutino viento;  
 ¡El gozo que estremece mis entrañas  
 Brilla en el cielo, el valle y las montañas,  
 O es en mi corazón donde lo siento?



## FLOR DEL ALMA.

El hogar donde serena  
 Mi dulce infancia pasó  
 Y que abandonara un día,  
 Destrozado el corazón,  
 Para vagar solitario  
 En pos de suerte mejor,  
 Vuelvo á ver, ¡oh dicha inmensa!  
 Nada para mí cambió:  
 Me cercan padres y hermanos;  
 Oigo el metal de su voz;  
 En sus brazos me aprisionan,  
 E investigan con amor  
 Si el tiempo algunas señales  
 Sobre mi frente grabó.

Como el náufrago que torna  
 Tras lucha terrible, atroz,  
 Con el piélago irritado,  
 A la orilla en que nació,  
 Torno á mi tierra natal.  
 Miro su antiguo verdor,  
 Su claro cielo de siempre,  
 Y me parece ilusion.  
 Mas cuando en la tarde vago,  
 Sin mas guía que el rumor

Del escondido arroyuelo  
 Que va de la mar en pos,  
 Al traves del bosque antiguo  
 Que de niño me albergó  
 Y que recorrí mas tarde  
 Entusiasta cazador,  
 Entre los tesoros varios  
 Con que Primavera ornó  
 Los valles y las montañas,  
 Echo menos una flor  
 Cuyo perfume inocente  
 El cielo me destinó.  
 Y es que á mi lado te busco  
 Y de tí lejos estoy,  
 Esperanza de mis dias,  
 Casta flor del corazon!

Jalapa—1856.

## EL DIA DE LA BODA.

A mi amada esposa la Sra. D.<sup>ca</sup> María de la Paz Villamil de Roa.

Hoy nuestro dulce afan corona el cielo,  
 Y en tan dichoso dia  
 Brilla en tus hombros de la esposa el velo,  
 Tu mano está en la mia.  
 A la espresion de tu bondad se agrega  
 La del gozo sublime  
 Que tu semblante en palidez anega  
 Y el corazon te oprime.  
 Apoyo en mí tu temblorosa mano  
 Busca, á mi diestra asida:  
 Juntos desde hoy irémos por el llano  
 Desierto de la vida.  
 Y en calma y alegrías ó aficciones,  
 Por mitades iguales  
 Sentirán nuestros tiernos corazones  
 Los bienes y los males.  
 Te serviré de escudo y fortaleza  
 Y de custodio y guía:  
 Tú me darás en horas de tristeza  
 Fé, vigor y energía.

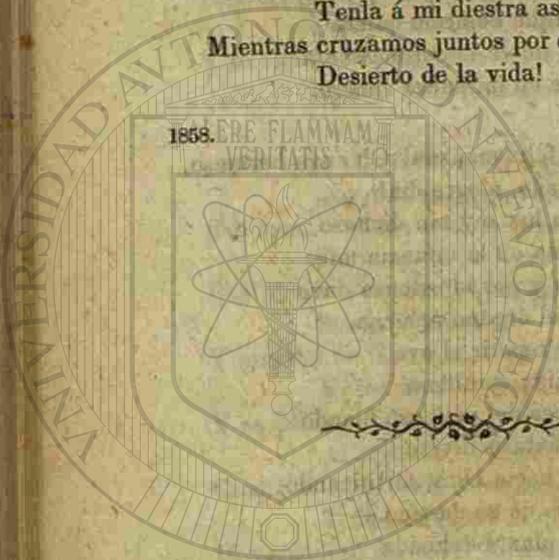
De mi modesto hogar joya y encanto  
 Serás, y entre las flores  
 De bella forma y de perfume santo  
 La flor de mis amores.  
 Hasta que yo dé fin á la jornada  
 De este mundo de enojos,  
 Y tú cierres, en lágrimas bañada,  
 Con tu mano mis ojos.

¡No mas cantos de amor bajo las rejas!  
 ¡No mas suspiros vanos!  
 ¡No mas de gloria sueños y consejas  
 De tiempos ya lejanos!  
 Son recias tempestades pasajeras  
 Amores juveniles,  
 Y mueren no bien nacen las primeras  
 Rosas de los pensiles.  
 Y es la ilusion de gloria semejante  
 Al agua en el desierto:  
 Cree á lo lejos verla el caminante  
 Y de sed queda muerto.  
 El verdadero fruto del cariño  
 No cuaja por entero  
 En el temprano corazon del niño  
 Versátil y ligero:  
 Solo se logra cuando el llanto largo  
 Del ánima affligida  
 Prestó ya fuerza con su jugo amargo  
 Al árbol de la vida.  
 Y hacer el bien es gloria verdadera  
 Que el corazon ensancha:  
 Poder mostrar en nuestra edad postrera  
 Una frente sin mancha,

Eso es gloria tan solo!—Yo á tu lado,  
 Como en seguro abrigo,  
 El fruto, sí, de nuestro amor premiado  
 Cosecharé contigo.  
 Guíe la luz de tu virtud mi planta,  
 Porque ceñirme quiero  
 De honradez noble la corona santa  
 Que en mi padre venero.

¡Oh! ¡Qué feliz mañana! ¡Oh cuán hermoso,  
 Sereno, alegre día!  
 Al rayo de su luz soy tan dichoso  
 Como en la infancia mia.  
 Brilla el altar y por la estensa nave  
 Do el órgano resuena,  
 Suele volar y repetir el ave  
 Tímida cantilena.  
 Entre las nubes del incienso blando  
 En éxtasis divino  
 Sube el alma hácia Dios, fortificando  
 La fe de su destino.—  
 Protege tú la planta delicada  
 Que se acoge á mi amparo,  
 Y que hasta el fin la religion sagrada  
 Sirva á los dos de faro.  
 De dulzura y piedad guarda el tesoro  
 Que ella consigo trajo:  
 Dame á mí lo que vale mas que el oro:  
 La salud y el trabajo.  
 Sobre mi hogar humilde tus favores  
 Dígnate enviar sin cuento,  
 Y haz que en él, entre dichas ó dolores,  
 Tenga la paz su asiento.

Y tú, del corazón luz y ventura,  
 Flor de casto perfume  
 Y de felicidad tranquila y pura  
 Que jamás se consume;  
 Apoya en mí tu temblorosa mano,  
 Tenla á mi diestra asida  
 Mientras cruzamos juntos por el llano  
 Desierto de la vida!



### A MI HIJA MARIA DE LA PAZ.

El cielo bendijo  
 Ya la unión de dos seres dichosos,  
 Y dió á los esposos  
 Tesoro filial.  
 Alegría del hogar es el hijo;  
 De los padres fortísimo nudo;  
 Su amparo y su escudo,  
 Su alivio en el mal.

Oyendo el vagido  
 De la niña que al mundo salía,  
 El alma sentía  
 Estraña emoción.  
 De mi sér este sér es nacido  
 Y mi sangre en sus venas circula;  
 La voz que modula  
 Su llanto, es mi voz.

Al mundo veniste  
 De tu madre á premiar el anhelo,  
 Regalo del cielo,  
 Destello de luz.

No con sedas y encajes te viste;  
 Pero Dios á los pobres ha dado  
 Tesoro abastado  
 De amor y quietud.

Su esfera ocho veces  
 Ha mostrado radiante y en llena  
 La luna serena  
 Siguiendo tu edad,  
 Y cual planta lozana tú creces  
 De solícita madre al arrimo,  
 Y el néctar opimo  
 Sus pechos te dan.

Amargo fué el día  
 En que, presa de aguda dolencia,  
 Tu breve existencia  
 Estuvo al finar.  
 En mis brazos te tuve y veía  
 Sin color esos labios tan rojos,  
 Cerrados tus ojos,  
 Cual cera tu faz.

La tumba no quiso  
 Esta flor que mi júbilo sella  
 Y anúnciase bella,  
 Tragar en boton.  
 La dejó al terrenal paraíso  
 A que el viento su aroma embalsame,  
 Y al mundo proclame  
 La gloria de Dios.

Es seda y es oro  
 Tu cabello, y alzada tu frente;  
 Rumor es de fuente  
 Tu voz para mí.  
 Del color han robado el tesoro  
 A los cielos tus ojos, tu breve  
 Semblante á la nieve,  
 Tu labio al rubí.

Conoces mi acento  
 Y con gritos de gozo me llamas;  
 Mis brazos reclamas  
 En dulce ademan.  
 Tus pupilas anima el contento  
 Y sonrien tus labios de rosa.  
 ¡Cuánto es deliciosa  
 La risa en tu edad!

Si dado me fuera  
 Con tu madre y contigo, hija mia,  
 Mi tierra natia  
 Alegre pisar,  
 Donde reina inmortal primavera,  
 Donde el pecho del hombre es mas franco,  
 El cisne mas blanco,  
 Mas fiel la amistad;

Llamara á la puerta  
 De la casa paterna llevando  
 Con júbilo blando,  
 Con santa emocion,

Donde existe mi cuna desierta,  
A los brazos de entrambos abuelos  
El bien que los cielos  
Han dado á mi amor!

Te ampare en la tierra  
Y haga seas feliz y piadosa  
La Mística Rosa,  
La Estrella del mar.  
En sus brazos tu madre te cierra  
Y en su seno te aduermes en calma.  
Pedazos del alma,  
Sois della el iman!

1859.

## ITHAMAR.

A mi amigo el Sr. D. Francisco de Paula César.

I.

—Déjame acariciar de tu cabello  
Las trenzas blondas y aspirar el ámbar  
De tu boca gentil. ¿Qué magia tienen  
Tus ojos que las almas encadena?  
A mi atónita vista las mujeres  
Que Babilonia en sus jardines cria,  
Pasaban y mirando su belleza  
Mi ardiente corazón se estremecía.  
Pero te ví despues, y desde entonces  
Solo por tí respiro, Epha adorada.  
¿Pagas mi amor?

—Mis ojos te lo dicen:  
Cifro en tu amor mi porvenir, mi gloria.  
Pero ¿porqué se anubla tu semblante,  
Ithamar?

—Porque al Rey ayer miraba  
Que se encontró contigo: irreverente

Donde existe mi cuna desierta,  
A los brazos de entrambos abuelos  
El bien que los cielos  
Han dado á mi amor!

Te ampare en la tierra  
Y haga seas feliz y piadosa  
La Mística Rosa,  
La Estrella del mar.  
En sus brazos tu madre te cierra  
Y en su seno te aduermes en calma.  
Pedazos del alma,  
Sois della el iman!

1859.

## ITHAMAR.

A mi amigo el Sr. D. Francisco de Paula César.

I.

—Déjame acariciar de tu cabello  
Las trenzas blondas y aspirar el ámbar  
De tu boca gentil. ¿Qué magia tienen  
Tus ojos que las almas encadena?  
A mi atónita vista las mujeres  
Que Babilonia en sus jardines cria,  
Pasaban y mirando su belleza  
Mi ardiente corazón se estremecía.  
Pero te ví despues, y desde entonces  
Solo por tí respiro, Epha adorada.  
¿Pagas mi amor?

—Mis ojos te lo dicen:  
Cifro en tu amor mi porvenir, mi gloria.  
Pero ¿porqué se anubla tu semblante,  
Ithamar?

—Porque al Rey ayer miraba  
Que se encontró contigo: irreverente

En tí clavó la vista: yo ví cómo  
 Con desigual latido se agitaba  
 Su corazón y se encendió su frente:  
 Yo conocí, ¡infeliz! que el Rey te amaba.  
 —¡Ha puesto en mí su pensamiento altivo!  
 Esa idea me inunda de tristeza,  
 Que es rencoroso el Rey... ¡Qué dió motivo  
 A su escelso homenaje?

—Tu belleza.

Sí, porque yo jamás hallado había  
 La gracia que en tu frente resplandece,  
 Ojos como los tuyos, ni ese fuego  
 Que tus facciones célicas anima,  
 Y eso que, bien lo sabes, siempre anduve  
 Fuera de mi país de clima en clima.  
 Es imposible verte y no adorarte.  
 ¡Porqué te miró el Rey? ¡Ah! yo quisiera  
 El pecho atravesarle con mi espada.

—Yo entonces, Ithamar, te aborreciera

—¿Le amas acaso?

—La violencia odio,

Y es la persona de mi Rey sagrada.

El sol se oculta ya tras los jardines  
 De la opulenta Babilonia: estiende  
 Su velo de crespon la húmeda noche;  
 Huye la claridad, cesa el bullicio:  
 Su perfume las flores orientales  
 Entregan á la brisa: busca el Íbis  
 El conocido árbol en que duerme,  
 Y al pálido fulgor de las estrellas,  
 Cielo y muralla y almenada torre  
 El Eufrates refleja que al pié corre.

Al lado de Ithamar Epha sentada,  
 Goza de aquel dulcísimo contento  
 Que dá el amor cuando el objeto caro  
 Se halla al metal de nuestra voz atento.  
 No es más bella la flor de los jardines  
 Que el dulce rostro de la asiria jóven,  
 Ni tan blanca la tímida paloma  
 Cual su pequeña planta, aprisionada  
 Con hilos de oro en la sandalia breve:  
 Su cuello es más altivo que el del cisne,  
 Perlas sus dientes son, sus manos nieve;  
 Y al tiempo mismo que con ellas toma  
 La diestra de Ithamar "¡Hermana mía!"  
 Esclama un jóven que aparece y clava  
 En Ithamar su vista recelosa,  
 Mientras Epha turbada se desvía,  
 A la voz fraternal prestando oído:  
 "Mañana Baltasar regió banquete  
 A los grandes del reino, á las hermosas  
 Pródigo da. Con tus mejores galas  
 Ataviada, el Rey verte allí espera.  
 Dice que entre las damas de su corte  
 Deslumbras como el Héspero luciente  
 Junto á los astros de menor valía.  
 Quiero, hermana, que vayas obediente  
 A su palacio al declinar el día."

—Epha, ¡ya tú lo ves! el Rey procura  
 Usurparme tu amor y tu belleza,  
 Y yo, ¡infeliz!—dijo Ithamar, fijando  
 En su amada los ojos con tristeza—  
 ¿Te perderé cuando por tí olvidaba  
 Mi Dios, mi patria?....

—Cubrirá mi rostro

Ligero velo, y anchuroso manto  
Bajo sus pliegues velará mis formas.  
El Rey en esa noche, divertido  
Entre sus concubinas y magnates,  
Quizá no me verá.... ¿Tú allí á mi lado,  
Estarás, Ithamar?

—Como guerrero,

Del Rey en el ejército empleado,  
Tengo entrada al festín. ¡El rey se guarde  
De hacer, á mi despecho, en esa hora  
De su poder en tu hermosura alarde!  
(Siempre se me atraviesa en el camino  
Un hijo vil de esta nacion odiada,  
Pensó Ithamar).

—¿La cítara no pulsas?

De esos pueblos que has visto en tus viajes  
Ensayá un canto, que las penas calma  
De tu voz varonil la melodía.

Toma el jóven la cítara y eleva  
Sus ojos á la bóveda estrellada:  
Suenan la fresca brisa en la enramada,  
Y el Eufrates que al mar sus aguas lleva,  
Y apagando en seguida los rumores  
De las cercanas aguas y del viento,  
Y olvidando un instante sus amores,  
Esto el jóven cantó con grave acento:

“Llorando, á orillas del undoso río,  
Presos en Babilonia nos sentamos,  
Y nuestras harpas en el bosque umbrío  
Al acordarnos de Salem colgamos.

“Que los que en cautiverio nos trajeron  
Tras el horror de asoladora guerra,  
Templado ya su enojo, nos pidieron  
Dulce cancion de la nativa tierra.

“¿Cómo ensayar el canto que solia  
A Dios loar en nuestros tiernos años,  
Para que en tierra ajena su armonía  
Deleitara tan solo á los estraños?

“Pierda ¡oh Salem! mi diestra el movimiento  
Si te olvidare de mi afecto en mengua:  
Si de tí separado hallo contento  
Seca se pegue al paladar mi lengua.

“Acuérdate, Señor, de los que el día  
Cuya memoria fenecer no puede,  
En la ciudad que al hierro sucumbia  
Viles gritaban: “Ni el cimientó quede.”

“¡Dichoso aquel á quien vengarnos toca,  
Babilonia, de agravios por tí hechos!  
¡El que, para estrellarlos en la roca,  
Tus hijos quite á los maternos pechos!”

—Dime, ¿porqué ensayaste á mis oídos  
Esa cancion? ¡Insultas á mi patria,  
La cuna de mis padres! ¡Estranjero!  
Nuestra hospitalidad mal recompensas.  
¿Dónde oíste ese canto?

—Lo compuso  
Pueblo infelice que se vió cautivo  
Dentro de aquestos muros. Considera

Que el vencedor con despiadada furia  
 Destruyó sus hogares, arrasando  
 La sólida muralla: el campo fértil  
 Víctima fué de su rapiña, y luego  
 Trajo aquí maniatados sus mujeres,  
 Sus ancianos y niños. Al mirarse  
 Esclavos entre idólatras, lloraron  
 Cuando del patrio suelo se acordaron.  
 ¡Qué extrañas tú que en sus lamentos ellos  
 Votos formaran de una atroz venganza?  
 Un pueblo altivo que se ve ultrajado  
 Siente alivio soñándose vengado.  
 Terrible huéste á Babilonia cerca:  
 Sus moradores hoy duermen tranquilos.  
 No saben que la hora de quebranto,  
 De esclavitud y muerte se avecina,  
 Que escrita está de su ciudad la ruina.  
 Por merecer tu amor he combatido  
 Contra el persa y el medo. ¡Empeño inútil!  
 Terrible es su pujanza y vencedores  
 Ellos, al fin, serán.... y yo, infelice,  
 Preso en las redes de tu amor, mi patria  
 Abandoné traidor, y acaso tiemblo  
 Por el destino que á la tuya espera  
 Cuando gozarme impávido debiera  
 Solo en su destrucción!

—Calla, insensato.

¡Porqué mi corazón te dí sencilla  
 Sin conocerte? Un hórrido misterio  
 Tú proceder oculta. Dí: ¡traicionas  
 A mi país? No en vano de los dioses  
 Por la noche el acento oigo severo  
 Que me grita en el fondo de mi alma:

¡Porqué diste tu amor á un extranjero?  
 Dime, pues, Ithamar ¡cuál es tu origen?  
 —Diciéndolo, tal vez me aborrecieras,  
 Y si tu amor perdiese, moriría.  
 —Mal comprendes mi amor tú si no sabes  
 Que aborrecerte yo jamas podría.  
 Mi delicia es amarte; mas ingrato,  
 Viertes amarga duda en este pecho  
 Que, al escucharte, de temor palpita.  
 Dime tu origen, ó me alejo.

—¡Aguarda!

—¡Eres?....

—Te lo diré: soy israelita.

II.

En el campo enemigo por do quiera  
 Discurren grupos de diversa gente  
 De altivo gesto y de mirada fiera,  
 Quemado el rostro por el sol de Oriente.  
 En las distintas armas reverbera  
 La última luz que brilla en Occidente,  
 Cuando su sueño plácido sacude  
 Y á formar sus legiones Ciro acude.

Ciro, de frente noble y espaciosa  
 En que de inspiracion luce la llama,  
 De los placeres de una vida ociosa  
 Huye, y la guerra y sus peligros ama.

Cíñese ya corona gloriosa;  
 El orbe todo vencedor le aclama;  
 Falta una joya á su corona empero,  
 Y Babilonia la dará al guerrero.

En la muralla la maciza puerta,  
 Ciudad maldita, cerrarás en vano  
 Si el enemigo á desaguar acierta  
 El lecho del Eufrates soberano:  
 Caminando por él, entrada abierta  
 Tiene y en tanto, en el festin liviano  
 Encenagada en lúbricos placeres,  
 Beoda tú, sin conocerlo mueres.—

De su jóven caudillo al ronco acento  
 Unense en el instante los soldados,  
 Y su número cubre el campamento  
 En orden de batalla colocados.  
 Los ginetes de Persia, como el viento  
 Rápidos, y los Médos esforzados  
 Con sus flechas mortíferas, se agrupan:  
 Inmenso trecho en la llanura ocupan.

Díjoles Ciro: "Tras inútil muro  
 Hallaréis al indómito Caldeo:  
 Hierá su corazon golpe seguro  
 Y su riqueza os sirva de trofeo.  
 Esas mujeres de cabello oscuro  
 Que hacen morir el resplandor febeo  
 Ante el fulgor de sus miradas vivas,  
 Esas mujeres son vuestras cautivas."

Clama el guerrero de asaltar ansioso,  
 Y á sus legiones Ciro sin demora  
 Lleva á lo largo del profundo foso,  
 Al brillo de su espada vencedora.  
 Llegan hasta la puerta y misterioso  
 Rumor de voces óyese á deshora;  
 Mas, vencido del sueño que le asalta,  
 El centinela á su consigna falta.

Vió Ithamar, asomado á la muralla,  
 Del sitiador la hueste numerosa  
 Que desfilaba y que formó en batalla.

Quiso seguirla viendo, y presurosa  
 Llegó la noche á descoger su manto  
 Con él velando la campiña hermosa.

En lo interior de la ciudad, en tanto,  
 La casa del monarca se ilumina  
 Y el viento puebla melodioso canto.

Sediento de placeres se encamina  
 El cortesano allá, dañado el pecho,  
 Humilde el rostro que ante el Rey inclina.

Con sentimiento amargo de despecho  
 Mira Ithamar, su afecto recordando,  
 El venturoso porvenir deshecho.

¡El Rey es su rival! Luego, pensando  
 En su estado anterior, vino á su mente  
 De sus hermanos el cariño blando;

Del clima de su patria el sol ardiente;  
El conocido techo á cuyo abrigo  
Su tranquila niñez pasó inocente.

Y ahora en el país del enemigo  
Eterno de sus padres, arrastraba  
Remordimiento sórdido consigo;

Pues cuando á la ciudad triste llegaba,  
Con Epha se encontró, y, al conocerla,  
Su alma de su belleza quedó esclava.

Desde el instante aquel llegó á quererla  
Cual ama el ave la region del cielo  
O su albergue de nácar blanca perla.

Dió por ella al olvido el patrio suelo,  
Dios, familia y amigos, sin mas norte  
Que ver premiado su amoroso anhelo.

Siendo extranjero en la opulenta corte,  
De conquistar un nombre militando  
En la hueste del Rey, toca el resorte.

Y fué su nombre ilustre resonando  
Luego de boca en boca, y Epha bella,  
Premio á su afán con su cariño dando,  
Le hizo feliz. ¡Se quedará sin ella!

¡Quién sabe si aquel Dios que los tesoros  
Abrió del porvenir á sus profetas  
A fin de que anunciaran el castigo  
De la ciudad gentil, tocó en el alma

Del jóven de Israel cuerda sensible!  
Si trayendo á su mente la memoria  
De los serenos días de la infancia,  
Del cielo de la patria, del afecto  
Doméstico, mandó que comparase  
Con esa paz su agitacion presente;  
Que de su proceder se avergonzase  
Y que irritado su semblante viera  
Porque á dioses del hombre vil hechura  
Culto ha rendido, quebrantando impío  
Del alto Sinaí la ley severa!

¡Quién sabe! Que Ithamar, consiguió á solas,  
Aquella noche, en lo interior del alma  
Oír creyó la voz de su conciencia  
Que le dijo: "abandona esos amores;  
Torna presto á la tierra de tus padres;  
Desagravia á tu Dios." Ithamar dice:  
Si Epha abriera sus ojos hoy velados  
Al rayo hermoso de la luz del cielo,  
Y el culto de mis padres abrazara  
Conmigo hácia Israel la llevaria,  
Y del hogar que me albergó de niño  
Fuera el ornato y fuera mi alegría.  
Mas si Epha á seguirme no se atreve,  
Y á despreciar mi amor está dispuesta,  
Mañana salvaré yo solo el muro  
De Babilonia, sí.—¡Lo jurarias!  
Se preguntó á sí mismo, y en voz alta  
Se respondió sin vacilar "Lo juro."

## III.

Todo es placer en el recinto bello  
Del palacio del Rey. En los salones  
Lámparas cien derraman su destello  
Suspensas de los ricos artesones.

En jarrillas de oro prisionero,  
Languidece allí el nardo y se consume;  
Por do quiera en preciado pebetero  
Arde y se exhala el oriental perfume.

Cubre mullida alfombra el pavimento,  
Y al grato son de melodiosa orquesta,  
Sus danzas á tejer, con ardimiento  
La descuidada juventud se apresta.

Allí va la impudente concubina;  
Allí quien brilla en la guerrera lucha;  
Allí la jóven que su faz inclina  
Mientras de amor la confesion escucha.

La que en todos los pechos seductora  
Pone de amar vivísimo deseo,  
Es esa jóven que se acerca. Aurora  
En su lenguaje la llamó el caldeo.

De niña sumergió sus trenzas blondas  
En la corriente del Eufrates frío,  
Y su cabello en apacibles ondas  
Acrecentóla enamorado el río.

Prestó el cisne la forma á su garganta,  
A sus labios su púrpura la rosa:  
Céfiro ligereza dió á su planta,  
Y fuego el sol á su mirada hermosa.

Amó á Ithamar al conocerle un dia,  
Y traicionó su oculto sentimiento  
El rubor que su faz teñir solia,  
Leve suspiro y su turbado acento.

Aurora de Ithamar anheló en vano  
Tierna mirada emblema de esperanza,  
Dulce presion de la robusta mano  
Que la condujo en la festiva danza.

Hielo encontró donde anhelaba fuego;  
Sus rojos labios el silencio sella.  
A Epha miró con Ithamar, y luego...  
¡Oh! ya no mas me preguntéis por ella.—

Epha allí está: de trasparente velo  
Cubierto lleva el rostro peregrino;  
Resalta el manto de color de cielo  
Sobre su veste de nevado lino.

Del salon á un extremo retirada,  
Allí con nadie habló, triste paloma;  
Mas nunca en el jardín queda olvidada  
Humilde flor si la vendió su aroma.

Viéronla allí tal vez los cortesanos;  
Labio indiscreto pronunció su nombre;  
Es—dicen—la de encantos soberanos,  
La vígen cuya faz subyuga al hombre.

Tambien Aurora la miró, y, ardiendo  
En hoguera de celos la infelice,  
Del Rey el nuevo amor ya conociendo,  
A Baltasar se aproximó y le dice:

—Epha allí está, señor.—Yo la esperaba,  
Contestó, al parecer, indiferente,  
Y con fuego satánico brillaba  
Buscando á Epha, su mirada ardiente.

—Id y traedla de mi trono al lado:  
No puede ser que entre confusa turba  
Tenga su encanto celestial velado  
Esa mujer que mi razon perturba.

Gozosa Aurora va, sin dar oído  
Al murmullo que hermosa la proclama,  
Y á su rival con odio reprimido  
Trémula dice—Baltasar os llama.

Epha, su voz acobardada oyendo,  
Mirada inquieta en derredor tendia,  
Y á su bella enemiga fué siguiendo,  
Que el guerrero Ithamar no parecía.

Al fin llega Ithamar cuando giraba  
En el festin la cincelada copa  
Que dulcísimo néctar ofrecia  
A los sedientos labios. Deseoso  
De hacer alarde el Rey de su riqueza  
Y mostrar los trofeos de su gloria,  
Manda que traigan los sagrados vasos  
Que un tiempo al culto del Señor sirvieron

Allá en Salem, y de espumoso vino  
Llenos en el instante todos fueron.  
Insensata la turba en ellos liba,  
Y el monarca tambien, que los ofrece,  
A su vez, á Ithamar: éste, indignado,  
Le rechazó con denodado brío,  
Diciéndole: "Ese Dios de quien te burlas,  
Es el Dios de mis padres: es el mio."

Absorto Baltasar al jóven mira . . . .  
Callan los concurrentes . . . . Del monarca  
Iba á estallar la procelosa ira,  
Cuando aparece en la pared, terrible  
Y misteriosa mano; traza en ella  
Signos desconocidos y al momento  
Como el humo sutil se desvanece:  
El monarca y los súbditos se miran:  
Crece el silencio, y el espanto crece.

Nadie hubo allí que descifrar pudiera  
De los siniestros signos el sentido:  
Se acercan los varones que atesoran  
La copia rica del saber humano  
Y luego la confusa faz inclinan  
Sobre el pecho, de todos en presencia.  
Llega tambien Nitócoris, madre augusta  
Del Rey, y dice que á Daniel se llame,  
Sabio varon que el porvenir conoce  
Y ha explicado sus sueños á ella misma:  
Parten á conducirle y, entretanto,  
La concurrencia en su temor se abisma.

Conduce á Epha al pórtico y á solas  
 El Israelita: sofocante el aire  
 No lleva allí el perfume de las flores  
 De los pensiles bellos: ningun astro  
 Disminuye las sombras de la noche  
 Que á su mitad se acerca. Si el bullicio  
 Báquico del salon cede al silencio,  
 Rugir no se oye el caudaloso Eufrates.

—Es la postrera vez que nos miramos,  
 Dijo Ithamar: un delicioso sueño  
 De mi alma alucinada se hizo dueño  
 Y hasta ahora consigo despertar:  
 Preciso es que yo parta, y en la tierra  
 Que muertos cubre á los abuelos míos  
 Llore mis criminales estravíos,  
 Náufrago, al pie de conocido altar.

Que yo te amé, y en tu regazo blando  
 Ni escuchaba la voz de la conciencia:  
 Fueron tus ojos luz de mi existencia  
 Y á mis oídos música tu voz.  
 ¡Ay! por vivir contigo eternamente  
 Mi desdichada patria dí al olvido;  
 Tus dioses adoré; traidor he sido  
 A mi conciencia, á mi nacion, á Dios!

No me repliques, no, que tus palabras  
 Dardo serán que me traspase el pecho:  
 De nuestro amor el nudo está deshecho:  
 No me detengas, déjame partir.

Lágrimas no así viertas, ni me tiendas  
 Para estrecharme tus amantes brazos:  
 Muero si parto; mas ningunos lazos  
 Fuertes serán á sujetarme aquí.

¡Oh! si abjurando ciega idolatría  
 Tus bellos ojos á la luz abrieras,  
 Conmigo á mi país prófuga fueras  
 A formar las delicias de mi hogar.  
 ¡Dulce quimera! Baltasar te ama;  
 Pagará con un reino tu hermosura:  
 Yo me alejo transido de amargura:  
 Olvídate de mí. ¡No puedo mas!

—¡Dioses! ¡qué me sucede en esta noche  
 Que con fuego sutil arde mi frente;  
 Que me sofoca el abrasado ambiente  
 Y del pecho se sale el corazón?  
 No me es dado pensar; no tengo ideas.  
 ¡En tu lenguaje idólatra me llamas?  
 ¡Dices que partirás? ¡Que no me amas?  
 ¡Eso dijiste, ó me engañaba yo?

¿Cuál es tu religión que así condena  
 El fugace placer de los sentidos;  
 Que torna á los amantes fementidos,  
 Que odiar te manda á una infeliz mujer?  
 ¡Porqué amargar los pasajeros días  
 Que de existencia el cielo nos ha dado  
 Si al fin el cuerpo en el sepulcro helado  
 Pasto de los gusanos há de ser?

—Mi religion, repuso el Israelita,  
 Hace al mortal de sus pasiones dueño;  
 Le dice que la vida es breve sueño,  
 Y le aguarda tras él vida mejor.  
 ¡Qué harás cuando el pesar te oprima el alma?  
 Yo si padezco, otra existencia aguardo;  
 Tú, al ver que á los demas no alcanza el dardo  
 Que te hiera, maldices á tu dios.

Mañana partiré. Nunca tu imagen  
 Se alejará del corazon herido;  
 Siempre tu acento sonará en mi oído;  
 En sueños solitario te hablaré.  
 Apartémonos ya, porque á mis ojos  
 Quiere asomar el reprimido llanto,  
 ¡Epha gentil! Me subyugó tu encanto  
 Y el hechizo rompió. ¡Triunfó el deber!

—Oye, si no es tu Dios vano pretexto  
 Para dejarme, llévame contigo:  
 Tu mismo hogar me servirá de abrigo  
 Y el Dios que adoras tú será mi Dios.  
 Abandono mi patria, mi familia.  
 —¡Ventura celestial que no soñaba!  
 ¡Irás conmigo?—Cual sumisa esclava  
 Iré contigo, porque tuya soy.

Daniel, en tanto, en el salon fastoso  
 A Baltasar estas palabras dice:  
 Nabucodonosor tu padre, un dia  
 Recibió de mi Dios poder y gloria:  
 Mil pueblos sometidos le acataban;

Mas dió en su pecho entrada á la soberbia;  
 Dios le lanzó del trono, y con los brutos  
 Muchos años vivió, sin mas sustento  
 Que la yerba del campo; en él sufría  
 La lluvia, el sol, hasta que, al fin, recuerda  
 De Jehovah la Omnipotencia, y palpa  
 La vanidad del hombre... Tú lo sabes  
 Y tambien contra Dios te ensoberbeces  
 Y tus inmundos ídolos adoras,  
 Y á los sagrados vasos que han servido  
 Al verdadero culto, tus rameras  
 Los sacrílegos labios aplicaron,  
 Rey, á tu ejemplo! Del Señor la ira  
 Rebosa: en la pared su mano traza  
 Caracteres que ciego desconoces:  
 Su contenido, atento escucha ahora:  
 "Contó el Señor los dias de tu imperio,  
 Y término les puso. En su balanza  
 Fuistes hallado falto. El reino tuyo  
 Repartióse á los medos y á los persas."

Por mandato del Rey á Daniel visten  
 De púrpura riquísima; á su cuello  
 Cinen oro de Ofir, premio á su ciencia:  
 Párte, y al Rey erízase el cabello  
 Al recordar la celestial sentencia.

Mas remoto creyó su cumplimiento,  
 Y hasta olvidarla en el placer ansia:  
 Vuelve á animar á todos el contento;  
 Danzas vistosas tejen todavía.  
 Turba el licor, al cabo, los sentidos,  
 Junto al trono, con ojos adormidos,

Y acallando los gritos que levanta  
Ébria la multitud, con voz sonora  
La reina del festin, la bella Aurora,  
Al compas del laúd, aquesto canta:

“Cortemos las flores que al paso encontremos:  
Jamás codiciemos las que han de nacer:  
¿La muerte sospechan que vil nos aguarda?  
Mientras que gozamos, su golpe retarda;  
¡Bebamos! ¿Qué importa que venga despues?

“Oh Rey poderoso! Tu amor no es pagado;  
Te deja burlado austera beldad.  
¿Porqué no arrebatas el bien que te esconde?  
Sin premio tú solo suspiras en donde  
Premiado ven todos su dulce anhelar.”

Tiró el pudor la máscara: al instante  
Ósculo impuro por do quier resuena:  
Acaricia la jóven al amante;  
Truécase el baile en bacanal obscena.  
A Epha Baltasar en brazos toma  
Cual apresa el halcon débil paloma,  
Pintado el gozo en su semblante fiero:  
De cólera Ithamar lanza un rugido,  
Y al pecho del monarca dirigido  
Súbito brilla su afilado acero.  
Mas no le hirió, que en el instante mismo  
Álzase afuera un alarido horrendo  
Cual salido del fondo del abismo,  
Y el aire puebla desacorde estruendo.  
Inúndase el salon de gente estraña,  
Que á cuantos allí ve hiere con saña:

Retrátase en los rostros el espanto:  
El Rey sucumbe por el persa herido,  
Y las mujeres que su encanto han sido,  
Piedad imploran con inútil llanto.

La noche estaba oscura; las calles ocupadas  
Con hórrido combate. Confusa vocería  
A poco alzó la turba que derrotada huía  
Ante la hueste persa que en la ciudad entró.

Corre Ithamar, á Epha llevando alborozado,  
Y cuando llega al muro que alzabase sombrío,  
Ve con asombro inmenso que el caudaloso rio,  
Siguiendo nuevo curso, su lecho abandonó.

Cuando despunta el alba, desde escarpada cumbre  
Mirando á Babilonia que al lejos aparece,  
La vista lleva al cielo, y su contento crece  
Y esclama: “Al fin vengada te ví, Jerusalem!”

Va á proseguir su marcha; mas Epha, al escucharle,  
Se aflige, y de su pecho sale gemido blando:  
Él su apacible frente solícito besando,  
La dice: “¿Porqué lloras? Tu patria es Israel.”

## LA BATA DE MARTIN.

Era Martín un hombre como todos:  
 Tuvo mujer é hija;  
 Por dar holgura á los paternos codos  
 Ésta, discurre primorosa bata  
 Construir con sus dedos virginales:  
 Llevó al cabo su plan y era su empeño  
 Que de su cumpleaños en el día  
 Se la estrenara su presunto dueño.

Se la probó la víspera el anciano,  
 Mas ¡oh desdicha amarga!  
 Que á Luz en lienzo se la fué la mano:  
 Bella la bata está; mas quedó larga,  
 Y sus faldas, á guisa de espolones,  
 Besan del noble viejo los talones.

El remedio es preciso y está claro:  
 Nueve exactas pulgadas  
 Quedaron condenadas  
 A sisa y muerte en familiar consejo.  
 Mas la niña se marcha á la tertulia  
 Y en la alcoba del viejo,  
 Del rodapié suspensa de la cama,  
 Quedó la bata, y Doña Luz se dijo:  
 Cuando del baile torne á media noche  
 Lo que la sobra cortaré de fijo."

Dijo y desapareció; pero la madre,  
 Sin escuchar de Luz el soliloquio,  
 Cuando ya su mitad arrebuja  
 En cobertor lanudo dióse al sueño,  
 Dijo á su vez: "No es justo que esta niña  
 Trabaje tanto y su salud se altere:  
 Con un poco de empeño  
 Recortaré la bata, y su tarea  
 No se prolongará: daréla el gusto  
 De que puesta á su padre se la vea  
 En las primeras horas de mañana."  
 Y esto diciendo, ufana  
 Las gafas monta en la nariz triunfante  
 Y la tijera empuña,  
 Y á la bata gentil corta el sobrante  
 Sin errar en lo grueso de una uña.

Torna del baile Luz: todos dormían:  
 De puntillas acude silenciosa  
 A la paterna alcoba, y ve la bata  
 Donde mismo la puso, y al instante  
 Nueve pulgadas la recorta y vuelve  
 Del rodapié á colgarla, y como gata,  
 Sin el menor ruido, se recoge  
 En el mullido lecho, y llama al sueño  
 Diciendo en castellano:  
 "Finis coronat opus. No haya pena!  
 En esta obrilla se pulió mi mano:  
 Conozco y siento que ha quedado buena."

Mas al primer bostezo de la aurora,  
 Ya retirada la postrer legaña  
 Del irritado lagrimal, y hecha

La señal de la cruz, tose y regaña  
 Desde el lecho el anciano á Maritornes  
 Que el caracas en jicara le sirve,  
 Y dála órden de que al sastre llame,  
 Pues quiere que la bata le recorte  
 Para lucirla de Poniente á Oriente  
 Y desde el Sur al Norte  
 Aun antes de que el sol resplandeciente  
 Desde el zenit al universo inflame,  
 Como diria un poeta; y es de verse  
 Cómo se acerca el sastre y denodado  
 Con la siniestra mano mide, y corta  
 Con la derecha, y, una vez pagado,  
 Parte despues de dar los buenos dias.  
 ¡Cuán breves sois, humanas alegrías!  
 ¡Nunca el placer florece y siempre aborta!

Ideas locas, vanas  
 De juventud y de conquistas dulces  
 A revolar se atreven  
 Bajo las siempre respetables canas  
 Del honrado Martín, que se figura  
 Bajo la bata peligroso cebo  
 A la ansiedad de femenil ternura  
 Tal ¡ay! como en sus años de mancebo.

Al aguijon de vanidad ya cede:  
 Agua por estrenar se hace su boca;  
 Se viste como puede  
 Camisa y pantalon, tose y convoca  
 A Luz y á su mitad para que sirvan  
 Cada cual á su garbó de testigo;  
 Y la bata descuelga y enarbola

Y se la pone en ademan amigo;  
 Mas ¡oh estupor! ¡oh confusion! ¡oh rabia!  
 Antes pecó por escesiva cola,  
 Y agora no le llega ni al ombligo!

Y si, lector, rieres  
 De tan raro suceso,  
 Has de advertir en avivando el seso,  
 Que la madre y la hija y el buen sastre  
 De reflexion escasa,  
 De pronto obrar y de tijeras listas,  
 Imágen son, al recortar sin tasa,  
 De nuestros liberales *reformistas*.

1859.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

## EL PRIMER HIJO DE ADAM.

I.  
Declinaba la tarde y se teñía  
Ya de color de grana el horizonte,  
Y el pájaro del sol se despedía  
En la profunda soledad del monte,

Cuando á orillas de un áspero sendero,  
Y en pobre lecho de caídas hojas  
Puesta por su infelice compañero,  
Eva sintió del parto las congojas.

En vano con gemido penetrante  
Su dolor espresó mirando al cielo,  
Y sulcaba una lágrima brillante  
Su dulce faz humedeciendo el suelo;

Que indiferente, al derredor natura  
Se ostentaba magnífica y serena  
Como en el día en que inocente y pura  
Eva nació, de perfecciones llena.

Conserva el cielo su azulado manto,  
Su perfume la flor, su acento el río,  
Y el ave ensaya melodioso canto  
Como en las dulces tardes del estío.

Naturaleza, apiádate el tormento  
Con que en Eva castiga un Dios airado  
La falta á su divino mandamiento,  
De sus criaturas el primer pecado.

Duélate el ver á Adam que con sus manos  
Asperas del trabajo, la sostiene;  
La enjuga el llanto (entre sollozos vanos)  
Que sus pupilas anegadas tiene.

No le abatió el regar hora tras hora  
Con su ardiente sudor la dura tierra,  
Mas viendo á Eva padecer agora  
Su desolado corazón se cierra;

Y recordando su anterior destino,  
Ante el profundo mal que le rodea,  
Su delito maldice y de continuo  
En su dolor el pecho se golpea.

Súbite entrambos dan un grito lleno  
De asombro y de entusiasmo y de alegría:  
Gimió el primer infante que del seno  
De la primera madre á luz salía.

## II.

Gimió al saludar la vida  
A cuyas puertas llegaba  
Porque de su nido echaba  
Ya de menos el calor;  
O tal vez porque sintióse  
A padecer destinado,  
Que era fruto del pecado,  
Era el hijo del dolor.

Y el grito de aquellos padres  
 Fué esclámacion de alegría  
 Porque cada cual creía  
 En el niño renacer;  
 Y arrobados le contemplan  
 Y hallar en él les asombra  
 Que es dellos reflejo y sombra,  
 Cópia de su mismo sér.

Alzóle Adam en sus brazos  
 Lleno de amor y consuelo:  
 Primero ofrecióle al cielo,  
 Despues su frente besó;  
 Y con las lágrimas Eva  
 Que aun brillan en sus pestañas  
 Al hijo de sus entrañas  
 Primer alimento dió.

Tú, Dios piadoso, que viste  
 El trazo fatal y oscuro  
 De su destino futuro,  
 Al mundo funesto al fin,  
 ¡Porqué en tu misericordia  
 No su existencia cegaste  
 Y en el infante no ahogaste  
 Al fratricida Cain?

Quiso tu sabiduria  
 Que el mal que ese niño encierra  
 Se derramara en la tierra,  
 Compañero del dolor;

A que uno y otro sirviesen,  
 Sin que su fuerza se gaste,  
 A tu bondad de contraste  
 Y á la virtud de crisol.

### LA ENTRADA DEL OTOÑO.

#### III.

Eva le estrecha contra el blando seno  
 Y viendo sus facciones se extasia;  
 Se olvida casi del jardin ameno  
 Que en tiempo mas dichoso recorria.

Aun no descubre en su tranquila frente  
 El sello de la envidia y la venganza  
 Que hace que la criatura delincuente  
 Pierda de su Criador la semejanza.

¡Oh! Cuando llegue á tu cabaña un dia  
 Trémula el habla y con la faz siniestra,  
 Sin el hermano que tu gloria hacia,  
 Con la sangre de Abel tinta su diestra;

Si en tu dolor de madre rasgar quieres  
 El propio seno en que le diste abrigo,  
 Para que el mas odioso de los seres  
 Nada ya de comun tenga contigo,

Lleva la vista al porvenir y advierte  
 Que á Dios el mundo Redentor aclama  
 (Libre ya del pecado y de la muerte)  
 Y que hijo tuyo el Redentor se llama!

## LA ENTRADA DEL OTOÑO.

### RECUERDOS DE AMINA.

Pasó la juventud. Vastas praderas  
De esmeralda gentil la rica alfombra  
Truecan en aridez. Murió el estío.  
Ya no cantan las aves pasajeras  
Buscando de los árboles la sombra:  
Torna á llenar su cauce el turbio río.  
Allá en el horizonte  
Enseña el rayo la sulfúrea llama,  
Y en el valle y el monte,  
Si la irritada tempestad rebrama,  
Como en señal de luto  
Mueren las flores y aparece el fruto.

No en vano el labrador alzó á los cielos  
Su piadosa y humilde rogativa,  
En la bondad divina confiando;  
Rasgan las nubes sus opacos velos  
La prolongada sequedad estiva  
En su licor benéfico anegando.  
Con ronca voz de trueno

Baja de las montañas el torrente  
Y arrebatá en su seno  
La roca, el árbol, el ganado, el puente.  
A distancia lejana  
Le oye el pastor y la eminencia gana.

Acabaron las noches deliciosas  
En que, del harpa al son, su planta mueve  
La juventud entre suspiros vanos,  
Se deshojaron las postreras rosas  
Y de blanco cendal viste la nieve  
Las cimas de los montes soberanos.  
Viendo la hermosa gala  
Con que los campos se adornaban muerta,  
Del dolor bajo el ala,  
De sus sueños el ánima despierta,  
Y por ellos suspira,  
Y al porvenir desconocido mira.

Ya el tierno amante que á su fiel pareja  
Enamoraba en las nocturnas horas,  
De su prole feliz busca el sustento.  
Éste la espada empuña, aquel la reja:  
Quién estudia las plantas bienhechoras,  
Recorre el mar, ó mide el firmamento;  
Quién al pueblo obediente  
Por los senderos de la fé dirige  
Sacerdote elocuente,  
Y quién la nave del Estado rige;  
Pero todos perdida  
Lloran la primavera de su vida.

Puesto su pensamiento en lo pasado,  
Puesta su aspiracion en lo futuro,

Todos van sin gozar de lo presente.  
 ¡Dichoso veces mil quien ha logrado  
 Que bella alumbre su camino oscuro  
 De religion la luz indeficiente!  
 Tras el otoño triste,  
 Por un decreto celestial, eterno,  
 Este mundo se viste  
 Con el fúnebre manto del invierno;  
 Y hallamos de tal suerte  
 Tras el otoño de la edad, la muerte.

Como suelen tal vez á las primeras  
 Tempestades de Julio deshojados  
 Quedar los lirios que engendró el estío,  
 De la vida en las horas placenteras  
 Suelen desaparecer séres amados  
 En las tinieblas del sepulcro frío.  
 Dello es ejemplo Amina,<sup>1</sup>  
 La pastora gentil, reina del canto;  
 La que en su faz divina  
 Dieha mostraba ó pasajero llanto.  
 ¡Do está el ave canora?  
 Tendió sus alas y en el cielo mora.

De laureles ciñó su noble frente  
 En las regiones del antiguo mundo  
 Y al mundo todo deslumbró su gloria.  
 Acaricia su nave el blando ambiente  
 Al través del Atlántico profundo,  
 Y deja entre nosotros... su memoria!  
 En la lírica escena

1 La célebre condesa de Rosci, en el papel de "Sonámbula."

Nuevas palmas la artista recogia,  
 Y de entusiasmo llena,  
 Al pueblo que la amaba sonreía,  
 Cuando la peste hiere  
 Su forma de ángel y en momentos muere.

Ni ha de guardar el mexicano suelo  
 Los restos de la artista prodigiosa  
 Por quien de luto el corazón se viste.  
 Van á dormir bajo el nativo cielo,  
 Donde rieguen con lágrimas su losa  
 Los tiernos hijos y el esposo triste.  
 ¡Qué, al recibirla muerta,  
 Dirá Alemania, del talento cuna?  
 A producir acierta  
 Esa artista mas grande que otra alguna,  
 Y espera coronarla  
 Y sepulcro consigue solo darla!

¡Oh dulcísima Amina, flor hermosa  
 Antes de la estación de Otoño muerta  
 A los rigores mismos del estío!  
 Junto al trono de Dios canta dichosa  
 Mientras que del sepulcro hasta la puerta  
 Nos va llevando de la vida el río.  
 Pídele á Dios ¡oh Amina!  
 Que al segar nuestra mísera existencia  
 Su voluntad divina  
 Que nos sacó del polvo, á su presencia  
 Llevemos en tributo  
 De acciones buenas abundante fruto.

## LA VIDA EN LA MUERTE.

Non mortua, sed dormit.

Tendido en su lecho en medio  
De cuatro cirios, está  
Hombre de ingenio y virtudes  
Muerto en la flor de su edad;  
Y en derredor su familia,  
Llena de amargo pesar,  
Riega el suelo con sus lágrimas  
Al ver la amarilla faz.—  
Sin apoyo en este mundo,  
¿Cuál su destino será?

¡Oh Dios mio! En tus arcanos,  
Insondables al mortal,  
Siegas la flor de los días,  
Virtud, ingenio y beldad;  
Mientras en la tierra alientan  
Por largos años en paz  
Séres del hombre enemigos  
Que osan de tí blasfemar!

¿No es cierto, Señor que guardas  
Tras esta vida de afán  
Y de dolores, un cielo  
De eterna felicidad

Para las almas piadosas  
Que fe á tus palabras dan,  
Y á tu sacrosanta ley  
Saben su vida arreglar?  
¿No amparas al huerfanillo  
Y le das vestido y pan  
Como al lirio de los campos,  
Como al insecto fugaz?  
Sí, Dios mio, yo venero  
Tu Providencia. Al cortar  
El hilo de aquesta vida,  
Nos llevas hácia el iman  
De nuestras almas, el cielo.  
Viendo la tranquilidad  
De esa frente, y la sonrisa  
Que helada en la boca está,  
Y el corazon que ha latido,  
Inmóvil en su frialdad,  
Hallo que la vida es sueño,  
Y que el alma es inmortal.

1856.

## ENSAYOS

DEDICADOS A MI AMIGO EL SR. D. MANUEL CARPIO.

I.

### EL DOLOR.

Alzaba aún su vibradora espada  
Sobre el padre comun querube airado  
En la puerta del bello paraiso,  
Cuando confuso Adam de su pecado  
De aquellos sitios alejarse quiso.  
Una postrer mirada  
Dió á los testigos de su antigua gloria,  
Árboles, césped, grutas,  
Y á punzarle ya vino la Memoria.  
Y al volver su semblante hácia el camino  
Que se aprestaba á recorrer, vió el suelo  
De espinas erizado,  
Secas las fuentes y sin flor el prado,  
Mudas las aves y sin luz el cielo.

Súbito á su presencia,  
Bajo la augusta forma de un anciano,  
Comparece el Dolor, de alta estatura,

De negro manto y de cabello cano;  
Ronca es su voz y su mirada dura.  
Tiende la diestra mano  
Al proscrito infeliz, quien al sentirla  
Sintió asimismo discurrir cual hielo  
Por sus ardientes venas;  
Se le erizó el cabello, estremeciöse,  
Y "¿quién eres?" con voz entrecortada  
Pudo al anciano preguntar apenas.

—Seré de hoy mas tu eterno compañero:  
Yo guardaré tu sueño y á tu lado  
Me habrás de ver durante la vigilia  
En la ruda labor, en el sendero  
De tu sudor regado,  
Y en el modesto hogar de tu familia.  
Marchitaré la frente  
Cándida y tersa de tu cara esposa  
Con mi ceño inclemente  
Que verá recelosa  
En el refugio de tus mismos brazos,  
Y al hijo de tu amor, no bien nacido,  
Arrancaré desgarrador gemido.

Esto dijo el Dolor en ronco acento,  
Y de su diestra á su pesar asido,  
Y presa ya de sin igual tormento,  
Por el Eden llorando que ha perdido,  
Marcha con paso inerte  
Adam á las regiones de la muerte.

## LA MELANCOLIA.

Iba marchando así cuando á la entrada  
De un valle estenso en que se abate el monte,  
Sobre musgosa peña recostada,  
Mirando con tristeza el horizonte  
Que ya tiñe del sol la luz postrera,  
(Luz que en sus ojos lagrimosos brilla)  
Suelto el cabello en desiguales ondas,  
Puesta sobre su mano la mejilla,  
Vió Adam una mujer bella y serena  
Como el blando fulgor de luna llena  
Que en el espejo de los hondos mares  
Tranquilo se derrama:  
Olvida sus pesares  
Y hácia la jóven solitaria corre  
Luego que con dulzura á sí le llama.

Esa deidad que impera  
Donde el silencio y las dudosas sombras  
Establecen su asilo hospitalario,  
A la silvestre flor es parecida  
Reina de la pradera  
De mullidas alfombras  
Ricas en yerbas de perfume vario.  
Cual ella, de las brisas de la tarde  
Ama el tierno suspiro;  
Solo de sus encantos hace alarde  
En la inocente paz de su retiro.

El lloro ardiente enjuga  
Con blanda mano al desterrado, absorto  
Ante la noble faz que le subyuga;  
Y en las heridas de su seno vierte  
Bálsamo soberano,  
Y en sus brazos le estrecha,  
Y al corazon de Adam vino el consuelo  
Que, para alivio del linaje humano,  
Dejó su nido en la region del cielo.

Agradecido Adam sus manos junta  
Puesto de hinojos, y la fimbria besa  
De su ropa gentil que el viento bate.  
“¿Quién eres?” la pregunta,  
Y su tranquilo seno  
Con el calor de la esperanza late.  
—“Tu amiga y tu refugio,” le responde  
Una voz de inefable melodía.  
—Mas, por piedad, ¿en dónde  
Te habré de hallar?—En el retiro siempre.  
—¿Y tu nombre cuál es?—MELANCOLIA.

1856.

### EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

No bien al mundo ha nacido  
 En noche feliz Irene  
 Dando su primer gemido,  
 Y ya un ángel desprendido  
 Del cielo á cuidarla viene.

Junto á la cuna se posa:  
 Vela su sueño infantil;  
 Pone en sus labios de rosa  
 La casta sonrisa hermosa  
 Como las tardes de Abril.

Con ella en juego inocente  
 Divierte las dulces horas  
 De su niñez complaciente;  
 Y enseña notas sonoras  
 A su labio balbuciente.

El alma cándida inclina  
 De Dios al conocimiento:  
 De la caridad divina  
 Infúndela el sentimiento;  
 Siempre á su lado camina,

Creció Irene, y al rayar  
 De su adolescencia el día,  
 Pudo su guardián notar  
 Que Irene bella sería  
 Como la estrella del mar.

Redobla su vigilancia  
 Porque el hábito mundano  
 De que la libró en la infancia  
 No destruya la fragancia  
 De aquel corazón temprano.

Irene en años crecía  
 Y en esplendor su beldad,  
 Y el ángel se entristecía,  
 Que en torno della veía  
 La corruptora maldad.

Su diosa el mundo aclamóla,  
 Y con su incienso embriagada  
 Vagó del mundo en la ola,  
 De su ángel bueno olvidada  
 Y entre los peligros sola.

Abre su pecho al placer  
 Y á la caridad lo cierra.  
 ¿Qué es de la virtud de ayer?  
 ¿Cómo Irene llega á ser  
 Gusano vil de la tierra?

¿Do está la llama divina  
 De su escelsa inteligencia?  
 Ya no su frente ilumina,  
 Que Irene al vicio destina  
 Las horas de su existencia.

¡Pobre lucero apagado,  
Flor que en la mañana muere,  
Ángel del cielo arrojado,  
Alma que salir no quiere  
Del abismo del pecado!

Y en tanto el ángel ¿qué hacia?  
Cuando del mundo la ola  
A Irene loca envolvía,  
Su diestra el ángel tendióla  
Mas ella no la cogía.

Quedóse en la orilla, triste  
A Irene al lejos mirando.—  
¡Ay! que no la detuviste  
Porque el cielo te reviste  
De persuasión, no de mando.—

Vedle ante Dios dando cuenta  
De sus angustias perdidas:  
La memoria le atormenta;  
Su faz ocultar intenta  
Bajo las alas caídas.

Pero con piadosa mano  
La tierra Dios le señala,  
Y al mandato soberano,  
El ángel guardian ufano  
Despliega de nuevo el ala.

En el sendero del vicio  
Irene al ángel se muestra  
Sin dar de dolor indicio,  
Y él con semblante propicio  
A Irene tiende la diestra.

Ella, al sentir su presencia,  
Dióse luego á recordar  
Que fué pura su existencia  
Como flor de grata esencia,  
Como la estrella del mar.

Y un amargo sentimiento  
Su corazón invadió;  
Lágrimas vertió sin cuento,  
Y eran de arrepentimiento,  
Y aquel llanto la salvó.

Asióse confiada Irene  
De la protectora mano  
Que en auxilio suyo viene  
Y que en el florido llano  
De los vicios la detiene.

Y así volvió á su pastor  
La ovejuela fugitiva,  
Porque "no quiere el Señor  
La muerte del pecador;  
Mas que se convierta y viva."

## LA DANZA DE LOS INDIOS.

La Iglesia ya se apresta  
 Con piadosa alegría  
 A celebrar la fiesta  
 De la sin par MARÍA,  
 Que apareció en las áridas  
 Rocas del Tepeyac;  
 Esperanza y consuelo  
 De la region indiana,  
 Bella como en el cielo  
 La luz de la mañana;  
 De amor divino símbolo,  
 Prenda cierta de paz.

Y acuden á su templo  
 Los pueblos comarcanos,  
 Y en el atrio contemplo  
 A los niños y ancianos  
 De la familia indígena,  
 Objeto de su amor,  
 Grupos formando en torno  
 De sus hijas y hermanas,  
 Que con sencillo adorno,  
 Tristes en vez de ufanas,  
 Tejen danza monótona  
 De un triste canto al son.

No asoma á sus facciones  
 La animacion, la vida.  
 ¡Los generosos dones  
 De que en la edad florida  
 El cielo colma pródigo  
 A ellas tal vez negó?  
 Oscuro es su semblante,  
 Sus manos y su cuello:  
 Ingrato su talante,  
 Lacio y tosco el cabello;  
 Nunca en sus labios cárdenos  
 La risa se mostró.

Ni el músico se anima  
 Ni el padre se entenece;  
 Por mas que el arco esgrima  
 Aquel, su son fenece  
 No bien lo ha dado al céfiro  
 El gemidor violin;  
 Y en el rostro villano,  
 De la danza en presencia,  
 Solo muestra el anciano  
 Helada indiferencia;  
 Pone sus ojos tétricos  
 Del cielo en el confin.

Vestigios de otra gente  
 Guerrera y poderosa,  
 Resto solo al presente  
 De una tribu gloriosa,  
 Que á guisa de relámpago  
 Brillaba y se estinguió;

Festean hoy con flores  
Y cánticos y danza  
A AQUELLA que dolores  
Convierte en esperanza,  
Y amparo de los míseros  
Y Madre se llamó.

¿Quién reconoce en ellas  
La gracia peregrina  
De las facciones bellas  
Con que inflamó Marina  
El noble pecho indómito  
Del gran conquistador?  
Ni guarda el polvo austero  
Régia ni humilde tumba  
De los que al hierro ibero  
Dan la vida en Otumba,  
Y dejan á sus pósteros  
Ejemplo de valor.

No en la lengua natia  
Resuenan los cantares  
Con que espresaba un día  
O dichas ó pesares  
La dulce lira homérica  
De Nezahualcoyótl.

En extranjero idioma  
Uno y otro hemisferio  
Hablan de Moctezuma,  
Monarca del imperio,  
De Xicoténcal melito,  
Del bravo Guatimoc,

Pacen ya los ganados  
Entre las pardas ruinas  
De los templos alzados  
En las selvas vecinas  
Por el fervor idólatra,  
Que sangre vierte allí.

Solo de aquellas éras  
Testigos los volcanes,  
Magníficas neveras  
Con formas de titanes,  
Su grande historia trágica  
Dirán al porvenir.

Aislóse en sus aduares  
La raza conquistada:  
Sus vidas y sus lares  
Del fuego y de la espada  
Entre los montes ásperos  
Indómita salvó.

Y tras los sanguinosos  
Implacables guerreros,  
Vinieron los piadosos  
Humildes misioneros,  
Y ante su aspecto y pláticas  
Al cabo se rindió.

Y aunque vivió apartada  
Del castellano altiyo,  
Rústica y consagrada  
Solo al recuerdo vivo  
De su grandeza ingénita  
Que ya perdida ve,

Sus ojos abrió el cielo  
A la verdad divina,  
Y en busca de consuelo  
Al templo se avecina,  
Y allí al ibero el vínculo  
La unió de nuestra fe.

Puso cariño tierno,  
Puso esperanza pía  
En quien venció al averno,  
En la Virgen María;  
Madre suya aclamándola,  
En ella confió.

Y ella, de su dolencia  
Y su humildad movida,  
Quiso con su presencia  
Dulcificar su vida,  
Y en un ayate rústico  
Su imagen la dejó.

Y acuden á su templo  
Los pueblos comarcanos,  
Y en el atrio contemplo  
A los niños y ancianos  
De la familia indígena,  
Objeto de su amor,

Grupos formando en torno  
De sus hijas y hermanas  
Que con sencillo adorno,  
Tristes en vez de ufanas,  
Tejen danza monótona  
De un triste canto al son.

Tal vez el ciego y vano  
Filósofo se ría  
Oyendo el canto indiano  
Y viendo que á porfía  
Danzan las tiernas jóvenes  
Para espesar su fe;

Mas es error su ciencia  
Y su soberbia es viento:  
De Dios á la presencia  
Llega este humilde acento;  
Lo acogerá solícito  
Porque en las almas lee.

¿Será que acaso un día  
Nosotros, descendientes  
Del pueblo que vencía  
A las indianas gentes  
Y fe, costumbres y hábitos  
É idioma aquí dejó;

Esclavos de una raza  
De la nuestra enemiga,  
Que su conquista traza  
Dándose por amiga,  
Ante este altar lleguémosos  
A impulsos del dolor!

Triste será el semblante  
Y débil el acento,  
Y el opresor delante  
Dirá sin sentimiento  
Y en lengua estraña y áspera  
Como su propio sér;

“De aqueste pueblo ¿dónde  
Está el valor natío?  
¿Dó su virtud esconde?  
¿Dó el castellano brío?  
No el hierro, mas el látigo  
Le tiene á nuestros piés.”

No: si tan dura suerte  
El cielo en sus enojos  
Me reservó, la muerte  
Cierre mas bien mis ojos,  
¡Oh Virgen clementísima,  
Amparo del mortal!  
Pues que tu imagen santa  
Nos diste por consuelo,  
Haz que enemiga planta  
No huelle nuestro suelo  
Mientras en él subsistan  
Tu imagen y tu altar!

1857.

**JOB.**

No siempre la desgracia es en la tierra  
Indicio y fruto amargo del pecado,  
Pues vemos al impío  
De oro y salud y de ventura lleno,  
Sobre los justos mismos sublimado,  
Su arrogancia mostrar y poderío  
De su moral miseria desde el cieno;  
Al paso que quien teme  
A Dios y de sus leyes no se aparta,  
Suele arrastrar la congojosa vida  
Pobre en salud y de dolores harta;  
Con escaso alimento,  
Sin el calor de un corazón amigo,  
Tal vez sin techo que le preste abrigo  
Contra la helada lluvia, el sol y el viento.

Dios así al uno ciega  
Cuando á tan gran prosperidad le entrega,  
Mientras la esencia rica  
De la virtud del justo á quien él ama,  
Concentra y purifica  
De sus propios dolores en la llama.

Ejemplo es Job, varón de la Idumea,  
Que el corazón humilde á Dios inclina

Porque apartado del error se vea.  
 Próspero vive en medio de sus hijos,  
 Pastores y rebaños;  
 El jóven solicita sus consejos,  
 Ciencia y virtud aumentanle los años,  
 Y en la árabe comarca  
 Descuella, cual la palma peregrina  
 Sola aparece en cuanto  
 El ojo humano en el desierto abarca.  
 Vuelto el rostro á los cielos, á la aurora,  
 Holocaustos á Dios ofrece y ora  
 Sospechando las culpas de sus hijos  
 En el calor de juvenil convite;  
 Que mas y mas, si en bienestar prospera,  
 Teme al Señor y en el Señor espera.—

Satan entre los ángeles un dia  
 Compareció ante Dios: de dar la vuelta  
 A la tierra venia,  
 Y Dios así le habló: "Dí, por ventura,  
 ¿No has visto á Job mi siervo, varon recto  
 De alma sencilla y pura  
 Y entre los hombres corazon perfecto?"  
 —Sí, respondió Satan; mas te venera  
 Porque á la sombra de tu amor su casa  
 Más que otra alguna sin cesar prospera;  
 Hijos y bienes tú le multiplicas;  
 Pero extiende tu mano y si le toca  
 Solo en sus bienes, morirán los himnos  
 De alabanza en su boca.  
 —"Anda, dijo el Señor, hiere su casa  
 Sin herir su persona." Satan vuela  
 Con júbilo siniestro. En tanto el ángel

Guardian de Job, en ademan doliente,  
 Las manos lleva á su abatida frente.

Compareció ante Job un mensajero  
 Y le dijo: "Tus bueyes y pollinas  
 Araban y pacian: llegó empero  
 Nómade hueste y los llevó consigo,  
 Y muerte á tus pastores dió su acero."  
 Y hablaba todavía  
 Este mozo, cuando otro aparecia  
 Diciendo: "Fuego ardiente  
 Llovió del alto cielo y á ceniza  
 Redujo las ovejas y pastores."  
 E interrumpe á este mozo de repente  
 Un tercer emisario que así esclama:  
 "Divididos en trozos los caldeos  
 Llévanse tus camellos, y la gente  
 Que los guardaba en vano,  
 La muerte ha recibido de su mano."  
 Y de hablar aun no acaba  
 Cuando otro mozo trémulo llegaba  
 Y, embargada la voz de espanto, dijo:  
 "En casa de tu hijo  
 El mayor, se juntaron sus hermanos,  
 Y el licor espumante  
 Libaban todos ellos á la mesa,  
 Cuando en aquel instante  
 El huracan terrible que atraviesa  
 El árabe desierto, brama y ruje,  
 Y el edificio azota, y á su empuje  
 Los techos caen y bajo sus escombros,  
 Y sin que otro que yo salvarse pueda,  
 Tu familia allí queda."

Alzóse de su asiento  
 Job y rasgó su vestidura; é hizo  
 Que á raíz el cabello le cortasen,  
 Y así exclamó con doloroso acento,  
 Adorando al Señor: "Salí desnudo  
 Del vientre de mi madre, y á la tierra  
 Desnudo volveré. Solo Dios pudo  
 Los bienes todos que su mano encierra,  
 Derramar sobre mí; si los recoge  
 Y tórname infelice,  
 Mi alma, cual siempre, á su piedad se acoge;  
 Mi corazon, cual siempre, le bendice!"

1858.

## EN LA MUERTE

## DE LUIS G. OSOLLO.

Tendido está el guerrero  
 En lecho funerario,  
 Y en su desnudo acero  
 Brilla el reflejo vario  
 Del cirio que consúmese  
 De su ataúd al pié.  
 Solo en el pecho muestra  
 Una crispada mano,  
 Porque perdió la diestra  
 En el sangriento llano,  
 Sostén del voto público,  
 Soldado de la fe.

Nunca en sus gratos días  
 Le saludó mi acento:  
 Sus glorias fueron mías,  
 Suyo mi pensamiento:  
 Estremecióme el júbilo  
 Al verle vencedor.

Y ora á su yerta frente  
Que el fuego del combate  
Ya no ilumina ardiente,  
Un lauro ciñe el vate  
Y riégalo con lágrimas  
Que le arrancó el dolor.

No así le he visto cuando,  
A la cabeza puesto  
Del valeroso bando,  
Ante la muerte enhiesto,  
Vibró el acero fúlgido  
Con noble intrepidez.

Su ronca voz sonaba  
Entre el tambor y el trueno  
Del bronce que estallaba;  
Y su ademán sereno  
Dió á los soldados ánimo  
Y ejemplo dió á la vez.

Al ver el brillo intenso  
De su mirada dura,  
Su pecho alzado, estenso,  
De roble su estructura,  
Sus movimientos de águila,  
Sus garras de leon,  
Nadie pensar pudiera  
Que dentro un alma habia  
De rectitud severa,  
Mas entusiasta y pía,  
Que unió al valor indómito  
De niño el corazón.

Tendido está y en vano  
Suena el clarín agudo,  
Y se encabrita ufano  
Listo el corcel nervudo,  
Y el humo de la pólvora  
Llega á su misma faz.

No inspira ya su gloria  
A sus contrarios miedo:  
Después de la victoria,  
Cual otro Godofredo,  
Bajo la cruz entrégase  
Al sueño de la paz.

Junio de 1858.

## INSCRIPCIONES

Puestas en la tumba levantada en la Catedral de México  
para las honras del General Osollo.

## I.

Al enemigo de la fé cristiana  
Fué como el huracan y el rayo y trueno;  
Y de la paz que la naci6n anhela  
Iris al bueno.

Unió á la fuerza del leon rugiente  
Alma entusiasta y tierna y compasiva:  
Se hizo temer y amar, y su memoria  
Siempre está viva.

## II.

Gimió este pueblo en la opresi6n, y osado  
Lidió el guerrero y demostró en la arena  
Valor de capitán, fe de cruzado;  
Y le vieron vencido y no humillado  
Los llanos de Ocotlan, la Magdalena.

Triunfó al cabo su esfuerzo, y la victoria  
Lauros le dá; mas en la tumba inerte  
Yace, y en alto ejemplo su memoria  
A los suyos ofrece y á la historia  
Vida gloriosa y envidiable muerte.

## III.

Entre el fuego y el humo que la tierra  
De nuestros padres cubre desolada,  
Vimos brillar la vencedora espada  
Que al bueno anima y al malvado aterra.

Tregua á la destrucci6n puso y la guerra;  
Mas, en piedad la cólera trocada,  
A su rival de arena ensangrentada  
Alza el caudillo y sus heridas cierra.

Sembró tal vez en árido terreno  
La semilla de intento generoso;  
Pero su afán respetará el olvido,

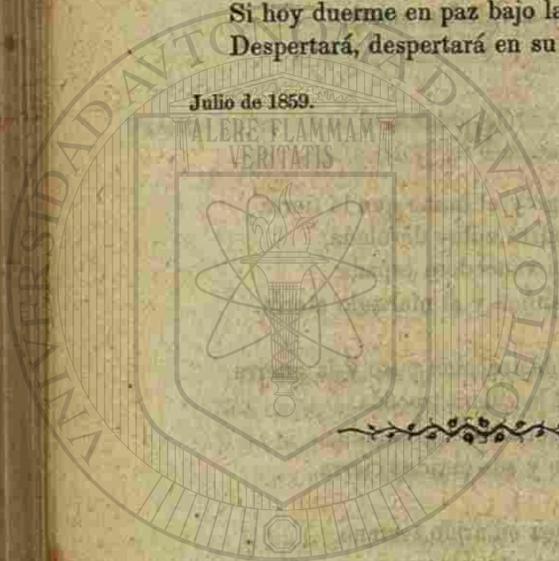
Y del sepulcro en el oscuro seno,  
Dios le estrechó en las suyas cariñoso  
La noble mano que tendió al vencido.

## IV.

Temió al Señor, y de la fe guiado,  
No se apartó jamas de sus senderos:

Él defendió con ánimo esforzado  
De la justicia y la nación los fueros:  
Puso ante los altares prosternado  
Las palmas que conquistan los guerreros:  
Si hoy duerme en paz bajo la losa fría,  
Despertará, despertará en su día.

Julio de 1859.



## EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

A LOS ALUMNOS

### DEL COLEGIO DE MINERIA.

Perdió con la inocencia primitiva  
Su bienestar el hombre, y condenado  
Quedó al trabajo, y al dolor sujeto:  
Al suelo se inclinó su frente altiva;  
Su blanda diestra manejó el arado  
Y alzó una choza para el propio abrigo.  
Él se multiplicó: sus descendientes  
A la imperfecta originaria industria  
Dieron aplicaciones diferentes.  
Nació el Estudio, en la desgracia amigo;  
Y tras largas vigiliass, del humano  
Alegró al fin la tétrica existencia,  
Como rayo de sol en el verano,  
La luz vivificante de la Ciencia.—

A su fulgor, el nauta  
Surca el airado Ponto en frágil leño,  
O con avaro empeño  
Hácia la concha de la perla cauta  
Estiende el buzo la atrevida mano.

Roba su vista al águila y la fija  
 En el espacio astrónomo profundo,  
 Mide y calcula y casi ya descubre  
 En cada estrella un mundo.  
 Mientras el labrador guarda en Octubre  
 La abundosa cosecha, y tala y quema  
 El ya cansado y árido terreno,  
 Dando así con el fuego tras la roza  
 Mas vigor fecundante  
 De la madre comun al fértil seno,  
 No ya la humilde choza,  
 Mas el esbelto alcázar arrogante  
 A la mágica vara  
 Del arquitecto audaz surge y descuella;  
 O en sus entrañas hondas  
 En vano guarda y sella  
 Con roca ponderosa el monte esquivo  
 Del preciado metal la veta clara,  
 Que allí rompe y separa  
 La fuerte azada del minero activo.  
 ¡Todo lo avasalló la inteligencia!  
 En la caldera ardiente  
 Encadenó el vapor y fuerza dióle  
 Para salvar distancias brevemente,  
 Arrastrando consigo inmensa mole,  
 En metálica hoja  
 Obligó á retratarse á la natura  
 Al solo efecto de la viva llama  
 Que del disco solar brota y fulgura.  
 En el suelo plantó férrea varilla,  
 Tras largo estudio, con afan prolijo,  
 Y en acento imperioso:  
 "De aquí no pasarás," al rayo dijo.

Ni el Atlántico mar tempestuoso  
 Logra apagar las concertadas frases  
 Que cruzan de una orilla á la otra orilla  
 Bajo de sus ballenas y sus hielos,  
 En hilo débil porque mas asombre,  
 Y clamando: "¡En la tierra paz al hombre!  
 ¡Gloria á Dios en los cielos!"

Tal la Ciencia alcanzó, y ella reune  
 En esta noche á tributaria culto  
 A sus alumnos favoritos. Ella  
 A sus admiradores hoy nos llama.  
 Con blanda voz convida  
 Al sexo encantador, sol de la vida,  
 Flor de todos los tiempos y las zonas,  
 A honrar con su presencia apetecida,  
 A dar aliento y á ceñir coronas  
 A la brillante juventud que lucha  
 Con generoso ardor en el arena  
 No ensangrentada del estudio. Acaso  
 La misma Ciencia á su benigno influjo  
 Haga cesar estrépito guerrero  
 Que, por desdicha, suena,  
 De hondo temor al pueblo haciendo esclavo,  
 De California á Yucatan ardiente,  
 Del florido Grijalva al ronco Bravo.  
 Alce la triste frente  
 Nuestra patria infeliz, y que el acero  
 Con que rompe ella misma sus entrañas  
 A su sosiego y bienestar esquivo,  
 Pase á manos estrañas,  
 O se trueque en las propias en oliva!

A ello tu afán dirige, y para ello  
 Y en tu provecho y gloria,  
 ¡Oh juventud! no al insensato sigas  
 Que Augusta antigüedad desprecia y tiene  
 Esta y aquella edad por enemigas.  
 El manáñtal perene  
 De cuanto el mundo sabe y atesora,  
 Desde el principio al fin de su existencia  
 Brota, siglo tras siglo, hora tras hora,  
 De la roca que llaman Experiencia.  
 ¡Respeto y gratitud á tus mayores!  
 Por ellos Tolsa levantó atrevida  
 Fábrica, admiración del europeo,  
 Y en sus soberbias naves apastaron  
 Del saber el ingénito deseo  
 Que al hombre sigue hasta el sepulcro frío,  
 Nobles alumnos del país decoro,  
 Profesores también como Del Rio.  
 Sigue su ejemplo tú; pero no olvides  
 Que el árbol cuyo fruto  
 En el Edén á nuestros padres trajo  
 La muerte y el trabajo  
 Entre miseria y lágrimas y luto,  
 Tiende sus ramas en la edad presente  
 Sobre tierra desierta y arenosa  
 De toda flor desnuda;  
 Y el entusiasta corazón, la frente  
 Del sabio incauto que á su pié reposa,  
 Se hielan á la sombra de la Duda!

1858.

## EL CANTO DEL AVE DEL PARAISO.

### LEYENDA.\*

Quoniam mille anni ante oculos tuos,  
 tanquam dies hesternæ quæ præferit.

Porque mil años son ante tus ojos como  
 el día de ayer que ya pasó.

SALMO LXXXVIII, v. 4.

### I.

Los monasterios antes de la reforma.—El hermano Alfeo.

¡Augusta antigüedad! ¡Serenos días  
 En que su acento la impiedad no alzaba!  
 De la Germania en los oscuros bosques,  
 O en el centro de fértil eminencia,  
 Santo refugio de las almas pías,  
 Do quiera un monasterio se elevaba  
 Dando abrigo al dolor, pasto á la ciencia.  
 Las inocentes pasajeras aves  
 Sobre la cruz del campanario altivo  
 El vagaroso vuelo suspendían,

\* Lo sustancial de esta leyenda, originaria de Suecia, ha sido dado á conocer en Francia por Schubert en su obra intitulada: "Lo antiguo y lo moderno."

A ello tu afán dirige, y para ello  
 Y en tu provecho y gloria,  
 ¡Oh juventud! no al insensato sigas  
 Que Augusta antigüedad desprecia y tiene  
 Esta y aquella edad por enemigas.  
 El manáñtal perene  
 De cuanto el mundo sabe y atesora,  
 Desde el principio al fin de su existencia  
 Brota, siglo tras siglo, hora tras hora,  
 De la roca que llaman Experiencia.  
 ¡Respeto y gratitud á tus mayores!  
 Por ellos Tolsa levantó atrevida  
 Fábrica, admiración del europeo,  
 Y en sus soberbias naves apastaron  
 Del saber el ingénito deseo  
 Que al hombre sigue hasta el sepulcro frío,  
 Nobles alumnos del país decoro,  
 Profesores también como Del Rio.  
 Sigue su ejemplo tú; pero no olvides  
 Que el árbol cuyo fruto  
 En el Edén á nuestros padres trajo  
 La muerte y el trabajo  
 Entre miseria y lágrimas y luto,  
 Tiende sus ramas en la edad presente  
 Sobre tierra desierta y arenosa  
 De toda flor desnuda;  
 Y el entusiasta corazón, la frente  
 Del sabio incauto que á su pié reposa,  
 Se hielan á la sombra de la Duda!

1858.

## EL CANTO DEL AVE DEL PARAISO.

### LEYENDA.\*

Quoniam mille anni ante oculos tuos,  
 tanquam dies hesternæ quæ præferit.

Porque mil años son ante tus ojos como  
 el día de ayer que ya pasó.

SALMO LXXXVIII, v. 4.

### I.

Los monasterios antes de la reforma.—El hermano Alfeo.

¡Augusta antigüedad! ¡Serenos días  
 En que su acento la impiedad no alzaba!  
 De la Germania en los oscuros bosques,  
 O en el centro de fértil eminencia,  
 Santo refugio de las almas pías,  
 Do quiera un monasterio se elevaba  
 Dando abrigo al dolor, pasto á la ciencia.  
 Las inocentes pasajeras aves  
 Sobre la cruz del campanario altivo  
 El vagaroso vuelo suspendían,

\* Lo sustancial de esta leyenda, originaria de Suecia, ha sido dado á conocer en Francia por Schubert en su obra intitulada: "Lo antiguo y lo moderno."

Y sus trinos suaves  
Desde la celda silenciosa oían  
Dados á la oracion los monjes graves.

Cerca de Olmutz con ellos vive Alfeo;  
De alma sencilla y corazon ardiente,  
Ahogó temprano el terrenal deseo  
De amor y gloria y en el claustro frío,  
Por alcanzar el cielo, penitente  
Entró de su existencia en el estío.  
Tal vez allí le persiguió importuna  
La memoria, poniendo ante sus ojos  
Sus faltas juveniles una á una;  
Mas el estudio y la oracion vinieron  
Nueva ayuda á prestar al monje santo,  
Y el tiempo su carrera signió en tanto,  
Y sus cabellos blancos se pusieron.  
Y entonces, viendo el tentador dañino  
Que sus antiguas armas, embotadas,  
Herir no pueden la virtud del monje  
De afectos terrenales ya desnuda,  
Se apoderó de su ánimo sencillo,  
De la fe pura oscurecióle el brillo,  
Lanzóle en los abismos de la duda.

¡Adios, los bellos apacibles dias  
En que, al templado rayo de la aurora  
O de la tarde en la serena calma,  
Las cumbres eminentes, las sombrías  
Grutas, la fuente límpida y sonora,  
Llena de paz y regocijo el alma,  
Ha visitado Alfeo  
Elevando su espíritu, á la vista

De maravilla tanta,  
Sobre las alas de inmortal deseo!  
Si por el bosque vaga, le conturba  
El susurro del viento entre las hojas:  
Quiere huir de sí mismo  
Y, acosado de inútiles congojas,  
Ve siempre ante sus ojos un abismo.  
La nave de su espíritu ligera  
Perdió el áncora santa  
Que fija en el Señor la mantuviera;  
Suelta discurre, el vendaval azota  
Con furia sus costados,  
Y por lóbregos mares irritados  
Cual pluma va, dismantelada y rota.

Empero la purísima centella  
Que escondida en su sér quedado habia,  
Fué en sus tinieblas la benigna estrella  
Que iluminó la abandonada vía.  
Volvió á su Dios el alma  
Y acató sus designios reverente:  
Vana llamó á la ciencia y en el polvo  
Humilló en su dolor la calva frente.  
Recorre á la oracion y, prosternado  
Al pié de los altares, ve cuál huyen  
La noche, el alba tarda,  
Y en el mismo lugar la noche aguarda.  
El tentador en sus ataques cede:  
Ya la inquietud del monje se limita;  
Sabe que Dios tranquilizarle puede,  
Que su misericordia es infinita.

## II.

## Dudas y temores de Alfeo.—Eскурion matinal.

“Si es condicion de nuestro sér mezquino  
 La variedad en todo; si lo bello  
 Pierde su encanto á la cansada vista;  
 Si no hay afecto noble y peregrino  
 Que de los años á la accion resista;  
 Si hostiga cuando suena de continuo  
 Música dulce que el oído halaga,  
 Y el sazonado y oloroso fruto  
 Que el árbol de mi huerto da en tributo,  
 A fuerza de gustarlo me empalaga;  
 Si es condicion de nuestro sér—repito—  
 La variedad en todo, ¿es dado acaso  
 Gustar siempre la dicha que en el cielo  
 Se nos dará por término infinito,  
 Sol que brilla y que nunca tiene ocaso?”

Esto el hermano Alfeo  
 A solas meditando se decia;  
 Y su turbado espíritu añadia:  
 “No es posible gozar la dicha eterna,  
 Pues que de cambios solo el alma vive;  
 Mas de esa dicha la promesa santa  
 Que constancia y valor al justo inspira  
 ¿No se habrá de cumplir? ¿Será mentira?  
 ¡La eternidad! ¡La eternidad me espanta!”

He aquí cómo, venciendo  
 Una tras otra sus antiguas dudas,

Ya serenada casi la tormenta,  
 Se alza esta duda, siendo  
 Fuente abundosa de congojas rudas  
 Que allá en su pobre corazon revienta.  
 Cierta mañana intenta,  
 Por mitigar su angustia,  
 Salir el monje á los vecinos prados:  
 Vedle cuál va por el sendero amigo,  
 Con los brazos cruzados,  
 Inclorada hácia el pecho la faz mustia,  
 Llevando siempre su dolor consigo.  
 Era la alegre hora  
 En que, asomando tras cortadas nieblas,  
 Disipa ya las últimas tinieblas  
 De la noche sombría  
 La deseada aurora,  
 Tierna amante del sol, madre del dia.  
 Bañan sus rayos puros  
 Con luz rosada el campanario altivo,  
 Las puertas santas y los pardos muros  
 Del convento de Olmutz, y allá á lo lejos  
 Brillan con sus reflejos  
 El alto roble y el copado olivo.  
 Pone sus tristes ojos  
 El monje en el variado panorama  
 Que en derredor naturaleza ostenta  
 Del sol de Mayo á la brillante llama;  
 Oye el dulce concierto de las aves,  
 Oye el rumor del ondeante río,  
 Siente las alas de la brisa puras,  
 Y no acierta á romper las ligaduras  
 Con que le oprime su incesante hastío.  
 Esos robustos árboles, el manto

Siempre azul de los cielos,  
 De las aves aligeras el canto,  
 Y de la niebla los bordados velos,  
 Con que se visten los profundos valles,  
 Y la sin par belleza  
 Con que en sus mas recónditos detalles  
 Aparece al mortal naturaleza,  
 Perdieron para el monje todo encanto.  
 ¡Ay! en aquella hora  
 ¡Cuánto se acuerda, cuánto  
 De los felices pasajeros dias  
 En que todo propicio,  
 Manantial de perpetuas alegrías,  
 Era á su corazon, cuando navicio!  
 Los intrincados bosques, las corrientes  
 De agua pura escondida, la flor bella,  
 Los olorosos frutos que en Octubre,  
 De la rama pendientes,  
 Do quiera el ojo atónito descubre,  
 Qué placer en el ánima ponian!  
 Mas ¡ay! que el veloz tiempo en su carrera  
 La novedad se lleva de las cosas;  
 Desaparece la beldad primera  
 De aquellas que creimos  
 Eternamente hermosas,  
 Y al oido y la vista, en fuerza acaso  
 De la odiosa costumbre,  
 Ronco á ser llega el cántico del ave  
 Y pálida del sol la viva lumbre:  
 Y si aquesto acaece en nuestros años  
 Breves y pasajeros,  
 ¡Qué habrá de ser allá en la eterna vida,  
 Ni cómo á un mismo perdurable goce

Habrá de mantenerse el alma asida?  
 ¡Cómo no ha de acosar insomne hastío  
 Al justo en las mansiones do le guardas  
 Por una inmensa eternidad, Dios mio?

## III.

Continuacion del paseo del monje.—El canto del ave.

¡Triste del monje Alfeo  
 Que en tales reflexiones abismado  
 Prosigue solitario su paseo,  
 Por el oscuro bosque deja el prado;  
 Deja tras sí las conocidas sendas,  
 De vista pierde el campanario altivo,  
 Y sin objeto y al azar camina  
 Por la selva vecina  
 Muerto á la fe y á sus dolores vivo!

Mas hubo de internarse por lugares  
 Que acaso nunca visitó; á los lados  
 De la vereda que transita el monje,  
 Pinos gigantes, cedros seculares  
 Alzarse víó, y á sus robustos troncos  
 Enlazarse la hiedra enamorada,  
 Y sus hojas tupidas  
 Tejer fresca enramada  
 Al insecto y las aves escondidas.  
 El sonoro arroyuelo  
 Que allá discurre por la verde alfombra  
 Del árbol se oscurece con la sombra,  
 O bien su espejo claro presta al cielo,

Pero ¡dónde belleza igual habría  
 A la de aquellas flores  
 Que en su estension la selva contenia?  
 ¡Dónde colores hay cual sus colores?  
 ¡Dónde perfumes hay cual su perfume  
 Que vuela en alas de la brisa amiga  
 Y al encantado Alfeo  
 Presta nuevo vigor y no le hostiga?  
 Jamas lo que antes viera  
 Le pareció tan bello: su mirada,  
 Del monte á la pradera  
 Discurre extasiada,  
 Y, por gozar mejor de aquel contento,  
 Sobre roca de musgo tapizada  
 El entusiasta monje toma asiento.

Y de la copa de árbol vecino  
 Eleva un ave sonoro trino:  
 Llena las selvas su grato acento;  
 Por donde quiera repite el viento  
 La dulce voz;  
 Cara á las almas, cual la memoria  
 Del bien perdido, oual la esperanza  
 De goces puros que allá en la gloria  
 Tan solo el justo varon alcanza,  
 Dados por Dios.

No; ni el suspiro de tierno infante  
 Cuando tranquilo duerme en su cuna,  
 Ni el són del remo sobre el brillante  
 Plácido espejo de la laguna  
 Pueden llegar

A lo suave de aquel sonido  
 De los mortales jamas oido  
 En bosque ó prado, valle ni loma,  
 Y que adormece, como el aroma  
 Del azahar.

No hay voz humana ni melodía  
 Que con sus notas conmueva tanto  
 Como las notas que oír hacia  
 El ave aquella siguiendo el canto  
 Que comenzó,  
 Ciencia y virtudes, dicha sin tasa  
 Recibe el hombre que, por ventura,  
 El linde santo del bosque pasa,  
 Y oye asombrado la igual dulzura  
 De aquella voz.

Ninguno empero; tan solo Alfeo  
 La oyó, sentado sobre la peña;  
 Ni sabe el monje si, en su deseo,  
 Tamaña dicha su mente sueña,  
 ¡Monje feliz!

Él no se cansa de oír al ave,  
 Si bien el canto divino dura;  
 Y abre sus labios el monje grave  
 Y en suplicante tono murmura,  
 Mirando al ave que vuela esquivada:  
 "Mientras yo viva  
 Cántame así!"

"¡Cielos!—clamó, como al volver de un sueño  
 Breve y dichoso, el monje—¿qué me pasa?"

¡Porqué el canto cesó? ¡qué canto es este  
 Que al alma torna la quietud perdida  
 Y que con gusto sin igual oyera  
 Hasta el último aliento de mi vida!"  
 Álzase de la roca donde estuvo  
 Sentado, y luego advierte  
 Que de sus miembros, vigorosos antes,  
 La fuerza varonil huyó de suerte  
 Que sus piernas flaquean  
 Y en sustentar el cuerpo mal se emplean.  
 Con pasos vacilantes,  
 La vista oscura ya, tardo el oído,  
 En su nudoso báculo apoyado,  
 Y el ánimo con sueños distraído,  
 Despues de haber errado  
 Por las diversas intrincadas sendas  
 De aquel sitio encantado  
 En donde oyó del ave el dulce acento,  
 Donde aspiró tan peregrino aroma,  
 El religioso toma,  
 No sin trabajo, el rumbo del convento.

Pero ¡gran maravilla!  
 Del sendero que sigue silencioso  
 Vió en una y otra orilla,  
 Al salir del convento en la mañana,  
 Arbustos pequeñuelos,  
 Y se han trocado en árboles frondosos  
 Cuyas cimas ya tocan á los cielos.  
 En un recodo del sendero, mana  
 De peñascos musgosos  
 Para el varón desconocida fuente;  
 Sobre el arroyo está que della nace,

Edificado un puente:  
 Rebaño de blanquísimas ovejas  
 Cerca del agua cristalina pace,  
 Y el pastor que las cuida  
 Al viento dá las melodiosas quejas  
 De su flauta sentida.  
 Viendo al monje suspende  
 La grata ocupacion, y luego esclama  
 Interrogando á los demas pastores:  
 "¡Este monje quién es? ¡Cómo se llama?"  
 —"Es de Olmutz," le contestan; pero nadie  
 Al religioso anciano ha conocido,  
 Aunque al convento acuden dia por dia  
 Todos, y el nombre tienen  
 De los monjes de Olmutz muy bien sabido.

## IV.

Vuelve Alfeo al convento.—Su desengaño.—Su muerte.

De una en otra sorpresa  
 Camina el monje, de inquietudes vivas  
 Su acongojado espíritu hecho presa.  
 A la pradera sale  
 Que de la antigua iglesia al pie se estiende,  
 Y allí ¡doble misterio!  
 Luego hiere su vista y le sorprende  
 La nueva faz del santo monasterio.  
 De dobles dimensiones  
 La iglesia es ya y en su redor se elevan  
 Modernas construcciones:  
 Los árboles pequeños han crecido,

Bañado el pié por arroyuelos mansos  
 Que aguas brillantes y sonoras llevan,  
 Gusto dando á la vista y al oído:  
 Ni siquiera existia  
 En el mismo lugar do estuvo siempre  
 La oscura, aunque espaciosa portería.

Quando el anciano halló la nueva entrada  
 Y llamó suavemente,  
 No sin notar que la campana era  
 De metal diferente,  
 Apareció desconocido lego  
 Que la verja de hierro abrió ligera.  
 —¿Qué es del portero Antonio? dijo luego  
 El monje anciano con temor y angustia,  
 Y, atónito mirándole, contesta  
 El lego entre confuso y altanero:  
 —¿Qué decís? ¡Buena es esta!  
 Jamas he conocido tal portero.  
 —¡Cielos! prorumpe estupefacto el monje:  
 ¡El convento de Olmutz no es éste acaso!  
 ¡No salí de mi celda esta mañana!  
 —Cinco años hace que conservo el puesto  
 En que me hallais, replica  
 El lego, y no ví monje que tuviera  
 Semejanza con vos grande ni chica.

Pálpase Alfeo la abrasada frente,  
 Lleva asombrado en derredor los ojos;  
 Ve que pausadamente,  
 La cabeza cubierta  
 Con la capucha parda, sus hermanos  
 El silencioso claustro recorrian:

Él á llamarles por su nombre acierta;  
 Mas ¡ay! ¡esfuerzos vanos!  
 Porque ellos á su voz no respondian.  
 Corre hácia donde están, y de uno en uno  
 Vióles la faz y conoció á ninguno,  
 Y esclama entonces: “¿Qué portentó es este?  
 ¡Por compasion miradme, hermanos míos!  
 ¡Nadie me ha conecido antes de ahora?  
 ¡Nadie se acuerda del hermano Alfeo?”  
 Al oír este nombre, un monje anciano,  
 El mas viejo de todos, dice: “Crao  
 Que hubo un tiempo en el claustro sabio hermano  
 Que se llamaba así: se complacia  
 En frecuentar la soledad angusta  
 De los vecinos bosques; era bueno  
 Y querido de todos; mas un dia  
 Salió del monasterio, cual solia,  
 A vagar por el campo, de la aurora  
 A los dulces reflejos;  
 Nadie á verle tornó; su fin se ignora:  
 Esto he oido contar á los mas viejos.”

Oyendo tal discurso  
 Alfeo lanza penetranté grito,  
 Las manos cruza y prosternado en tierra,  
 Así exclamó con ánimo contrito:  
 “¡Oh Dios piadoso, que mostrar quisiste  
 A mi espíritu flaco sus errores  
 Cuando enojado viste  
 Que comparó las inmortales flores  
 De tu gloria infinita  
 Con las flores del mundo pasajeras  
 Que ajan los años y el dolor marchita!

¡Todo un siglo he pasado  
 Del santo paraíso al ave oyendo,  
 Dulcísima y canora,  
 Y lo que á grato sueño fuí entregado  
 Estáme pareciendo  
 Que fué solo una hora!  
 ¡Señor, te apiada de las culpas mias:  
 Lo que valen comprendo  
 De tu mansion las santas alegrías!"

Dijo esto el monje y estendió los brazos  
 En direccion del cielo  
 Y, ya al romperse los vitales lazos,  
 Sus labios, yertos casi,  
 En señal de humildad puso en el suelo.  
 Quedó luego tendido el cuerpo inerte;  
 Mas el ánima al cielo se levanta,  
 Y oye al ave que canta  
 Por una eternidad... ¡Dichosa muerte!

1855.

## SEGUNDA PARTE.

## COMPOSICIONES RELIGIOSAS.

## ESPERANZA DE LA VIDA FUTURA.

¡Cuál la naturaleza, agradecida  
 A la próspera mano  
 Que la sacó del caos y dió vida,  
 Del rey astro al influjo soberano,  
 Ya al espirar la dulce primavera,  
 Ornada se nos muestra y en espera  
 De las ardientes horas del verano!  
 Del cándido penacho de las nieves  
 Altiva se despoja  
 Y de verde se viste la montaña.  
 Tiembla en el árbol la naciente hoja  
 Movida á impulso de las auras leves,  
 Y de amorosa hiedra  
 Se cubre la pared de la cabaña.

¡Oh fresca aurora! ¡Oh delicioso día!  
 ¡Cómo, al sentir tu mágica influencia,  
 Abriga la esperanza el alma mía  
 De otra vida mejor en la presencia  
 Del Sumo Rey del cielo,  
 Cuando, rotos los lazos miserables  
 Que la aprisionan hoy en este suelo,  
 Enjague todo llanto  
 Y la preciosa libertad que ansía  
 Goce en el Monte Santo  
 De eternas flores y perenne día!

1856.

## EL PENSAMIENTO EN DIOS.

No siempre, dócil y sumisa esclava,  
 Ha de besar el alma las cadenas  
 Que aprisionada al cuerpo vil la tienen.  
 A regiones mas puras y serenas  
 Que aqieste mundo que de cárcel sirve,  
 Mansion de duras penas,  
 Remonte alguna vez osado el vuelo,  
 Que en la tierra no es mas que peregrina  
 Y su patria es el cielo.  
 En éxtasis de amor el alma suba  
 A la mansion divina;  
 Y aunque vida mortal arrastre en tanto  
 Que el débil cuerpo hasta el sepulcro avanza,  
 No viva sino en Dios tres veces Santo,  
 Que es del hombre refugio y esperanza!

1856.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VANIDAD DE LA VIDA.

¿Qué es la existencia humana? Un breve día;  
 Astro que apenas luce y ya se pone;  
 Ave que cruza la estension del cielo;  
 Nota de regalada melodía  
 Que trae el viento en su callado vuelo  
 Y desvanece en el instante mismo:  
 Es bella flor liviana  
 Que se mece á la orilla del abismo  
 De la implacable muerte:  
 Nacida en la mañana  
 Ya feneció en la tarde, y de tal suerte  
 La carcome el dolor mientras subsiste,  
 Que halla solo en la muerte su reposo  
 Y al fin descansa cuando ya no existe.  
 El cielo piadoso  
 Santa alegría guarda  
 Al ánima del hombre pasajero;  
 Mas en llegar tal bien ¡ay cómo tarda!  
 Mientras huelles el áspero sendero  
 De este mundo de enojos,  
 Pon tu esperanza pía  
 En el cielo, alma mía,  
 Y fija en él los anublados ojos.

1856.

## TEMOR DE LA MUERTE.

Cercan mi corazon adormecido  
 Las locas alegrías de este mundo;  
 Mas en medio á las risas y á los cantos  
 Hay una voz solemne  
 Que murmura á mi oído  
 “Haz de morir,” y con temor profundo,  
 Helada ya mi sangre en las artérias,  
 Dejo el festin y en apartada alcoba  
 Suelo entregarme á reflexiones serias.  
 Si se acercase á herirme  
 La dura muerte cuando  
 El pecado en sus lazos me retiene,  
 Cuánta desdicha ¡oh Dios! para mi alma!  
 ¡Y sé acaso si el alba que ya viene  
 Sus luces derramando  
 Sobre la tierra que el mortal habita,  
 Vivo me encontrará mañana? ¡Acaso  
 Verán mis ojos el postrer destello  
 Del sol de hoy en su ocaso?  
 Pues si vivimos ¡ay! de aquesta suerte,  
 Desde hoy vive, alma mía,  
 Siempre dispuesta al soplo de la muerte  
 Cual si este fuese de mi muerte el día.

1856.

PIDIENDO LA CONSERVACION

## DE LA UNIDAD RELIGIOSA.

No permitas, Señor; que en los altares  
 Donde te dieron culto mis abuelos,  
 Donde hallaron alivio á sus pesares  
 Y á cuyo pié sus miembros fatigados,  
 Cuando la vida huyó cual humo leve,  
 Dormieron confiados  
 De tu piedad bajo la augusta sombra,  
 Vengan extraños dioses á erigirse,  
 Dioses que con horror el labio nombra!  
 Ampárenos tu fé cual tienda fuerte  
 Plantada en las llanuras del desierto,  
 Y haz que su brillo santo  
 De faro bienhechor nos sirva en tanto  
 Que del sepulcro vamos hácia el puerto.

1856.

CÁNTICOS

## Á MARÍA SANTÍSIMA.

I.

## La Espectacion.

A la afligida tierra en el Oriente  
 Ha de lucir estrella precursora  
 Del bello sol de la eternal justicia.  
 ¡Oh dulcísima aurora  
 Que harás de los mortales la delicia!  
 En tí espera ferviente  
 Para salir del yugo del pecado  
 La raza humana de tu luz pendiente.  
 Apresura el instante deseado:  
 Brote de la raiz de Jessé pura  
 La flor de casto y virginal aroma:  
 Nazca ya la doncella  
 Tipo de fortaleza y hermosura,  
 La de labios cual cinta de escarlata,  
 La de los dulces ojos de paloma,  
 Pena y terror de la serpiente ingrata.  
 ¡Oh cuánto tardas, cuánto

PIDIENDO LA CONSERVACION

## DE LA UNIDAD RELIGIOSA.

No permitas, Señor; que en los altares  
 Donde te dieron culto mis abuelos,  
 Donde hallaron alivio á sus pesares  
 Y á cuyo pié sus miembros fatigados,  
 Cuando la vida huyó cual humo leve,  
 Dormieron confiados  
 De tu piedad bajo la augusta sombra,  
 Vengan estraños dioses á erigirse,  
 Dioses que con horror el labio nombra!  
 Ampárenos tu fé cual tienda fuerte  
 Plantada en las llanuras del desierto,  
 Y haz que su brillo santo  
 De faro bienhechor nos sirva en tanto  
 Que del sepulcro vamos hácia el puerto.

1856.

CÁNTICOS

## Á MARÍA SANTÍSIMA.

I.

## La Espectacion.

A la afligida tierra en el Oriente  
 Ha de lucir estrella precursora  
 Del bello sol de la eternal justicia.  
 ¡Oh dulcísima aurora  
 Que harás de los mortales la delicia!  
 En tí espera ferviente  
 Para salir del yugo del pecado  
 La raza humana de tu luz pendiente.  
 Apresura el instante deseado:  
 Brote de la raiz de Jessé pura  
 La flor de casto y virginal aroma:  
 Nazca ya la doncella  
 Tipo de fortaleza y hermosura,  
 La de labios cual cinta de escarlata,  
 La de los dulces ojos de paloma,  
 Pena y terror de la serpiente ingrata.  
 ¡Oh cuánto tardas, cuánto

En enjugar con mano compasiva  
De los hijos de Adam el triste llanto!  
Allégate á nosotros, que en tu seno  
Con misterio profundo,  
El Dios del huracan, el Dios del trueno,  
Ha de habitar para salvar al mundo.

## II.

**La Inmaculada Concepcion.**

El Sér Omnipotente cuya mano  
Cielos y tierra y mar formara un dia,  
Y que al linaje humano  
En justa pena de la culpa impía  
De nuestros padres, condenó á la muerte  
Y á nacer miserable  
En la funesta condición de esclavo,  
Para dar una muestra señalada  
De su alta estima á Aquella en cuyo seno  
Debe albergarse por salvar al mundo,  
Hizo que toda fuese Inmaculada,  
Vaso de gracia lleno,  
De la impureza original exenta,  
Terror y pasmo del dragon inmundo  
En quien su planta poderosa asienta.  
¡Alto honor, suma gloria  
Concedida á la humana criatura!  
Perdió el pecado su fatal victoria  
Y el dulce imperio de la paz augura  
Al mundo estremecido de alegría  
La Concepcion sin mancha de María!

## III.

**El nacimiento de María.**

Encenagado en el placer y el vicio  
El mundo ingrato, ya en olvido pone  
Del Gólgota el sangriento sacrificio.  
Sangre del Hombre-Dios ¿serás perdida?  
Un tiempo á la rebelde  
Generacion que perdonó el diluvio  
Y que en Sennar despues dispersó el cielo,  
Como en señal de alianza,  
Alba risueña de dichoso dia,  
Estrella de esperanza,  
Madre de un Dios, apareció María.  
¡Salva de nuevo al mundo,  
Oh dulcísima Virgen amorosa!  
Prende en todos los pechos llama hermosa,  
Llama de amor divino.  
Esos funestos lazos que al humano  
En el vicio retienen, presto rompa  
Tu poderosa mano.  
Nueva señal de perdurable alianza  
De la tierra y el cielo,  
Con maternal anhelo  
Hoy el perdon del pecador alcanza!

## IV.

**La Anunciación.**

La apetecida hora  
En que Dios á la tierra bajar debe  
A redimir al hombre del pecado,

Al cabo suena en el reloj del cielo.  
Gabriel se postra y reverente adora  
Al Santo de los Santos, y en seguida  
Viene á la tierra, mensajero alado,  
Y en Nazareth suspende el raudo vuelo.  
La Virgen escogida  
Para Madre del Verbo sus palabras  
Oye con sumo gozo y fe profunda,  
Y de Dios el espíritu la inunda,  
Y al suelo inclina el cándido semblante  
Bello cual rayo de la luz febea,  
Y dice al ángel con acento humilde:  
"En mí cumplida tu palabra sea."

¡Oh mundo afortunado,  
Gózate en tu alegría,  
Porque el Rey de los cielos ha encarnado  
En las entrañas puras de María!

V.

#### María recibiendo el cadáver de Jesús.

El blanco cuerpo ensangrentado, inerte  
Del Redentor Divino,  
Adorable despojo que la muerte  
Lega á la tierra por su Dios salvada,  
Desprenden los discípulos piadosos  
De lo alto de la Cruz enarbolada,  
Y en sus maternos brazos amorosos,  
Sumida del dolor en la agonía,  
Lo recibe y lo estrecha  
Contra el rasgado corazón María.

Contempla sus facciones adoradas,  
Cierra los yertos ojos cristalinos  
Con blanda mano, y del cabello quita  
Los bárbaros espinos;  
Y una vez y otra vez la faz bendita  
Besa, y las llagas del sagrado cuerpo  
Toca y besa también, y á su memoria  
Viene el infante de Belem cercado  
De los ángeles puros de la gloria;  
Y tras la imagen de tan bellos días  
Viene de su pasión la triste escena,  
Y el golpe del martillo que taladra  
Sus piés y manos en su oído suena,  
Y las voces impías  
Con que el deicida pueblo le escarnece,  
Y el último gemido  
Que al entregar el alma dió el Ungido,  
Y su dolor incomparable crece.

¡Oh Madre, oh Madre mía!  
Dame que goce de los altos bienes  
Que compró con su sangre para el mundo  
El Hijo muerto que en tus brazos tienes!

VI.

#### María, madre de los hombres.

Quando iba ya á cerrar sus dulces ojos  
Mi Redentor, en afrentoso leño  
Clavado por la mano de los hombres,  
Antes de darse al sueño  
De la muerte feliz que al mundo salva,

Prenda de su alto amor y de su amparo  
 Y en la noche sombría  
 De aquesta vida luminoso faro  
 Que nos indica el cielo,  
 Por madre amante nos dejó á María,  
 Símbolo de esperanza y de consuelo.  
 "Hé ahí á tu madre" dijo  
 Al discípulo amado, y desde entonces  
 Todo sér que derrama triste llanto  
 Acude á ella en su dolor profundo,  
 Y asido de su manto,  
 El perdon y la gloria aguarda el mundo.

## VII.

**El Tránsito de María.**

Ya cerrada la tumba  
 Que el cadáver contiene de María,  
 Tomás llega á Salem, y lloro ardiente  
 Sus ojos derramaban,  
 Pues no se halló presente  
 De la Madre de Dios en la agonía,  
 Ni recogió su postrimer suspiro,  
 Ni besar pudo sus divinas plantas  
 Cuando el alma sin mancha en raudo vuelo  
 Se hubo elevado á las regiones santas.

Movidos de su pena  
 Le llevan los apóstoles al punto  
 Adonde el cuerpo está, blanca azucena,  
 QUITAN LA PIEDRA CON PIADOSO ANHELO  
 Y hallan el lecho fúnebre vacío,

Y únicamente el velo  
 Con que envolvieron el cadáver frío,  
 Y ricas en perfume y en colores  
 Y sin doblar la frente  
 Las naturales flores  
 En que lo recostaron blandamente;  
 Y recogidos oran,  
 Y aquella abandonada tumba adoran.

Tú, poderoso Dios, no permitiste  
 Que el vientre casto en que á morar veniste  
 Para hacer al demonio cruda guerra  
 Salvando al hombre, en el sepulcro fuese  
 Pasto de los gusanos de la tierra;  
 Y, á tu augusto mandato,  
 En invisible vuelo,  
 Llenando el aire de su aroma grato,  
 El cuerpo santo trasladóse al cielo.

## VIII.

**María, Puerta del cielo.**

Pecador infeliz que encenagado  
 Vives para tu muerte  
 En el fango asqueroso del pecado;  
 Si algún día temiste por ventura  
 No hallar misericordia  
 De parte del severo Juez que airado  
 Se apresta á castigar su misma hechura,  
 Y dando entrada al desaliento triste  
 Y á los cielos mirando,

“Ya para mí no hay salvacion” dijiste,  
 Las horribles cadenas remachando;  
 Acude, acude á aquella  
 Celestial y purísima doncella  
 Que al humanado Dios llevó en su seno  
 Y que, eterna abogada  
 De la raza de Adam, sobre nosotros  
 Fija tiene dulcísima mirada  
 Y apaga el rayo de la fuerte mano  
 Llena hácia tí de compasivo celo,  
 Que no la Iglesia la apellida en vano  
 Madre del pecador, Puerta del cielo.

## IX.

**María, Estrella del mar.**

¡Salve, Estrella del mar! Tu luz divina  
 Con apacibles rayos el sendero  
 De esta vida mortal nos ilumina,  
 Nos aparta de falso derrotero.  
 Cuando en el cielo oscuro de Judea  
 Brillar hiciste tu fulgor primero  
 A la atónita vista del creyente,  
 Se prosternó la gente  
 Y al mirarte exclamó: “Bendita sea.”  
 Lleva nuestra existencia, combatida  
 De bastardas pasiones,  
 Do se halle guarecida  
 Bajo el divino amparo. ¡Oh Virgen Santa!  
 Para que no zozobre

En este mar mi navecilla pobre,  
 Desde el presente día  
 Ha de seguir la estrella que me encanta.  
 ¡Salve, Estrella del mar! ¡Salve, María!

## X.

**HIMNO**

**para las niñas que ofrecen las flores de Mayo, al  
 terminar el mes de María.**

## CORO.

Las flores del campo ya seca el estío;  
 Las flores del alma jamas morirán,  
 Pues riega sus hojas celeste rocío  
 Y á tí consagradas ¡oh Virgen! están.

## ESTROFA 1ª

Madre del Dios humanado,  
 Rosa de mística esencia,  
 De manos de la inocencia  
 Recibe con dulce faz,  
 Y en justo agradecimiento  
 De tus divinos favores,  
 El canastillo de flores  
 Que ponemos en tu altar.

## ESTROFA 2ª

Con ellas los corazones  
 Que á tu santo amor se dieron  
 Y esclavos tuyos se hicieron,  
 También están á tus piés.  
 Acógelos ¡oh María!  
 Y jamás los desampares:  
 Blanca Estrella de los mares,  
 Tú nuestra esperanza sé.

## CORO.

Las flores del campo ya seca el estío;  
 Las flores del alma jamás morirán,  
 Pues riega sus hojas celeste rocío  
 Y á tí consagradas ¡oh virgen están.

1856.

**EL NACIMIENTO DE JESUS.**

Turba el silencio de la noche oscura  
 Desconocida y súbita armonía:  
 Clama una voz de celestial dulzura  
 En la región del aire "hosana, hosana!  
 Porque el Autor del día,  
 Príncipe de la paz, Padre admirable  
 De los siglos futuros,  
 Ha nacido á salvar la raza humana."

Del ángel á la voz, en su cimiento  
 Conmuévase la tierra de alegría;  
 De las viñas de Engaddi brotan flores;  
 Calla de los oráculos paganos  
 El mentiroso acento;  
 Huyen á refugiarse en la sombría  
 Morada del terror los dioses vanos,  
 Y su soberbio templo se desploma  
 Del rayo herido en la opulenta Roma.

En tanto, los pastores  
 De alma sencilla y corazón amante,  
 Adoran á su Dios recién nacido  
 Con respeto profundo,  
 Y, humildes como son, de allí se alejan  
 A dar la nueva de la paz al mundo.

1856.

## LA HUIDA A EGIPTO.

Aquel Señor que en su poder sin tasa  
 Dió ser al hombre, luz á las estrellas  
 Y al orbe movimiento,  
 Niño tierno en los brazos de la Madre,  
 Para librarse del puñal sangriento  
 Del implacable Herodes, la Judea  
 Desvalido abandona,  
 Espuesto al rayo de la luz febea  
 Que ardiente brilla en la abrasada zona.

¿Porqué tanta humildad, Rey de los cielos?  
 Al verte perseguido  
 Por la injusticia de tu misma hechura,  
 Un solo rayo de tu fuerte diestra  
 Pudo en aquel momento  
 Dejar el mundo á escombros reducido  
 Y su ceniza dispersar al viento.

1856.

## LA ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEM.

Jerusalem, ciudad de los profetas,  
 ¿Porqué te vistes de alegría y gala,  
 Y se agolpa á tus muros  
 La multitud, ó tiende en el camino  
 Que hácia Bethania guía,  
 Palmas y mantos, y á Jesus aclama  
 Del tronco de David preciada rama,  
 Rey inmortal de la nacion judía?  
 Se abren las altas puertas  
 Del templo de oro y cedro, y resplandece  
 En su recinto oscuro,  
 Como la luz del sol en la mañana,  
 Bello el semblante majestoso y puro  
 Del Santo de Israel. . . La turba, ufana,  
 Nuevas palmas le arroja, y se estremece  
 La ciudad á la voz de "hosana, hosana!"

¡Hosana al Rey del cielo  
 Que con amor profundo  
 Ha descendido al suelo  
 Para salvar al mundo  
 Y abrirle los alcázares  
 De la perpetua luz!

®

Salem hoy le festeja  
 Con palmas y alegría;  
 Mas, pérfida, apareja  
 Para matarle impía,  
 En el vecino Gólgota  
 El árbol de la Cruz.

¡Miserable ciudad! ¡Oh cuántas veces  
 De su amor con el ala  
 Te quiso proteger el Rey del cielo  
 Como protege el ave á su polluelo!  
 Mas tu ceguera y tu maldad acreces  
 Y su mision augusta desconoces,  
 Y conviertes las palmas  
 En látigo sacrílego, y las voces  
 Con que su entrada saludaste un dia  
 En gritos de furor con que impaciente  
 Pides la muerte del varon sublime  
 Que hasta en la cruz tu salvacion desea  
 Cuando apenado gime.—  
 “¡Oh! ¡Que su sangre caiga eternamente  
 Sobre la faz de la nacion hebrea!”

¡Dó estás, Jerusalem? ¡Dó están los muros  
 Que á Tito detuvieron unos dias!  
 Miro brillar las águilas romanas  
 Sobre el altar sagrado  
 En que al cielo la víctima ofrecias;  
 Miro el templo arrasado,  
 Tus palacios y casas por el suelo;  
 Tú en silencio profundo

Y tus hijos dispersos y malditos  
 En la estension del mundo!

Tú en el Amado del Señor pusiste  
 Sacrílegas tus manos:  
 De tu ruina el hacedor tú fuiste.  
 ¡Aprended de Salem, pueblos cristianos!

1857.



## JUEVES SANTO.

## LA PRIMERA COMUNION.

A mi amigo el Sr. D. José Joaquín Pesado.

Esmalta Abril la alfombra de los campos  
 Con muchedumbre de variadas flores:  
 Corre sonando el cristalino río  
 Entre las verdes cañas,  
 Y el sol en azulado cielo brilla  
 Derritiendo la nieve en las montañas;  
 Y al estruendo que forman los torrentes  
 Huyen las aves al tendido llano,  
 Y anuncia desde allí su lengua arpada  
 La próxima llegada  
 De la estación hermosa del verano.

¡Porqué el metal sonoro  
 De la sencilla torre de la aldea,  
 Que asoma allá tras el copado roble  
 Y brilla al recibir la luz febea,  
 Su voz entrega al matutino viento?

El labrador los prolongados surcos  
 Abandona al oír el grato acento;  
 Viene hácia el templo, en su bordon nudoso  
 Apoyado, el anciano venerable;  
 Viene el mancebo hermoso;  
 Vienen las bellas jóvenes, ufanas  
 De su ropaje con el nuevo aliño;  
 Dando gritos de gozo, pequenuelo,  
 Colgado de la mano de su abuelo  
 Viene también el inocente niño.

Brilla la cera en el altar, y ondea  
 Su llama al viento que el perfume esparce  
 De los campos vecinos:  
 Su vista el ave tímida pasea  
 Desde el alta cornisa,  
 Donde hace oír sus caprichosos trinos:  
 Entre las blancas nubes del incienso  
 Aparece el augusto santuario:  
 Oran allí sin distinción alguna  
 El triste proletario  
 Y el amo á quien protege la fortuna.  
 Súbito el sacerdote revestido  
 Del alba pura, ante las aras llega;  
 Resuena la sonora campanilla  
 Que á los creyentes á la Mesa llama:  
 El pueblo conmovido  
 Va á recibir el místico alimento,  
 En que el Dios de los cielos ha querido  
 Darse al mortal... ¡Oh rey del firmamento,  
 A quien eterna aclama  
 La ronca voz de los inmensos mares!  
 Tú con la luz de tus divinos ojos

Prestas al sol su refulgente llama:  
 Descuajando los cedros seculares  
 El huracan anuncia tus enojos:  
 Tú en las tardes bellísimas de Mayo  
 Velas en nubes el sereno cielo:  
 Tú desatas el rayo  
 Que allá en el horizonte,  
 Surco de luz sobre el opaco velo,  
 Asusta el corazon é incendia el monte;  
 Y á visitar te humillas  
 El corazon del hombre miserable,  
 Y en su recinto tenebroso brillas,  
 Donde el pecado tuvo largo asiento,  
 Y sus dolencias curas y le infundes  
 El soplo vigoroso de tu aliento!  
 Tiende, Señor, benigna tu mirada  
 Sobre aquestos sencillos labradores,  
 En cuyo corazon tienes morada.  
 Haz que del huerto las fragantes flores  
 No destruya el granizo: fruto opimo  
 Lleguen á producir: que la cabaña  
 Que á sus pequeños hijos presta arrimo,  
 Respete el aquilon: la alta montaña  
 Su ponderoso alud jamas desprenda  
 Sobre las mieses que á su pié cultivan:  
 Que de tu amor la bendecida senda  
 Nunca abandonen ellos mientras vivan!

Pero ¿qué niña hermosa  
 De albo traje vestida,  
 La sien de frescas rosas circuida,  
 Con presurosa planta  
 A la Sagrada Mesa se adelanta?

Es la mas bella del lugar, Irene:  
 Pura como la flor de la pradera,  
 Hoy por la vez primera  
 A recibir en sus entrañas viene  
 Al Dios del cielo que á los niños ama.  
 Su corazon sencillo,  
 Dormido aún para mundano afecto,  
 En el afecto celestial se inflamó:  
 En su apacible rostro irradia el brillo  
 De la luz de la gracia, y cuando siente  
 Que el Señor de los cielos la visita,  
 Al suelo inclina la modesta frente,  
 Su corazon de júbilo palpita,  
 Los brazos cruza, enternecida llora,  
 Y fervorosa por sus padres ora!

Consagra, sí, consagra las primicias  
 Del corazon al cielo,  
 Hermosísima Irene, que mas tarde  
 El sol de aquesta dulce primavera  
 Se ha de nublar. Cuando en tus labios muera,  
 Lleno ya el corazon de desconsuelo,  
 Esa franca sonrisa;  
 Cuando se oculte el brillo de tus ojos  
 De lágrimas amargas tras un velo,  
 ¿Quién calmará el dolor de tus entrañas?  
 ¿Quién al traves del turbulento oceano  
 Del mundo en que vivimos  
 Te ha de llevar ¡oh Irene! de la mano?  
 ¿Quién nos ha de volver lo que perdimos?  
 ¿Quién ha de dar al corazon la dicha  
 Que alcanzar en la tierra anhela en vano?  
 Solo ese Dios á quien de niña adoras

Y á quien alberga tu inocente pecho:  
 Él, cuando espire el día de tu vida,  
 Mientras tu bella forma  
 Dejas guardada en el sepulcro estrecho,  
 Con ropaje mas cándido vestida,  
 Y de inmortales rosas coronada  
 Te ha de llevar, Iréne, á su morada;  
 Y al recordar que se hospedó este día  
 En ese pecho inmaculado y tierno,  
 Sus labios te dirán: "Esposa mia,  
 Ven á sentarte en el festin eterno."

1854.

### VIERNES SANTO.

El templo está sombrío: negro velo,  
 Emblema de profundo desconsuelo,  
 Cubre el sagrado altar,  
 A cuyo pié la multitud devota  
 Se allega silenciosa, el alma rota  
 Por intenso pesar.

Ya no resuena el órgano sonoro  
 Ni el aire puebla en armonioso coro  
 De los fieles la voz.  
 Tristes del sacerdote los acentos  
 Nos infunden solemnes pensamientos:  
 Va á morir nuestro Dios.

Fuera del templo Abril adorna el prado,  
 Y de aromas el céfiro impregnado  
 Oimos susurrar,  
 Cual si natura fuese indiferente  
 A la angustia del Ser Omnipotente  
 A quien ve agonizar.

Qué ¡en otro tiempo en Jericó las rosas  
 No inclinaron sus frentes ruborosas  
 Sin vida ni esplendor!

Qué, ¡las palmas de Siria en el arena  
No arrastraron marchitas su melena  
Cual suelen al calor?

Y ese sol cuyo rayo esplendoroso  
La creación alumbró ¡misterioso  
No se nubló también  
Cuando en la cruz el Justo perecía  
Y sus ejes la tierra estremecía  
En rápido vaiven?

Pero ¡silencio! En actitud doliente  
Ya se prósterna la cristiana gente,  
Porque la voz oyó  
Del pastor que murmura con tristeza:  
“Y Jesús, inclinando la cabeza,  
Su espíritu entregó.”

¡Oh! Cuánto hay de poético y sublime  
En ese pueblo que contrito gime  
Al pie del santo ¡altar!  
¡Cuán dulce es la memoria de quien vino,  
Movido solo de su amor divino,  
El mundo á rescatar!

Hijos de Adam, á la miseria y pena  
Y á llevar para siempre la cadena  
De horrible esclavitud,  
Nos vimos condenados desde el día  
En que manchara la serpiente impía  
De Eva la virtud.

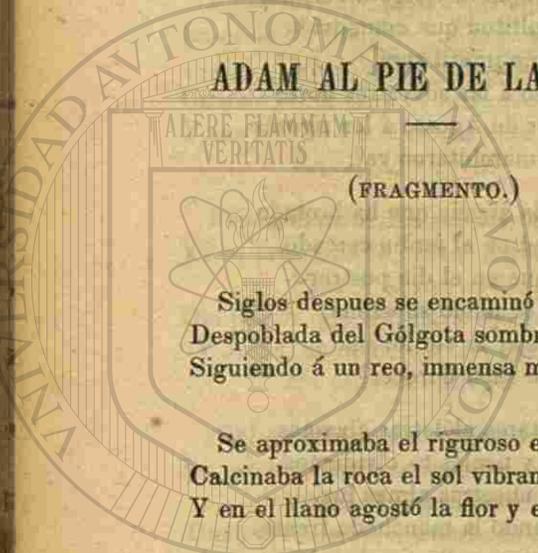
Movido Dios de compasion inmensa,  
Quiso ofrecer de tan enorme ofensa  
Su sangre en expiacion,

Abriendo así á los pobres desterrados  
Los supremos alcázares dorados  
De la inmortal Sion.—

Y tu sangre en el Gólgota vertida,  
Para esta multitud que conmovida  
Gime ¡inútil será,  
Como el rocío á las silvestres flores  
Que del calor de Agosto á los rigores  
Se marchitaron ya?

¡Seremos la zizaña que ha brotado  
De tu heredad en el jardín cercado,  
Y que en el día postrer  
Ha de segar tu mano soberana,  
Libre para dejar la vid lozana  
Que supo florecer?

¡No! Si altares idólatras alzamos  
A los vicios, y necios te olvidamos,  
De nuestras almas luz,  
Hoy, humillando la manchada frente,  
Pueblan nuestros sollozos el ambiente.  
¡Perdónanos, Jesús!



### ADAM AL PIE DE LA CRUZ.

(FRAGMENTO.)

Siglos después se encaminó á la cumbre  
Despoblada del Gólgota sombrío,  
Siguiendo á un reo, inmensa muchedumbre.

Se aproximaba el riguroso estío:  
Calcinaba la roca el sol vibrando,  
Y en el llano agostó la flor y el río.

Sobre sus hombros con afán llevando  
Pesada cruz, el Redentor subía,  
Sangre y sudor del rostro goteando.

Ya va á romperse la cadena impía  
Que á los míseros pueblos aprisiona:  
Luciendo está de redención el día.

Tu amor al hombre su misión corona;  
El justo enojo de los cielos calmas;  
Su canto el ángel del perdón ya entona.

En el oscuro Limbo están las almas  
De verte deseosas, y en la tierra  
A tí levanta el infeliz sus palmas.

Brille la luz que la tiniebla aterra,  
Y el sacrificio al consumir, se asiente  
La paz en las ruinas de la guerra.

¡Dios ha espirado! el sol resplandeciente  
Ensangrentado ó lívido se esconde:  
Braman las olas de la mar hirviente;

A su bramido el huracán responde:  
El velo se rasgó del santuario;  
Huye la turba sin saber adonde.

Se abre la tierra y el callado osario  
Dejan los muertos y en silencio triste  
Lentamente caminan al Calvario.

De tinieblas el mundo se reviste:  
Allá al pié de la cruz la Madre, en tanto,  
Al Hijo muerto lagrimosa asiste.

Cercano oyóse lastimero llanto,  
Y al viejo Adam arrodillado vieron,  
El ánima transida de quebranto.

Hacia Cristo sus brazos se estendieron,  
Y, al contemplar la sangre que corria,  
Sus miembros de terror se estremecieron.

Cárdeno el horizonte se entreabria  
Y, una tras otra, mil generaciones  
Allá asomar en confusión veía.

Con su larga cadena de aficciones  
Atravesaban todas, vomitando  
Contra su mismo padre imprecaciones.

La vista entonces á Jesus tornando,  
Que en la cruz yace ensangrentado y frío,  
Hiérese Adam el pecho así clamando:  
"¡Piedad del pecador! ¡Piedad, Dios mio!"

1849.

CÁNTICO DE EVA  
**AL PIÉ DE LA CRUZ.**

(KLOPSTOK.)

A mi amigo el Sr. D. Tomás Ruiseco.

Cerca la cruz del Redentor del mundo  
El pueblo en agitada muchedumbre,  
Y la region de la celeste lumbre  
Por el Calvario el sèrafin dejó.  
Mas nadie iguala en su dolor á Eva  
Salida del sepulcro do yacía:  
Su frente humilla hasta la tierra fría,  
Tumba que á su linaje recibió.

La que su frente al despertar ciñera  
De la inmortalidad blanca aureola,  
Desaparece ante el dolor que hirióla  
Contemplando la muerte de su Dios.  
Al traves de las sombras del sepulcro  
Por ella largos siglos habitado,  
Recuerda su memoria lo pasado,  
Y á Cristo clama en lastimera voz:

Cárdeno el horizonte se entreabria  
Y, una tras otra, mil generaciones  
Allá asomar en confusión veía.

Con su larga cadena de aficciones  
Atravesaban todas, vomitando  
Contra su mismo padre imprecaciones.

La vista entonces á Jesus tornando,  
Que en la cruz yace ensangrentado y frío,  
Hiérese Adam el pecho así clamando:  
“¡Piedad del pecador! ¡Piedad, Dios mio!”

1849.

CÁNTICO DE EVA  
**AL PIÉ DE LA CRUZ.**

(KLOPSTOK.)

A mi amigo el Sr. D. Tomás Ruiseco.

Cerca la cruz del Redentor del mundo  
El pueblo en agitada muchedumbre,  
Y la region de la celeste lumbre  
Por el Calvario el sèrafin dejó.  
Mas nadie iguala en su dolor á Eva  
Salida del sepulcro do yacía:  
Su frente humilla hasta la tierra fría,  
Tumba que á su linaje recibió.

La que su frente al despertar ciñera  
De la inmortalidad blanca aureola,  
Desaparece ante el dolor que hirióla  
Contemplando la muerte de su Dios.  
Al traves de las sombras del sepulcro  
Por ella largos siglos habitado,  
Recuerda su memoria lo pasado,  
Y á Cristo clama en lastimera voz:

“Tú á quien mi corazon llamó su hijo,  
 ¿Me atreveré este nombre á darte ahora?  
 Fija en mí tu mirada protectora  
 Que el hielo de la muerte va á extinguir.  
 ¿No eres mi Redentor? Gozóse el cielo  
 Cuando perdón tu voz me prometia;  
 Mas al mirar su precio en este dia  
 Quiero tornar al polvo en que dormí.

“Deja que lllore ante la cruz: indigna  
 De tu gloria es la ofrenda de mi llanto:  
 De mi flaqueza apiádate y quebranto,  
 Dios de misericordia, Dios de amor.  
 Vosotros ¡ay! á perecer nacidos,  
 No me acuseis ya mas; por vuestra suerte  
 Hundida en el dolor me halló la muerte,  
 Y hasta en la tumba el corazon gimíó.

“Borra la ley de destruccion la sangre  
 Del Dios que espira en afrentoso leño;  
 Despertaréis del funerario sueño,  
 Y en los brazos será de su piedad.  
 Mas ¡ay! muere el Señor cuya grandeza  
 Decir humano idioma no podría:  
 Se agita en el terror de la agonía  
 Que amarga y lenta demudó su faz.

“Crece su palidez: de sus heridas  
 La sangre corre aún; pero su aliento  
 Es ya estertor... ¡Y en tu postrer momento  
 Tu mirada postrera es para mí!

Cantad mi dicha, arcángeles del cielo;  
 Decid que el Redentor en esta hora  
 Echó sobre la madre pecadora  
 De compasion una mirada al fin!

“Baña mi corazon la dulce calma  
 De la inmortalidad: los ojos fijos  
 En el Criador, bendeciré á mis hijos  
 A nombre del que así nos rescató;  
 Del que lleno de gloria ha de juzgarnos,  
 Y al inclinar su frente oscurecida  
 Por el tormento, de la eterna vida  
 Las celestiales puertas nos abrió.”

## LA RESURRECCION DEL SEÑOR.

Duerme en el lecho del sepulcro helado  
 El cuerpo de Jesús, y, en tanto, velan  
 Al fulgor de la estrella matutina  
 Mal despierto el soldado;  
 Con ojo perspicaz y receloso  
 El escriba que teme la divina  
 Resurreccion del Cristo. De repente  
 La tierra se estremece; del sepulcro  
 Salta la losa que el cadáver cubre,  
 Y en el polvo la frente  
 Quedan los guardas, y su vista luego  
 Atónita descubre  
 Ángel de vestidura reluciente  
 En la piedra sentado;  
 Y con terror sombrío  
 El abierto sepulcro ven vacío.

El Salvador en tanto  
 A las hijas llegó de Galilea,  
 Que por él derramaban tierno llanto.  
 Ellas le vieron, y Jesús las dice:  
 "La paz del cielo con vosotras sea."

1856.

## LA ASCENSION DEL SEÑOR.

¡Así tu grey abandonada dejas  
 Y, envuelta en blanca nube,  
 Sin escuchar nuestras sentidas quejas,  
 Tu augusta forma hasta los cielos sube?  
 Allí está la Judea:  
 Vibra en los aires el sonoro acento  
 De tu predicacion: allí está el lago  
 Cuyas terribles olas aplacaste:  
 En el Calvario cálida gotea  
 Sangre preciosa que, clavado á un leño,  
 Por el culpable mundo derramaste  
 Y ha de caer sobre la raza hebrea:  
 De la tumba saliste cual de un sueño,  
 ¿Y tan presto, Señor, nos abandonas?  
 ¡Oh si el alma pudiera, desatando  
 Las fuertes ligaduras  
 Con que en la tierra tú nos aprisionas,  
 Seguirte en vuelo blando  
 Del alto cielo á las regiones puras!

1856.

## LA CRUZ.

A mi amado padre el Sr. D. José María Rodríguez Roa

Ecce Lignum Crucis in quo salus  
mundi pependit.

I.

El tiempo retrocede en su carrera,  
Y mis ojos contemplan la colina  
Donde orgullosa, en su beldad primera,  
La gran Jerusalem se alza y domina.

No dispersos sus hijos todavía  
Del vasto mundo por las varias sendas,  
Dan vida y lustre á la ciudad natia;  
Llevan al templo santo sus ofrendas.

¡Raza infeliz, empero, que obcecada  
Desconoció la luz; cerró el oido  
A la palabra de Jesus sagrada,  
Y dió muerte afrentosa al Escogido!

Ved el Gólgota allí: su ámbito llena  
La gente de Israel en muchedumbre,  
Al contemplar su perdicion, serena:  
La Cruz del Redentor se alza en la cumbre.

¡Porqué asentaron impíos  
Sobre tus sienes divinas  
Esa corona de espinas,  
Rey del cielo, Hijo de Dios?  
¡Manos y piés te clavaron  
Viles gusanos del suelo,  
Cuando la tierra y el cielo  
Se estremecen á tu voz!

Calman tu sed con vinagre  
Cuando la mar has creado;  
Y brota de tu costado  
Como el zumo de la vid  
Sangre que al mortal redime,  
Cuando este insensato esclama:  
“Sálvese si es, cual se llama,  
El Dios, hijo de David.”

¡Qué les hiciste, Dios mio?  
¡Su cólera provocaste  
Cuando á sus padres llevaste  
A tierra de bendicion;  
O acaso cuando les diste  
Paso al traves del Mar Rojo  
Haciendo sentir tu enojo  
Al terrible Faraon?

¡O acaso cuando tu diestra  
Soberana día por día  
En el desierto esparcía  
El saludable maná;

O cuando la roca heriste  
 Con tu poderosa vara  
 Porque tu pueblo abrevára  
 Su sed en limpio raudal?

¡Dios quebrantador del yugo  
 Del pecado y de la muerte;  
 Tú á quien llaman Santo y Fuerte,  
 Tú á quien llaman Inmortal,  
 A tus verdugos perdona,  
 Perdona al pueblo deícida!  
 ¡Fuente de amor sin medida,  
 Ten de los hombres piedad!

## II.

Los cielos se alegraron; el ángel himno tierno  
 Cantó, del alba hermosa á la primera luz;  
 Y rotas para siempre sus armas vió el infierno  
 Cuando se alzó brillante, cual signo sempiterno  
 De libertad y vida, el árbol de la Cruz.

A nuestros padres quita las ásperas prisiones  
 Y ofrece á los vivientes el bálsamo de fé;  
 Y acuden á su sombra los pueblos y naciones,  
 Y acuden los guerreros, y humillan sus pendones,  
 Y el triste y el mendigo se amparan á su pié.

Su base está en la tierra feliz que en su agonía  
 Con su bendita sangre regaba el Redentor;  
 Su cima toca al cielo; del Norte al Mediodía  
 Sus brazos nos protegen; su luz al hombre guía;  
 El cielo es su promesa, su ley es el amor.

Cayeron á su influjo los ídolos de Oriente  
 Y contra sí la fuerza su maza quebrantó;  
 Y alzáronse los templos cristianos de Occidente,  
 Y desde allí sus aguas en límpida corriente  
 Sobre la tierra estéril la ciencia desató.

No mas el hombre pudo ser de los hombres dueño,  
 Lanzóle la Justicia del solio del poder;  
 No vieron los esclavos del mayoral el ceño;  
 Cayeron los serrallos y de su largo sueño,  
 Cual Eva libre y pura, despierta la mujer.

Y fué cedida al hombre cual prenda de consuelo,  
 Cual flor de casto aroma, delicia del hogar,  
 A fin de que comparta su dicha y su desvelo  
 Y enfrene sus pasiones y con amante anhelo  
 Sus párpados le cierre piadosa al espirar;

Y ponga de sus hijos en la ánima sencilla,—  
 Tela sin mancha alguna, terreno virginal,—  
 De amor y de virtudes vivífica semilla  
 Que, convertida en fruto, mas tarde hermosa brilla  
 En las terrestres sendas del reino celestial.

Así cuando la sangre de un Dios regó la tierra,  
 Del vicio y las tinieblas al mundo rescató:  
 De paz símbolo santo que al hondo abismo aterra,  
 Brilló la Cruz, y, libre de fraticida guerra,  
 A sus destinos altos el mundo caminó.

## III.

Signo de redención de los humanos,  
 Como en el Monte Líbano alto cedro,  
 Se alza sobre la silla de San Pedro  
 A proteger la sociedad, la Cruz:  
 Guía en su marcha lenta á las naciones,  
 Inspira sus virtudes á los reyes;  
 Dá la observancia de sus sábias leyes  
 Vida á los muertos y á los ciegos luz.

Ella dió la victoria á Constantino:  
 A su pié se humillaba Godofredo;  
 Ella trazó con invisible dedo  
 La ley que Carlo Magno al pueblo dió:  
 Puesta en las manos santas del pontífice,  
 Cuando del Norte helado se desploma  
 La hueste de los bárbaros, á Roma  
 Del azote de Atila libertó.

Suele tal vez el insensato orgullo  
 Que en el sagrado Olimpo movió guerra,  
 De la divina Cruz acá en la tierra  
 La firmísima base golpear;  
 Pero la Cruz sobre los siglos vive,  
 Como la dura y escarpada roca  
 Cuya cima inmortal apenas toca  
 La espuma de las olas de la mar.

¡Luz de la sociedad, faro del hombre!  
 Eres en las borrascas de la vida  
 La nube luminosa y bendecida  
 Que acompañó á los hijos de Israel.  
 Eres aquel maná que providente  
 Dió el Señor á su pueblo en el desierto;  
 Venero de aguas puras, siempre abierto  
 Para templar del pecador la sed.

Sin tu yugo de amor ¡qué fuera el mundo!  
 Tornara á su barbarie primitiva:  
 Del hombre audaz la inteligencia altiva  
 De nuevo sumergiérale en el mal:  
 Los vínculos que tiene fueran rotos  
 Y, cumplidos sus años pasajeros,  
 No hallara de la muerte en los linderos  
 De tus santas promesas la verdad.

Brilla sobre mi patria, Cruz divina;  
 Consérvale la fe de sus mayores,  
 Dale la paz y calma sus dolores  
 Y piadosa encamínala á su bien;  
 Y dame, pues te amé desde la infancia,  
 Que, cuando hubieren muerto mis sentidos,  
 Tus protectores brazos estendidos  
 Sobre mi humilde sepultura estén!

## EN LA DECLARACION DOGMATICA

DE LA

## INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

A mi amada madre la Sra. D.<sup>ca</sup> María Concepcion Barcena de Roa.

"Tota pulchra est amica mea, et  
macula non est in te."

"Toda eres hermosa, amiga mia, y  
mancilla no hay en tí."

CANTAR DE LOS CANTARES, CAP. IV, V. 7.

I.

La ciudad de los Césares altiva,  
La que, á orillas del Tiber asentada,  
Recuerda su grandeza primitiva  
Y que tuvo á la tierra encadenada,  
El tibio sol del paganismo esquivo  
Y á grandeza mayor es elevada:  
Derrumbóse en su seno el capitolio  
Y alzó la religion su augusto solio.

Vénse en el horizonte todavía  
Las colinas y el circo del pagano;  
Pero nadie convoca á guerra impía,  
O cierra el templo aterrador de Jano.  
Las águilas indómitas que un dia  
Símbolo fueron del valor romano,  
Ceden el puesto en el pendon latino  
A la sagrada cruz de Constantino.

Roma nació para reinar: guerrera,  
Tuvo al mundo á sus piés; hoy es la roca  
Do una fábrica está imperecedera,  
Do la impiedad se estrella en furia loca.  
Al visitarla, de lejana era  
Ilustres sombras el viajero evoca,  
Y tornan á alentar Rómulo adusto,  
Virgilio el grande, el inmortal Augusto.

La ciudad de los cielos escogida  
Fija del universo las miradas,  
Y alto misterio á esclarecer convida  
A quienes rigen greyes apartadas.  
Disponen los pastores su partida  
Y atraviesan regiones dilatadas:  
Con el sagrado báculo en la mano,  
Llegan, uno tras otro, al Vaticano.

Arde en sus pechos el amor que enciende  
La Reina de los ángeles, María:  
La voz que de sus labios se desprende  
Llena está de verdad y melodía:

Todo cristiano á su discurso atiende  
Del Septentrion helado al Mediodía,  
Y al eco de su voz tembló el profundo,  
Cantó el querub, regocijóse el mundo.

“La que fué por el cielo destinada  
A salvar nuestra raza maldecida  
Por la culpa de Adam, immaculada  
Fué en el materno seno concebida:  
Manantial de agua fresca y regalada  
Que al desdichado pecador convida  
Y que al Dios de los cielos alimenta,  
Del cieno terrenal estuvo exenta.”

Dijo la voz en la ciudad eterna  
Y en sus tumbas los mártires la oyeron,  
Y del perpetuo olvido á la caverna  
Las sombras de los Césares huyeron:  
Música celestial suspira tierna;  
Los ángeles en coro aparecieron  
En el zenit de la ciudad cristiana  
Cantando por el aire “hosana, hosana.”

## II.

Madre del Redentor, doncella pura  
De la alta estirpe de David nacida,  
Tu immaculada Concepcion fulgura  
En la tierra y el cielo sin medida;

Hoy va á regocijar allá en la altura  
A los que gozan de la eterna vida  
Porque tu dulce nombre confesaron  
Y, al bajar al sepulcro, en tí esperaron.

Tu amor en nuestros pechos, ya en la infancia  
Nuestros piadosos padres encendieron:  
Que eras Rosa de mística fragancia  
Y Vaso de pureza nos dijeron:  
Tu imágen, puesta en la paterna estancia,  
Desde la cuna nuestros ojos vieron,  
Y nuestros labios, torpes todavía,  
Pronunciaban ya el nombre de MARÍA.

Del enfermo salud, del pobre amparo,  
Del afligido pecador consuelo,  
Eres, Señora, bendecido faro  
Que á los mortales todos llama al cielo:  
Jamás se estingue tu fulgor preclaro  
Entre las sombras del mundano duelo,  
Y eres al infeliz que á verte alcanza,  
Símbolo de piedad y de esperanza.

Te aman el niño y la doncella pura,  
Y la virtud sostienes de la esposa:  
Viertes en el hogar calma y dulzura  
Y á la familia toda haces dichosa:  
El rústico, del bosque en la espesura,  
Reza á tu antigua imágen milagrosa,  
Y el marino te invoca en la tormenta  
Sobre el leño que frágil le sustenta.

Tú el corazón ablandas del guerrero  
 Y ablandas del esclavo las cadenas;  
 Bajas á visitar al prisionero  
 Para alentarle y mitigar sus penas:  
 Al que, en remotos climas extranjero,  
 Horas consume á la esperanza ajenas,  
 En sueños el recuerdo tú le envías  
 De sus serenos infantiles días.

Reina del cielo, tu favor concedes  
 Al que en la tierra del dolor se agita,  
 Y en su ayuda te llama y las mercedes  
 De tu misericordia solicita:  
 Ante el trono de Dios tierna intercedes  
 Por la criatura que su enojo escita,  
 Y la piedad que tu semblante muestra  
 Apaga el rayo en la divina diestra.

Tu culto á esta region hermosa, un día  
 Trajo el audaz conquistador hispano:  
 Tu favor á la guerra le seguía  
 Y templos en la paz te alzó su mano:  
 De nuestra religion no comprendía  
 Altos misterios el inculto indiano;  
 Pero tu imagen apacible amaba;  
 Por ella al seno de la Iglesia entraba.

Con palabras de amor el misionero  
 Por desiertos inmensos se adelanta,  
 Y le circunda luego un pueblo entero  
 Y él de la cruz en medio el árbol planta;

Y, mostrando tu rostro placentero,  
 Esclama allí con elocuencia santa:  
 "Tras la noche de aciaga idolatría  
 La estrella asome que precede al día."

Los antiguos idólatras te amaron,  
 Y, en lugar de las víctimas humanas  
 Que á sus terribles dioses inmolaron,  
 Sus corazones candorosos ganas:  
 Vencido y vencedor á tí clamaron  
 Postrados á tus plantas soberanas,  
 Y su amor hácia tí, su odio destierra,  
 Brilló la paz y se estinguió la guerra;

Y unidos ellos, su esperanza pía  
 Cifraron de tu amor en los raudales,  
 Invocaron tu nombre día por día  
 Y alivio en él hallaron á sus males.  
 Su celo por tu culto construía  
 Templos humildes, régias catedrales,  
 Y allí, los ojos en tu rostro fijos,  
 Su devocion legaron á sus hijos.

Cuando de libertad llegóse el día  
 Que en altos hechos anotó la historia,  
 Tu imagen santa en el pendon lucía  
 Que nos condujo al campo de la gloria.  
 Valor á los guerreros infundía:  
 Tú distes á tu pueblo la victoria,  
 Y al quebrantar su yugo, digno y bravo,  
 Tu hijo llamóse y se juró tu esclavo.

## III.

Toca Abril á su fin: el campo hermoso  
 Esmalta con sus flores Primavera:  
 Brilla en mitad del cielo, luminoso  
 El sol y en nuestros lagos reverbera.  
 Joven enamorada que al esposo,  
 Tras larga ausencia, con afan espera,  
 Para agradarle mas, no se atavía  
 Cual la brillante México este día.

Cubren su piso el azahar, la rosa,  
 Visten sus edificios las cortinas,  
 Y hacen oír en música armoniosa  
 Las campanas sus notas argentinas:  
 La multitud discurre bulliciosa,  
 Y, en alas de las brisas vespertinas,  
 Asciende á la region del cielo en tanto  
 Un himno religioso, un himno santo.

Es que la voz que resonó elocuente  
 De Roma en la basílica sagrada,  
 A los hijos del Nuevo Continente  
 Hoy anuncia una nueva deseada.—  
 Ese pueblo que sigue reverente  
 Tu bellísima imágen, Madre amada,  
 Lleva en los rostros su alegría impresa:  
 Tu CONCEPCION PURÍSIMA confiesa,

De mi patria constante protectora,  
 Hoy que pruebas de amor recibes della,  
 Disipa el malestar que la devora,  
 Sé de su porvenir la blanca estrella:  
 Consérvale su fe, noble Señora;  
 De discordia civil borra la huella,  
 Y haz que se den, sin el puñal las manos,  
 El ósculo de paz nuestros hermanos.

Vierta salud tu celestial aliento  
 En el aire vital que nos rodea;  
 Que no falte á los pobres alimento  
 Ni en la ciudad, ni en la apartada aldea;  
 Que la inmortal memoria del tormento  
 Que ante la cruz sufriste, asilo sea  
 En los crudos pesares que prolijos  
 Sobre la tierra asaltan á tus hijos.

El corazón del pecador conmueve  
 Y hazle que de sus vicios deje el cieno;  
 Ablanda su dureza, cual la nieve  
 El sol deshace al asomar sereno:  
 Desarma el brazo de asesino aleve  
 Y prolonga los días del hombre bueno:  
 Guarda el pudor de la doncella tierna  
 Y da acierto y constancia al que gobierna. ®

Y si las notas de mi humilde canto  
 Pueden llegar desde el mundano suelo  
 Hasta las gradas de tu alcázar santo,  
 Virgen Madre de Dios, Reina del cielo,

A quien te consagró cariño tanto,  
 Para premiar su fervoroso anhelo  
 Allá en tu corte le recibe un día.  
 ¡Ay! ¡Sálvanos á todos, Madre mia!



DIRECCIÓN GENERAL DE B

## MAGNIFICAT.

¡Gloria al Dios de los cielos, al Dios bueno  
 Que en esta sierra su mirada puso!  
 A la luz de sus altas maravillas  
 Mi dicha brillará de gente en gente,  
 Y su misericordia soberana  
 A las almas piadosas y sencillas  
 Ha de servir de apoyo eternamente.  
 ¡Glorifica á tu Dios, familia humana!  
 Su brazo poderoso,  
 Como rayo que abate el cedro altivo  
 Del Líbano eminente,  
 Desarmó al orgulloso,  
 Le hizo en el polvo sepultar la frente;  
 Rompió los duros hierros del cautivo,  
 Rompió el arca cerrada del avaro,  
 Y al que es pobre en el suelo  
 Dióle perpetuo amparo  
 Y destinóle por herencia el cielo.  
 Cumpliendo las promesas  
 Que hizo en favor del hombre  
 A nuestros padres míseros un día,  
 Salvó á Israel y enalteció su nombre;  
 ¡Gloria al Señor! ¡Alégrate alma mia!

A quien te consagró cariño tanto,  
 Para premiar su fervoroso anhelo  
 Allá en tu corte le recibe un día.  
 ¡Ay! ¡Sálvanos á todos, Madre mia!



DIRECCIÓN GENERAL DE B

## MAGNÍFICAT.

¡Gloria al Dios de los cielos, al Dios bueno  
 Que en esta sierra su mirada puso!  
 A la luz de sus altas maravillas  
 Mi dicha brillará de gente en gente,  
 Y su misericordia soberana  
 A las almas piadosas y sencillas  
 Ha de servir de apoyo eternamente.  
 ¡Glorifica á tu Dios, familia humana!  
 Su brazo poderoso,  
 Como rayo que abate el cedro altivo  
 Del Líbano eminente,  
 Desarmó al orgulloso,  
 Le hizo en el polvo sepultar la frente;  
 Rompió los duros hierros del cautivo,  
 Rompió el arca cerrada del avaro,  
 Y al que es pobre en el suelo  
 Dióle perpetuo amparo  
 Y destinóle por herencia el cielo.  
 Cumpliendo las promesas  
 Que hizo en favor del hombre  
 A nuestros padres míseros un día,  
 Salvó á Israel y enalteció su nombre;  
 ¡Gloria al Señor! ¡Alégrate alma mia!

## IMITACION

DE

ALGUNOS PASAJES DEL LIBRO DE JOB <sup>1</sup>.

I.

Triunfante ya de su primera prueba  
 El santo Job, á Dios Satan le dice:  
 "Hiere sus carnes y verás que entonces  
 De tí el piadoso corazón aparta."  
 Y queriendo el Señor la fortaleza  
 De este su amado siervo hacer patente,  
 Deja á Satan que obre, y con presteza  
 De la virtud el enemigo ingente  
 Le abre y hace cundir úlcera horrible  
 De los pies á la frente.  
 Para que la ciudad no se inficione,  
 En muladar de sus contornos vive,  
 El infeliz varon, y allí sentado,  
 Con un casco de teja  
 Sus hondas llagas á raer se pone.

<sup>1</sup> Cap. II, III, VII, IX, XII, XIII y XIV.—Estos ensayos pueden ser considerados como continuación del que apareció en la pág. 301 de esta colección.

La voz oír se deja  
 De su necia mujer que de esta suerte  
 Trata de atormentarle: "¿Todavía  
 En lo alto cifras tu esperanza piá?  
 Mientras á Dios ensalzan  
 Tus torpes labios, el Señor te envía  
 La miseria y las llagas y la muerte."  
 —"Si de su angusta mano,  
 Responde Job, los bienes recibimos,  
 Bienes que nunca mereció el humano,  
 ¿Porqué no humildes aceptar los males  
 Que con nuestros pecados atrajimos?"

De tal desdicha la noticia cunde  
 Por el Arabia, y de diversos rumbos  
 Los amigos de Job llegan á verle;  
 Mas era tal su miserable estado,  
 Que, dellos observado,  
 Casi le desconocen: conmovidos  
 Rasgan su vestidura y dan gemidos  
 Y polvo esparcen luego en sus cabezas.  
 Siete dias y noches  
 En silencio y sentados en el suelo,  
 Estuvieron con él, porque no había  
 A su dolor consuelo.

II.

En el octavo día  
 Abrió el varon sus labios y maldijo  
 La aciaga hora en que á la luz nacia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Al traducir el canónigo Escóquiz la paráfrasis del libro de Job, he-

“La noche en que se dijo  
*Es concebido un hombre*, en las regiones  
 Del olvido inmortal hundida sea.  
 ¿Porqué no he perecido en las entrañas  
 Do se formó mi sér? ¿Porqué, nacido,  
 No morí desde luego?  
 ¿Porqué, en blando regazo recibido,  
 Fui del materno pecho alimentado?  
 Que, descendiendo entonces al helado  
 Sepulcro, en el silencio y el sosiego  
 En union estaria  
 De los grandes y reyes de la tierra

cha por Young, cita el siguiente testo de S. Gregorio respecto de la maldición de aquel justo:

“No procede, pues, su maldición de la malicia de un delincuente, sino de la rectitud de un juez; no proviene de un corazón conmovido de la ira, sino de un entendimiento ilustrado y tranquilo, pues que quien prurrió en tan justa maldición no cedió al vicio de la perturbación de ánimo, sino que enseñó con docto magisterio; porque ¿qué debe entenderse por el día del nacimiento sino todo este tiempo de nuestra mortalidad? Tiempo que, deteniéndonos en esta mudable corrupción del siglo, retarda mientras dura, la aparición de nuestra eterna inmutabilidad. De lo que se sigue, que el que divisa ya aquel día eterno, sufra con impaciencia este tiempo perecedero. Y se ha de notar que no dice: “perezca el día en que fui creado,” sino “perezca el día en que nací,” porque el hombre, al paso que fué creado á la luz del día de la justicia, nació en el tiempo de la culpa. Así Adam fué creado, pero el primero que nació fué Caín. ¿Qué, es pues, el maldecir el día del nacimiento, sino decir abiertamente “perezca este día mudable y rompa para nosotros la luz de la eternidad?” Así, pues, aquel hombre santo, llorando con motivo de su dolor la general perdición de todo el linaje humano, y no atendiendo con especialidad á su propia pena, recorra con su reflexión el origen de la culpa, y temple con la consideración de la justicia el exceso de su aflicción. Examine de dónde y adónde cayó el linaje humano y esclame: “perezca el día en que nací y la noche en que se dijo *un hombre ha sido concebido*,” como si claramente dijera: “perezca la cruel esperanza del ángel apóstata que, fingiéndose día resplandeciente, nos oscureció la luz de nuestra inmortalidad.”

Que alzan palacios y acumulan oro;  
 Y oculto yaceria  
 Cual abortivo infante que no ha visto  
 La luz ni modulado el primer lloro.  
 Cesan allí el tumulto y la insolencia  
 De los impíos, y descansa el hombre  
 A quien es fatigosa la existencia.  
 Allí no teme el infeliz esclavo  
 Que en rudo acento el mayoral le nombre,  
 Ni su cadena el presidario siente.  
 El grande y el pequeño,  
 Sin mando ni opresion, duermen el sueño  
 Del sepulcro igualmente.  
 ¿Porqué la luz del sol fué concedida  
 A quienes solo en amargura viven  
 Y que la muerte anhelan, como el brillo  
 Del buscado tesoro el codicioso,  
 Y que al verla llegar consoladora  
 La saludan alegres cual aurora  
 Del infinito día del reposo?  
 Lleno está de tinieblas mi camino:  
 Me alimenta el dolor y mis clamores  
 Suenan como las aguas del torrente  
 Que se despeña y ruge. Los temores  
 Que cercaron mi espíritu eran justos;  
 Y aun que apuré paciente  
 De mis angustias ¡ay! la copa amarga,  
 Ora terriblemente  
 Dios sobre mí su indignacion descarga.”

## III.

“Es la vida del hombre acá en la tierra  
 Combate rudo y prolongada guerra,

Y como el caminante  
 Suspira en el desierto por la sombra,  
 Ó anhela el jornalero  
 De su descanso el día no distante,  
 Así anhelo el sepulcro, así numero  
 Mis largas noches y mis tristes días:  
 Los unos y las otras desaparecen  
 Y mis tormentos crecen,  
 No hallan tregua ni fin mis agonías!  
 Cubren mis carnes polvo y podredumbre,  
 Ó á mis huesos la piel seca se junta.  
 Ni tornará á brillar la hermosa lumbre  
 De aquel sol de otros años que pasaron  
 ¡Ay! para el alma ante su bien absorta,  
 Con mucha mas presteza  
 Que diestro tejedor la urdimbre corta.  
 Acuérdate ¡oh Señor! de que mi vida  
 Es humo y soplo é inconstante nube:  
 Quien descende al sepulcro ya no sube,  
 Ni le habrán de ver mas su hogar y gente.  
 Y pues que ya perdí toda esperanza  
 De salud y de calma, libremente  
 De mis angustias y amarguras hondas  
 Dejad que me lamente:  
 Y de una vez, Señor, tu augusta mano  
 Ponga fin con la muerte á mis dolores  
 Que consuelo no tienen en lo humano,  
 Ni en la vigilia ni durante el sueño  
 Poblado de visiones y de horrores.  
 ¡Porqué con tal empeño  
 Atribulado soy, y me conviertes  
 En el blanco infeliz de tus enojos  
 Y objeto aborrecible ante mis ojos?

¿Cómo podré aplacarte cuando adviertes  
 Toda mi iniquidad? Mas te apiade  
 El ver que ya en el polvo de la huesa  
 Va á reclinarse el cuerpo fatigado,  
 Y si mañana cesa  
 Tu cólera y me buscas en el mundo,  
 Como sombra inconstante habré pasado.”

## IV.

“No á los ojos de Dios hay hombre limpio  
 De toda culpa, y su poder es grande  
 Cual su sabiduría. Airado hiere  
 A quien puso á sus leyes resistencia.  
 Él traslada los montes y collados  
 Ó los aplana y barre. En el momento  
 En que su fuerte diestra toca el polo,  
 Se estremece la tierra en su cimiento  
 Y cual ebrio sin tino bambolea:  
 Para en su curso al sol; la azul cortina  
 Tendió del cielo, y sobre el mar pasea.  
 Dió su luz diamantina  
 A Orion y las Pléyades y Arcturo,  
 Y creó y ordenó cuanto á la mente  
 Mezquina del mortal no es comprensible.  
 Si se acerca ó aleja de repente,  
 Mis ojos no le ven. ¿Cómo es posible  
 Que de sus actos la razon le pida  
 Sér alguno, si yacen á sus plantas  
 Los ángeles postrados? ¿Hablaria  
 Yo ante su trono en mi defensa? Acaso,  
 Si disculpables fuesen mis errores,

Al mirar la terrible omnipotencia  
 Y la equidad del Juez, apelaría  
 A su misericordia y su clemencia.  
 Del sol de su justicia á los fulgores  
 Tienen manchas la nieve y el armiño:  
 Si aparecer quisiera yo inocente  
 Mi falta de humildad me condenara,  
 Mi necia vanidad fuera patente.  
 Digo tan solo que el Señor consume  
 Del dolor en el ascua el pecho impío  
 Y el que de la virtud guarda el perfume.  
 Suele dar á los malos poderío  
 Y el oro vil cen que la vara tuercen  
 De los jueces venales  
 Que ven al pobre con semblante adusto;  
 Y en el crisol de los terrenos males  
 Así depura el corazón del justo."

V.

"Quien, como yo, se viere  
 De sus propios amigos injuriado  
 Y por su misma sencillez mofado,  
 Eleve el alma á Dios, que al desvalido  
 Nunca cerró el oído.  
 Es inútil antorcha en el concepto  
 Necio de los impíos cuya hacienda  
 Prospera al lado de la escasa viña  
 De quien teme al Señor; pero esa antorcha  
 Ha de brillar en tiempo señalado.  
 Pregunta el alto nombre  
 Del inmortal Autor de lo creado:

Te lo dirán las fieras y las aves,  
 Y la tierra y el mar con voces graves,  
 Y lo hallarás grabado  
 En el oculto corazón del hombre.  
 Cual en murada torre en Él residen  
 Gloria y sabiduría y fortaleza,  
 Y su diestra contiene nuestras almas,  
 Y brota de su frente  
 La luz de la razón que en nuestra mente  
 Halla débil reflejo,  
 Y brota de sus labios el consejo.  
 Nadie levantará lo que derriba.  
 Si de la nube guarda  
 En el hinchado seno los tesoros  
 Y las lluvias retarda  
 En que el verdor de la campaña estriba,  
 Todo se abrasará; si rompe el muro  
 Con que detiene el mar, la onda iracunda  
 El monte por más alto más seguro  
 Ha de cubrir cuando la tierra inunda.  
 Él conoce tan solo  
 Dónde está la honradez, dónde está el dolo;  
 Y en sus altos arcanos ¡cuántas veces  
 Ciega á sabios y á jueces;  
 A los reyes destrona;  
 Trüeca en dogal su cetro y su corona;  
 Enaltece al caído;  
 Abate é engrandece á las naciones  
 Y el poder y la gloria en ellas cierra,  
 O al soplo de su cólera divina  
 Luego las estermina  
 Sobre la faz de la asustada tierra!"

## VI.

“¿Contra la suelta hoja y seca arista  
 Que á su soplo menor la brisa lleva  
 Desencadenas aquilon sañudo?  
 Pues ¡cómo los pecados  
 De mi distante mocedad tu enojo,  
 Que no habrá fortaleza que resista,  
 Provocan hoy, y con dolor agudo  
 Hieres mi corazón? Has puesto grillos  
 A mis piés, y observado mis acciones,  
 Cuando yo nada soy; cuando en el fondo  
 De oscura tumba dormiré mañana  
 En silencio y olvido,  
 Y en gusanos y polvo convertido  
 Cuanto me dejas hoy de forma humana.”

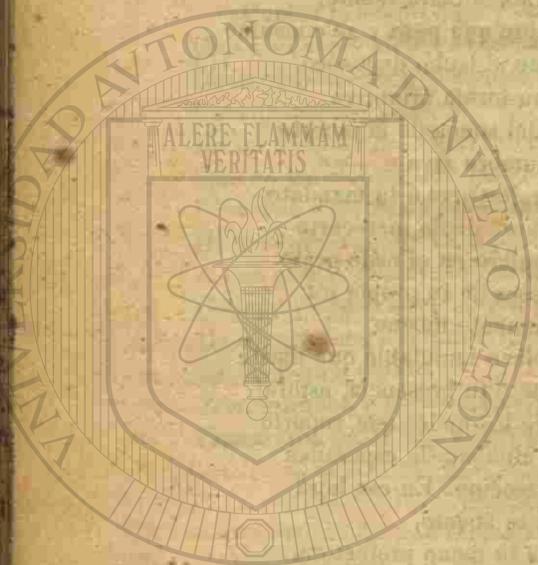
## VII.

“Cierto que el hombre de mujer nacido  
 Y de miserias lleno,  
 Vive apenas y es ya desaparecido  
 Como la flor segada, como sombra,  
 Como el verdor primaveral y el heno.  
 ¡Y así á tu augusto tribunal le llamas  
 Cuando desde su origen es manchado  
 Y sólo tú purificarle puedes?  
 De su breve carrera  
 El término preciso has señalado.  
 Pues retira tu mano justiciera

Mientras le llega del descanso el día  
 Que ver lucir con ansiedad espera.  
 El árbol que es cortado  
 Torna á reverdecer con lozanía  
 Si baña su raiz la clara fuente;  
 Mas el hombre que pasa y se consume  
 Como rio que el lecho deja seco,  
 No vestirá su forma primitiva  
 Ni volverá del sueño de la muerte  
 Hasta que lumbre viva  
 La creacion destruya á tu mandato.  
 ¡Oh si me fuese dable merecerte  
 Que del sepulcro en el asilo grato  
 Me guarecieses de tu propia ira,  
 Hasta el momento mismo  
 En que el plazo inmutable que fijaste  
 Para citarme á tu presencia, espira!  
 En medio de los males que soporto  
 Mi espíritu alimenta la esperanza  
 De la resurreccion. En esa hora  
 Me llamará tu acento,  
 Me tenderás tu mano protectora,  
 Y me hallarás á tu llamado atento,  
 Y, de tu diestra asido,  
 La helada tumba dejaré contento,  
 De la inmortalidad ya revestido.”

1859.

FIN.



## INDICE

	PAGS.
El autor al lector.....	1
<b>PRIMERA PARTE.</b>	
<b>COMPOSICIONES DIVERSAS.</b>	
El conde de Hapsbourgo.....	9
Mensajera.....	15
Sonámbula.....	16
La partida y la vuelta.....	18
A Franz Coenen y Ernesto Lubeck.....	24
Memorias del bien.....	26
<b>MEMORIAS DE UN PEREGRINO.</b>	
Ultimos dias del invierno.—Llegada de las aves... ..	27
La primavera.....	28
El cántico del ruiseñor.—Amores de las aves.....	29
Olvido que sigue á la muerte.....	30
La lluvia.—La cosecha.....	id.
La caza.—La tempestad.....	31
La caída de las hojas.—La muerte en la infancia... ..	34
Los astros.—Vanidad de la ciencia.....	36
El dolor.....	37
La tumba.—La muerte.....	38
La inmortalidad.....	40
Ultimas palabras del peregrino.....	id.
La primavera.....	42
Morir de amor.....	43



## INDICE

PAGS.

El autor al lector..... 1

### PRIMERA PARTE.

#### COMPOSICIONES DIVERSAS.

El conde de Hapsbourgo.....	9
Mensajera.....	15
Sonámbula.....	16
La partida y la vuelta.....	18
A Franz Coenen y Ernesto Lubeck.....	24
Memorias del bien.....	26
<b>MEMORIAS DE UN PEREGRINO.</b>	
Ultimos dias del invierno.—Llegada de las aves... ..	27
La primavera.....	28
El cántico del ruiseñor.—Amores de las aves.....	29
Olvido que sigue á la muerte.....	30
La lluvia.—La cosecha.....	id.
La caza.—La tempestad.....	31
La caída de las hojas.—La muerte en la infancia... ..	34
Los astros.—Vanidad de la ciencia.....	36
El dolor.....	37
La tumba.—La muerte.....	38
La inmortalidad.....	40
Ultimas palabras del peregrino.....	id.
La primavera.....	42
Morir de amor.....	43

El traje de boda.....	44
Mi ángel bueno.....	48
La nevada.....	49
El ciervo herido.....	51
El guante.....	52
El prisionero de Santa Elena.....	55
Pensamientos de Schiller.....	59
A Veracruz, durante el bombardeo de los norte-americanos.....	61
El 27 de Setiembre de 1821.....	63
Recuerdos de la invasion norte-americana.—Alcalde y García.....	65
México y España.....	70
Adios al estío.....	72
Idilio.....	75
Ultimo día del año.....	87
La muerte de Raquel.....	92
DIANA,	
Primera parte.....	93
Segunda parte.....	142
Tercera parte.....	164
Epístola familiar.....	214
Bella y artista.....	218
Soneto.....	219
Las flores sirviendo de adorno á la mujer.....	220
La declaracion.....	222
Lucina.....	224
Cancion.....	227
La entrada de la noche.....	229
El campo y el estío.....	230
La estrella de la tarde.....	231
Cómo te amé.....	234
Silva.....	237
Flor del alma.....	241
El dia de la boda.....	243

A mi hija María de la Paz.....	247
Ithamar.....	251
La bata de Martin.....	272
El primer hijo de Adam.....	276
La entrada del otoño.—Recuerdos de Amina.....	280
La vida en la muerte.....	284
ENSAYOS DEDICADOS AL SR. CARPIO.	
El dolor.....	286
La melancolía.....	288
El ángel de la guarda.....	290
La danza de los indios.....	294
Job.....	301
En la muerte de Luis G. Osollo.....	305
Inscripciones puestas en la tumba levantada en la catedral de México para las honras del general Osollo.....	308
En la distribucion de premios á los alumnos del colegio de Minería.....	311
El canto del ave del paraíso.....	315

## SEGUNDA PARTE.

### COMPOSICIONES RELIGIOSAS.

Esperanza de la vida futura.....	329
El pensamiento en Dios.....	331
Vanidad de la vida.....	332
Temor de la muerte.....	333
Pidiendo la conservacion de la unidad religiosa.....	334
CANTICOS A MARIA SANTISIMA.	
La Espectacion.....	335
La Inmaculada Concepcion.....	336
El nacimiento de María.....	337
La Anunciacion.....	Id.
María, recibiendo el cadáver de Jesus.....	338

María, Madre de los hombres.....	339
El Tránsito de María.....	340
María, Puerta del Cielo.....	341
María, Estrella del mar.....	342
Himno para las niñas que ofrecen las flores de Ma- yo al terminar el mes de María.....	343
El nacimiento de Jesús.....	345
La huida á Egipto.....	346
La entrada de Jesús en Jerusalem.....	347
Jueves santo.—La primera comunión.....	350
Viernes santo.....	355
Adam al pié de la cruz.....	358
Cántico de Eva al pié de la cruz.....	361
La Resurreccion del Señor.....	364
La Ascension del Señor.....	365
La Cruz.....	366
En la declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion de María.....	372
Magnificat.....	381
Imitacion de varios pasajes del libro de Job.....	382

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

